

OBRAS DE ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

EL TORERO ARTISTA. (El libro de Gallito.)

DE TITTA RUFO A LA FONS PASANDO POR MACHAQUITO. (2.ª edición.) Agotada.

¡¡¡KI-KI-RI-KÍ!!! (Los Gallos, sus rivales y su Prensa.) Agotada.

LA CASA DE LA TROYA. Novela (30.ª edición).

LA AMIGA DEL REY. LAS TIPLES. ROMANONES. LA VICARÍA. (Notas de un repórter). Agotada.

CURRITO DE LA CRUZ. Novela (7.ª edición, dos tomos).

LA CORREDOIRA Y LA RÚA.

EN PREPARACION

ARMINDA MOSCOSO. (Novela.)

EL ESTORBO. (Novela.)

LA MEDIA NARANJA. (Novela.)

CURSILITA. (Novela.)

LA CASA DE LA TROYA

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

LA CASA DE LA TROYA

ESTUDIANTINA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

30.ª EDICIÓN

MADRID
SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11
1922

Imprenta de Juan Pueyo. Luna, 29.—Madrid.

A MIÑA NAI

I

El mayoral, un hombre pequeño y obeso, de profusas y multicolores patillas, salió de la Administración de diligencias con una gran cartera de viaje, que colgó del torno del enorme cocherón, y luego, volviendo a cruzar entre la gente que rodeaba a la *Carrilana*, dió el sacramental grito:

—¡Al coche!

En los grupos que cercaban la diligencia hubo gran revuelo, como dicen los periódicos que ocurre en el Congreso los días de crisis. Los que partían, apresuraron las despedidas y fueron penetrando en el coche resignados a las siete horas de prensa que les aguardaban.

Eran los viajeros, en su mayoría, estudiantes que iban a buscar en las aulas compostelanas la ciencia que había de hacer de ellos, andando el tiempo, quietos boticarios, grandes médicos o pequeños rábulas. Aunque contrariados por el punto final que habían tenido que poner a las alegres vacaciones veraniegas, ninguno estaba triste. Todos disponíanse a continuar, a la sombra de los sillares santiagueses, los días de «troula» del estío.

Ajeno por completo al bullicio de los que iban a ser sus compañeros de estudios, Gerardo dejóse tragar por la estrecha berlina de tres asientos. Nadie había ido a despedirle ni le conocía en La Coruña, donde apenas permaneciera veinticuatro horas, y, sin embargo, sentía tanta tristeza al salir de la risueña ciudad como si allí

hubiese pasado toda la vida. Casi tanta pena como al arrancarse dos días antes de su amado Madrid. El dolor de una doncella a la puerta del claustro donde violentamente la obligan a encerrarse. Sin duda nos sugiere esta comparación la presencia en la berlina de dos Hermanas de la Caridad, que contestaron con un suave «Buenos días nos dé el Señor», al breve saludo del acongojado estudiante. Gerardo se alegró de esta silenciosa compañía que le libraba del enojo de la conversación durante el viaje. Desde que partió de Madrid, la antevíspera, no habían salido de sus labios más palabras que las absolutamente precisas. Hallábase poseído su espíritu por la ira, y rehuía todo trato con la gente, que le era odiosa, aun después que el sedante de las horas, esas magas benéficas, fué convirtiendo poco a poco su furor en una grande y resignada tristeza.

Al dar las doce el reloj de la Administración de diligencias, trepó al elevado pescante el mayoral, a tiempo que el postillón, un descarado rillote, cabalgaba airoso de un salto sobre uno de los caballos delanteros, y la *Carrilana* arrancó violentamente con estrépito de herrajes viejos, rotundidez de tacos y sonora y alegre cascabelería. A Gerardo le pareció que se le escapaba algo de su sér para quedarse en aquel pueblo desconocido. ¡Aquellos rieles del ferrocarril, que desde el alto de Monelos se veían, terminaban en La Bombilla!...

La soleada calle de San Andrés; la bahía, amplia y azul; las leiras feraces de la otra orilla; la linda ría del Burgo; la imponente majestad del Océano; las galerías de la Marina refulgiendo al sol; la torre de Hércules, que se alza casi en el mar como una esperanza o un adiós; el castillo solitario en la ría... todas estas cosas be-

llas, que cruzaron en rápida visión ante la ventanilla de la berlina, fueron despedidas por Gerardo con un sentido suspiro, que no fué dueño de reprimir e hizo a las monjitas levantar la vista de los libros de oraciones que iban leyendo.

—¿Va usted enfermo?—le preguntó la de más edad.

Gerardo agradeció su interés con un cumplido cualquiera y se dejó caer desesperado contra el respaldo del asiento, viendo desarrollarse el divino paisaje con ojos hoscos, que no tuvieron siquiera una mirada de gratitud para el regalo del valle de Barcia, dominado en toda su hermosura por la carretera que se devana montaña arriba en caprichosos zig zags retardando la separación de aquel encanto.

En el Mesón del Viento bajó Gerardo del coche para desentumecer las piernas mientras mudaban el tiro a la diligencia. Los alegres viajeros del «interior» descendieron también y con mucha bulla se metieron en una taberna, toda mugre y moscas, que ofrecía al apetito de los viandantes salchichón antediluviano, mohosas latas de sardinas, pan que fué blanco años atrás, y un delicioso vinillo del Rivero, cuyo aroma, sabor y frescura disimulaba la roña secular de los vasos y tazas en que era servido.

Gerardo no entró. Estuvo paseando por la carretera. Le inspiraban invencible repugnancia las casucas negras de la aldea y la gente sucia y triste, según él, que en ellas entraba y salía. ¿Cómo era posible vivir tras esas piedras habiendo en él mundo adobes y ladrillos, sogas y yeso con que levantar gentiles edificios? Pensando en Herodes, miraba con odio a los chiquillos que pululaban por la carretera descalzos, despeinados y puercos, como

si no hubiese visto el mismo descuido y suciedad en la chiquillería de los barrios bajos madrileños, en la de los medios y hasta en la de los otros más elevados.

Entretanto, los estudiantes pedían cosas en la taberna con mucha seriedad y gran algazara, en unas lenguas ininteligibles.

—¿Espiniquilinguilis, madam?

—¿Alterum nom lœdere salchichonorum?

—¿On trompiliman de la consecans madapolan?

—¿Son ingleses, miña nai? (1)—preguntó a la tabernera una rapaza de doce años.

—Sonche pillos. Abre o ollo. Llama a tu padre, que esta es mala gente, así Dios me salve.

—Es, señora, es. Tenga cuenta con ellos—asintió un joven seminarista, también viajero, que, bondadosamente, prestóse a servir de intérprete entre la vendedora y los compradores.

Cuando el mayoral gritó de nuevo «¡Al coche!» abandonaron todos la taberna precipitadamente, con una algarabía de doscientos mil demonios, y se metieron en la diligencia con gran prisa.

No habían concluído de acomodarse en sus asientos cuando la tarbernera salió a la puerta dando voces.

—¡Mi pan!... ¡Mis chourisos!... ¡Ladrones! ¡Roubáronme o pan e os chourisos!... ¡Ay Manoel!... ¡Manoel!... ¡Ay Manoel!... ¡Corre, que nos roubaron os chourisos!... ¡Aaaay Manoel!...

—¡Ay Manolé!
¡Ay Manolé!..,

pusiéronse a cantar los de la *Carrilana*.

---

(1) Mi madre.

La mujer llegó furiosa, imponente, hasta la portezuela del interior que, en vano, pugnó por abrir.

—Tenga cuenta no se haga mal, que va a arrancar el coche—le advirtió cariñosa y suavemente el seminarista intérprete, que sentábase junto a la ventanilla.

—¡Pillos! ¡Ladrones! ¡Y usted es el peor de todos! ¡Rillote!—le escupió la tabernera.

—¿Quién, yo? ¡Ay, señora; mire lo que habla!

—¡Rillote! ¡Rillote!

—Pero ¿y luego? ¿No le dije a usted que tuviese cuenta? Yo la avisé.

—¡Ay Manoel!—clamó la mujer a un hombre gordo que, en mangas de camisa, apareció por la carretera corriendo, o figurándose que corría—. ¡Anda ligero, que estos pillos roubáronnos o pan e os chourisos!

Manuel entróse en la taberna y volvió a salir en seguida empuñando un pavoroso fungueiro. Inútil el heroico esfuerzo. En aquel mismo punto arrancó la *Carrilana*, y aunque Manuel y su cónyuge intentaron seguirla, no les fué posible y tuvieron que conformarse con insultar a los del coche, acompañados del coro general de vecinos que habían acudido a la algazara.

—¡Estudiantes da fame!

—¡Rillotes!

—¡Estudiantes del hambre!

—¡Famentos!—rugía Manuel agitando la estaca—. ¡Ya os daría yo!...

—¡Que lle den!
¡Que lle den
vertorella!

alejáronse cantando los diablos de la *Carrilana*.

—¿Ti ves?—chilló la tabernera al marido, volviendo contra él toda su ira—. Si estuvieses en casa como es tu obligación... ¡Maldito sea el tute y quien lo trujo, e o demo dos estudiantes famentos, amén Jesús, Dios me perdone!

—Calla, mujer. Qué te llevaron?

—Leváronme dos molletes grandes, ¡así se afoguen con eles!, y más catorce chourisos que tenía aquí colgados.

—¿De los buenos?

—¡Ay hom! ¿y luego iba yo a poner ahí los buenos? Non, home, non. Fueron de los arresidos, los del puerco que murió. ¡Así revienten ellos!

—¡Ay, eso, bien! ¿Y qué te pagaron?

—Diéronme cuarenta y siete reales de doce chiquitas del Rivero, tres jaseosas, dos cervezas, nueve perros gordos de salchichón y una peseta, un real y tres cadelas de pan.

—¡Boh! Pues entonces déjalos ir, que inda ganamos nueve reales.

—Y más, también once; pero si tú no estuvieras jugando al maldito tute en vez de atender a tus obligaciones, no se llevaban los chourisos y el pan, y ganábamos mais.

Entretanto, ajena al conflicto matrimonial que dejaba en la taberna, la *Carrilana* corría carretera adelante, seguida de una nube de chiquillos harapientos y sucios, que trotaban incansables durante una larguísima e inverosímil carrera, porfiando a los viajeros la miseria de una perra chica.

—¡Écheme una cadeliña, señoritiño!—demandaban. Y el coro general apoyaba la petición con un sonso-

mete repetido hasta la saciedad, sin cansarse nunca ni disminuir el andar.

—¡Échela!... ¡Échela!... ¡Échela!...

Y, como no les hicieran caso, tiraron de argumento Aquiles.

—¡Échela, y le canto una copla!

—¡Échela!

—¡Échela!

—¡Échela!

Así un kilómetro, y otro, y otro, y otro...

¡Buenos estaban para coplas los viajeros del interior!

Planteado por el seminarista, había surgido un grave caso de conciencia al procederse al reparto de los chorizos «adquiridos» en la taberna.

—Estos manjares proceden de un robo *¡Allieni sunt!* —había dicho el canónigo en cierne—. Si los coméis, os condenáis.

—Si toséis, toméis.

—Hablo en serio. Estáis obligados a restituir. Es un caso de conciencia.

—¡Eh, mayoral!... Pare usted, que me quiero bajar para un caso de conciencia... ¿Ves? No hace caso. Es imposible. *Ad imposibiliam nemo tenetur.* También en la Universidad tenemos nuestros latines. Nadie está obligado a lo imposible; es así que no hay posibilidad de restituir, ergo...

—¡Niego! ¡Niego! No podéis restituir a la tabernera; pero debéis absteneros de comer los chorizos. Entregadlos a una persona de respetabilidad para que los reparta entre los pobres.

—¿Y esa persona respetable eres tú?

—Puedo serlo. Por mi carácter...

—Por tu carácter te vas a quedar sin probar este riquísimo embutido, porque como tienes tantos escrúpulos...

—¡Alto ahí! que yo me puse a salvo advirtiendo a la tabernera que tuviese cuenta con vosotros.

—Pues a tu advertencia nos acogemos y ella nos salva.

—Sobre que nos puedes absolver de antemano.

—¿Yo?

—O no hay chorizo.

—Entonces... *(cantando).*

Pues perdonado
desde luego, queda usted.
Coro general.—¡Gracias, señor!
—¡Pues a comer!

—¡Demontre, qué brutos somos! ¡Por vida de...!—saltó aquí uno.

—¿Qué pasa?—preguntaron todos.

—Que nos hemos olvidado del vino.

—Pues es verdad.

—¡Maldita sea!

—Sella el labio. Nada de maldiciones. No os apuréis por tan poca cosa, que aquí estoy yo, y conmigo estas tres señoritas—dijo el seminarista sacando de debajo del asiento tres botellas de tostado del Rivero.

—¡Viva!

—¡Bravo!

—¡Viva el creguiño!... Pero oye...—extendiendo una mano alarmada hacia las botellas—. Estas, ¿son también de allí?

—Son.

—Entonces no puedes beber. Trae acá. Es otro caso de conciencia.

—¿Cómo que no? Yo advertí a la tabernera que tuviera cuenta, y de ahí no me saca ningún Padre de la Iglesia. Debió de tenerla; la tuvo... Ergo, como si me las hubiera regalado, que yo no me escondí para cogerlas.

Al llegar a Ordenes, el cielo, encapotado desde poco antes, comenzó a soltar agua; unas leves gotas al principio, que fueron luego, en el resto del camino, fuertes chaparrones a ratos, y pausada llovizna, agüiña de calabobos, otras veces.

—Ya se conoce que nos aproximamos a Santiago de Compostela—murmuró Gerardo levantando el cristal de la ventanilla para sustraerse a aquel horror.

Esto de la lluvia sin tregua cayendo implacable sobre Santiago, que le había dicho un amigo, y lo del aburrimiento y la tristeza, monarcas indestronables de Compostela, que le habían contado en La Coruña, eran todas las noticias que Gerardo tenía de la ciudad, donde, por imperativo e inexorable mandato paterno, iba a permanecer recluído ocho eternos meses peleando con una porción de antipáticos «derechos», que a él teníanle completamente sin cuidado. ¿Por qué el empeño de su padre en que concluyese la carrera? ¿Para qué la quería él? ¿No era rico? ¿Pues entonces?

Los ricos, como decía muchas veces el sentencioso Antoñillo el Gitano que, aunque «tocaor» de guitarra, era un hombre profundo, no deben tener más ocupación que la de gastar para que los pobres vivan.

—La cariá se jase de muchas maneras y una es la de gastar los parneses que Dios ha jecho reondos pa que corran mucho. Como si los persiguieran los seviles. Er

que tié un duro y se lo guarda es un ladrón y un malaje
No podía ser tachado de tal nuestro amigo. Desde que dos años antes, al marchar su padre a París llamado por sus negocios de ingeniería, Gerardo se quedó solo en Madrid para seguir estudiando la carrera de leyes, bajo la descuidada vigilancia de un tío suyo, no hizo más que gastar y divertirse. Sin ser precisamente un vicioso, era «un señorito que se divertía», como llaman a estos tales los profesionales de la juerga que de ellos viven.

Solo, libre, joven y con dinero, Gerardo tendió las alas y voló. Desde la partida de su padre lo hizo todo menos estudiar. La verdad es que entre tanto baile, jira, encerronas, tientas, tientos, etc., etc., apenas si le quedaba el tiempo necesario para cumplir sus deberes de contertulio de las peñas taurinas del Suizo y de las alegres de Fornos, y para hacer por las noches sus visitas a tiples y coristas de la Zarzuela, Eslava y Apolo.

Y como, aun siendo espléndida, la pensión que su padre le pasaba no era suficiente para sostener tal vida de constante juerga, cayó nuestro amigo en las redes de unos bondadosos señores que le facilitaban cantidades con su exorbitante por qué a cuenta de la pingüe herencia materna, de que había de entrar en posesión al año siguiente, al llegar a la mayor edad.

Últimamente, Gerardo se había dejado cazar por la *Mañitas*, una segunda tiple del teatro de Apolo, que acababa de plantarse de un salto entre las estrellas líricocoreográficas de primera magnitud, haciendo con picante desenvoltura el papel de *Mostaza* en «Ultramarinos nacionales», uno de esos engendros en que zurcen un éxito loco cinco o seis decoraciones, dos toneladas de

bombillas eléctricas, diez kilómetros de percalina y mucha piernografía

rellena de algodón.

El muchacho se enamoró de la *Mañitas* como un loco o como un tonto. Estaba «colaíto, colaíto», según el dictamen de la señorita no sé cuántas de la derecha.

—Cómo se ponen los hombres «pa» perderse.

—O «pa» casarse—le arguyó la señorita tantas de la izquierda.

—Es lo mismo—contestó la otra.

Y he aquí que una mañana se presenta en Madrid, sin anunciarse, el padre de Gerardo y le avisa, de modo que no admite réplica, que ha resuelto que en la tarde de este mismo día, 29 de Septiembre, salga para Santiago de Compostela a concluir su carrera en aquella Universidad, elegida al efecto por ser la más apartada de la corte y porque la quietud y la paz de la ciudad de piedra—aseguraba don Juan, entre severo y cariñoso—, sería la mejor medicina para curar a su hijo de todos sus males y convertirle en hombre de bien.

—Con tus calaveradas—agregó—has puesto en peligro la fortuna que te dejó tu madre, que Dios haya, o por lo menos una buena parte de ella. Yo acabo de remediar este daño con mis medios, porque deseo entregártela íntegra el día de tu mayor edad; pero quiero también que, cuando la recibas, seas un hombre formal y no la dilapides neciamente con toreros, mujerzuelas y perdidos.

Ante las palabras de su padre, bajó Gerardo la cabeza, pero prometiéndose regresar a Madrid en seguida. Don Juan, hombre ejecutivo, preparó incontinenti el

viaje y apenas si permitió a su hijo despedirse de un par de amigos que toparon al paso. A uno de éstos encargó el atribulado joven que avisara a la *Mañitas* de lo que le ocurría y la rogase que bajara a la estación para decirle adiós.

Poco antes de partir el correo de Galicia presentóse el amigo recadero en el andén con la noticia de que la *Mañitas* se excusaba de acudir, pretextando que tenía ensayo.

—¿Pero eso es verdad?

—Mira, chico, ¿para qué andar con pamplinas? Yo no sé si tiene ensayo o no; pero acabo de ver en la Cuesta de San Vicente a esa gachí en un milord, camino de la *Bombi*, muy acaramelada con el *Marqués de los Morrones*, el tendero ese tan rico que es socio de la platea de los *Gazapos*, como la llaman las coristas. Mira que está bien puesto, ¿verdad?

—¡La infame!—rugió Gerardo. Y luego, con la experiencia de sus veinte años, agregó, convencido y despectivo: —¡Todas son lo mismo!

¡Ah! Pero aquello no quedaría así. No podía quedar. El tenía su plan. Su padre le acompañaba hasta Venta de Baños, en donde tomaría el expreso para tornar a sus trabajos de París. El quedaríase en Palencia, y en el primer tren que por allí pasase regresaría a Madrid para tomar fiera venganza de aquella mala hembra.

Don Juan debió de adivinarle sus imaginaciones porque, apenas se instalaron en el departamento donde iban solos, atajó los malos pensamientos del muchacho advirtiéndole las precauciones que había tomado para que, en cuanto regresara a Madrid sin su permiso, le detuviesen y condujeran a Santa Rita, el terrible correccional

de jóvenes incorregibles. Después, cambiando de tono, sustituyé la severidad por el cariño, y habló al muchacho dulcemente, como a niño enfermo unas veces, y otras como a hombre serio de cuya hombría de bien se espera más que de todas las amenazas y conminaciones.

Gerardo se dejó vencer, y cuando su padre le pidió, emocionado, palabra de honor de que le obedecería, la otorgó sincero.

Don Juan le estrechó la mano.

—Bien, hijo mío, eso me basta, porque eres un hombre digno, que si has pecado no ha sido por maldad. Ahora te confieso que no hay Policía avisada ni correccional de Santa Rita, ni nada de cuanto te dije para asustarte. A ninguno de estos medios denigrantes he querido apelar, porque tenía la certeza de que habías de obedecerme por buen hijo antes que por otra cosa y darme esa palabra, que estimo yo por todas las escrituras con que los hombres aseguran sus negocios. Tu honor me garantiza el cumplimiento de mis deseos, que son tu bien... Y más que nada me lo afirma tu corazón bueno y leal, que no es culpable... El culpable soy yo, que te dejé solo, abandonado a la inexperiencia y fogosidad de tus pocos años. ¿Me perdonas, hijo mío?

¿Cómo desobedecer?

Y allí estaba, en aquella diligencia, camino de una ciudad que, aun antes de conocerla, odiaba profundamente.

Ahogábase. Pidió permiso a las silenciosas monjitas para abrir la ventanilla que antes cerrara. Hacía allí tanto calor...

El paisaje se le mostró de una tristeza infinita en aquel anochecer lluvioso. Los campos verdes, de un verde triste, estaban solitarios. Las casas del camino,

cerradas, herméticas. La carretera, desierta. Parecía un país abandonado. La niebla iba envolviéndolo todo, borrando los contornos de las casas, tragándoselas. De tarde en tarde cruzábase la diligencia con algún «paisano» que, embutido en su carrik de paja y cubriéndose con un enorme paraguas rojo, cabalgaba en uno de esos pequeños y fuertes caballejos del país que andan en un día todas las leguas del mundo.

Cerró la noche y desapareció todo. Sólo quedó el sarcasmo de los cascabeles y el rechinar de las ruedas y los ejes de la diligencia. Uno de estos carros chillones del país pasó envuelto en la obscuridad, llenando el aire con su chirriar agudo y desagradable. Era como un gemido desesperado que saliese de las entrañas de la tierra.

De pronto pasaron ante la ventanilla del carruaje los faroles encendidos de una calle, luego una ermita, en seguida dos conventos de monjas, uno enfrente de otro, y pocos pasos más allá una pequeña iglesia. Torció la *Carrilana* en una virada rápida y bajó por una calle en cuesta, a cuya conclusión irguióse, cerrando otra rúa breve, el histórico convento de Santo Domingo; poco después cruzó ante el de la Enseñanza; ante el de las Madres Mercedarias en seguida, y un minuto más tarde se detuvo.

Un tropel de gentes con paraguas o embutidas en impermeables se acercó a las portezuelas de la diligencia. Gritaban unos un nombre llamando a los viajeros, invisibles en la obscuridad del carruaje, y voceaban otros ofreciendo a los cuerpos traqueteados el problemático descanso de unos hoteles primitivos.

—¡Fonda Suiza!

—¡Vizcaína!

—¡Carrilana!

—¡La Estrella!

Una porción de mujeres, descalzas de pie y pierna, la falda recogida hasta media pantorrilla, agitando furiosas en las manos el «molido» que habían de colocarse en la cabeza para que no les lastimasen los bultos que condujeran, abalanzóse a los viajeros chillando como desesperadas, ofreciéndoles sus servicios faquinescos y pugnando por arrancarles el equipaje que llevaban a la mano, sin que pudiera impedir el algarero acoso un municipal viejo, que bregaba ruda e inútilmente por reducirlas al orden, cuidando de que no le estropeasen el paraguas que llevaba abierto.

—¡Señorito! ¿Quere que llo leve?—interrogaban a los viajeros, insistentes y pegajosas como moscas.

Gerardo dejóse conducir por un mozo a la fonda que le habían recomendado como la mejor, bajo una lluvia menuda y persistente, sumiéndose en unos soportales obscuros y cruzando unas calles angostas que sólo alumbraban las débiles luces de los escasos comercios que en ellas había.

—¿Cómo no encienden los faroles del alumbrado?—preguntó a su acompañante.

—Es que le hay luna.

Nuestro malhumorado amigo estuvo a punto de estallar creyendo que se burlaban de él; pero el otro se apresuró a explicarle que, según el contrato previsor celebrado con el Ayuntamiento, la Compañía del gas estaba exenta de la obligación de encender los faroles las noches que marcaba luna el candelario.

—¿Aunque llueva como ahora?

—Esto no le es nada. Así caigan chuzos.

¡Valiente poblacho! ¿Y allí habían ido a poner la Universidad? Era una desconsideración, «una mala sangre», según el vocabulario florido de la *Mañitas*. ¿Quién era capaz de estudiar en aquella cueva?... ¡Y habría que ver los habitantes!

En la fonda, un caserón de huéspedes con pretensiones de gran hotel, una criada, descalza, resuelta y picada de viruelas, le guió hasta un cuarto sórdido.

—Quiero otro mejor—dijo el estudiante saliéndose irritado al pasillo—. El mejor que haya.

—¡Ay, señor!—contestó toda admirada la fámula—. ¿Y luego, éste qué tiene? Pues le advierto que aquí le paran viajantes de las mejores Casas y nunca nada le dijeron de los cuartos.

—¿Pero lo hay mejor o no?... Pues si lo hay lo quiero, y si no...

—Haylo, señor, haylo. ¡Jesús, no se ponga así, que no es muerte de hombre!—replicó la moza. Y mirándole con cierta desconfianza añadió, previsora—: Pero le cuesta...

—No he preguntado el precio—cortó secamente Gerardo.

Lleváronle a otra habitación, una salita con alcoba, amueblada con pretensiones, a la moda de cincuenta años atrás, sin gusto ni comodidad. Sin embargo, se la ponderaron mucho. El la aceptó con aquella resignación con que, desde que se despidió de su padre, acababa por someterse a todo, y se dejó caer en el sofá, que gimió al recibir el liviano peso del desesperado estudiante.

Luego, cuando se fueron la doncella y los mozos que le llevaron el equipaje, cerró la puerta y, al sentir esa dolorosa impresión de soledad, abandono y aislamiento

que producen los cuartos fríos y hostiles de las fondas, fuése al balcón, lo abrió y asomóse.

Daba a una calle estrecha y corta. Parecía que la casa de enfrente podía tocarse con sólo alargar el brazo. En realidad no le faltaba mucho. Seguía lloviendo. Una gárgola vomitaba violentamente sobre la calle un enorme chorro de agua, que batía con fuerza en las losas, produciendo un ruido monótono y triste. El reloj de la cercana catedral dejó caer lentas, sonoras y graves ocho campanadas sobre el tedio de la ciudad. Sonó cerca una campanilla, tintineando lúgubremente, y paróse en la esquina un hombretón envuelto en una amplia hopalanda.

—¡Hermanos!—gritó con pavoroso acento—. ¡Recen un Padrenuestro por el alma de Don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad!

Y de más lejos llegó una dolorida voz femenina que lanzaba, con unas cadencias largas y tristes, un pregón que más parecía quejido angustioso:

—¿Queeen queeere ooostraaaaas?...

Gerardo cerró de golpe la vidriera, se arrojó de bruces en la cama y rompió a llorar como un chiquillo.

* * *

Después de cenar ligeramente y solo en un extremo de la larga mesa «redonda», para evitar la vecindad de unos viajantes que alborotaban en el otro, nuestro muchacho sintió el horror de la soledad y la inacción, púsose el impermeable y salió a dar una vuelta. A los pocos pasos encontró una calle con soportales y metióse bajo ellos. Por allí alborotaban algunos estudiantes y pasea-

ban, lentos y graves, unos cuantos señores enchisterados, haciendo tiempo hasta las diez, hora compostelana de la cena.

Gerardo recorrió toda la rúa en cinco minutos, contando los que se detuvo a mirar, sin ver, los escaparates de las platerías, llenos de medallas de santos, rosarios, filigranas y bandejas repujadas, hermosas obras de arte de los delicados orfebres santiagueses, y en comprar una novelucha cualquiera en la librería de un catalán muy hablador, que en vano intentó pegar la hebra con nuestro amigo. Luego metióse en un café, igual a todos los cafés provincianos, con sus divanes desvencijados forrados de terciopelo rojo desvaído, sus espejos sucios cubiertos de gasa rosa y las paredes adornadas con pinturas, de mejor intención que hechos, reproduciendo cuadros conocidísimos de la bohemia estudiantil.

No había entonces más concurrencia en el establecimiento que unos pacíficos y silenciosos jugadores de ajedrez y otros alborotados de dominó, que colocaban sus fichas con estrépito de ajos, dando tan tremendos golpes sobre el mármol de la mesa que se esperaba de un momento a otro verle saltar en doscientos mil pedazos.

—¡Pon ahí un seis!

—¡Una centella que te coma!

—¡Jesús! ¡Toma rodaballo!

—¡Pra quen más queras, filliño...! ¡Dominó!

Los ociosos camareros rodeaban familiarmente a los de la partida, interesados en ella y discutiendo las jugadas; pero Gerardo no tuvo que llamar para que acudiese diligente un mozo de aire resuelto, ojos vivos de mirar socarrón y poblado bigote, que usaron los del oficio en Santiago mucho antes de que sus colegas ma-

drileños decidieran exornar peludamente los respectivos labios superiores.

—Café, ¿no...? ¿Solo?

—Con leche.

—Muy bien. ¿Ron o coñac...? Viene en seguida.

El pensamiento del joven voló hasta Fornos, su Fornos, en donde a aquella hora estarían, como de costumbre, sus amigos disponiéndose a la cotidiana correría nocturna. De lo hondo de su pecho escapóse un suspiro y de nuevo acometiéronle deseos de llorar. Le contuvo la presencia del camarero que trajo el servicio, llenó la taza del estudiante y se quedó en pie junto a la mesa, mirándole.

—¿Qué espera usted?—le dijo Gerardo.

—A que usted me pregunte—contestó desenvuelto el otro—. Usted es forastero, de Madrid; viene ahora por primera vez a Santiago; no conoce aquí a nadie; quiere enterarse de muchas cosas, porque está aburrido, e interroga a Rafael que lo sabe todo.

—Pues Rafael se equivoca—contestó Gerardo con desabrimiento, que corrigió en seguida, al mozo psicólogo conocedor del corazón forastero—. Ni yo deseo hablar, ni enterarme de nada, ni me interesa lo que pueda ocurrir en este pueblo... Pero, ¿por dónde sabe usted que no conozco aquí a nadie, que soy de Madrid...

—...Estudiante de Derecho y que está muy contrariado porque le han hecho venir a Santiago a la fuerza? Pues mire usted, señorito, lo último se lo he conocido en el mal humor con que me ha hablado; lo de ser madrileño, en que toma el café con leche; lo de estudiante de Derecho, en que viste usted elegantemente (los de Medicina y Farmacia no se le preocupan tanto de estas cosas: le

son más descuidados... por regla general, ¿eh? También le estudian más). Y lo otro se le conoce a usted, ¿qué sé yo?, en el aire, en el hablar...

Digamos en honor del perspicaz camarero, que a la hora de la noche en que así hablaba aún no naciera nuestro preclaro amigo el señor Sherlock Holmes, o por lo menos no había llegado a Rafael la participación del natalicio.

—¿Usted ha estado en Madrid?—interrogó Gerardo.

—No, señor; pero un año de estos, antes de llegar a viejo, le he de ir allá a correrla unos días... Y eso que por acá también se le corre... Y más bien...

—¿Aquí?—preguntó el estudiante asombrado.

—¡E logo! Se extraña usted, claro está. A todos les ocurre lo mismo cuando vienen por primera vez. Piensan que en Santiago no es posible divertirse.

—¿Con la lluvia, las calles a obscuras y esta tristeza...?

—Con todo eso, señorito. Tristeza hayla, no se puede negar; agua del cielo también cae abondo; mas para estar alegre basta con que uno tenga alegría. En teniendo el cuerpo contento se ríe uno, así estén las piedras de la Catedral negras de un mes de lluvia... En cuanto a la obscuridad de las calles, hale de parecer muy bien cuando lleve aquí una temporadiña y se arme su choyo con alguna rapaza. Eso de los faroles apagados, e es cosa de un concejal que conocía bien el pueblo y las conveniencias de los hombres; sobre todo de las personas serias.

—¿Y llueve siempre como hoy?

—Mucho más. Lo de hoy no le es nada: un orballo.

—¿Es verdad que dura muchos días el agua?

—¡Ay, le hay veces que se le pasa un mes lloviendo Y algunas, más. Pero non pase pena; los primeros días estará usted mal; luego se acostumbrará usted y...

—¡Nunca!

—¡Boh! Es usted un rapaz y de rapaz se le hace uno pronto a todo.

Comenzaron a llegar estudiantes, que saludaban a Rafael con efusivos apretones de manos, gritos y alborotados ademanes.

—¡Salve, divino Rafael, camarero sin par, Providencia de estudiantes desvalidos!

—Boas noites, Rafaeliño bueno; sirvenos sin miedo que hoy pagamos.

Algunos gritaron al sentarse a los del ajedrez:

—¡Ey, vosotros! ¿Esa partida es la misma que estabais jugando en Junio, cuando nos fuimos?

Otros rodearon a los del dominó, los cuatro jugadores más fuertes de la localidad, mezclando sus voces a las de ellos.

Un hombre viejo, cojo y casi ciego, cubierto con un mugriento sombrero de alas anchas y abrigado con la clásica capa de paja de los paisanos gallegos, entró con un fajo de periódicos bajo el brazo, golpeando el suelo con un temeroso garrote y pregonando con voz aguardentosa:

—*¡El Ciclón! ¡El Café con jotas! ¡La Jaseta de Jalisia!* con los últimos partes de Madrís y de Barselona *¡Las Dominicales del Libre Pensamiento semanal de Madris!...*

—*¡Catropallas!*—le gritaron los estudiantes—. ¡Viva el clero!

—¡Ide a estudiar, granujas! ¡Canalla!

—*Catropallas*, ayer viéronte jugando al tute con tres canónigos.

—¡Meigas fora! E a ti confundironte c' un home. ¡Mira qué cousas!

—Dame *El Siglo Futuro, Catropallas*.

—¡Un rayo que te parta daríate yo! ¡Famento! ¡Sin vergüenza! ¡Carcunda! ¡Viva la niña! *¡Las Dominicales!*

Gerardo compró un periódico local cualquiera; una de esas ingenuas hojitas provincianas, a las que van matando, implacables, los grandes periódicos a la moderna, impresas en abultados caracteres del 9 y del 10, llenas de erratas y mediadas de noticias de la minúscula vida local. «Ayer han sido pintados de verde los bancos de la Alameda.» «Desde mañana la campana gorda de la Catedral dará el toque de ánimas a las ocho de la noche»; gacetillas que tienen para nuestro aburrido madrileñismo un sabor arcáico que nos encanta y hasta nos conmueve evocando figuras familiares del melancólico cuadro pueblerino de nuestra juventud: Los militares retirados, que pasean lentamente por uno de los andenes laterales de la Alameda de los bancos recién pintados, hablando de la injusticia de tales recompensas del año de la Nana; los canónigos, que flamean, orondos, sus sotanas por el andén más soleado y resguardado del viento Norte, charlando de intrigas y favores; los catedráticos, enchisterados y solemnes, discurriendo sobre política por el paseo central, por donde también ambulan, no menos enchisterados y todavía más solemnes, los señores de la Audiencia y el juez, guardando el mismo rigor de puestos que si estuviesen en sala y hablando, como los retirados, de la injusticia

de los ascensos, de intrigas como los canónigos, y de política lo mismo que los catedráticos.

Gerardo desdeñó las noticias locales que no le decían nada y púsose a recorrer los telegramas, enfrascándose en la lectura de unas declaraciones del presidente del Consejo, que no entendió, pero que le interesaron sólo por estar hechas en Madrid.

El café fuese poblando de gritos y carcajadas. Los recién venidos eran llamados de cincuenta sitios para saludarles. De unas a otras mesas cruzábanse preguntas, chistes, bienvenidas, advertencias y pronósticos sobre el año escolar que se había inaugurado solemnemente aquella mañana.

—Dicen que Ramiro está más fiero que nunca.

—¡Boh! Al lado de Varela, una malva.

—El que no vendrá hasta últimos de curso es Maximino. Te va a Madrid de juez de oposiciones.

—¡Maldita sea! ¡También tenemos buena suerte! Inda si se llevasen a Romero... ¿Y quién le sustituye?

—Cagarolas.

—¿Estuviste en el Inferniño?

—¡Ay, ¿y tú te piensas que me voy a estar leyendo la misma novela toda la vida? Hay que variar, santiño. Este año «voy poner» los puntos a la «Roxiña» de los Laureles que me hacía cara el pasado.

A Gerardo molestábale tanto ruido, y llamó al camarero para pagarle.

—Ya sabe usted, señorito, cuando necesite alguna cosa, aquí tiene a Rafael que es bueno como el pan, servicial como él solo y útil para todo.

Al salir, nuestro amigo chocó con un estudiante que

entraba; un sujeto alto, cetrino, de cara redonda, pel rabiosamente rizado y ojillos vivos.

—Usted perdone—dijo el que salía.

—¿Es usted estudiante?—preguntó el que entraba.

—Sí, señor.

—Pues dispensa, chico.

Sin duda el rapaz era muy popular entre sus compañeros, porque desde la puerta oyó Gerardo cómo los del café le recibían con grandes muestras de cariño y alegría.

—¡Madeira! ¡Madeira!—gritaron jubilosos en diez sitios, mientras que en otros diez, y son veinte, pregu ron ahuecando cómicamente la voz—: ¡Madeiriña!, ¿cuándo subes en el globo?

Era una broma que tradicionalmente gastaban al estudiante, quien, algunas veces, enfurruñábase al oirla, sin que ni él ni los otros ni el demonio que la inventó supiesen lo que significaba.

—¿Qué hay, canalla?—contestaba Madeira repartiendo abrazos y apretones de manos—. ¡Rafael!, ¡Rafael! Ven acá, fénix de los camareros, que Madeira trae dinero fresco y va a pagarte. —Enfáticamente: —¿Qué te debo?

—¿Y qué prisa le corre?

—¡Ah!, pues si tú no la tienes, yo tampoco. Lo dejaremos para el año que viene y será más larga la cuenta.

—No me sea tan pronto, ¡hom! Le era un cumplido.

—Pues con el dinero no se debe de andar con finuras. ¿Qué te debo?

—Diez y nueve pesos y más dos pesetas.

—¡Ladrón! ¡Guardias! ¿Os parece? ¡Diez y nueve duros de cafés!

—¡Ay, no, señor. De cafés le son siete duros y ocho reales. Ciento cuarenta y ocho cafés. Lo otro le son sablazos.

—Toma y calla, matemático, que el de la cuenta de la vela era un coitadiño a tu lado. Y ahí tienes esos otros pesos de propina.

—Muchas gracias, señorito Madeira. Y cuando quiera volveremos a empezar.

—¡Mala centella me coma si es después de pasado mañana!

—¿Dónde pára usted este año?

—En la posada de la Troya.

—¿En casa de doña Generosa? ¡Arrenegote demo! Usted era el único que faltaba allí.

Un sereno de andar perezoso, envuelto en un carrik pardo, con el sombrero de anchas alas hundido hasta el cogote y la alabarda bajo el brazo, pasó por la Rúa chocleando los zuecos y cantando la hora con voz tarda y triste:

—¡Ave María Purísima! ¡Las diez y media! ¡Y lloviendo!

Aquella noche soñó Gerardo que se había muerto de tristeza y le llevaban a enterrar procesionalmente por unas calles estrechísimas, pobladas de furiosos jugadores de dominó. Delante del féretro, que era la campana del reloj de la Catedral, marchaban bailando alegremente Rafael y Madeira cogidos del brazo y cobijados bajo un enorme paraguas rojo. De vez en cuando parábanse y daban una gran voz:

—¡Hermanos! ¡Aquí llevamos a don Alonso de Fonseca! ¡Murió de una indigestión de agua!

Y una interminable fila de serenos, que, capitaneada por *Catropallas*, seguía detrás de la campana, contestaba entonando un extraño y tristísimo versículo de un miserere absurdo:

—¿Queeeeen queeeeere oooostraaaas?...



II

Los claustros de la Universidad estaban animadísimos aquella mañana, primera del curso académico. Formando corrillos al pie de las columnas, sentados en los bancos de piedra que hay a lo largo de las paredes o paseando por el claustro o el patio, charlaban alegremente los estudiantes. A la puerta del aula destinada a las clases del primer año agrupábanse, un poco asustados, los novatos, formando peñas por provincias—las viejas amistades del Instituto—observando con cierto envidioso respeto a los escolares de los otros cursos, sobre todo a los de segundo año a quienes tomaban por alumnos de último, según el despectivo aire de superioridad con que los miraban. Los catedráticos eran saludados con cumplidos sombrerazos al pasar camino del cuarto de profesores, donde, hasta que sonaba la hora de ponerse la toga se reunían, según la filiación político-universitaria de cada cual, en grupos que se miraban soslayadamente con recelo.

Sobre Rivas, el bedel, caían infinidad de preguntas a las cuales contestaba secamente, dándose un tono atroz, con el que sin duda quería sostener una superioridad necesaria para conservar el orden, que allí nunca pensó nadie alterar.

A Rivas se dirigió Gerardo cuando, no sin hacerse gran violencia, estuvo dentro de aquel edificio, que, con la prontitud que tenía para definir las cosas a la primera

ojeada, calificó, desde luego, de «feo y antipático caserón negro», no obstante la severa y grata sencillez de su traza al gusto neoclásico, que posteriores, antiestéticas y disparatadas reformas han estropeado. Y todavía causóle peor impresión el claustro, a pesar de la gracia y la elegancia, que no pudo menos de reconocerle. ¡Pero aquellos intercolumnios abiertos a todas las inclemencias del tiempo!...

—¡Claustros de la Universidad madrileña!...

Cierto que, por lo obscuros, angostos y mal olientes, antes parecían pasillo de casa de huéspedes barata que lugar adecuado para recibir el chorrito de ciencia cotidiano que la sabiduría oficial regala a la juventud universitaria; pero al menos allí no entraba la lluvia ni el frío como en estos otros, a la sazón iluminados por la luz triste del sol de Compostela...

¡Vaya, que la alegría, la luz y las modistillas, sobre todo las modistillas, de aquella calle Ancha de San Bernardo!...

¿Y qué decir de la abominación de este patio embaldosado, con el horror de su mitad privada siempre de sol completamente cubierta de verdín, sobre el cual algunos atrevidos diablillos lanzábanse a patinar, haciendo oposiciones a una fractura de huesos, que la bondadosa Providencia dejaba reducida a fuertes culadas, provocadoras de estruendosas risas, gritos y silbidos?

—¿Dónde se dan las clases de quinto año?—preguntó Gerardo al bedel.

—¿Es usted alumno?—interrogó a su vez Rivas, según la costumbre gallega de contestar a una pregunta con otra.

—Sí, señor.

—Y nuevo aquí, ya lo veo—replicó el clarividente funcionario—. Pues para la primera clase llega usted tarde. Andese con ojo, porque don Adolfo no perdona las faltas. Ahora van ustedes a entrar con don Servando allí en el cinco, después con el señor Peña y luego en el cuatro con don Angelito Pintos.

—¿De modo que no hay clase por la tarde?

—No, señor. Aquí no le es costumbre; todas se dan por la mañana. Comienzan a las ocho y a las dos hemos concluído. Los textos puede usted verlos en el «tablón».

Clavado en una columna frente a la puerta de entrada, el tablón de edictos, defendido por una rejilla de alambre de las atrevidas y vengativas manos estudiantiles, tenía delante una porción de inquietas cabezas que impedían ver lo que allí se anunciaba a los que no estaban en primera fila.

Gerardo esperó pacientemente a que se aclarase el grupo. Junto a él hablaban Madeira y un muchachote alto y grueso, de reir fácil y cara alegre, ornada con un incipiente bigotillo castaño.

—¿Qué cuestan en total esos mamotretos?—decía Madeira.

—Sesenta y siete pesetas y media.

—¡Augusto, Augustiño! Si tú, que eres tan bueno y servicial, me dieses palabra de prestarme tus libros cuando te los pidiera en Mayo, te lo agradecería la mar, quedábame con esos trece pesos, que me hacen muchísima falta, y ahora nos iríamos a casa de las *Crechas* a comernos los otros diez reales de costilletas y ostras.

—Non, Madeiriña, non; que luego me los pierdes o los empeñas, como me hiciste el año pasado con el «Pe-

nal» y me veo negro para estudiar a fin de curso. ¿Por qué no os juntáis los de la posada y compráis, entre todos, los libros?

—¡Vai boa! ¿Para que luego le dé por estudiar a ese belitre de Boullosa, se los lleve a su cuarto y no los volvamos a ver más?

—Pero si tú no estudias nunca, ¿para qué quieres los libros?

—¡Ay, no estudiaré; pero me aprueban, que es de lo que se trata.

Augusto ya no le prestaba atención. Había oído preguntar algo al estudiante nuevo, y apresurábase a darle cuantas explicaciones pedía y algunas más. Augusto era un buen muchacho con dos manías: la de ser útil a todo el mundo, y la de hacerse amigo de cuanto forastero llegaba a Santiago apenas pisaba la ciudad y antes de que ninguna otra persona se le acercase. Particularmente tratándose de gente de Quereño para allá, conforme se va a Madrid, el hacer conocimiento con ella constituía para Augusto una imperiosa necesidad, irresistible si el forastero era cortesano.

No pasaba por Compostela cómico, artista, militar o persona de viso de quien el oficioso muchacho no se hiciese amigo en seguida. Así dispúsose a amistar inmediatamente con el estudiante nuevo, en quien su certero instinto adivinó un madrileño; mas Gerardo, después de agradecer las noticias con un cumplido y una cortesía, se fué a pasear solo por el claustro, tratando de distraerse con la lectura de los vítores que sobre las puertas de las aulas proclaman los méritos de algunos hijos ilustres de la Universidad.

—¿Quién es ese «tipo», Augustiño?

—Pues no lo sé todavía, Madeira. Debe de ser compañero nuestro... Pero no tiene nada de «tipo»—contestó el otro, pronto ya a defender al forastero—. Vosotros, es sabido, en cuanto un estudiante viste bien y va limpio, le declaráis «tipo» y lo aisláis, y después sufrís chascos como el que os dió Manolo Casás que, con toda su elegancia y pulcritud y su famoso chaqué ribeteado, resultó más punto que todos vosotros... Pero, ahora que me fijo: ¡si tú vienes también hecho un prodigio de elegancia! ¡Anda, anda! Ni una arruga; ni una mancha; todos los botones... ¡Madeiriña! ¿Cuándo subes en el globo? ¿Qué es eso?

—¡Hombre!, esto es que ya hemos entrado en la formalidad del quinto año y...

—Madeiriña, no mientas. En esa elegancia tuya hay otra cosa.

—¡Caramba!, va a ser necesario contártelo todo... ¡Luisa!

—Es verdad; tu novia de Vigo. ¿Sigues?

—Hasta el final, que va a ser un matrimonio como una casa en cuanto acabe, haga oposiciones a cualquier cosa, y lleve plaza... Y si me apuran, que sí me apurarán, antes, en cuanto me licencie. Es una cosa absurda Madeira enamorado, ¿verdad? ¡Yo, que nunca quise descender a esas tonterías de los noviazgos, que me parecían ridículos!... Bueno, pues Madeira está brutalmente, estúpidamente enamorado. No se lo digas a nadie; pero estoy loco. De estas cosas sólo se puede hablar aquí contigo, Augustiño, porque eres la única persona capaz de oir sin impacientarse el relato de un enamorado... Y es que a ti, grandísimo ladrón, por tu afición a leer novelas te gusta oir estas historias.

—No. Es que me hago cargo y tengo paciencia... También te diré que hay historias de estas que son muy bonitas. Novelas vivas... Pero allá va don Servando camino de clase. Menos mal, que éste nos echará en seguida.

—¡Qué aburridos los primeros días de curso!

—¿Quieres que te confiese una cosa, Madeira? ¡Y los otros!

Entraron en el aula. Don Servando examinaba a los estudiantes, curioso y sonriente, con sus ojos burlones guarecidos tras los quevedos, mientras sus dedos jugaban con la mosca, que daba carácter a su rostro. Por excepción habíase vestido de toga aquel día. Don Servando era un hombre original, un tipo aparte en aquel Claustro de rutinarios y formulistas. Siempre iba a clase embozado gallardamente en su capa, que llevaba con singular gentileza. Tenía dos odios: los convencionalismos y las sentencias del Supremo, y una sola ocupación: burlarse donosamente de cuantos escritores de Derecho caían en sus manos, sin perdonarse a sí propio. Fuera de ahí, y dentro también, era un hombre bonísimo, de mucho saber y autoridad en materia jurídica.

Así que todos los estudiantes estuvieron sentados, don Servando púsose a pasar lista. Gerardo aprovechó el momento para examinar a sus compañeros. El aula, igual a las madrileñas, nada le dijo. Y el examen tampoco. Caras juveniles, con la salud y alegría de los pocos años; algunos hombres formales, que estaban allí un tanto descentrados; vestimentas varias, cuidadas unas y abandonadas otras, y pare usted de contar.

Don Servando ponía de vez en vez un comentario chistoso a los nombres que iba leyendo.

—Baamonde López, don Marcelino... Su tío, el cura de San Fiz de Abeleiras, me ha rogado que le haga a usted estudiar... ¡Bah! Ahora es usted joven. El estudio le es cosa de hombres formales. No se debía ir al Instituto hasta haber cumplido cuarenta y cinco años... Bueno; le diremos a su tío que estudia usted... Y usted no me dejará quedar muy mal.

Cuando llegó a nuestro héroe, «Roquer y Paz (don Gerardo)», todas las miradas volviéronse hacia éste, que, puesto en pie, contestaba a las preguntas del profesor.

—Usted no es de esta Universidad, ¿no? ¿De dónde viene?... Pero siéntese... si no le es comodidad estar de pie.

—He estudiado en Madrid, en Granada y en Valladolid.

—Ha estudiado... Por lo menos le aprobaron. ¡Mucho salto ha dado usted! Yo me alegraré de que le vaya muy bien en esta pecera. Pero, ¡bah!, usted ya sabrá nadar.

Concluyó de pasar lista, limpióse los lentes con el pañuelo, los miró al trasluz, guiñó los ojos, volvióse a enquevedar, carraspeó, se rió y dijo:

—Señores... yo debería pronunciarles a ustedes un discurso florido, como están haciendo a estas horas en toda España mis insignes compañeros de profesorado... pero hace un sol muy hermoso y ustedes están deseando irse a pasear a la Alameda... Y yo también: (*Una pausa; una risita.*) Les he señalado de texto el Rodríguez y Gómez, porque es el menos peor de cuantos se han escrito para el caso, y se han escrito muchos... Pero les voy a dar a ustedes un consejo (*Otra pausa y otra risita*): que no lo estudien. Ustedes, naturalmente, ya

están en ello, mas al oirme se han dicho. «¡Las cosas de don Servando!» Pues no, señor; no son cosas mías. Yo, entre un alumno que venga a examinarse y se quede callado, y otro que me diga muy bien, muy bien el libro de texto, doy sobresaliente a aquél y suspendo a éste... ¿Decía usted algo?—dirigiéndose a Gerardo.

—No, señor; nada.

—Pero lo piensa usted. Y se equivoca. Yo suspendo al uno y apruebo al otro, porque el que no ha estudiado *eso* está en disposición de aprender la asignatura cuando quiera, mientras que el otro se ha metido en la cabeza una de broza jurídica que le imposibilita para saber «Mercantil» en todos los días de su vida. ¡Je, je! Vayan ustedes con Dios. Hasta mañana.

—¿Qué lección traemos? — le preguntó un pelotillero.

—Cualquiera — contestó riendo el pintoresco profesor.

—Le es un pavero este don Servando—dijo Augusto a Roquer, con quien hábilmente emparejó al salir—. Y la mar de bueno. No pregunta nunca la lección y aprueba a todos. ¿Usted es madrileño, verdad? Le somos paisanos.

—¿Usted es también de Madrid?—preguntó Gerardo a quien la razón de paisanaje humanizó un poco—. No se le conoce.

—Sí; se me ha pegado el acento gallego. ¡Le es tan dulce el ladrón! Y, además, llevo en Santiago siete años. Vine a los trece, cuando destinaron aquí a mi padre, de jefe de la zona, al ascender a coronel... Véngase a pasear a la Herradura hasta la hora de la otra clase. Verá qué paseo más hermoso. Y hablaremos de Madrid. Es de-

cir, me hablará usted, porque yo, como salí de allí tan joven, en realidad sólo conozco las calles... Pero le estoy muy enterado de aquella vida, no crea usted... Por los periódicos y las novelas, claro. Yo leo mucho, ¿sabe?

Iban caminando por la angosta calle de la Calderería, a la sazón concurridísima de aldeanas, que llenaban el aire con sus gritos, regateando desde la puerta de los comercios, en una astuta amenaza de marcha, las mercancías que los de dentro les iban rebajando patacón a patacón en una lucha desesperada por la cadeliña.

La impresión angustiosa de estrechez, de ahogo que recibiera Gerardo la víspera en su breve tránsito por la ciudad, acentuábase al cruzar estas rúas, cuyas casas parecía que iban a lanzarse unas contra otras para aplastar al malaventurado transeunte.

Las puertas de los comercios, orladas de chillonas telas y pañuelos de colorines, ante las que siempre había un grupo de paisanas manoseando los géneros, ponían, según Roquer, antes que una nota alegre, una pincelada de dolor en la tristeza ambiente con la ironía gaya de aquellos alborotados pañuelos amarillos, rojos y verdes.

—¿Está usted a gusto aquí?—preguntó Gerardo a su paisano.

—¡Hombre! Yo le estoy deseando volver allá. Aquí, la verdad, me ahogo.

—Lo creo.

—Pero mis padres se encuentran muy a gusto en Santiago.

—¿Son de aquí?

—Mi madre como si lo fuese, porque es de Padrón

un pueblecito precioso que hay a tres leguas de Santiago; pero mi padre, que es el más agarrado a estas piedras, le es madrileño, como yo. ¡Y no hay quien le saque de aquí!

Después, Augusto púsose a contar cosas de la Universidad. Le era una casa especial, patrimonio de unas cuantas familias, como la política. Un padre catedrático, tenía un hijo catedrático también y, por si era poco, un yerno auxiliar. El decano, cuñado del profesor de Hacienda, tenía un sobrino empleado en la secretaría. Y así casi todos. Allí no podía haber profesores de fuera. Augusto ignoraba cómo sucedía, mas era el caso que en seguidita se iban a otra Universidad, y la cátedra acababa por ser para un indígena, las más de las veces hijo, sobrino o nieto de alguien.

Habían llegado a la Herradura, que era y es, gracias a Dios, un delicioso paseo, mirador de una pintoresca serie de bellos panoramas que van desarrollándose, conforme por él se avanza, a manera de variada cinta cinematográfica.

Primero es una calle que se va hundiendo según se eleva el paseo circundando en toda su vuelta la vigorosa robleda de Santa Susana. Luego surge en el fondo del cuadro la ciudad, que extiende, como una araña, sus largas patas por los arrabales. Por cima de todo, con el Ayuntamiento a sus pies, se alzan dominadoras, simbólicas, sobre los demás edificios, como un señor sobre sus vasallos, las airosas torres de la catedral. Al lado, el seminario, con sus cientos de ventanas, ocupando orondamente media ciudad, y junto a él, el convento de franciscanos, escondiendo silenciosa y humildemente en una hondonada la feracidad de su enorme huerta, por

donde pululan unos hábitos pardos que hacen brillar al sol el acero de sus azadones que suben y bajan incesantemente. Más lejos, allá abajo, junto al arroyo, pomposamente nominado río, el enorme cuartel, albergue de cuatro números y un cabo. Aquí y allá, agrupadas alrededor de la catedral, del seminario y del convento, las casas de la ciudad, enjalbegadas algunas de un blanco sucio, mostrando las más la obscuridad de sus sillares Y asomando por todas partes sus campanarios o sus veletas las torres de cien iglesias que difunden por la población el repiqueteo de sus campanas mezclado al estallido de unos cohetes con que todos los días festejan en alguna de ellas a cualquier santo.

Allí estaba la odiosa, envuelta en su manto de tristeza, con sus piedras negruzcas, sus tejados cubiertos de verdín y humeantes de humedad, sus calles angostas y sombrías y el aburrimiento de su minúscula y monótona vida provinciana, sujeta al enojo de mil molestos miramientos e insoportables etiqueterías.

¡Ocho meses! ¡Verse obligado a permanecer allí ocho meses!...

La humildad de los barrios de San Lorenzo y el Carmen de abajo, que se extienden al término de la ciudad entre maizales y robledas, parecióle a Gerardo cobardía. ¿Por qué los miserables que habitaban aquellas casuchas sórdidas no subían viriles y justicieros a arrasar la población, empezando por la Universidad?

Al avanzar por el paseo, cerró el paso a sus miradas ansiosas de más alegres perspectivas, la descarnada mole del cercano monte Pedroso, que se alza agresiva cortando el horizonte, como si la hubieran puesto allí para impedir el vuelo al pensamiento. La irritación de

Gerardo contra la ciudad, contra sus habitantes y contra su sombra negra que allí le había llevado, llegó entonces al colmo... Pero cuando, más adelante, le hizo Augusto sentarse en un banco, y paseó el tedio de sus miradas por la belleza de los campos del camino de Noya, posáronse después sus ojos en la asombrosa huerta del Manicomio de Conjo, siguieron luego una peregrinación de delicias por la carretera de Pontevedra, y más tarde fueron a detenerse en los tupidos pinares del Castiñeiriño, que una mano aleve ha talado no ha mucho, su espíritu serenóse poco a poco, y la ira, que volviera a poseerle, fuése trocando en una mansa melancolía, muy a tono con la del paisaje.

—¡Qué hermoso es todo esto!—exclamó Augusto después de un largo rato de silencio, deleitándose en la contemplación de aquella gloria.

Gerardo confesó de buen grado que, efectivamente, era muy bonito y, por primera vez desde su salida de la Corte, no echó de menos ningún rincón madrileño. Ni las Ventas, ni la Cuesta de las Perdices, ni siquiera el merendero de Juan en la *Bombi* con sus organillos, su gente de pro y sus modistillas bailarinas; pero, siempre nostálgico, preguntó a su acompañante:

—¿Cuál de las carreteras que desde aquí se ven es la de Madrid?

—Ninguna va directamente. Me parece que se llega más pronto por el Hórreo, la carretera de Orense. Yo paseo mucho por ella cuando me entra la morriña de Madrid. ¡Y me doy cada caminata! A lo mejor ando una legua. Ya ve usted, con mi humanidad... Pero voy a gusto porque me parece que así me acerco a mi pueblo. Lo malo es la vuelta. El cansancio, naturalmente. Y

más que el cansancio, la rabia de no poder seguir. ¿Quiere usted que paseemos por allí esta tarde?

—No. Perdóneme usted... Yo le agradezco mucho sus atenciones; pero mi estado de ánimo hace de mí un mal compañero. Cuando me haya sosegado, seguramente seremos muy buenos amigos. Ahora no soy dueño de mí. Me siento invadido por una profunda tristeza. Deseo estar solo. Me he dejado en Madrid la vida.

—¡Caramba! amigo mío, si lo mejor para combatir la tristeza es la gente. Pero ¡bah! eso le es cosa de los primeros días. A todos los que vienen a Santiago por primera vez les ocurre lo mismo. Luego ya verá usted cómo acaba por acostumbrarse. Después de todo, sabiendo arreglárselas, aquí no se le pasa del todo mal.

¿También éste? Eso les sucedería a ellos, espíritus vulgares que sólo habían visto el mundo en los panoramas, ¡pero él, que había gozado la vida en las delicias del Capua que se extiende entre Carabanchel y Canillejas?...

Madeira pasó bromeando con unos compañeros.

—¡Eh! ¡Augusto, Roquer!—gritó a los del banco.—¡A clase! Que es la hora de Peña.

Encamináronse al caserón negro, como le llamaba Gerardo. Por el camino, Augusto preguntó a su nuevo amigo por las cosas y personas de mayor circulación en los periódicos madrileños. Echegaray, ¿eh?, Cánovas del Castillo ¿eh?, la Montes, Gayarre ¿eh?, Moreno Nieto, Zorrilla ¿eh?, Palacio Valdés ¿eh?, don Pedro Antonio Alarcón ¿eh?, Calvo, Vico, Pérez Galdós ¿eh?, el Emperador del Brasil, Eusebio Blasco ¿eh?, *Lagartijo*, Sagasta ¿eh?, el Congreso... Mas ¡oh! des-

encanto! Aparte la tiple, los actores y el torero, apenas si conocía Gerardo de vista a alguno de los otros. A Cánovas y Sagasta, ni de eso. Sabía vagamente que de vez en cuando era uno de ellos el presidente del Consejo, y nada más.

—¿Pero, y luego, qué hacía usted en Madrid?

—Divertirme.

Al llegar a la Universidad encontraron a los estudiantes en la puerta. Sentados unos en la escalinata, encaramados otros a las pequeñas pirámides que ornaban la escalera, y en pie los demás dirigíanse todos con gran bulla, aplaudiendo y gritando, a un escolar de mínima estatura que estaba a la cabeza de un grupo de rapaces en uno de los vanos que flanquean la puerta del despacho de sabiduría.

—¡Otra vez, Nietiño! ¡Anda, Nietiño!—le gritaban.

Algunos muchachos vinieron hacia Augusto.

—¿No sabes? Ese pavero de Nietiño ha sacado una canción muy graciosa y la han cantado esos. ¡Te es un volante!

—Sí, ya sé. Me la ha enseñado anoche. Voy allá. Con su permiso, Roquer.

Subió ligero a mezclarse con los del vano, y alzando con ellos su hermosa voz de tenor cantaron, dirigidos por Nietiño, entre el ruidoso regocijo de la facultad y las risotadas de las muchachas que se asomaban gozosas a las ventanas de las casas vecinas, una musiquita arbitraria al servicio de una letra absurda. Primero, piano, piano, unos compases lánguidos que prometían una canción sentimental, y de pronto una explosión:

—Tres perros grandes
componen un real
y un perro chico...
Para tres chiquitas
capital
capital
capital
Capital bonito...

Todos los estudiantes repitieron a coro:

—Tres perros grandes...
componen un real
y un perro chico...

a tiempo que Rivas, el bedel, aparecía en la puerta de la Universidad y se desgañitaba gritando sin que nadie le hiciese caso:

—¡Señores, a clase! ¡Que están esperando los profesores!... ¡Señores!... ¡Los profesores! ¡A clase!... ¡Señores!... ¡Ay, vayan o demo!

Y metióse para dentro tarareando:

Tres perros grandes...



III

Al tercer día de curso Gerardo dejó de asistir a la Universidad. Sus murrias iban en aumento. Huía de la gente. Levantábase al medio día, y a veces más tarde. Comía solo en su cuarto. Se iba en seguida al café del Siglo, donde apuraba su taza de achicorias leyendo los periódicos de Madrid, y, antes de que comenzasen a llegar los estudiantes, marchábase de paseo.

—Hace usted mal en escapar así de la gente, don Gerardo—decíale Rafael—. Acabará por caer enfermo.

Mas el estudiante no le hacía caso y se iba a pasear por el Hórreo. Placíale la soledad de aquella carretera, en donde no encontraba más que aldeanos, que le saludaban respetuosamente, con la tradicional cortesía gallega.

—Buenas tardes le dea Dios y la Virgen.

Generalmente llegaba hasta Santa Lucía o más lejos. Se había hecho un formidable andarín. Desde que volvía la espalda a Santiago, su espíritu serenábase y descansaba en la muelle blandura de aquellos campos siempre verdes. Al regreso acostumbraba a sentarse en un pretil del puente Pedriña, no tanto para dar a sus piernas descanso como para retrasar su entrada en la ciudad, que cada vez antojábasele más odiosa.

Sentía un ansia enorme de Madrid; de todo Madrid, sin particularizar preferencias. Anhelaba imperiosamente encontrarse en él. Esto era todo. Lo demás, ciudad, amigos, diversiones, hasta la misma *Mañitas*, cuyo re-

cuerdo era en otros momentos una herida manando sangre, ofrecíanselc al deseo juntos en confusa indeterminación.

Por las noches encerrábase el estudiante en su cuarto y se daba unos tremendos atracones de lectura hasta la madrugada. El librero Galí había encontrado en él un excelente comprador de todas las madrileñerías que llegaban a su tienda en forma de novelas, periódicos satíricos y taurinos, romances de chulería y otras manifestaciones, más o menos literarias, de análoga índole, leña echada al fuego de la desesperación del malaventurado rapaz.

Una noche, después de cenar, ocurriósele a Gerardo escribir a sus amigos cortesanos contándoles sus cuitas; pero, ya ante el papel y con la pluma en el aire, detúvole una tremenda duda. ¿A quién dirigir la carta? Y después de revistar bien a todos sus compañeros de vivir alegre, vino a encontrar que no encontró ninguno con corazón para comprenderle y no reirse con el cuento de sus desdichas.

Por aquellos días experimentó otra contrariedad. Una tarde hallóse con que otras personas usufructuaban también su carretera. Primero fué un hombre joven como de treinta y tantos años, de aspecto señoril, buena estatura, barba negra y cierto descuido, aunque no suciedad en el vestir, que caminaba despreocupado de todo, con los ojos en las nubes, como un soñador, y a quien, a la vuelta, solía encontrar borracho perdido, dando traspiés y cantando invariablemente, con voz ronca pero con buen estilo, la frase incitante con que en la ópera de Massenet vence Manon, en San Sulpicio, la resistencia del caballero Des Grieux:

La tua non e la mano che mi tocca...?

Además del soñador, dió en pasear por el Hórreo un caballero de avanzada edad y militar aspecto, poblado bigote y larga perilla blancos, que se apoyaba en el brazo de una gentil señorita de porte distinguido, alta, esbelta, de profusa cabellera de color castaño, cara redonda y sonrosada como una Virgen de Rafael, divina boca de finos labios y nacarinos dientes, nariz aguileña, y grandes, dulces y extraños ojos dorados, a la cual Gerardo, con aquel su enjuiciar rápido y seguro, calificó desdeñosamente desde el primer momento de antipática, y, ¡ay!, para no ocultar nada, ¡de cursi! Todo lo peor que se puede decir de una mujer sin faltar a aquellos respetos que un hombre digno debe a las personas del otro sexo.

El viejo y la joven, padre e hija indudablemente, vestían de luto, que la muchacha había comenzado a aliviar con algunos adornos blancos en el traje y sombrero.

La primera tarde que los vió Gerardo vinieron a sentarse frente a él en el Puente Pedriña. Al anciano placíale el paisaje que cierra el viaducto de Cornes y pasábase largo rato señalando a su hija las bellezas del vallecillo que cantó la divina Rosalía.

Antr'as pedras, alelixes;
antr'os toxos, campanillas;
por antr'os musgos, violas;
regos por antr'as curtiñas.
Río abaixo está o muiño.

. . . .

Río arriba ou río abaixo
todo e calma n'a campía.

A Gerardo le molestó extraordinariamente la presencia de los nuevos paseantes y, al encontrarlos, apresuraba el paso para perderlos pronto de vista. Singularmente el caballero y la señorita le crispaban los nervios.

Cierta tarde en que el madrileño, más triste que de ordinario, hallábase sin ganas de andar, sentóse en el pretil, abismado en sus pensamientos. Tan abstraído que no vió sentados en su sitio de costumbre al anciano y a la señorita antipática, ni se hubiese enterado de su presencia a no despertarle de sus cavilaciones la plañidera voz de una mendiga vieja, toda pingajos, la falda a media pierna, un lío de harapos en la cabeza y un palo en la mano, que le pedía limosna con una canturia insistente.

—Señoritiño: Una limosniña... Deame un ochaviño po la yalma d' os seus difuntiños.

—Dios la ampare—contestóle con acritud el estudiante.

—¡Señoritiño!: Hágame un bien de caridad, p'o la yalma d' os seus difuntos.

—¡Perdone!

—Mire que lle pido con moita necesidad. Nunca se vexa com' eu me vexo.

Gerardo volvió la cabeza sin responder. Entonces el gitano que hay en esta raza viril y astuta, humilde y altiva, resignada y acometedora, surgió en la mendiga que, cambiando de tono y mirando alternativamente a la señorita y al rapaz, pidió socarrona:

—Pois logo deamo p'o los ollos meigos de esa rosiña.—Volviéndose hacia la muchacha—: ¡Mírela, señor! ¡Mismo ll'é bonita com' unha salida de sol! ¡Ten cariña de recén casada!... Socórrame por ela, que hei pidirlle a

Nosa Señora d' a Esclavitude que lles dea moita ventura... ¡Mire que parexiña fan...! ¡Ande, señor! Deame un can, p'o la dicha de esa pombiña (1) branca com' a neve y roxiña com' aquelas nubes que vanse por alí c'o sol, que ll'é guapa e boa e han de ser vostedes moi felices... ¿E logo! ¿unha rapaciña tan bonita non val unha limosniña, anque solo sea un can jordo, pra velliña que non o pode janar?

Gerardo era, sobre todas las cosas, un muchacho galante y cortés a quien la vida de juerga no había hecho olvidar su condición señoril. Socorrió con largueza a la pedigüeña, en atención a la valedora que invocaba y, por un movimiento natural, miró a la joven y vió, o se figuró ver, que enrojecía, a tiempo que el padre fulminaba a la mendiga una terrible mirada que cortó el viaje que hacia aquel puerto emprendía la pícara con ánimo, sin duda, de repetir la suerte.

Poco después, Gerardo levantóse, y, sin preocuparse de sus vecinos de pretil, tomó cuesta del Castiñeiriño arriba y alejóse maldiciendo a la mendiga. ¡Era lo único que le faltaba: que también le quisieran casar allí. .! ¡Para gallegas estaba su cuerpo!

Este incidente elevó su mal humor al máximo grado, y cuando, por la noche, entró en la fonda era cosa resuelta en su ánimo no volver a pisar la calle hasta que se muriese o le sacasen de la tediosa ciudad donde la vida era tan triste, las muchachas tan antipáticas y las mendigas tan entremetidas e impertinentes.

¡Mire usted que casarse él! ¡¡Y con una gallega!! ¡¡¡Y con una gallega de Santiago...!!!

(1) Palomita.

Dejóse caer desesperado en un sillón y se puso a hojear unas ilustraciones que acababa de enviarle Galí. De pronto, en una de ellas presentósele la *Mañitas* en un magnífico retrato en color y a plana doble, en el cual la traidora aparecía vestida... Bueno, llamar vestido a aquello es el colmo del eufemismo; pero como de algún modo han de designarse las tres cuartas de tela empleadas en la confección del traje que lucía la tiple, en vestido lo dejaremos. La *Mañitas* mostrábase allí en toda su incitante belleza. Toda. No recataba más que lo absolutamente necesario para que el fiscal no impidiese la circulación del periódico.

—¡Qué hembra! ¡Aquello, aquello era una mujer y no la señoritinga del Hórreo!—blasfemó el cuitado.

De lo más profundo de su corazón sintió que le subía a la garganta algo que le ahogaba, y rompió en sollozos.

—¡Charito!—gimió con voz dolorida, clavando en la *Mañitas* sus ojos suplicantes, que luego, de pronto, fulguraron de odio y de ira.

Y con el ímpetu y la vehemencia que ponía en todas sus cosas, levantóse lívido, cogió el puntiagudo estilete que le servía de cortapapeles, armó con él su mano, la alzó iracundo, la hizo caer violenta y vengativa... y la traidora *Mañitas* quedó atravesada de parte a parte, clavada en la mesa por el opulento pecho.

Luego el asesino, con esa calma feroz de los grandes criminales, requirió unas tijeras y fué, rencoroso y sañudo, cortando la linda cara y el cuerpo incitante de la ingrata en pedacitos tan diminutos, tan diminutos que si llega a descubrir el suceso la justicia se hubiera visto negra zaina para identificar el cadáver.

Consumado el asesinato, acostóse Gerardo sin cenar. Pasó la noche y el siguiente día en el lecho, febril. Al otro amaneció limpio de fiebre, mas en tal estado de abatimiento que no quiso salir a la calle. Sentóse en una butaca, de espaldas al balcón, y se dispuso a pasarse allí la vida gimiendo y fumando.

Pero a media tarde sonaron unos nudillos enérgicos en la puerta y, antes de que el desconsolado estudiante tuviese tiempo de contestar, abrióse aquélla, dejando paso a Augusto Armero, quien se detuvo un momento haciéndose cargo y en seguida avanzó risueño, resuelto e imperativo, tendiendo cordialmente la mano al triste.

—¿Qué rayos es esto, vamos a ver? Voy al Siglo esta tarde; me dice Rafael que ha sabido por un mozo de la fonda que está usted malo: me dejo el café a medio tomar para venir corriendo a cuidarle, porque aquí tenemos compañerismo; llego echando el bofe, pregunto abajo, y salimos con que el caballero tiene una morriña que se cae y ha resuelto encerrarse para no ver a nadie y morirse de pena a los veinte años, que digo yo que tendrá usted. Pues ¡ea! esto se acabó. ¡No faltaba más! ¡Aquí no se muere nadie! Es una cosa muy molesta eso de andar escotando a mediados de mes para orquesta de miserere y corona fúnebre con inscripción sentimental en las cintas: «A Gerardo Roquer, que murió de aburrimiento, sus compañeros desconsolados.» ¡Arriba, arriba! Mire usted qué día más hermoso hace—abriendo de par en par las vidrieras para dar entrada a unos amables rayos de sol—. ¡A la calle!

—No, no. No salgo—contestó Gerardo; agradecido al afecto e interés que le mostraba el oficioso muchacho—. No quiero ver a nadie.

—¿Cómo que no? ¡A todo el mundo! ¿Usted sabe lo que hacen en América con los gallegos emigrados cuando se ponen malos y les entra la morriña? Pues les hacen oir la gaita y les cantan canciones gallegas para alegrarlos. Y dicen que hasta acaban por bailar. Yo no puedo ponerme a tocar ahora la gaita para que usted baile, entre otras razones, porque no sé; pero, si hace falta, aprendo.

Gerardo estrechó efusivamente la mano del alegre y cariñoso rapaz.

—Gracias, no insista usted. No salgo.

—Sí; sale usted porque le hace falta. Usted está enfermo y no tiene aquí familia que le cuide. Bueno, pues yo la represento. Usted necesita medicina de aire, de sol, de conversación y movimiento, y yo vengo a administrársela mandándole que salga a pasear ahora mismo de parte de su padre o de su madre.

—No tengo madre.

—¿No? Pues de parte de su madre. Ande; niéguese ahora a tomar la medicina.

Todavía resistió, aunque débilmente el abatido joven; pero, al fin (¿quién podía con aquel demontre de terco?), sometióse contrariado, aunque muy agradecido al interés de Augusto, y así se lo dijo, elogiando su bondad de corazón.

—¡Ca!, no lo crea usted. Esto no vale nada. Como no tiene usted aquí otro amigo... Pero si tuviese más, todos hubiesen venido a verle. En Santiago, los estudiantes tenemos mucho compañerismo y, en cuanto cualquiera está enfermo o tiene necesidad de nosotros, acudimos a él los amigos.

Gerardo comenzó a vestirse lentamente.

—¡Deprisa, deprisa, que no le van a hacer a usted nada en la calle! ¡Hombre!; se me ocurre una idea. Le voy a quitar a usted la morriña con un piano, que, en este caso, puede sustituir muy bien a la gaita. Le presentaré a usted a unas rapazas muy guapas...

—No, eso no. Bastante es salir de paseo. Iremos por donde usted quiera... menos por la carretera del Hórreo.

—Bueno; iremos por el Camino Nuevo, que es ahora, en invierno, el paseo de moda. Por el Hórreo sólo pasea la gente de luto. Si están en el balcón, va usted a ver en las Casas de Tras del Pilar unas muchachas divinas. A usted lo que le hace falta es una novia... ¡Caramba: cuánto libro tiene usted!... Me ha de prestar estas novelas, ¿eh? Las que no he leído, ¿sabe?

—Se las regalo a usted todas.

—Pues piense lo que quiera, pero acepto sin hacerme rogar, porque un libro es para mí el mejor regalo. ¿Y estos periódicos ilustrados, también me los puedo llevar?

—Todo.

—Chico, eres un gran rapaz. ¡Choca esos cinco!

En la puerta de la fonda encontraron a Rafael, que venía a visitar al enfermo, aprovechando un momento de poca concurrencia en el café.

—No sabe cuánto me alegro de encontrarle así. Lo que usted necesita, señorito Roquer, aunque diga que no, le es compañía; salir de la fonda e irse a vivir a una posada.

—¡Una posada?

—Llaman aquí posadas a las casas de huéspedes—le explicó Augusto—. Rafael tiene mucha razón. En la fon-

da, y aislado nunca desecharás esa tristeza que te consume y puede costarte la salud, mientras que en una posada, más distraído, concluirás por recobrar el buen humor.

Entre lo que le dijeron por la tarde el estudiante y el camarero, y lo que por la noche le predicó Augusto, que no se separó de él hasta dejarle en casita... y llevarse de paso, en un abultado paquete, la mayor parte de su biblioteca, Gerardo, que estaba en un afortunado momento de debilidad, dejóse convencer y quedó resuelta su traslación a una posada buena, que Rafael encargóse de buscar.

Todavía el estudiante, desconfiado por la incomodidad y sordidez de la fonda, opuso una última objeción. ¿No estaría peor en una casa de huéspedes?

—Por lo que paga usted en la fonda, y aun por menos, le tienen como a un príncipe en la mejor posada.

A la otra tarde les notificó el activo camarero que había encontrado un magnífico alojamiento. Una gran sala con una gran alcoba y una gran ventana, solo para el estudiante. ¡Y una peseta más barato que en la fonda!

—¿En dónde?—quiso saber Augusto.

—En la Troya, en casa de doña Generosa Carollo.

—¿En la casa de la Troya? ¡Vai boa!—y el obeso rapaz púsose a reir con todas sus ganas—. ¡Rafaeliño, mismo eres o demo!

—¿Y luego, no le tengo razón?

—Tienes, hombre, tienes. Es la posada que hace falta. Figúrate, Gerardo, que viven allí los puntos más traviesos de la Universidad. Verdaderos estudiantes de la tuna, ¿sabes? Todos rapaces de buenas familias, no vayas a creer; pero unos paveros, siempre dispuestos a

divertirse y a jugársela al Sol. Ya verás. ¡Te hay cada volante!...

—Y además, que doña Generosa le trata muy bien a sus huéspedes. Como que el que entra en su casa, allí acaba la carrera. ¡Le tiene unas manos para las natillas y los callos!...

—¿Y por qué la llaman la *Troya?*

—La Troya no es la patrona, como te figuras, sino la calle donde está la casa. Aquí tenemos una afición loca a la elipsis, y cuando se trata de nombrar cualquier vía de la ciudad abreviamos usando simplemente su nombre: La Troya, la Azabachería, el Preguntoiro, por la calle de la Troya, la calle de la Azabachería, la calle del Preguntoiro. Como tenemos tan poco que hacer y las distancias son tan cortas, pues... para acortar camino y que nos quede tiempo para todo.

La habitación gustóle a Gerardo, aunque no estaba puesta con lujo ni mucho menos (de gusto no hay que hablar), porque tenía un algo amable que la hacía simpática contrastando con la hosquedad de la fonda. Y todavía, más que la habitación, agradóle al madrileño la patrona, una entre señora y mujer, como de sesenta años, que sin duda había sido guapa y se conservaba fuerte.

Doña Generosa—y perdonen los rutinarios si esta patrona no se acomoda al uso y costumbre de sequedad, desabrimiento, mal corazón y peores modos, establecido de luengos años como regla absoluta para las posaderas teatrales y romancescas—, doña Generosa, digo, era simpática, vestía hábito del Carmen, se peinaba en bandós, calzaba unas silenciosas zapatillas de orillo y era cariñosa sin oficiosidades ni exageraciones. Gerardo

experimentó en aquel cuarto una sensación de intimidad familiar que hacía tiempo no había gozado.

—¿Luego le agradó?—preguntóle Rafael cuando salieron.

—Sí. Faltan algunas cosas para que resulte habitable; pero yo las compraré ahora, y mañana al medio día tomaré posesión de mi nuevo alojamiento.

—Es domingo.

—¿Y qué más da?

• • •

Antes de dejarle instalado en su nueva casa, quieras que no, Augusto paseó a Gerardo por la ciudad durante toda la mañana.

Se empeñó en que oyese en la Catedral el antiguo y típico «canto de las chirimías», la música primitiva e ingenua que acompaña a la procesión mitrada, que los días de fiesta mayor recorre las naves del templo, presidida por el arzobispo, de pontifical, y las seis dignidades con mitra. Hízole admirar el gigantesco botafumeiro, y le recitó ¿cómo no? los famosos versos—«de Víctor Hugo, ¿sabes?»:

Tiene un santo Compostela
y el rey de los incensarios,
que de nave a nave vuela.

Le enseñó luego los cuatro magníficos edificios de la famosa plaza del Hospital, que todavía no había proyectado estropear el mal gusto de acuerdo con el poco interés y la menor estimación en que se tienen las joyas compostelanas. Dieron una vuelta por la Herradura y dos por la Rúa y, al medio día, rendidos por el largo

paseo, pero de buen humor, fueron, acompañados por el servicial Rafael, a la casa de la Troya.

Tuvieron que llamar varias veces para que les oyesen, porque había dentro un alboroto de doscientos mil demonios, o de media docena de estudiantes, que viene a ser lo mismo con algunos tantos a favor de la mayor potencia ruidosa estudiantil.

Desde el segundo piso preguntó la criada, que abrió la puerta tirando de la cuerda del pestillo que subía por el vano de la escalera:

—¿Quién es?

—El señorito nuevo—respondió Rafael.

—Voy allá—se oyó a doña Generosa.

—Yo me marcho—dijo el camarero—. Muchas felicidades, don Gerardo; don Augusto, hasta luego.

—¿Pero, y eso?—interrogó el último.

—Que no quiero que me vean, porque me van a pedir dinero y hoy no lo tengo. Cuando alborotan así, es que no le háy un cuarto en toda la casa.

—¡Abajo Samoeiro! ¡Mueran los «ostrógodos»!—gritaron en el segundo piso los huéspedes de doña Generosa.

—¡Demonio!—exclamó Rafael, apresurando la despedida—. Andan a vueltas con Samoeiro. Esto está peor de lo que yo pensaba. ¡Adiós, señores, adiós!

Y el discreto mozo marchóse ligero calle adelante, pegadito a la pared para disimularse.

Doña Generosa acudió solícita a recibir a los recién llegados.

—Aquí siempre le hay buen humor—dijo a Gerardo para explicarle la bulla—. Pero todos son buenos chicos, ¡Jesús María! Y cuando hay un enfermo en casa, que

nunca le hay, gracias a Dios, no se les oye ni respirar. Siempre le están de broma. Al pobre don Jesús Samoeiro le traen frito; pero él es de muy buena pasta y no se le incomoda. ¿Pues y cuando la tomaron con el señor de ahí enfrente, que es algo raro, porque fué a quejarse de que alborotaban al jefe de los municipales? Llegó a tomarles miedo, y ellos, los muy bromistas, le reglamentaron las horas de salir al balcón, y le estaban siempre: «¡Don Egidio, que se ha retrasado usted dos minutos en asomarse!»; o «Que ya pasan cinco minutos de la hora, ¡retírese!» ¡Pobre señor! Hasta que le dije yo que no les hiciera caso.

Doña Generosa siguió contando diabluras de sus huéspedes con maternal complacencia, hasta que se hizo cargo de que la reclamaban en la cocina.

—¿Quiere caldiño o sopa?—preguntó, desde la puerta, al nuevo huésped.

—Caldiño—contestó Augusto antes de que Gerardo, pudiese responder—. Caldiño. La aclimatación hase de hacer en todo regla. Además, yo te declaro, por mi fe de madrileño tragón, que esta del caldo te es una de las mayores bellezas de Galicia.

—Pues vaya por el caldiño. ¿Quién es ese Samoeiro, contra el que gritan las fieras que van a ser mis vecinos?

—Un tipo la mar de célebre, compañero nuestro. Un buen muchacho que tiene cosas notabilísimas. Le da por vestir y se hace siempre los trajes a la última y exageradísimos; pero los lleva muy mal y además llenos de manchas. Es muy enamoradizo, y ha recibido calabazas de casi todas las chicas de Santiago y de todas las forasteras que por aquí han pasado, sin que por eso escarmiente. Siempre le verás rondando la calle a alguna.

—¿Y qué tiene que ver con los señores ostrogodos?

—Es que un día en clase de Historia habló de los «ostrógodos», Yo, que estaba a su lado, le corregí en voz baja: «Ostrogodos, ostrogodos», y él se volvió a mí muy serio, diciéndome en voz alta enfáticamente, con aire de suficiencia y como quien está bien enterado: «Ostrógodos, ostrógodos». «Eso de ostrógodos, lo será usted»—le dijo el catedrático, que es un guasón, y desde entonces en *Ostrógodo* se ha quedado Samoeiro—. Y adiós, que tengo mucho que hacer.

—Quédate a comer.

—¿Y mi novia, ¡desventurado de mí!, que hace dos días que no la veo? Voy a esperarla a la salida de la misa de doce y cuarto en la Catedral. Comenzaremos a reñir a la una, y a la noche haremos las paces. Es la costumbre. Adiós.

En la puerta del comedor, detúvose Gerardo entre curioso y asombrado. Seis o siete estudiantes tenían acorralado a otro rapaz, que era el único vestido de una manera admisible. Los demás... Uno llevaba un impermeable viejo, de esos de esclavina, que le arrastraba; otro metía su cuerpo en un gabán de verano, de aquellos cortitos que ridiculizaron tantas veces los caricaturistas de la época, y lucía sus piernas embutidas en unos calzoncillos listados de rosa y azul, realmente asesinos. Los restantes envolvíanse en las colchas de las camas, cual a manera de capuchón, como los chiquillos en carnaval, quien airosamente terciada, como toga romana o manteo estudiantil, y tal liada al cuerpo, como se envuelven en los mantones de Manila las bellezas más o menos problemáticas que se exhiben en las postales.

—¡Samoeiro, *Ostrógodo* indigno! — gritaba uno—. ¡Cede o te declaramos enemigo de la patria!

—¡Enemigo nuestro! ¡La patria somos nosotros!

—L'Etac, c'est moi—añadió Madeira que ejercía el monopolio de las citas en francés popular.

—«Dejarme», que no tengo ganas de broma—rogaba Samoeiro.

—No es broma. La patria está en peligro; la patria necesita de ti, la patria te reclama, hijo ilustre de la Puebla de Brollón.

—¡Vengan mis botas!—exigía corajudo Samoeiro.

—¡Daca el traje y el peso!

—¡Doña Generosa!

—No llames en tu auxilio a una mujer, ¡cobarde!

—¡Doña Generosa!

Acudió la patrona.

—¿Qué ocurre?

—¡A la mesa,
a la mesa,
a la mesa!

—cantaron a voz en grito los estudiantes para impedir que se oyeran las quejas del *Ostrógodo*.

—¡Pero que siempre han de estar ustedes a vueltas con el pobre señorito Samoeiro! ¿Cuándo van a ser buenos con él?

—Que lo sea él con nosotros, doña Generosa.

—Bien; pues ahora repórtense, que hay aquí un compañero nuevo—y les mostró a Gerardo.

—¡Ah! ¿El señor Roquer y Paz, don Gerardo, viene a vivir a esta santa casa?—dijo Madeira, que era el del ga-

bán corto—. Pues sea bien venido. Aquí perderá ese aire de *moucho* (1) que tanto le afea.

Sentáronse todos a la mesa. Una criada trajo una humeante sopera rebosando sabroso caldo gallego. Entonces Casimiro Barcala, uno de los rapaces más ingeniosos y el más bigotudo de la Universidad, natural de Túy y poeta, dirigiéndose a Gerardo, le habló así en tono campanudo y declamatorio:

—Es necesario que sepáis, excelentísimo señor Duque, ya que habéis tenido la buena suerte de caer en este nido de águilas, la causa del tumulto que os ha asombrado cuando entrasteis. ¡Hela ahí! ¡Samoeiro! ¡El imbécil Samoeiro! ¡El malsín de Samoeiro!

—«¡Haz favor» de no indisponerme con el señor, ni ponerme motes, que luego le quedan a uno!—interrumpió el aludido.

—¡Calla, *Ostrógodo* estulto! Sí, excelentísimo señor, Eminentissime atque reverendissime dómine, como dicen los canónigos al comenzar sus sermones en la Catedral, Samoeiro fué. Figuraos, venerable marqués, que la desgracia persigue desde hace días a esta ilustre corporación en la que vais a tener la honra de contaros... ¡Eh, tú, Manolito!—dirigiéndose a uno de los escolares afanado en vaciar en su plato la sopera—: No te entusiasmes poniéndote repollo, que luego a los demás sólo nos llega el caldo. Sírvete razonablemente, y después «recunca» si lo deseas, y te dejan algo estos tragones. Muy bien. Prosigo: Decía, excelentísimo señor... Le decía a Manolito, Madeiriña, que tuviese presente que detrás de él estamos nosotros. Aplicach' o conto... ¡Y a ver si me dejáis con-

(1) Mochuelo.

tinuar y os contenéis un poquito! ¿Qué va a decir, si no, de vosotros esta respetable persona que desde hoy nos honra compartiendo nuestro caldo, y con la cual no tenéis todavía confianza?...

Pues es el caso, muy señor mío y respetable amigo, que desde hace unos días la adversidad se ensaña en esta desventurada corporación. Setenta y dos horas ha que se nos agotaron las últimas existencias en efectos. Las de metálico ya lo estaban antes. Los libros de estos estudiosos jóvenes tiene Vuestra Eminencia que buscarlos en casa de don Nicanor, el judío de la calle de Ante Altares, así como todas las demás prendas pignorables de estos sus seguros servidores que le b esan la mano. Anteayer cuando la desesperación se había aposentado en esta casa, ocurriósele a Manolito una idea feliz: empeñar el traje de uno de nosotros y remediarnos con lo que don Nicanor quisiera dar. Sorteamos. Fueron mis vestiduras las agraciadas. Quedéme en calzoncillos... ¿Qué dirás tú que dió aquel grandísimo bribón por mi túnica, un precioso terno azul marino que le había salido la mar de bien a Cimadevila, el sastre de la Rúa? ¡Treinta reales, Eminentissime atque reverendissime dómine! ¡Treinta reales! No llegaban a nada. Entonces Manolito tuvo una segunda idea luminosa, ¡mala centella lo coma!: jugar en el «Circo de Artesanos», que tiene mejor timba que el de caballeros, las siete cincuenta de mi traje. ¿Pero qué capital era este para intentar semejante aventura? Acordamos empeñar otro traje más. Tocóle al de Julio Quiroga y encomendamos a Manolito, que tiene una muleta excelente para trastear al prestamista, la pignoración y el tiento a la fortuna... ¡*Lagartijo* tenía el santo completamente de espaldas! Don Nicanor no se dejó

torear; sólo dió cinco pesetas por el traje... y el banquero se llevó seguiditas las doce damas de los dos ternos. No quiera saber su señoría los que echamos nosotros. Madeira propuso entonces que, en castigo de su perversidad, le entregase Manolito su vestuario, que él iría a jugar al Casino de la aristocracia, en el que le ha dado ahora por meterse. A los veintidós minutos se nos presentó el señor don José Madeira, vestido como usted le ve, y, colocando su traje sobre esta mesa, donde los demás estábamos jugándonos al monte las esperanzas de los capitales que iba a traernos, díjonos con voz cavernosa y ademán digno: «Llevad eso a la hiena de Ante Altares»... En fin, señor, que nos quedamos todos en paños menores. Ayer noche, no teniendo ya de qué echar mano, nos fumamos una americana vieja de aquél, que no quiso don Nicanor, y por la cual, para regalársela a su novio, nos dió la criada dos reales. Y hoy hemos acudido a Samoeiro para que nos salve.

Samoeiro, mi querido correligionario, es un fenómeno de elegancia. Más elegante que Pedrito Seoane que pone aquí la moda y se lleva los corazones de indígenas y forasteras, para desesperación de nuestro iluso compañero. Samoeiro tiene un magnífico guardarropa, con tres trajes: ese chaqué gris con pintas de grasa que está usted admirando, un terno de americana que carece de manchas, porque aún no lo ha estrenado, y otro de levita, verdaderamente regio, que le han construído nada menos que en Lugo. Nosotros le hemos pedido socorro, y el muy canalla se niega a prestarnos el traje nuevo para que hagamos con él una pequeña operación de compra-venta mercantil, y un duro para que estos apreciables jóvenes tomen café y fumen, mientras yo voy a

probar fortuna al aristocrático Casino de la rúa del Villar, vestido con la levita de Samoeiro, que me está que ni pintada, aunque yo no soy chepudillo como él. Pero este mal compañero...

—Yo no me niego por falta de compañerismo, ¿sabe usted?, sino porque tengo mis razones, que éstos conocen y no quieren tomar en cuenta.

—¡Vaya una razón! Que ayer le ha dado el dulce «sí» Elvirita *Ceratosimple*...

—Ya os he dicho que no me gusta que la llaméis de ese modo...

—Y tiene que ir a verla esta tarde a casa de las de *Sarampión*, unas señoritas a quienes designamos así, porque siempre andan coqueteando con estudiantes de primer año, y que reciben todos los domingos a lo más selecto de sus amistades.

—Pues ya ve usted si es razón. No voy a presentarme con este chaqué del que todos hacéis burla.

—Puedes ir de levita.

—Ya he dicho que no.

—Pues entonces, filiño, como no vayas descalzo, luciendo esa preciosidad de juanetes con que te ha favorecido, pródiga, Naturaleza, no irás de ningún modo, porque para eso hemos tenido la precaución de quitarte las botas. Ahora, yo hago juez de tu conducta al señor Roquer y Paz.

—Y yo también.

—Pues sentencie usted.

—¡Hombre!, yo...—dijo Gerardo entrando complacido en situación—: Vamos a ver, señor Samoeiro, ¿qué inconveniente tiene usted en vestirse para hacer esa visita? Yo creo, por el contrario, que está usted obligado

a ello. Fíjese bien: va usted de levita, de gala, porque está muy alegre por el dulce sí, y con ello hace a esa señorita los debidos honores.

—Sí, hombre, sí—terció Madeira—. Es hasta un símbolo.

—En Madrid, esa es la costumbre.

—Bueno; pero aquí, no; ¿sabe usted?

—Mas como alguien ha de implantarla alguna vez, ¿quién más indicado que tú, que eres el Jorge Brummel de la Puebla de Brollón?

—Pero hoy no es día de que vaya de levita ningún estudiante.

—¡Rutinario! Tendremos que venderte las botas para fumárnoslas y tardarás más tiempo en salir a la calle. ¡Un mes privada de la dicha de tu presencia la señorita *Ceratosimple!* Bien nos lo podrá agradecer.

—Señor Samoeiro, voy a juzgarle a usted un mal compañero.

—Lo que eres; un mal compañero.

—¡No, eso no! Iré de levita.

—¡Bravo!

—¡Viva Samoeiro.

—Pero no te la dejo después. Ni doy el duro.

—¿Y con qué fumamos y tomamos café?

—El señor Samoeiro tiene razón—dijo Gerardo—. No ha de ponerlo él todo. El café y los cigarros, si ustedes lo permiten, corren de mi cuenta, y al señor Samoeiro le regalaremos, para que se dé tono en casa de las de *Sarampión*, un águila así de grande...

—¡No, por Dios, que le pierde usted!—gritó Barcala—. ¡Nada de águilas! Para Samoeiro es bastante con un gorrión; pero en una tarde tan solemne para él no le

están permitidos los puros. ¿Usted no sabe que este hombre extraordinario no fuma, sino que muerde los cigarros y luego lanza a su interlocutor los pedazos? Pondría perdida a la señorita *Ceratosimple*, y yo le aseguro a usted que, aunque novia de Samoeiro, según él asegura, que,-¡vaya usted a saber!, no merece ese trato. De manera que arreglados, ¿no es así, ilustre brollonés?

—Sí... pero hay otro inconveniente: que mi chistera no está presentable.

—Sí, hombre, sí.

—No, no.

—Va usted de hongo y gabán, y, bien abrochado, nadie sabe si viste de levita o americana.

—¡Si no tengo gabán! Me lo han empeñado éstos sin mi permiso.

—Nos lo hemos fumado anteayer, eminentissime dómine. Pero hay un medio salvador: Javierito, que es casi tan elegante como tú, te prestará su chistera.

—No lo verán tus ojos. Para que me ponga perdida de grasa la badana...

—Pues se la mudas luego, y en paz. Es cosa hecha. Tú nos das el traje, Javier Flama te presta su chistera, Roquer nos convida a café y cigarros, yo me visto tu chaqué, con manchas y todo, hago mis operaciones, vuelvo a casa, me desinfecto, y a la hora de cenar somos felices.

Todo se hizo conforme a este programa. Es decir...

Cuando ya estaban vestidos y próximos a echarse a la calle Barcala y Samoeiro, ocurriósele a aquél una terrible duda. Si perdía, ¿cómo sacar dinero de nuevo al *Ostrógodo?* Perdonarle el duro había sido una torpeza. Era, pues, necesario, no dejar salir al brollonés hasta que

Barcala regresase. Para ello convinieron prontamente un plan aquellos demonios. Casimiro despidióse y salió sin esperar al *Ostrógodo*. Llevaban caminos distintos...

Samoeiro disponíase también a lanzarse a la calle hecho un brazo de mar, cuando Javierito le detuvo.

—Qué corbata más fea llevas—le dijo—. No sirve para vestir. Que te preste Barcala aquella suya colorada y verde que te gusta tanto.

—Es verdad. Dámela.

—La tiene guardada en el baúl. Llámale para que suba a dártela.

Samoeiro salió, con toda su inocencia al balcón.

—¡Ay, tú, Casimiro!—llamó.

—¿Qué quieres?—contestóle el otro que iba ya a doblar la esquina inmediata.

Pero Samoeiro no tuvo tiempo de responder. Una mano aleve cerró de golpe los cristales, inmediatamente las maderas y, luego la habitación, cuya llave arrojó por una ventana a Barcala, que así lo había exigido para su seguridad, y allí quedó en el balcón el *Ostrógodo*, ceñido su cuerpo por la elegante levita y tocada la grasienta cabeza con una magnífica chistera de la mar de reflejos, golpeando fuertemente las vidrieras y pidiendo que le abriesen con alborotadas voces. Ventanas y balcones se poblaron al oirlas de vecinos, que asistían gozosos al espectáculo, que uno de los estudiantes anunciaba desde una ventana.

—¡Vengan, vengan, señoras, señores, criadas y municipales, vulgo serenos y más vulgo *villéus!* ¡Vengan a ver la fiera enjaulada! Es un tigre auténtico, un tigre hircano del Brollón, cazado en los desiertos de la Malasia, por un *Ostrógodo* de la Micronesia, casado con una ra-

paza de la Polinesia hija del alcalde de la Minganesia. ¡Vengan, vengan!

—¡Qué feo es el tigre!—exclamó un rillote en la calle.

—¡La tal de tu madre! — le contestó Samoeiro rabioso.

¡Nunca lo dijera! Un certero troncho de repollo subió furioso desde la calle a estrellarse en el pecho del tigre, quien rugió indignado, a tiempo que un segundo proyectil le alcanzaba en otra parte.

—¡Mi chistera! — gritó entonces desde su ventana Javierito—. ¡Mi chistera! ¡Ten cuidado con mi sombrero!

—¡Ábreme!

—¡Ten cuenta con mi sombrero! ¡Como le acierten te abro en canal con levita y todo!

—Pues «contener» a esos rillotes.

Los tronchos menudeaban sobre el *Ostrógodo*.

—¡Mi chistera! ¡Si la aciertan, mueres!

Fué entonces de ver al tigre quitarse el sombrero, bajar la cabeza y volverse de espaldas para resguardar ambas prendas, ofreciendo a los proyectiles un abultado blanco, en el que los pilletes estuvieron haciendo dianas hasta que las criadas de doña Generosa, auxiliadas por un providencial *villéu*, que, milagrosamente acertó a pasar por allí, limpiaron la calle de pillería.

Lo que no pudieron hacer, a pesar de sus lastimeras súplicas, fué redimir al cautivo, que allí quedó en el balcón, a aquella hora de las tres y media de la tarde, esperando el regreso de Barcala.

Pero Casimiro, antes de jugar los dos duros que don Nicanor dió por el traje de Samoeiro, fuese a pasear por el Camino Nuevo, y después por la Alameda, y, anochecido, por la Rúa—disculpen al descuidado joven los tres

días de encierro que acababa de sufrir—y no volvió a casa hasta que hubo perdido la última de las diez pesetas del flamante terno del Brummel brollonés.

Lo cual aconteció a las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche del memorable día en que el señor Roquer y Paz, don Gerardo, se fué a vivir a la casa de locos que regentaba en la calle de la Troya, de la ciudad de Santiago, la bondadosa señora doña Generosa Carollo, espejo de paciencia y flor de patronas estudiantiles.



IV

Gerardo encontróse a gusto en la casa de la Troya. Doña Generosa le cuidaba bien, y los compañeros, aunque sin admitirle todavía en su troula, tratábanle afectuosamente. Él continuó haciendo la misma vida que en la fonda. De clases y estudios, ni hablar. Levantábase alrededor del medio día, acostábase cerca de la madrugada y por las tardes paseaba por el Hórreo, unas veces solo y otras acompañado por Augusto, quien le dió noticia detallada y cabal de la vida y circunstancias de las personas que encontraron al paso y particularmente de las que tanto soliviantaron a Roquer en sus días de murria.

La señorita era Carmiña Castro Retén, de una de las familias más aristocráticas de Galicia, muy guapa, como veía; una de las más notables bellezas de aquella tierra de mujeres hermosas; muy simpática, muy buena, muy bien educada, como que lo había sido en uno de los mejores colegios de París. Y ¡rica, chico!

—La madre te le habrá dejado más de cincuenta mil pesos, y el padre te le dejará más.

—Suprime el «te», Augustiño.

—Te es la manera de hablar de aquí, ya lo sabes... Pero oye, oye, aunque otra cosa fuese, no tendrías por qué molestarte. ¡Vaya si irías bien con ella! Otra mejor no la has de encontrar. Hasta hacéis buena pareja, ¡hombre! Tú tienes estatura, distinción y prestancia,

como dice Madeira, y ese bigotillo negro y la tristeza que todavía no se ha borrado del todo de tu cara, te dan cierto aspecto romántico e interesante. Y en cuanto a ella...

—¡Calla, hombre!

—Pues mira, lo que te hace falta para acabar de curarte es una novia, créeme. Y no te ha de ser muy difícil encontrarla en Santiago. Están todas las muchachas intrigadísimas contigo. ¡Yo les he contado más trolas de ti!... Pero ninguna rapaza le llega, ni de cien leguas, a Carmiña Castro...

Y siguió dándole noticias. El padre, don Laureano, «fuera» coronel o general carlista y muy amigo de don Carlos. Había en su constancia política tanto de culto a la idea como de homenaje a la amistad. Era persona muy considerada en Santiago. Tenía mucha y buena hacienda cerca de La Coruña, en las Mariñas de Betanzos, donde pasaban los veranos. La de su esposa, muerta hacía poco más de dos años, y ahora, por tanto, de Carmen, hija única, estaba casi toda en la Mahía, cerquita de Santiago. La casa solariega alzábase por la Esclavitud o el Faramello. A la muchacha nunca se le conocieron novios, y eso que tenía los pretendientes a montones.

—¿Orgullosa?

—Nada de eso. Formalidad. Y que no le ha gustado ninguno. Prueba fortuna. Yo juraría que la he visto mirarte con curiosidad, y ya sabes que la curiosidad en la mujer es principio de no sé qué, según he leído no sé dónde.

—Ya te he dicho que no me gusta, aunque no puedo negar que es guapa, y además he de agregarte que nunca me casaré con una gallega. Las mujeres de esta tierra deben de ser de una sosería inaguantable. Confiésalo.

—¡Alto ahí, señor mío! Lejos de confesar semejante herejía, siento, declaro y proclamo muy alto la verdad contraria. Y en cuanto a lo otro... De todas las aguas pueden jurar los hombres que no beberán nunca, menos de esta del casorio con las gallegas. Dice un adagio de la tierra, y dice bien, que «el que entra soltero en Galicia casado sale». Todavía tienes que pasar en Santiago una temporadiña. Cuando te marches hablaremos. No se escapa ni una rata.

—Las ratas bueno; pero yo soy gato.

—Pues, «michiño», todavía te he de ver por la luna de Enero dando maullidos a la puerta de alguna rapaza guapa.

—Difícil es. Para mí las mujeres...

—¿Continúas enamorado de la *Mañitas?*

—Te aseguro que, sin darme cuenta, se ha ido borrando de mi memoria.

—Pues, entonces, con tu permiso, voy a reirme un rato de tu desdén para el sexo enemigo.

La historia del otro personaje que frecuentaba la carretera, el soñador, era más entretenida. Llamábase Lorenzo Carballo y pertenecía a una familia distinguida de Compostela. Había pasado allí su juventud soñando con salir a gozar del mundo, lo cual no parecía muy probable, atendidos los reducidos medios de la familia, que, aunque suficientes para que Carballo, sus padres y su hermana viviesen bien la vida económica y ordenada de Santiago, no permitían ni mirar de lejos la de que Lorenzo hablaba exaltado y nostálgico a sus amigos.

—¡Vivir!—les decía resumiendo sus ansias y sueños en esta sola y expresiva palabra.

Pero lo que parecía imposible ocurrió. Un día tuvo

la humorada de morirse en América un pariente de los Carballo dejando a Lorenzo y a su hermana la fortuna que él ganó, Dios sabe a costa de cuántos trabajos y privaciones. Vendría a «tocarle» a cada hermano alrededor de un millón de pesetas. No hay que decir que Lorenzo, en cuanto entró en posesión de la herencia, apresuróse a realizar sus ilusiones. Desapareció de Santiago y sólo se supo de él, mientras estuvo ausente, que se divertía en grande. Averiguóse también, y después él mismo estando a medios pelos dió noticia del caso, que había tenido amores con la Boldini, la codiciada tiple de ópera, famosa intérprete de *Manon*, quien debió a su vez enamorarse locamente de Carballo, porque, ya en la agonía los dineros del tío de América, anduvieron algún tiempo juntos por el mundo, hasta que una mañana, al encontrarse Lorenzo con el portamonedas vacío, desapareció sin despedirse de la cantante y se vino, arruinado a su pueblo a pedir hospitalidad a sus parientes.

Cuando la gente de Santiago, tan mirada para todo, le reprendía su locura, él contestaba satisfecho, con aire melancólico:

—¡Pero he vivido!

Y muchos de los que le reprochaban sentían en el fondo envidia de aquel pájaro que había sabido volar a tales alturas, inaccesibles para ellos condenados a cadena perpetua de prosa.

La cantante debía de seguir enamorada de Lorenzo, porque éste recibía frecuentemente cartas y periódicos de diversos países, que ella le enviaba. Por palabras que se le escaparon alguna vez, borracho, sabíase que la separación le había sido muy dolorosa, y por una carta suya de que en otra ocasión se apoderaron unos indiscretos,

averiguóse que continuaba locamente enamorado de la Boldini.

—¿Por qué, entonces, te separaste de ella?—le preguntaban.

¡Ah, si él hubiese querido!... Pero ante todo era un hombre digno, y su dignidad no le permitía vivir a costa de una amante.

Y su existencia era aquella. Pasear soñando, con los ojos en las nubes para no ver la tierra, y emborracharse concienzudamente, hasta convertirse en un guiñapo, los días que recibía carta de la amada imposible.

* * *

Y ocurrió que una tarde, al llegar Gerardo, de regreso de su paseo al puente Pedriña, donde no había otras personas que los de Castro sentados en el sitio de costumbre, tropezóse con un grupo extraño que salio de la cercana taberna de la *Seca*. Componíanlo cuatro mozos de la rúa de San Pedro, que conducían, de una soga atada al cuello, a Lorenzo Carballo, quien, borracho como una cuba y con las manos colgando en un palo atravesado sobre los hombros, se dejaba llevar.

—¡Baila li oso!—gritaban entre grandes risotadas los mozos—. ¡Miren el oso que hemos cazado en la taberna de la *Seca!* ¡Baila li oso!

El desdichado Carballo, obediente a la voz de sus crueles burladores, púsose a bailar torpemente.

—¡Canta li oso!—mandóle uno de los bergantes.

Carballo entonces se paró, apoyóse en el palo, puso la mirada en las nubes... acaso asomó una lágrima a sus

ojos, y rompió a cantar con voz apasionada y trémula, la frase de «Manon» en San Sulpicio:

> Negli occhi miei, si pieni un di d'incanto,
> Non brillan piu le perle del mio pianto?

—¡Canallas!—explotó Gerardo, saltando indignado hacia ellos.

Y arrebatando el palo al pobre Carballo, quien, falto de apoyo, vino pesadamente al suelo, la emprendió a estacazos con los burladores.

Sorprendidos los mozos, hiciéronse atrás; pero, repuestos inmediatamente, volvieron sobre el estudiante, y acometiéronle a su vez a palos y a puñadas.

—¡Ey Carballeira! ¡A quen me dea un pao doulle un peso!

—¡Dalle!

—¡Duro c'o señorito de m...!

Lanzáronse como una tromba sobre el estudiante. Roquer acordóse de su arte de esgrimidor y cayó en guardia, parando y devolviendo con rapidez los golpes que, peleando juntos con mala táctica, le dirigían los otros.

—¡Dalle, dalle! ¡Mala centella o fenda!

Pero, una vez más, triunfó el arte sobre la fuerza, y, aunque Roquer no pudo evitar algunos golpes, los pagó con «sablazos» contundentes y hasta con alguna furiosa «estocada» que dió en tierra con uno de los contrarios.

Don Laureano y su hija seguían el combate con la natural ansiedad. El viejo, exaltado, recordando sus buenos tiempos del Norte y movido de un impulso caballeresco, quería acudir en auxilio del estudiante y le costó a su hija gran trabajo contenerle.

—¡Déjame!—la decía—. Es un caballero que pelea solo contra cuatro cobardes. ¡Duro, joven, duro con esos bribones!—gritaba esgrimiendo el bastón.

—¡Papá, por Dios!—suplicaba la joven, llorosa y angustiada.

Unas mujeres que estaban lavando en el regato comenzaron a dar gritos y a tirar piedras. Los mozos, al ver que venía en auxilio de Roquer un estudiante fornido, que salió de la taberna armado con una estaca y llegó al lugar del suceso a tiempo de adjudicar algunos palos, huyeron por el campo. Acudió Gerardo a Carballo, y, al inclinarse para levantarle, una piedra, disparada por los cobardes que huían, dió en la cabeza al madrileño, que cayó pesadamente al suelo.

Don Laureano acercóse presuroso, seguido de su hija, adonde yacía el estudiante, al mismo tiempo que el otro, que lo era de Medicina, según manifestó, reconocía a Gerardo, que sangraba en abundancia por una herida que tenía en la frente.

—Agua. Un pañuelo mojado—pidió el aspirante a médico a los que se acercaron.

Entonces la señorita de Castro Retén bajó prestamente por un pequeño talud hasta el arroyo; mojó en el regato su pañuelo; volvió a subir ligera, sin hacer caso de las zarzas que se enganchaban en su vestido, y ella misma con sus manos señoriles y temblorosas lavó delicadamente la herida y la sangre que corría por la cara del maltrecho rapaz.

La frescura del agua, o acaso el suave contacto de aquellas manos, hizo volver en sí al herido, que haciéndose en seguida cargo, atento al gesto, exclamó sonriente:

—No es nada.

—Nada—corroboró el otro estudiante—. Una descalabradura extensa.

Y dejando sobre la herida el pañuelo mojado de la de Castro, lo sujetó con el de Gerardo, que partió en tiras.

—Pero esto es ridículo—protestó el madrileño.—Yo no voy así por la calle.

—Si usted prefiere ir sangrando...

—Si no hay otro remedio... Entraré de noche en Santiago. ¿Y este pobre hombre?

—Le dejaremos ahí, en casa de la *Seca*, hasta que se le pase la borrachera.

—No—dijo don Laureano—. Mejor será enviar por un coche y conducirle en él a su casa. Yo lo avisaré.

Entre don Laureano y los estudiantes levantaron a Carballo que roncaba ¡roncaba como un cerdo!, y lo metieron en la taberna. El señor de Castro despidióse, deseando al madrileño que no fuese nada lo suyo, y salió a buscar a su hija, de quien Gerardo, distraído con el borracho y mareado con la pedrada, no se despidió ni aun le dió gracias por sus cuidados. Verdad es que tampoco supo la parte que en la cura tomó la joven hasta que, después, se lo dijo el estudiante de medicina, quien no era otro que Juanito Ventosela, el valiente y forzudo Ventosela, terror de artesanos matones en las épocas de rivalidades estudiantiles y artesanescas, que es tanto como decir en todos los tiempos.

—¿Por qué, estando aquí—preguntóle el madrileño, así que dejaron a Carballo tendido en unos haces de paja que, solícita, les brindó la tabernera—, no impidió a esos bárbaros que maltratasen a este infeliz?

—Porque le estoy ya muy cansado de andar siempre a trastazos. Le son quince años los que le llevo estudiando de este modo. La anatomía aprendida con una estaca en vez de bisturí. Este año le he prometido solemnemente a don Maximino ser formal y concluir la carrera y quiero cumplir mi palabra. Antes, ¿sabe?, raro era el día en que yo no andaba a estacazos. Ahora, hace lo menos un mes que no he saltado ninguna muela. Como no me provoquen mucho o vea en peligro a algún compañero, me dejo estar quieto. ¡Se acabó Juanito Ventosela!

Cuando llegó el coche, Gerardo sentíase un poco molesto. Metieron en el vehículo al borracho y, después de dejarle en su casa, hízose nuestro estudiante conducir a la posada, adonde llegó completamente mareado.

Por consejo de Ventosela metióse en la cama.

La heroicidad de Gerardo—él solo contra cuatro, dos de los cuales era nada menos que el hermano de las de Paxaro Pinto y el Forneiro de los Lagartos—fué como el espaldarazo de su ingreso en la orden troyana. La casa de la Troya sintióse herida como si a cada uno de sus huéspedes hubiese alcanzado la misma piedra que descalabró al madrileño, y no pasaron dos noches sin que en el Pexego de Arriba al hermano de las del pajarito que hablaba por aquellos andurriales con una rapaza, y en Belvís al hornero de los Lagartos, les tundiesen las costillas unos estudiantes. Precisamente le tenía Madeira unas ganas al panadero...

Gerardo no pudo quejarse de falta de cuidados los dos días que permaneció en cama y los otros dos en que no salió de su cuarto durante la «convalecencia». Acaso hubo exceso en la reclusión; pero a su compañe-

ro de hospedaje Adolfo Pulleiro, el silencioso Pulleiro, que cursaba penútilmo de Medicina y fué quien curó al madrileño, se le había ofrecido su primer enfermo importante, con otra enfermedad distinta de las estudiantiles que de ordinario le consultaban compañeros y amigos, y el hombre esmeróse y no perdonó una sola de las minuciosas precaucionas que don Maximino y Jeremías recomendaban en cátedra para tales casos.

Mientras duró la dolencia de Gerardo, sus compañeros—que le velaron todos la primera noche, como si se tratase de un caso gravísimo, envenenando la habitación con tal atmósfera de humo de tabaco malo y tufo del quinqué que por milagro patente no amanecieron todos asfixiados—, establecieron turnos para asistirle y hacerle compañía, a lo que el muchacho quedó profundamente agradecido consolidando con los truenos de la Troya una amistad fraternal y perdurable. No hay que decir que Augusto consagró a su amigo todos sus ratos libres, con grave enojo de su novia que no podía acostumbrarse a las preferencias que el oficioso muchacho consagraba a los demás.

Fueron aquellas horas amables de compañerismo y fraternidad el bálsamo benéfico que concluyó de cicatrizar las leves heridas del alma juvenil del impresionable estudiante.

Por aquellos días recibió éste una carta de su padre en la que le avisaba que el respetable señor don Ventura Lozano y Portilla había de ser, de allí en adelante, su «encargado», y concluía recomendándole que no dejase de visitarle antes de ir a pedirle el dinero de su mesada y que le tratase con toda consideración y respeto, por ser persona merecedora de ello. Este párrafo sobresaltó un

poco a Gerardo. ¿Por qué su padre le hacía tal advertencia conociendo su corrección y cortesía en el trato social?

Casimiro Barcala, que era el de más mundo entre toda la gente de la posada, descifró el enigma.

—Eso es que tu padre te pone a media ración por consejo de don Ventura, que es el prototipo del orden y la economía, y quiere prevenir tus movimientos de mal humor en el acto de la notificación... Chico, te estoy la mar de bien en Procedimientos. Esto del «acto de la notificación», ¿eh...?

—¿Quién es ese don Ventura?

—Un tipo la mar de «pavero». Un señor muy estirado y prosopopéyico, que te va a volver loco a fuerza de discursos y consejos, propinados con la mayor solemnidad. Ha sido juez de primera instancia en el cercano partido de Órdenes y pidió la excedencia porque su rectitud le esquinaba con todo el mundo. Aquí te hay un caciquismo terrible en todas partes. Él no necesitaba de la carrera, porque está bien de fortuna; pidió la excedencia, se casó y se puso mejor y se vino a vivir a Santiago. Es un romanista formidable. Se sabe de memoria las Pandectas, las Novelas, la Instituta. Todo Papiniano, todo Modestino, todo Justiniano, etcétera, etcétera. Ya verás qué tipo más gracioso. Yo le hice unos versos pistonudos:

¡Vedle! El último romano,
semoviente pergamino...
. . . .
Hasta el sombrero cepilla,
con graves solemnidades,
y hace sus necesidades
a toque de campanilla.

Cuando se despide de alguna persona a quien acaba de conocer, saluda muy ceremonioso—levantándose e imitándole—: «Tantísimo gusto y mayor honor, señor y amigo mío: ya sabe usted quién es su devoto servidor: Ventura Lozano y Portilla, ex juez de Órdenes y a las de usted...» Padece una afición desmedida a la oratoria, y, como te descuides, te coloca un discurso de dos horas, que te deja destrozado... Pero, chico, tiene dos hijas de primera... Yo he sido novio de una de ellas, de Moncha—Ramona—. ¡Divina, rapaz! Si no me retiro a tiempo, caigo como un parvuliño... Y aún, aún, no me considero libre, porque siempre andamos en dimes y diretes. Ella continuamente me está insultando y desacreditando, y yo la hago rabiar de firme.

Gerardo embutióse al siguiente día en su levita, colocóse en la testa la recién planchada chistera y, a las doce y media en punto de la tarde, hora clásica en invierno para las visitas de cumplido en Compostela, todo lo más hierático y solemne que pudo, entróse por el portal de don Ventura.

Vivía este buen señor en la calle del Franco, en una casa de dos pisos, con galería en el segundo, fachada enjalbegada y renegrida por la humedad y estrecho portal, en cuya puerta interior lucía un brillante y pequeño llamador que el madrileño dejó caer suavemente una vez sin que le oyesen y con más fuerza otras dos que surtieron su efecto, porque, al fin, se abrió aquélla dejando ver una escalera, más bien estrecha que ancha, que de allí mismo arrancaba. Una voz femenina y bronca preguntó desde arriba:

—¿Quen é?

—¿Don Ventura Lozano y Portilla?

—¿Quen é?

—¿Está el señor don Ventura Lozano y Portilla?

—Estará. Voy a ver.

Al cabo de un rato tornó a preguntar la misma voz:

—¿Que quen é?

—Pásele usted esta tarjeta.

—¿Qué le quiere?

—¡Que le dé usted esta tarjeta!

—¡Ah! Voy.

Bajó una criada, descalza de pie y pierna, quien, después de limpiarse las manos en el no muy limpio delantal de arpillera, cogió con la punta de los dedos la cartulina que el joven le entregaba.

—¿Nada más tengo que hacer que se lo dar al señor?

—Nada más.

—Bueno; pues, luego, sálgase, que ya sé.

—No; espero, porque tiene usted que traerme la contestación.

—¡Ay, eso, bueno. Pero sálgase para que cierre la puerta.

Fué el mismo don Ventura quien vino a recibir al joven.

—Perdone usted, señor de Roquer, la espera y la torpeza de mi fámula. Es muy buena, pero tan negada, que no parece sino que acaba de salir ha breves horas de la rusticidad de la aldea. Pase usted, pase usted. Tengo mucho gusto y recibo mayor honor en que honre esta humilde morada, que puede desde hoy contar por suya.

Le introdujo en una habitación obscura del primer piso.

—Tenga la bondad de esperar un momento, que voy

a abrir las maderas—y, por si el joven no se había enterado, le explicó: —Están cerradas, y esto permanece obscuro.

Luego oyóse el ruido de un mueble que cayó al suelo, y don Ventura dejó escapar uno de esos tacos rotundos que se aplican siempre con el mejor resultado a los golpes en las espinillas.

La luz, que entróse a través de unos pesados cortinones, mostró a Gerardo una sala amueblada con severidad y pretensiones, pero sin gusto. Para sentarse había una robusta sillería forrada de rojo; el adorno de las paredes constituíanlo unos relamidos retratos al óleo de don Ventura y su esposa, un cromo grande de esos que regalan las ilustraciones católicas, representando la Sagrada Familia, y otros tres, más pequeños, también regalo de periódicos, reproduciendo la *Rendición de Granada*, la *Conversión del Duque de Gandía* y los no menos célebres *Amantes*, de Muñoz Degraín. En el centro de la sala, delante del sofá y los dos sillones, había un velador cubierto con un tapete bordado en sedas de colores, y sobre él, un canastillo de flores artificiales y un abultado álbum de retratos. En el hueco de los dos balcones, un gran espejo de marco dorado descansaba sobre una historiada consola, en cuyo centro alzábase un alto quinqué de porcelana rodeado de fotografías familiares, en porta-retratos de mejor o peor gusto. Más bien de peor.

—Ya me habían anunciado su visita—dijo don Ventura, campanudo y solemne, en cuanto se sentaron—, que es para mí un honor y motivo de sincero ¡hanzo. Su respetable señor padre me ha puesto al corriente de las circunstancias de usted... Pasiones y arrebatos ju-

veniles que solicitan al mismo tiempo benevolencia para perdonar y severidad para extirparlos en su raigambre. Mi respetable y respetado señor y amigo don Juan Roquer me ha pedido noticias de usted, y yo se las he dado, si no todo lo buenas que su amor y cuidado paterno desearan, por lo menos lo bastante para tranquilizar las explicables y bien fundadas inquietudes que le produjo verle a usted sumergido en el buhedal de la vida cortesana. Huye usted de las aulas, y esto es censurable; pero, en lo demás, su vida, por las noticias fidedignas que de ella tengo, es irreprochable, y esto, como le he dicho a su señor progenitor, abre el corazón a la esperanza de una completa y salvadora palingenesia.

Por aquí siguió don Ventura enjaretando un altisonante sermón acerca de los males que acarrea la disipación de las grandes urbes. Si él fuese ministro, establecería las Universidades en lugares apartados que no permitiesen a la juventud escolar otros esparcimientos que higiénicos y moderados ejercicios gimnásticos y la, a un tiempo filosófica y lírica, contemplación del paisaje, en las horas de recreo.

—¿Más apartado que esto?—se atrevió a insinuar Gerardo.

—Más, mi joven amigo, más. Para los efectos de la perversión juvenil, Compostela viene a ser, sin duda, otro segundo Madrid. Yo no conozco la coronada villa, pero he visitado otras ciudades importantes: La Coruña, Vigo, Lugo, Pontevedra, Orense, Ponferrada y León, y por ellas puedo formarme idea aproximada, y aún me atreveré a decir cabal, de lo que es la capital de España en el delicado punto que tratamos.

El estudiante le oía con curiosidad, costándole no

poco trabajo contener la risa. Mientras hablaba don Ventura, le examinó de arriba abajo. Era el elocuente señor, pequeño, calvo, largo de cara que se adornaba con un bigotillo blanco de moco de pavo recortado a la moda de los milicianos del cincuenta y tantos, y completaba el exorno facial con una mosca contemporánea de la misma tropa. Vestía severamente de negro, y negro era asimismo el lacito de su corbata de tira.

Así que hubo concluído el sermón, que más bien pecó de largo, el ex juez de Órdenes interrogó al joven por el suceso de su herida.

—Ha llegado—le dijo—a mi conocimiento, no importa por qué caminos ni quién ha sido el veredero, un lance desgraciado en que intervino usted ha pocos días, aunque sin los detalles suficientes para formar cabal idea del hecho. ¿Quiere usted referírmelo?... Pero guardando a la verdad aquel culto que le es debido y le rinden los hombres de honor.

Gerardo refirió puntualmente la ocurrencia, sin dar importancia su intervención en defensa de Carballo.

Don Ventura, lo mismo que cuando recibía en Órdenes declaración a los feroces criminales que habían hurtado un feixe de leña de tojo o tundido a palos en una corredoira las costillas de algún mozo rival, miraba al estudiante con ojos inquisitoriales, que llegaron a turbarle.

—¡Mírese usted en ese espejo!—le dijo solemnemente cuando concluyó el relato, acentuando sus palabras con la energía de un dedo índice severamente tieso y apercibido—. ¡Mírese usted en ese espejo!

Gerardo levantóse—él juró siempre que lo había hecho de buena fe y azorado por la mirada fulmínea de

don Ventura—y fué a mirarse en el espejo que había sobre la consola, en el hueco de los dos balcones.

—¿Adónde va usted, amigo mío? El espejo que yo le pongo delante, para que vea la triste imagen que en él se aparece, es el de ese hadario Lorenzo Carballo. Huya usted de semejársele. Discipline su volición, sométase al uvio del trabajo y será salvo. Por lo demás, la intervención de usted en este suceso, lejos de ser censurable, le honra y así me propongo hacerlo constar en la sucinta, fiel y completa relación diaria de su vida en Santiago, que he de formar para remitírsela mensualmente a su respetado y respetable señor padre.

—Pero eso va a ser una tremenda molestia para usted—exclamó Gerardo, un poco asustado y un mucho con unas comprometedoras ganas de reir.

—En ser útil a la amistad que nos favorece nunca hay molestia.

—Yo le agradecería que no refiriese este lance a mi padre, pero si se cree obligado a contárselo...

—Ineludiblemente.

—Ocúltele lo de la herida, para no alarmarle.

—Se ocultará, joven. Ya estaba yo en ello; pero esta advertencia de hijo amante le honra mucho a usted, cuyas palabras y acciones van modificando el juicio, que las primeras noticias que sobre su persona tuve, me habían hecho formar. Usted pertenece a la categoría de los que, en derecho y juzgándolos por actos de otro orden más lamentable, llamamos «delincuentes ocasionales». El fondo de usted es bueno y abre las puertas a la esperanza de una completa reforma, que yo me complazco en creer más que iniciada.

Y aquí volvió el incansable orador a colocar otro

discurso, a cuyo final se apresuró Gerardo a despedirse.

—Ha tomado usted—le dijo el elocuente señor—posesión de esta humilde choza y ganado un amigo. Cuanto usted necesite de aquélla y de este su seguro servidor, le será gustosamente otorgado. Ya sabe usted: Ventura Lozano y Portilla, ex juez de Órdenes, y a las de usted.

—Muchas gracias. Yo estoy también a las suyas. Hágame el favor de presentar mis respetos a su señora.

—Reconocido. Daré cuenta de la merced de usted. Mas, espérese. Puesto que hoy empieza nuestra amistad, quiero que ésta sea completa. Como en esta noble y hospitalaria ciudad no tiene usted familia, la mía debe representar a la suya y hasta hacer sus veces en caso necesario, del que deseo y pido que le libre a usted el Omnipotente. Voy, pues, a presentarle a usted a mi esposa. Con su permiso.

Salió para volver en seguida acompañado de una señora alta, gruesa, con el pelo gris y todavía sonrosada la cara que debió de ser bella en un tiempo no muy lejano. Entró disculpándose por presentarse en traje de trajinar, mas, por ser aquel día el cumpleaños de su hija Moncha, tenía convidadas a comer a dos amiguitas de ésta, y su esposo la había sorprendido en la cocina arreglando unas cosillas, «porque de las criadas no puede una fiarse. ¿Sabe?»

—Ya te dije, querida Segunda—le interrumpió su esposo—, que, si bien es cierto que la consideración a las personas extrañas obliga a presentarse ante ellas con los respetos de traje que les son debidos; considerando, que la vestimenta de trabajo es tan respetable y honrosa como la más brillante toaleta o el más prestigioso uni-

forme, y habida cuenta, asimismo, de que el joven hijo de mi prestigioso amigo el señor don Juan Roquer es un hombre discreto, que sabe hacerse cargo de las cosas, concediéndoles la debida estimación, he encontrado admisible, y así te lo he manifestado, que te presentases de aquesta guisa.

Gerardo encontró muy simpática a la señora, cuya sencillez e ingenuidad contrastaban con el entono y altisonancia del marido, y la oyó con cierta curiosidad referir algunas pequeñeces de la vida santiaguesa y elogiar con maternal entusiasmo a sus hijas, de cuya excepcional belleza mostróse Gerardo enterado por la fama pública.

¡Cuánto le agradeció la atención la buena señora! Pero la hermosura de sus hijas, inferior a lo que el señor Roquer galantemente decía, era lo de menos. Lo importante eran las dotes morales con que el Señor las favoreciera. ¡Qué formales, qué hacendosas, qué habilidad la suya para todos los trabajos!... Doña Segunda no acababa de relatar los méritos de sus hijas y no ofrecía al estudiante la coyuntura que éste andaba buscando para despedirse y que no encontró hasta que, habiendo pasado la inagotable señora de los primores y habilidades filiales a los culinarios, vino a parar al flan y los buñuelitos rellenos que, cuando su esposo la llamó, estaba preparando para solemnizar el aniversario del natalicio de su hija, quien se perecía por estas golosinas.

Aprovechó Roquer la ocasión y apresuróse a despedirse, porque no quería ser causa de que el punto de la masa o del batido se pasase y le valiera un enemigo en la señorita del cumpleaños, a la cual rogaba a doña Segunda que felicitara en su nombre.

—Espere usted, que la va a conocer—dijo la madre.

Nuestro amigo miró a la puerta para huir, pero tropezaron sus ojos con los de don Ventura, que le examinaban escrutadores, y desistió. Entretanto doña Segunda llamaba por el vano de la escalera a sus hijas:—¡Filo! ¡Moncha!—y a poco presentáronse en el estrado dos muchachas a quienes el descontentadizo e impresionable señor Roquer encontró bonitas y agradables, no obstante la cortedad con que le hablaron al principio, sustituída en seguida por esa amable cortesía, llaneza y solicitud del trato gallego que hace tan peligrosas a las encantadoras mujeres de la bendita tierra donde toda belleza tiene su natural asiento... (Y perdone usarcé el arreglito, mi respetable y respetado señor don Miguel.)

Establecida prontamente entre ellos cierta confianza, en tres minutos hicieron las jóvenes a Gerardo catorce mil intencionadas preguntas, supusiéronle veinte novias y le declararon manejador de mil perfidias. El madrileño, encantado con esta ingenua y rápida cordialidad, entró gustoso en el juego y entabló con las muchachas un vivísimo asalto, con una de golpes, fintas, paradas, ataques y respuestas, que al estudiante parecióle mucho más difícil que el que día antes riñera con los ganapanes del Hórreo.

Don Ventura y doña Segunda, que asistían gozosos al combate, cambiaron una expresiva mirada, en la que tú, avisado lector, has sabido leer en seguida los números y líneas que tiraba la solicitud y previsión paterna que aquí y allí, en Vigo, como en Moscou, y en Salónica, como en Pueblo Nuevo del Terrible, se apresura a disponer los anzuelos do quiera ve un buen partido para sus hijos.

¿Tengo, después de esto, que decirte que, aprovechada con habilidad por el ex juez de Ordenes la coyuntura de los buñuelitos rellenos, oportunamente traídos a cuento por la avisada doña Segunda, fué Gerardo invitado con la mayor naturalidad a probarlos, e instado por padres e hijas para que se quedase a hacer penitencia con ellos, a lo que al fin hubo de acceder el rapaz, prometiéndose una agradable tarde al lado de aquellos diablillos?

Resuelto el caso, pidió permiso doña Segunda para tornar a su masa y su batido, y, poco después, trasladáronse todos al segundo piso, donde estaba el comedor; una habitación sencilla y sobria de muebles, que comunicaba por dos puertas, de las que recibía luz, con una galería de cristales, la clásica galería de las casas gallegas, que ocupaba todo el ancho de la fachada, sirviendo de alegre gabinete de trabajo y entretenido observatorio, desde donde, con sólo levantar ligeramente las largas cortinas que defendían al mirador del sol, cuando lo había, y de las indiscretas miradas de los vecinos de enfrente, Moncha, Filo, doña Segunda y don Ventura, que era el más curioso y métome en todo de la familia, estaban al tanto de lo que ocurría en la calle.

Asomadas a esta galería, burlándose, con mucha seriedad en las caras de los estudiantes de Medicina que, terminadas las últimas clases, abandonaban bulliciosos el vecino palacio de Fonseca, había dos señoritas que don Ventura presentó ceremoniosa y solemnemente al joven.

—Niñas: Tengo el gusto de presentaros al señor don Gerardo Roquer y Paz, hijo de mi ilustre amigo, el Excelentísimo e Ilustrísimo señor don Juan Roquer, que

nos dispensa, como vosotras, el honor de sentarse hoy a nuestra humilde mesa. Señor Roquer, dos amiguitas de mis hijas: la señorita de Briay, Elvirita Briay, y nuestra ahijada, la señorita de Castro, Carmiña Castro Retén.



V

Cerca de la caída de la tarde salió Gerardo de casa de don Ventura con el corazón alegre y satisfecho. Las horas que allí acababa de pasar dejaron en su alma una dulce impresión. Desde su llegada a Santiago nunca se encontrara de tan buen humor. Al poner el pie en la calle del Franco antojósele ésta aún más estrecha y ahogada que es en realidad, y, ansioso de más amplios horizontes en qué explayar con la vista el espíritu, dirigióse a la Herradura, que anduvo despacio hasta sentarse en uno de los bancos que miran la gloria de la carretera de Pontevedra, las arboledas de Conjo y la blandura de los campos de Vidán.

En aquella hora plácida de paz y buenos pensamientos de un crepúsculo gallego, el paseo sin par estaba, ¡oh injusticia!, desamparado de paseantes. Unicamente algunos canónigos y otros clérigos de menor cuantía testimoniaban, andando por allí lentamente, la bondad del lugar. ¿No habéis observado cómo es en todas partes el mejor de la ciudad el paseo de los curas?

A Gerardo le fué grata esta soledad. Dejó vagar sus ojos distraídos por el poético paisaje, y recordó complacido las horas que acababa de pasar en casa de don Ventura Lozano

Reía para sí al remembrar—uno de los vocablos favoritos del ex juez—las eruditas disertaciones que colocaba el señor Lozano entre plato y plato, y, a veces, en el

plato mismo, y la oportunidad y prontitud con que cualquiera de sus niñas le cortaba, implacable, el discurso. Rememoraba—también del léxico de don Ventura—con simpatía la grata simplicidad de aquella mesa casera, libre de los refinamientos y estorbos que impone nuestra molesta señora la moda, servida con igual sencillez y con pasmosa abundancia. La criada, una mujer zafia, que respondía al poético nombre de Amara, dejaba las fuentes ante doña Segunda y cambiaba, azorada, platos y cubiertos, no sin que la señora la hiciese mil advertencias y recomendaciones, ora con los ojos, ya con expresivas muecas o leves cuchicheos, cuando pasaba a su lado, o bien en voz alta, cuando no había otro remedio, con lo que la sobresaltada fámula se entontecía más.

La misma doña Segunda levantábase de vez en cuando e iba, cuidadosa y vigilante, a la cocina «para evitar que hiciesen alguna falcatrúa la criada o la asistenta», quienes en ocasiones armaban un estrépito de loza rota que nublaba la moderada alegría del último romano.

La bondadosa señora era también la que hacía plato, y entre ella, resueltamente empeñada en atiborrar a todos, y el favorecido entablábase siempre el mismo diálogo.

—Para ti es, Elvirita.

—¡Ay! por Dios, doña Segundiña, que no le puedo con tanto.

—¡Vamos... que ya sabemos lo que es una necesidad! —chiste que doña Segunda prodigaba por lo mismo que no era reído.

Pero lo que agradó sobremanera a Roquer fué el atrevimiento inocente, la ingenua acometividad de las niñas de Lozano, que, como si le hubiesen tratado toda la

vida, establecieron en seguida con él grata confianza, e hiciéronle blanco de bien dirigidos e intencionados tiros, con alusiones más o menos encubiertas a sus calaveradas y, sobre todo, a la última y a su terminación por la prudente y autoritaria intervención paterna, lo cual mortificó un poquito al estudiante, quien se vengó haciendo, para satisfacer la curiosidad de las muchachas, una animada y fantástica descripción de la vida cortesana, que ellas siguieron con el mayor interés, mirando al narrador con ojos tan pronto asombrados como incrédulos.

No se sabe hasta qué alturas hubiese volado la fértil imaginación del madrileño, si la de Castro no le atajase haciéndole no sé qué observación.

—¿Ha estado usted en Madrid?—le preguntó el estudiante.

—Sí, señor.

—¿Muchas veces?

—Cuatro o cinco.

—¿Por mucho tiempo?

—Quince días, un mes; siempre poco.

—Que a usted, naturalmente, le habrá parecido menos todavía.

—Verá usted. Como no tuve tiempo de acostumbrarme a aquella vida, Madrid no me ha acabado de gustar, mejor dicho, no he sentido deseos de vivir en él. Yo le soy un poco aldeana, ríase usted de mí, y echo en todas partes de menos esta campiña tan linda y la tranquilidad de esta vida. Además, Madrid, como París, me produce una impresión de soledad que acaba por inspirarme miedo y aviva mis deseos de volver a esta paz. Hay mucha gente; pero entre tantas personas se encuentra

uno solo, mientras que aquí en estos pueblos pequeños, y en el campo, en el campo sobre todo, una voz de dolor o de angustia halla siempre un eco y el auxilio o, cuando menos, la simpatía de un corazón compasivo. Mire usted, nunca sentí con tanta fuerza esta impresión como una tarde en París, hace ya años, siendo todavía una chiquilla, al salir del colegio en vacaciones. En una calle hallábase sentado, más bien caído en la acera, recostado el cuerpo contra la pared, un pobre hombre. Un guardia llegóse a él y le ordenó que se levantara; el otro tardó en obedecer, y el municipal, cogiéndole de un brazo, le obligó a marcharse. Reunióse gente, y el desdichado, mirando al corro con unos ojos muy expresivos, nublados por las lágrimas, dijo no sé qué palabras entrecortadas en una lengua que nadie entendió. Por el ademán y la expresión del rostro adivinábase que era aquéllo, más que la demanda de una limosna, el relato de un dolor; pero como nadie le entendía, nadie le hizo caso y el grupo disolvióse con la mayor indiferencia. Creo que el único conmovido era el guardia... Yo, entonces, cosas de chiquilla, me acerqué al infeliz, le tendí la mano, estreché cariñosamente la suya y le entregué todo el dinero que llevaba y que me diera papá para comprarme unas cosillas. Y mire usted, estoy segura de que agradeció mucho más el apretón de manos que los cuartos... Luego, en el hotel, me di, sin saber por qué, una de llorar... ¡Por Dios! ¡Es tremendo eso de verse solo entre tantos miles de almas! ¡No, no!

¡Miña casiña,
meu lar...!

Gerardo, un poco impresionado por el relato, la sencillez y naturalidad con que fué hecho, la dulzura de la voz y la suavidad del acento, salió a la defensa de la vida en las grandes ciudades, libre, creía él, de las miseriucas que la envenenan en los pueblos pequeños; más amplia, más espiritual y, sobre todo, y este era el quid, más divertida. Y tornó a desarrollar ante los ojos del auditorio la película, ahora más verídica de la corte. Aquellos paseos, aquellos cafés, las corridas de toros, los teatros... ¡Qué elegante, qué guapa la Fulana; qué gracioso Mengano! Pues, ¿y el público? Los días de moda, el Real, los conciertos, los Jardines, las verbenas...

Contrastando con las brillantes descripciones del madrileño, las niñas de Lozano pintaron la monotonía de la vida santiaguesa, sin otras diversiones que pasear por la Alameda los jueves y domingos que hacía buen tiempo, al compás de la «brillante banda municipal» como llamaban siempre los periódicos locales a la desmayada música del Hospicio, y dar, a prima noche, un par de vueltas por la Rúa y el Preguntoiro los demás días. No todos, porque los papás acordaban unas enojosas alternativas de paseo y encierro, contra las que ellas, como todas las muchachas de Compostela, protestaban inútilmente. Tenían al año el regalo de cinco bailes en el Casino de caballeros: el del día de la Purísima, los dos de Carnaval, mejor dicho, baile y medio, porque el del martes concluía a las doce en punto de la noche; el de la Ascensión, el del Apóstol y pare usted de contar. Algún año también bailaban el día de la Candelaria, pero esto era muy de tarde en tarde. ¡Vamos, si parecía que formaba parte de la Junta del Casino alguno de aquellos terribles predicadores que las tardes de los domingos de

cuaresma asustábanlas en San Agustín o en San Francisco, haciendo, con pavorosa voz que desataba el llanto de las aldeanas, el detallado relato de todas las penas del infierno!...

- -¡Niñas, moderación!—advertíales casi severamente don Ventura, sin que ellas hiciesen mucho caso.

Pues, ¿y teatro? Estas sí que eran palabras mayores. A lo mejor, en todo el año no se abría más que una vez, allá por las fiestas del Apóstol. «—Ya ve usted, cuando meeos falta hace—» el coliseo de la Rúa Nueva, como con elegante frase le llamaba don Ventura, para distinguirle de los demás teatros que no había en la ciudad.

Ahora estaba al caer, según la *Gaceta de Galicia*, una gran compañía. Total, nada; diez o quince funciones y si la cosa iba muy bien, muy bien, otro abonito por cinco o seis, y hasta que Dios fuese servido. ¡Y si, al menos, ellas asistiesen todas las noches...! Pero papá sólo se abonaba a dos butaquitas para los cuatro, y Moncha y Filo, veíanse obligadas a alternar.

—Ya ve usted, en vez de tomar un palco para que fuésemos a diario. Pero le hay que ahorrar para que luego heredemos más... Y nosotras no queremos ser tan ricas, ¡ea! De reuniones no hay que hablar... ¡Le digo a usted que es más divertido este Compostela...!

—Olvidan ustedes el mejor entretenimiento.

—¿Cuál?

—Los estudiantes.

—¡Meigas fora!—terció doña Segunda, dejando caer el tenedor para santiguarse toda asustada—. ¡Arrenégote demo! ¡El Señor nos libre! El nombre lo dice todo. Estudiante: ave de paso que picotea aquí y allá, y de pronto, cuando se le cree más seguro, levanta el vuelo y vase

A mí, cuando sé de una muchacha que se ha puesto en relaciones con un estudiante, me da una pena... ¡Otra desgraciada!—me digo—. A seguir la carrera con el novio, a encariñarse, quizás a llegar hasta las oposiciones, sufriendo con él todas las angustias de esos días terribles, hartándose de oir misas, de hacer novenas y de romper hábitos para que el Señnr le favorezca... y después, en cuanto tiene posición: «Ahí te quedas, parvuliña. Eres un buen recuerdo de la vida de estudiante; pero yo ahora necesito otra cosa.» Y se casan con la señorita de su pueblo, que les preparó la familia, o se dejan atrapar por una de esas lagartonas de los Madriles, los Barcelonas o los Valladolides, y la otra infeliz que se muera de pena... —la voz de doña Segunda temblaba—. ¡Ay! cada vez que le pienso que una de mis hijas puede verse en tal trance, me entran ganas de ir a la Universidad, y prenderla fuego. ¡Santa Madre de Dios, qué disgusto si yo las viera hablando con un estudiante!... Amara, saque los pollos, quite otros cubiertos.

Elvirita Briay apenas mereció un breve espacio en esta revista de sucesos y personas. En ella no había otra cosa que la corrección del dibujo y colorido de las facciones... Era una preciosa cabecita prerrafaélica, de una sosería extraordinaria y lamentable. En la ciudad llamábanle la *Virgen de Cera;* Madeira, en venganza de no sé qué desdenes, la bautizó *el Figurín iluminado*, y Barcala, para hacer rabiar a Samoeiro, decíale la *Señorita Ceratosimple.*

El caso es que Elvirita apenas habló en toda la tarde diez palabras, y las diez hubo que sacárselas con tirabuzón.

En cuanto a la señorita de Castro Retén...

Carmiña había producido en el joven una impresión profunda que él advertía confusamente, sin acertar a definirla. Recordaba con agrado y simpatía a las niñas del ex juez, pero no pasaba de ahí; mientras qne la de Castro inspirábale otro sentimiento más hondo; habíasele adentrado, como ahora se dice. De aquel cuadro, era la figura que destacaba con más vigor y más luz en su pensamiento... y en su corazón. Parecióle una muchacha encantadora, tanto por su belleza, como por su discreción y buen sentido. ¿En qué estaba él pensando cuando la vió por primera vez?

Tenía la misma acometividad, igual sencillez y llaneza que las otras; pero era menos ruidosa. En cambio, sus golpes resultaban más certeros.

Bien lo sintió el estudiante cuando, contestando a Moncha, que hablaba al joven de la novia que en breve había de echarse en Santiago—, ¿qué estudiante estaba sin ella?—, Carmiña le tiró con la mayor suavidad esta estocada:

—¡Ay, no lo creas, Monchiña! A Gerardo, acostumbrado a las bellezas y elegancias madrileñas, le parecerán *antipáticas* y *cursis* estas pobres señoritas de pueblo.

Carmen hablaba menos que las otras; pero lo hacía mejor. Denotaban sus palabras una mujer inteligente, de carácter a un tiempo alegre y serio. Echábase de ver en ella cierto orgullo que acusaba vigorosamente la afectuosidad de sus palabras. Y, sobre todo, parecía y era, sin duda, una mujer de corazón.

Y después, aquella dulzura en el hablar, la suavidad, la melosidad del acento que tanto se asemeja a un canto; esa manera de meter las palabras en el alma; aun las

más sencillas, que tienen las gallegas... Esa, esa debía de ser el arma terrible de que todos le hablaban. La verdad era que así cantadas las divinas palabras de amor deberían parecer más gloriosas.

Pero cuando Carmiña acabó de entrársele del todo a Gerardo, fué oyéndola cantar, luego de levantados de la mesa. El estudiante, para deslumbrar un poco a aquellas provincianitas inocentes, sentóse al piano que estaba en el gabinete contiguo al comedor, y, con desenfado y madrileño desgarro, tocó y cantó los schotis más castizos de Chueca y otras muestras de la musiquita madrileña, fácil, picaresca y grata, imitando, con cierto donaire, a los cómicos más en boga.

—¿No sabe usted ninguna canción gallega?—preguntóle Moncha.

La verdad, Gerardo había oído hablar algunas veces con entusiasmo de la belleza de la música gallega al madrileño renegado de Augusto, pero sin prestar gran crédito a lo que él creía exageraciones del optimista rapaz.

—Pues le es muy bonita—aseveró Filo—. Le hay canciones muy lindas. Anda, Carmiña, canta alguna para que la oiga Gerardo.

¡Jesús María; no se iba a reir poco de ella!

—Sí, sí—insistió Moncha—. Canta «Teus ollos».

—O el «Adiós a Mariquiña».

No costó poco trabajo conseguir que Carmen accediese, temerosa de que el joven, acostumbrado a aquellos grandes cantantes del Real, se burlase de esta aldeana; pero vencida la primera dificultad, y así que, por obedecer a doña Segunda, hubo cantado una balada de Montes, el auditorio cayó exigente sobre la de Castro,

que fué, dócil y amable, diciendo con su voz pastosa, dulce y bien timbrada, una porción de lindas canciones gallegas que Gerardo escuchó con agrado creciente para acabar entusiasmándose con la delicadeza y ternura de aquella música encantadora. Sentidas melodías que lloraban la ausencia, suaves alboradas, alegres muiñeiras y una colección de melancólicos o picarescos «alalás» que el madrileño no se cansaba de oir.

Nin me falas nin me miras,
castigo d'o meu pecar.
¡Camiñiños que eu andiven
quen poidéravos andar!

O aquel:

Canta rula, canta rula,
canta rula n'aquel souto.
¡Pobriño d'aquel qu'espera
p'o lo que está n'a man d'outro!

Y este:

Fixéchem' unha camisa
é non m'a riscache ben;
costureiras namoradas
nunca certan a coser.

¡Adorable música! ¿Qué lira celestial podrá cantarte? Gerardo dejóse conquistar fácilmente por la ternura de estas melodías, y fué quien con más insistencia pidió a Carmiña nuevas muestras de la divina música.

—¿No sospechaba usted que aquí teníamos tal tesoro?—díjole ella.

Al fin, porque pedirle más hubiera sido desconsideración notoria, dejáronla descansar, y dirigiéronse Gerardo y las otras muchachas a la galería, elogiando ca-

lurosamente el arte y sentimiento de la cantora. La señorita de Castro Retén quedó ante el piano, animada su cara por cierto colorcillo rojo que aumentaba su belleza, y haciendo saltar con el abanico, movido muy de prisa, los ricillos coquetones de su frente. De pronto, sus dedos corrieron ágiles por el teclado, preludiaron una melodía suave y, con los ojos perdidos en una vaga visión de amor y anhelo, rompió a cantar melancólicamente, saudosamente, la cantiga de Curros:

N'o xardín unha noite sentada
o refrexo d'o branco luar,
unha nena choraba sin trégolas
os desdés d'un ingrato galán.

Vibró fuertemente en el alma de Gerardo la emoción de la cantante, y quedito, muy quedito, acercóse al piano, apoyóse en él y siguió, suspenso y emocionado también, el canto morriñoso, el ¡ay! de dolor y desesperanza que exhalaba, más que con los labios con el corazón, la de Castro Retén:

Os seus ecos de malenconía
camiñaban n'as alas d'o vento,
y-o lamento
repetía:
«¡Vou morrer, e nón ven o meu ben!»

Los ojos de Carmiña miraban fijos ¿quién sabe adónde? Su firme y ondulado pecho alzábase para dejar paso a un suspiro. Movía suavemente la cabeza, como si con este ademán quisiese dar más expresión a la música, y con voz deliciosamente velada por la emoción, dijo la otra estrofa:

Y-o mirar as xentís anduriñas
Car'a terra que deixa cruzar,
«¡Quen pudera dar volta—pensaba—,
¡Quen pudera con vosco voar!...»
Mais as aves y-o buque fuxían
sin ouir seus amargos lamentos;
sólo os ventos
repetían:
«¡Quen pudera con vosco voar!»

La voz, divina voz que sonaba en el alma del estudiante de un modo extraño y grato, fuése extinguiendo, extinguiendo en un murmullo de súplica infantil, de queja de vencido, y con la última nota brotó de los hermosos ojos de Carmiña una lágrima, que la de Castro se enjugó prontamente, para decir sonriendo al madrileño, no menos emocionado que ella:

—Es muy linda, ¿verdad?

—Sí, muy hermosa; pero lo es mucho más cantada por usted. Le aseguro que nunca oí música semejante ni cantante tal.

Después, en un momento en que se encontraron solos en la galería, Gerardo reiteró a Carmiña las gracias que a ella y a su padre diera por escrito, por el socorro que le prestaron con ocasión del lance de su descalabradura, prometiendo reiterárselas en breve personalmente.

—Y he de rogar a usted, mi amable enfermera—añadió—, que complete la buena acción, permitiéndome conservar como recuerdo el pañuelo que puso sobre mi herida.

—¿Mi pañuelo? ¿Para qué? ¡Pobre recuerdo el que necesita para mantenerse la materialidad de un objeto!

Y, al decir esto, posó en los ojos del estudiante la dulzura de una mirada tal, que, todavía, al recordarla, sentíase el madrileño profundamente impresionado, como cuando se clavaron en los suyos los grandes y serenos ojos dorados de la hermosa muchacha.

¡Oh, las canciones, los ojos y la voz!... ¿Por qué esta turbación al recordarlo? ¿Qué era aquello? Gerardo no lo sabía ni quiso devanarse la cabeza averiguándolo; pero allá, en el fondo de su corazón, parecióle que se levantaba un sentimiento nuevo y agradable... ¿Enamorado? ¡El!, ¿el hombre escéptico y fuerte? ¡No, Dios mío! ¡Qué tontuna! Acaso Carmen fuese un agradable entretenimiento para distraer el tedio de aquella larga reclusión... pero nada más. ¿No afirmaba Augusto que lo que le hacía falta para curar sus murrias era una novia?

La vanidad del joven no dudó un instante del fácil rendimiento de la plaza en cuanto intentase el asalto. Era una conquista gloriosa. Nunca nadie obtuviera de la señorita de Castro Retén el favor de un *sí*...

Además, Carmiña era hermosa, elegante, inteligente, discreta, tenía mucho ángel...

¡Y aquel mirar con aquellos ojos; aquella dulzura; aquella caricia de voz!

Cuando encendieron los faroles, el señor Roquer y Paz, don Gerardo, abandonó el paseo y dirigióse a su casa por la rúa del Villar, muy concurrida a esta hora, sobre todo de estudiantes que paseaban en grupos hablando a gritos o cantaban en pequeños orfeones, recostados en los escaparates.

Casi al final de la calle tropezóse Roquer con la señora y las niñas de Lozano y sus dos amiguitas, que iban de paseo.

Las hijas del ex juez contestaron alegre y expresivamente al sombrerazo del joven, y Carmen con una sonrisa que fué como alumbrar el sol un paisaje gallego. El estudiante dudó al llegar al término de la Rúa si volver sobre sus pasos para encontrarse con sus nuevas amigas, es decir, con ella, o continuar a su casa. Decidióse, al cabo, por lo último, pensando que no debía prodigarse.

Desde el portal oyó confuso rumor de cánticos que se hizo más claro al abrirse la puerta, y, sin entrar en su cuarto, fuése Gerardo en derechura al comedor, donde la música sonaba.

Era una pequeña orquesta formada por los huéspedes de Doña Generosa y otros rapaces que, al ver aparecer de punta en blanco a nuestro amigo, rompieron a tocar la marcha real, acompañada por tintinear de vasos y platos, con que tomaron parte en la broma los que no tañían ningún instrumento.

El diminuto Nietiño, armadanzas de esta función, dirigía la orquesta sirviéndole de batuta una flauta que tan pronto tocaba como blandía marcando el compás. Manolito Gómez, Julio Quiroga, Javier Flama, y un rapaz de fuera de casa, Alvaro Soto, tocaban el violín; Luis Boullosa y Paulino Lago, tañían sendas bandurrias, y Barcala, Augusto, Casás, Marcelino Baamonde y Benigno Boqueijón y Robus Faginas, Madriñán y Alejandro Barreiro, de la posada de la *Vizcaína*, hacían el bajo con sus guitarras, sentados casi todos en la larga mesa que, para hacer sitio, habían arrimado a la pared. Pepe Nie-

to y Samoeiro eran los flautistas. Al último, habíanle colocado a regular distancia para ponerse a salvo de la menuda lluvia que esparcía al soplar en el agujero de su flauta, que tocaba con rara habilidad, aunque haciendo alarde de un exagerado sentimiento. Otros rapaces formaban un afinado coro, al que mezclaban sus voces algunos de los tañedores.

En el centro del corro, Madeira acompañaba la música con una pequeña pandereta que golpeaba, muy serio, con las manos, los codos, las rodillas, los pies, la cabeza, con todas las partes salientes de su cuerpo, en fin, dando grotescos saltos y haciendo extravagantes contorsiones que desternillaban de risa al respetable público, con enojo del panderetólogo a quien incomodaba grandemente que se tratase su arte con tan poco miramiento.

—¿Qué hacéis?—preguntó Gerardo así que se hubo calmado el bullicio de su entrada.

—Estamos ensayando para ir esta noche de parranda. Samoeiro está todavía indignado con nosotros y, para desagraviarle, «vamos dar» serenata a su novia.

—Y a las vuestras; no creáis que me chupo el dedo.

—Que hagas o no esa porquería, muy propia de quien, como tú, hace tantas, lo cierto es que nos estamos molestando para que nos vuelvas a tu gracia y te des tono mañana con la señorita *Ceratosimple*—le dijo Barcala.

—Vamos a decir el «Don Pepito» para que lo oiga Roquer—propuso Nietiño—. Te es una mazurca muy graciosa que nos ha compuesto Maximino Regalado.

Tras la mazurca tocaron y cantaron una «danza», luego un vals, piezas obligadas de todas las parrandas compostelanas, y después un potpourrí de aires gallegos

arreglo de Nietiño, que empezaba con uno de los alalás que acababa de oir Gerardo a Carmiña Castro Retén:

Canta rula, canta rula,

y concluía con la vieja canción infantil

Touporroutou
¿pra dónde vas vella?
Touporroutou
Pra Redondela...

Entonces Roquer les fué pidiendo las canciones que oyera hacía un rato en casa de Don Ventura, que los rapaces, como quien las tiene bien sabidas y con la feliz disposición de los gallegos para la música, acordaron en seguida.

—¡Viva a terriña!—gritó Benigno Boqueijón al terminar.

—¡Viva!—contestaron todos, y Gerardo más fuerte que ninguno.

—Mírate tú por dónde vámoste llevar un gran repertorio—dijo Marcelino Baamonde—. Te fué buena idea la de Roquer de pedirnos tantas cosas.

—Vamos dar golpe—afirmó otro.

—Parranda como ésta hay años que no os salió en Santiago—agregó un tercero—. Este Nietiño es mismo o demo para estas improvisaciones.

Marcháronse los músicos de fuera, conviniendo en reunirse todos a las diez bajo los solitarios soportales de la Quintana de vivos.

—¿Si yo os rogara—dijo tímidamente el madrileño a sus compañeros al sentarse a la mesa—que fueseis a tocar unas canciones gallegas adonde os dijese...

¡Virgen, la que se armó! ¿Y luego, ya había novia? ¿Cómo lo tuviera tan callado? Gerardo los tranquilizó. No se trataba de eso, sino de satisfacer una deuda de gratitud, y, al oirles cantar y tocar tan bien, ocurriósele que una serenata sería un delicado modo de hacerlo. Nada más; no fuesen a creer otra cosa. A cambio de este favor, él convidábales luego a cenar donde quisieran.

—Y sin que convides, ¡hom!, vamos tocar donde te dé la gana.

—Bueno—terció Barcala—; tocaremos donde quieras y lo que quieras, y cenaremos después en casa del Masón o de las Crechas. Madeira y Casás, que son unas águilas para estas cosas, se encargarán de prepararlo todo. Ellos disponen el menú, y tú el programa del concierto.

—Sólo música gallega—contestó el madrileño—. Aquello de «En el jardín sentada de noche» y lo otro de «Lonse de la terriña».

—No se dice así; pero eres hombre de buen gusto—replicóle Casimiro Barcala perdiéndose en una apasionada disertación sobre la música y la poesía gallega, que tuvo la virtud de hacer que todos abreviasen los trámites de la deglución obligándoles a levantar el campo.

Conforme al programa acordado, la parranda hizo su primer alto ante la casa de la señorita de Castro Retén

A Gerardo parecióle que, a poco de comenzar la serenata, movíanse las cortinas de la galería. Augusto también lo notó, y, apenas concluída la primera pieza, llamó con voz fuerte:

—¡Ay, tú, Gerardo! ¡Roquer!

—¿Para qué me llamas si estoy a tu lado?—contestóle el otro en voz baja.

—¡Tonto, para que se entere de que eres tú quien da la serenata!

Después que los estudiantes hicieron merced de su galantería a otras muchachas, en sus buenas tres horas de serenateo, la mayor parte de los parrandistas fuéronse a cenar con el rumboso Gerardo a la famosa taberna de las Crechas. El menú no fué escogido ni variado: unos «toros» de merluza con guisantes, las inevitables y exquisitas costilletas que dieron fama a la Casa, queso de la tierra y manzanas y vino del cielo; pero cada estudiante sazonó su plato con tal salsa de apetito y alegría, que no comió nada mejor en toda su regalada vida Su Majestad Imperial y Celestial la Emperatriz de la China.

Para ayudar a la masticación, los rapaces bebieron de lo lindo y charlaron por los codos, cosa muy natural en quien tiene la boca ocupada en otros menesteres, celebrando el éxito de la parranda y bombeándose descaradamente, ni más ni menos que cualquiera de los auto-declarados genios que ahora usamos para andar por los periódicos, las Cortes, el teatro y los demás sitios públicos en donde no hay rigor para examinar las papeletas a la entrada.

—Os digo—aseguraba Augusto con la boca llena—que parranda como ésta nunca vióse en Santiago. Cuando concluímos de tocar a Josefina Rubianes, díjome Don Bartolomé Reboredo que ni en Madrid oyera él cosa semejante, cuando estuvo el mes pasado con la Comisión del Ayuntamiento a visitar a Don Eugenio.

—¿Y sabéis por qué hemos tenido tanto éxito?—preguntó Barcala poniéndose en pie, cada vez más exaltado de entusiasmo y de Rivero—. Pues porque nos hemos dejado de «músicas» y hemos tocado lo nuestro, lo que

llevamos en el corazón y porque lo llevamos aquí lo sentimos: ¡la música gallega! ¡Nuestra música!...

Y otra vez entonó un himno entusiasta a la poesía y a la música enxebres. Adalid, Montes, Chané... Rosalía, la divina Rosalía, «la décima musa», como la apellidaba nada menos que Castelar; el excelso Curros, en cuyos versos palpitan el vigor y la ternura de la raza; el viril Pondal, el galleguísimo Añón, Aureliano Pereira, Lamas Carvajal, Alberto Ferreiro, el picaresco Don Benitiño Losada, aquel velliño que iba todas las tardes al Casino en su cochecillo de paralítico... Y, en otro orden literario, la inmensidad del más grande novelista del siglo, el sublime, el enorme Eça de Queiroz. Y descubríase al nombrarlo.

—¡Eh, tú, no te cueles! — interrumpióle Madeira, quien, desde que el año anterior estuvo en Portugal de primer panderetólogo de la tuna escolar compostelana que visitó por carnavales Braga, Segadaes y Valença d'o Minho, no consentía la menor equivocación en las cosas del vecino reino—. Eça de Queiroz es portugués.

—¿Qué sabes tú? ¡Gallego y bien gallego! Gallego por su virilidad, gallego por su ternura, gallegos sus personajes, gallega su ironía, gallego su amor a la tierra. Es nuestro gran novelista; la tercera persona de la trinidad galaica: ¡Rosalía, Curros, Eça de Queiroz! Yo bebo a su salud, a su gloria, que es nuestra. ¡Brindad conmigo, gallegos!

El auditorio, enardecido por la palabra convincente de Barcala y por las libaciones, no menos persuasivas, de Riveró, prorrumpió en aplausos; pero Madeira en su calidad de portugués honorario y de hombre enterado de las cosas de la nación hermana—¡cinco días de

tocar la pandereta en portugués, caballeros!—, levantóse y opuso al discurso de Casimiro otra fogosa perorata de tonos patrióticos, que arrastró a la tornadiza asamblea.

—¡No queremos nada del Extranjero! Tenemos bastante en casa sin necesidad de ir a buscarlo a otra parte. ¡Abajo el Extranjero! ¡Fuera el vil invasor!

—¡Fuera!—rugió la mesa en pleno—. ¡Fuera el Extranjero! ¡Viva España! ¡Abajo las circunstancias eximentes!

Fueron expulsados de la taberna, muy finamente, eso sí, cerca de las cuatro de la mañana, en vista del lamentable estado de la reunión.

Al salir a la calle dividiéronse. A unos se los llevaron a sus casas medio arrastrando. Otros desaparecieron misteriosamente. Alvaro Soto, Alejandro Barreiro y Augusto, con las capas caídas y arrimados a una pared, tiraron de lo más sentimental de su repertorio y estuvieron cantando y tocando hasta que apareció un villéu que les impuso silencio, obligándoles a retirarse. Barcala, con la capa arrastrando, el andar incierto y la guitarra bajo el brazo, colgóse del de Gerardo y le dijo confidencialmente, con voz lacrimosa:

—Esos bárbaros no saben una palabra de literatura, a pesar de todos los sobresalientes de Pereiro. Ninguno ha leído a Eça de Queiroz. ¿Crees tú que se puede vivir dignamente sin haber leído al Enorme?... No se lo digas a nadie; es una de mis devociones. ¡Viva la literatura! ¡Viva Galicia!—¡Abajo la revolución francesa!

—¿Qué te parece Carmen Castro Retén?—preguntóle entonces Gerardo, también en vena de confidencias.

Barcala se paró en firme, arrimóse a una pared para

no caer, y descubrióse con muestras del mayor acatamiento.

—¡Carmen! ¡¡Carmen!!... ¡Carmen, carminis, el verso!... ¡Un tratado de calología! ¡Viva la belleza!...—y, agotadas sus fuerzas, dejóse resbalar lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Tuvieron que llevarlo casi en brazos.

El resto de los troyanos dedicóse a cambiar las muestras de los comercios. En el balcón de casa del alcalde colocaron la del establecimiento de Gigirey, que rezaba en letras muy grandes: «Pastelería»; en la portada del droguero Labarta, pusieron: «El Buen Gusto». «Talabartería» en la tienda de un camisero, y sobre el dintel de la casa del señor Deán la muestra del establecimiento de modas de Gerardo Abollo: «Especialidad en caprichos para señoras.»



IV

Disimuladamente, mas no tanto que no lo advirtieran en seguida los 22.223 ojos vigilantes— el non es de un tuerto—que en Compostela siguen curiosos los movimientos de cada hijo de vecino, de cada padre y de los forasteros, padres, hijos y demás parientes que pasean la ciudad, comenzó a ejecutar Gerardo las diligencias que, para hacer méritos, practican los enamorados desde que en el mundo alzóse la primera casa que sirvió de albergue a una mujer guapa.

En plata y para no perder el tiempo, que nuestro buen amigo, el Señor Roquer y Paz, Don Gerardo, «hizo el oso» a la señorita de Castro Retén por todos los trámites, fórmulas y modos que emplean los rapaces de todas las partes del mundo donde hay corazones masculinos inflamables y mujeres que con su belleza prenden fuego a estas peligrosas materias combustibles.

Vivía Carmiña cerca del paseo de la Alameda, en la calle de la Senra, que es, sin duda, la más alegre de Compostela, y Gerardo dió en pasar por allí todas las mañanas, cerca del mediodía, como si este fuese camino para sus ocupaciones; luego todas las tardes a la ida y regreso de paseo, y, no mucho después, cuantas veces le era posible.

Los balcones del primer piso de la casa de Don Laureano Castro tenían siempre herméticamente cerrados cristales y maderas, conforme al uso santiagués, que ha

estatuído la mayor obscuridad para el respeto de la sala de recibir y demás habitaciones serias de la casa. Las blancas cortinas de la galería del segundo piso permanecían a toda hora caídas e inmóviles.

Algunas veces, figurábase Gerardo que se alzaban ligeramente al pasar él; pero, sobre que bien pudiera equivocarse y ser el movimiento imaginación de su fantasía, ¿por quién movíanse? ¿Por el madrileño o por alguno de los otros osos que, con los ojos puestos en la casa de la señorita de Castro, paseaban la ancha, soleada y jubilosa vía, como con su acostumbrada elegancia de frase la adjetivaba don Ventura?

Porque eran tres, además de nuestro amigo, los adoradores de la señorita de Castro Retén.

Contábase, en primer término, un pollo elegante e insubstancial, vestido siempre exageradamente a la moda más nueva y absurda que llegaba a Santiago por la carretera de La Coruña o la estación de Cornes, y que mudaba de corbata dos o tres veces al día, convencido de que para conquistar el corazón impresionable de una mujer no hay arma más segura ni camino mejor que un plastrón rutilante o un coquetuelo lacito.

Después había un estudiantón arisco y ridículo, un aldeanote de estos a quienes eligen como víctimas de sus bromas pesadas los estudiantes, y al cual los compañeros de hospedaje hicieron creer que estaba perdidamente enamorada de su elegancia y buena figura la señorita de Castro. Pasábase el día dando vueltas por la calle de la Senra, embutidas su morcillúdas y callosas manos en unos endemoniados y atormentadores guantes de color amarillo rabioso y vestido con un inverosímil chaqué que hacía gracioso contraste con el sombrero

ancho, desmañadamente derribado sobre el cogote, y los gruesos zapones del infeliz. De un momento a otro, en cuanto se lo indicasen sus compañeros, estaba para caer sobre el pollito presumido, «por culpa del cual la señorita de Castro no se asomaba al balcón», obligando al «paifoquiño» a guardar inéditas las posturas distinguidas y donjuanescas que minuciosamente le ensayaban en la posada.

El oso número tres, era plantígrado de más cuidado, y no ciertamente por la amplitud de sus enormes pies, erizados de dificultades según las contracciones que hacía al posarlos en el suelo, cada uno de los cuales tomaba al andar dirección contraria al compañero con lo que el caminar del sujeto tenía mucho de la gallardía del pato. Fuera de esto y de unos ojos saltones y tiernos, no estaba del todo mal de figura el plantígrado tercero, que gozaba, además, como precioso don del cielo, de un áspero y copioso bigote de varios colores, pendant de unas no menos pobladas y cepilludas cejas. Pero no estaba el peligro de este oso en ninguna de las singulares y envidiables cualidades físicas apuntadas, ni siquiera en el atildamiento relamido de su vestir, sino en la barbaridad del talento que las gentes le reconocían; en la facilidad con que fabricaba endecasílabos rimbombantes para todos los casos, cosas y personas, dignos de ser cantados por su fecunda lira; en su elocuencia de «orador castelarino», según aseguraba *El Libredón;* en aquella su palabra flúida, copiosa e incansable en urdir metáforas, apóstrofes e imágenes brillantes con que asombraba durante media hora, una hora, dos horas o las horas que fuese necesario al «dilectísimo auditorio», conforme, melifluamente, le apellidaba al comenzar sus discursos, y,

sobre todo, en el crédito de muchacho, ¿qué digo muchacho? de hombre formal y sesudo que gozaba en la ciudad.

Había concluído el año anterior la carrera, y sus opiniones y sentencias se tomaban en consideración hasta en el «Senado», herrumbroso areópago de viejos murmuradores que todas las tardes se reunían en el vestíbulo del casino de la Rúa. Los padres, cuando querían estimular a sus hijos con un buen ejemplo, presentábanles el de este joven estudioso, talentudo y serio, vicepresidente inamovible de todas las juventudes y Asociaciones católicas «ad usum escolaris». Don Ventura sentía por él una admiración enorme, casi tán grande como la que le inspiraban los constitucionales de Cádiz, Castelar, el famoso pórtico de la Gloria, los dramas de Echegaray y la *Rendición de Granada*, de Pradilla, que él conocía por los cromos que popularizaron el famoso cuadro.

Llamábase el plantígrado número tres Octavio Fernández Valiño, aunque era más conocido por *Maragota*, apodo que heredaba en vida de su señora mamá, Jacinta Valiño, esposa, desde hacía dos años, de don Angelito Retén, hermano de la madre de Carmiña Castro.

Jacinta Valiño, alias la *Maragota*, hubo a Octavio de su matrimonio, o, por lo menos, durante su matrimonio, con un peón caminero, «legoeiro» como por aquellas tierras se les llama, que tenía su casilla en el Faramello, cerca de la casa solariega de los Retén, y a su cargo los kilómetros tantos al cuantos de la asombrosa carretera de Santiago a Pontevedra.

Era Jacinta una mujer pequeña, fuerte, taimada, astuta, decidida y enérgica, bajo unas pavorosas apariencias de mansedumbre e insignificancia. Al quedarse viuda, entró a servir en casa de los abuelos de la señorita de

Castro Retén, quienes la recogieron compadecidos de su desamparo y no tardaron en despedirla al descubrir sus relaciones con don Angelito, que, al decir de los maldicientes, ya tenían fecha en vida del «legoeiro». Como que había quien, dado a sutilizar y perseguir quintas esencias, señalaba, detallista y meticuloso, mil rasgos fisonómicos semejantes en las respectivas facies de don Angelito y Octavio Fernández Valiño.

Muertos los padres de su amante, intentó la *Maragota* casarse con éste; mas entonces tropezó con el único obstáculo que en su vida no pudo vencer. Doña Ramona, la madre de Carmen, carácter entero e inflexible, erigida en jefe de la familia por la flaqueza de ánimo de su hermano, opúsose resueltamente a la boda, y don Angelito fué dando largas y largas al asunto hasta que, dos años antes de la fecha de nuestro relato, seis meses después de la muerte de doña Ramona, la *Maragota* pudo realizar su sueño dorado de llamarse la señora de Retén, lo cual motivó que las relaciones entre don Angelito y los de Castro quedasen rotas.

Desde el año precedente, Octavio hacía el amor a Carmiña Castro Retén y encontrábasele a todas horas paseando lentamente la calle de la Senra, acompañado casi siempre por su inseparable admirador y amigo el contrahecho y avinagrado Jesusito Mollido, redactor de *El Libredón*.

Nuestro buen Roquer no concedió maldita importancia a ninguno de aquellos rivales y menos al formidable *Maragota*, quien, pese a las tiradas de endecasílabos y a los almibarados discursos con que deslumbraba a la juventud femenina en las solemnes sesiones músico-lírico-oratorias del Ateneo católico de su digna vicepre-

sidencia, en año y medio de rondar la calle a la señorita de Castro Retén, mirarla lánguidamente y seguirla a todas partes, nunca pudo gozar la alegría de una mirada y menos de una sonrisa de la bella muchacha. Decididamente, Carmiña era persona de buen gusto.

Cierto que Gerardo tampoco podía apuntarse en su haber ninguna demostración que diese fundamento a sus vanidosas esperanzas; pero nuestro oso encontrábase en aquel entonces en unos felices momentos de optimismo y todo lo veía según el color de rosa del cristal de sus deseos.

Bien pronto, aunque él trató de ocultarlo, se supo que el madrileño le hacía el amor a la de Castro.

El primero en saberlo, aunque Gerardo no se lo dijo, fué, ¿cabe dudarlo?, Augusto Armero.

—¡Caíches, Gerardiño!—díjole una tarde que le encontró en la Senra.

Roquer protestó contra la suposición.

—No he caído, no; pero como en algo he de entretener este aburrimiento, y la distracción es de primera... pues, ¡a ver qué vida!

Con análogas contestaciones fué tranquilizando a sus demás amigos y engañándose él, que, en realidad, no estaba muy seguro en cuanto a la naturaleza y arraigo de sus sentimientos respecto a la señorita de Castro Retén.

—La cuestión es pasar el rato—decía.

—Pues ten cuidado con esos pasatiempos—objetóle Barcala—, que con las rapazas gallegas, tan sencillas, tan dulces y tan suaves, son peligrosísimos. ¡Ojo, Gerardo!

Pero Roquer, seguro de sí mismo, hizo un desdeñoso gesto de hombre superior, y siguió su camino. ¡Caer

él con una señorita provinciana, aunque fuese tan discreta, tan guapa, tan bien educada y tan simpática como Carmiña Castro! ¡Vamos, hombre!

La sonrisa con que la gentil muchacha correspondía a sus saludos al encontrarse en la calle o en el paseo, y lo amable que estuvo con él cuando, pocos días después de la comida en casa de don Ventura, hizo a los de Castro la visita de gracias que les debía, fueron para el joven signos indudables de correspondencia, presagio de un fácil y próximo triunfo.

Por aquellos días llegó a Compostela la anunciada compañía cómico-lírico-mímico-dramático-coreográfica de Villalpando.

El señor don Federico Villalpando, alias *Repolo*, primer actor absoluto, director y empresario de la compañía cómico-dramática, etc., que actuaba en el teatro Principal y único de Santiago de Compostela, estaba que no cabía de gozo en el mezquino pellejo que le había tocado en suerte a la hora del reparto de envolturas carnales. En los dilatados años que llevaba rodando por los reinos de Galicia y León, tan pronto al frente de compañías de pretensiones, que sólo hacían los teatros de importancia, como, presentándose con cuadritos ínfimos de zarzuela o verso, en los pueblos pequeños donde no había memoria de un cómico, el bienaventurado *Repolo* no disfrutara nunca temporada tan lucida en ninguna parte. El público llenaba todas las noches el teatro, y *Repolo* mantenía vivo el interés dando inverosímil variedad al cartel. De *La peste de Otranto* o cualquier otro truculento drama echegarayesco saltaba el hombre con la mayor facildad a *La gran vía* o *La redoma encantada*. Él sospechaba, y nunca fué dado a

sospechas sin fundamento, que, por cima del arte estupendo de sus actores, de las maravillas de las comedias de magia, y de los efectos, ora dramáticos, ya cómicos, bien líricos o chulescos—estilo de don Ventura—de Echegaray, Hartzenbusch o Chueca, ejercían poderosa influencia sobre el público masculino las pantorrillas de las señoritas del cuerpo coreográfico, tan pronto bailarinas como coristas. Había sido una genial idea de *Repolo* la de sustituir la piececilla en un acto, que tradicionalmente ponían las compañías dramáticas para fin de fiesta, por una zarzuelita y un baile. Allí estaba el teatro lleno todas las noches para atestiguarlo.

¡Qué sala tan simpática! La traza era idéntica a la de casi todos los teatros provincianos; la ornamentación, la misma, las dimensiones, pequeñas; papel grana en las paredes; el antepecho de los palcos, pintado de blanco con adornos dorados; las butacas, de cansados muelles, estaban forradas de terciopelo grana desvaído; pero el conjunto tenía cierto ambiente familiar, un atractivo, una simpatía que hacían amable aquella sala entre severa y alegre. Mas ¿quién detenía los ojos en estas pequeñeces teniendo en palcos y butacas para embelesarse, la gloria de tantas muchachas bonitas?

Arriba, en la calurosa e incómoda cazuela o en los más pretenciosos, aunque no menos molestos palcos segundos, apretábase el público estudiantil conversando a gritos de banda a banda para entretener el fastidio de los entreactos, cuando no se divertía en interpelar a los de abajo con bromas dolorosas como latigazos, o intercalaba en la representación observaciones y chistes, por regla general más graciosos que los de la comedia. Al menos el público los reía de mejor gana.

Los espectadores acudían con la puntualidad de quien tiene pocas ocupaciones. Primero llegaban los del gallinero, que subían atropellada y bulliciosamente las estrechas escaleras para coger buen sitio desde donde dominar el palco o la butaca con los que había de mantenerse durante la noche activa comunicación por la telegrafía sin hilos. Después iban llegando poco a poco los espectadores del patio. Los de arriba saludábanlos, muy cumplidos, por el mote.

—Buenas noches, señor de *Berbericho*. ¿Y luego, cómo deja a la criada sola? Yo no le estaría tranquilo. Vuélvase a casiña.

—Bien venido, señor de *Vaca cheirenta*. ¿Cuántas burradas ha dicho hoy su señoría en el «Untamiento?»

Una docena de voces campanudas saludaban ceremoniosamente, solemnemente a don Ventura.

—Tantísimo gusto y mayor honor en saludarle, señor de *Caca negra*.

Mas nuestro regocijante amigo despreciaba olímpicamente a los bromistas y, en cuanto se acomodaban en el palco doña Segunda y las niñas, que, al fin, habían conseguido vencer la resistencia económica del ex juez, las abrumaba con su erudición pasmosa.

—¡Qué bonito está el teatro!—decía doña Segunda.

—Es ciertamente grato el espectáculo de la selecta concurrencia que hoy llena este bello coliseo—contestaba el hombre—. Coliseo, de Coloseo: colosal. Así, rindiendo culto a un pueblo y a unas costumbres que fueron faro del mundo, desígnanse estas salas de espectáculos con el nombre que tomaron del primitivo y colosal anfiteatro de Flavio...

Nadie le oía. Doña Segunda entregábase en cuerpo

y alma a una minuciosa investigación de trajes y peinados que le proporcionaba materia de charla para unos cuantos días. Moncha tenía clavados los gemelos en los enhiestos mostachos de Barcala, que se anticiparon algún tiempo a la moda kaiserina. —«A ese Guillermo le ha dado por imitarme»—y Casimiro, desde su delantera de gallinero, correspondía a las miradas de Moncha con sonrisas y muecas, que tan pronto hacían reir como rabiar a la linda chiquilla.

Por su parte, Filo coqueteaba con tres o cuatro rapaces, los cuales mirábanse de través prontos a lanzarse unos contra otros, con gran contento de la muchacha, que procuraba con ello dar celos a nuestro gran amigo Augusto Armero, quien no paraba mientes en estas pequeñeces, ocupado como se hallaba en tales noches en ir y venir, incansable y ardillesco, del escenario a los pasillos, de las butacas al paraíso y del cuarto de la dama a los palcos, pescando aquí una noticia para soltarla en otro lado, feliz con esta actividad inútil que le permitía alardear de su intimidad con todo el mundo.

—La dama, ¿sabe usted?, se casó en Albacete con un señor de Valencia y a los tres días separáronse... ¿Sabe usted? El director ha reñido con la primera bailarina porque no le hace caso. Dicen que hay por medio un marino del Ferrol de quien ella está enamorada.

Y al otro entreacto ampliaba la noticia:

—¿Sabe usted? El marino del Ferrol no es del Ferrol, ni marino, sino un dependiente de comercio de Ribadavia. Ella no es la primera bailarina... ¡Ah! y lo del director tampoco es cierto.

De vez en cuando, el vozarrón de Madeira hacía rabiar un poco al ardillesco rapaz.

-¡Augustiño! ¡Estate quieto, que mareas!

¡Madeira, Barcala, Manolito!... ¿Quién diría al verlos en la cazuela, tan contentos y dicharacheros, la rudeza de las batallas que a diario tenían que reñir para agenciarse la pesetilla de la entrada? Precisamente en la ocasión de nuestro cuento el esfuerzo hecho para encontrar dinero con que adquirir los billetes, agotados ya todos los medios, hasta los extraordinarios que su fértil ingenio les sugería pródigo, fué digno de un canto de Homero. Sólo por aquel desdén con que el Municipio santiagués mira las minúsculas cosas que a la gloria de la ciudad atañen se explica que no se haya perpetuado el hecho en mármoles y bronces en algún sitio principal del pueblo, por ejemplo, cabe el grandioso monumento de Rosalía de Castro, en la gran plaza de su nombre.

—¡Ay, tú, Madeira, ¿tienes dinero?—le había preguntado Manolito aquella tarde, cuando se dirigían con Barcala al café.

—¡Qué cosas tienes! ¡Dinero a catorce del mes! Toleas, Manoliño.

—¿Y tú, Casimiro?

Barcala ni se dignó contestar.

—¿Y luego, cómo hacemos para ir al teatro?

—¿Vamos al Circo de Artesanos a ver si erguimos un par de muertos?

—Ya te han dicho la otra noche que al primer muerto que volvieses a resucitar, enterrábante vivo.

— Lo mejor — propuso fieramente Madeira — será apostarnos en cualquier sitio obscuro y darle el alto al primero que pase.

—Muy bien, pero nos faltan los trabucos.

—Pues no se me ocurre otra cosa.

—Ni a mí. ¡Maldita sea!...

—Ni a mí. ¡Mala centella me nunca coma!

De pronto, al pasar frente al Casino, Barcala dióse una palmada en la frente.

—¡Ya está!—dijo.

—¿El qué?

—Las entradas.

—¿Dónde?

—Allí—señalando al corrillo del «Senado» que ocupaba la mitad del vestíbulo del Casino de caballeros—. Allí, en el bolsillo derecho del chaleco de don Bartolomé Reboredo, que es como si estuviesen en el nuestro.

—Explícate.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¿Y no va don Bartolomé todos los jueves, al anochecer, muy embozado en su pañosa, a casa de la *Cascarilla* a verse con la *Michiña?*

—Va.

—Pues entonces, nosotros no tenemos que hacer sino apostarnos en la obscuridad de la calle de las Esterqueiras, que a esa hora está solitaria, esperarle...

—Y cuando llegue le acometemos, le sacamos un duro del chaleco... o dos, para tener para dos días...

—No seas bárbaro, Madeira. Nosotros obtenemos el dinero por las buenas, porque don Bartolomé nos lo dará de buen grado para echarnos de allí. ¿Comprendéis?

—¡Vai boa!

—Dejadme a mí.

Ocurrió como Barcala había previsto. Al filo de las siete y media desembocó, por el Inferniño, en las Esterqueiras, el señor de Reboredo, embozado hasta los ojos

en su capita, andando muy de prisa, pegadito a las paredes y volviendo receloso frecuentemente la cabeza para ver si alguien le seguía. Iba ya a tocar el portal de la *Cascarilla*, cuando se le pusieron delante dos bultos, que se separaron de la puerta inmediata en ademán de cederle el paso.

—Buenas noches, don Bartolomé—díjole finamente uno de ellos—. Pase, pase por aquí, que por en medio hay mucho barro.

—¿Eh?—exclamó don Bartolomé sorprendido—. ¡Ah! ¿Es usted, Barcala? Buenas noches. ¿Qué hacen ustedes por aquí? Yo vengo de ahí, del Ayuntamiento, y voy al Casino.

—¡Caramba! Pues va usted dando una vueltecita regular.

—Sí; por pasear.

—Pues nosotros le estamos aquí esperando a uno que me debe dos pesos y se ha metido en esa otra casa, y no hay quien le haga salir. Pero le aseguro que hasta que vuelva a la calle no nos movemos. Figúrese usted que hoy hacen en el teatro *La redoma encantada*...

—Y el baile español *La tertulia*—agregó Manolito, a quien las bailarinas traían a mal traer.

—Y con ese dinero vamos «quitar» las entradas... Nada, que nos estamos aquí hasta mañana si es preciso. Así como así esto le resulta muy entretenido... ¿A que no sabe usted quién ha pasado hace un rato y se ha metido en esa casa?... La *Michiña* de la rúa de San Pedro. Le iba hecha una preciosidad. ¡Es una rapaza de vez! Va a ser cosa de ponerle los puntos.

—¿Y dice usted que?...

—Que iba hermosísima. ¡Con unos ojos de un mirar

tan pícaro, aquella cara tan linda, la boquita tan fresca!...

—Y no te olvides de aquel pechazo tan opulento.

—¿De modo que... dos duros... digo, la *Michiña*?...

—Sí, preciosa... Aunque sea un peso, ¿sabe usted? Estaba divina. Yo, si sale antes que el de las diez pesetas, me voy con ella... También le ha pasado por aquí, casi detrás de la *Michiña*, el señor de Rebulleiro. No sé, pero se me antoja que iba siguiéndola.

—¡Ah!, ¿sí? ¡El viejo verde! ¿Y qué?

—Nada. En cuanto nos vió continuó por la calle arriba hacia la Fagera. Dijo también que iba al Casino. Hoy todos ustedes van al Casino por aquí.

—Por pasear. Vaya, adiós y buena suerte.

Alejóse don Bartolomé—«¡Maldita sea su estampa!» —pero volvió en seguida. —«¡Picó el pez! ¡Ojo, rapaz!»

—Hombre, me ha dado lástima verles a ustedes ahí pasando mal rato en espera de ese deudor que no sale y les va a dejar sin teatro. Voy a darles a ustedes para las entradas. Ahí van dos pesetas—alargándoles una moneda.

—Se equivoca usted, don Bartolomé.

—¡Ah!, ¿no? Perdonen ustedes, que no he querido ofenderles—contestó el buen señor guardándose el dinero.

—No es eso, don Bartolomé; he querido decir que se equivoca usted en la moneda. Nos da dos pesetas y necesitamos un duro.

—Vaya por el peso. Tómenlo y diviértanse.

—Un millón de gracias. Vámonos corriendo, Manolito y sin volver la vista atrás. Buenas noches, don Bartolomé, que usted se divierta, digo, que pasee usted bien.

De un brinco plantáronse en el teatro con Madeira que estaba esperándolos en la esquina de la Puerta Fagera.

—¡Tres entradas!—pidió imperativo Barcala tirando sobre la mesa de la taquilla el duro de don Bartolomé, que el taquillero le devolvió en cuanto lo tuvo en la mano.

—Será con otra moneda.

—¿Y luego, qué tiene este peso?

—Que es falso.

—¿Falso?

—Falsísimo.

Poned aquí el repertorio más escogido, variado y furibundo de maldiciones, dejadlas caer sobre don Bartolomé, y no le habréis dicho todas las que le adjudicaron los burlados estudiantes.

—¡Vamos a darle una buena paliza!

—¿Y quién le encuentra ahora? Lo mejor es que veamos de pasar el duro—dijo el prudente Barcala.

En todos los estancos se lo devolvieron.

—¡Ladrón! ¡Diónoslo falso de vez! ¡Mala centella le coma!

—¡Vamos a buscarle! Ya que el peso no pasa, lo pasaremos a él de una bien cumplida.

—No; esperad, venid conmigo—dispuso el fecundo Casimiro.

Fueron los tres hasta la plaza del Pan, donde Barcala separóse de sus amigos para entrar resueltamente en una dulcería que estaba al comienzo de la calle de la Algalia de arriba y que, de padres a hijos, gozaba universal fama por lo sabroso de sus cañas de hojaldre y lo exquisito de sus cajas de jalea que daban quince y raya

a los riquísimos dulces confeccionados por las manos primorosas de las monjitas de Belvís y San Payo.

Era un establecimiento sórdido, instalado, como casi todos los comercios santiagueses, en el portal de la casa dividido por el mostrador que iba desde la puerta de la calle a la de la escalera. Una anaquelería pintada de blanco *in illo tempore* y ahora profusamente moteada de puntitos negros que cien generaciones de moscas habían ido depositando allí para recuerdo de su agradable paso por la dulcería; una mujer de cierta edad y cara adusta; un sujeto rechonchete, que cubría su cabeza con un rechamante gorro de terciopelo rojo bordado en sedas de rabiosos colores, y una lámpara de petróleo, pendiente del techo, envuelta en una gasa roja que tamizaba la luz, un poco escasa, teniendo aquello en una discreta semiobscuridad, constituían, amén de un par de sillas el menaje interior del local.

Fuera, y como adorno accesorio, un hombre joven, sucio y roto, caído más bien que echado sobre el tablero, bebía a pequeños sorbos una copa de caña, la tercera o cuarta de la serie, y monologaba plácidamente, sin que nadie le hiciera caso.

Al dueño de esta dulcería llamábanle de mote *Don Hilarión*, ignórase por qué motivos, y a su mujer la *Leona*, a causa de su mal carácter. A ambos molestábales grandemente oirse llamar así, y más de una vez salió violenta de la tienda a la calle una pesa o una caja de riquísima jalea, lanzada por la indignación de los dulceros contra algún descarado rillote que se atrevió a vocear sus apodos en la puerta del establecimiento.

Calcúlese el efecto que allí causaría esta pregunta,

hecha, con el aire más inocente, por Barcala, después de dar las buenas noches con la mayor finura:

—¿Me hacen el favor de decirme si es esta la dulcería de *Don Hilarión?*

—¿Quén e o porco qu' o pergunta?—interrogó con retintín, rabiosa, *la Leona.*

—¡Señora...! Repórtese usted, que yo no la he ofendido preguntando si es esta la dulcería de *Don Hilarión.*

—Pues yo le digo que aquí no contestamos a los rillotes sinvergüenzas. ¡Largo de ahí! ¡langrán! ¡larpeirón! o le tiro una pesa a la cabeza!

—¡Ay, señora!—contestó Casimiro fingiendo susto—. Pues tiene usted buen modo de tratar a los parroquianos. Vóyme, vóyme. Pero antes, si no es molestia, quisiera saber en qué he faltado a nadie. Yo vengo ahora de Padrón, allí me ha encargado mi mujer, para un antojo, ¿sabe?, que le lleve un par de cajas de jalea de casa de *Don Hilarión*, que dicen que son las mejores. No se enfade usted, señora, y déjeme concluir. Pregunto por la famosa dulcería, me dan las señas de ésta, y, apenas abro la boca, me contesta usted, insultándome.

—Es que eso de *Don Hilarión* es una burla.

—Pero bueno—tercia conciliador el borracho—, el señor no lo ha dicho por le faltar a nadie. Y, además, ya sabe vostede que todo el mundo chámalle así a don José; pero no le es por nada malo. Tamén a min me dicen *Nachiño da Parra*, porque tengo la nariz así, un poco... ¿ve?—apretándose el apéndice nasal con un dedazo sucio—y más no me le incomodo. Y si me convidan a una copa de caña, la tomo ¡rayo! Y dos también; o más si se tercia... ¿Digo bien ou non...? Digo bien, claro. ¿Ustedes gustan?—ofreciendo la copa. —Que me aproveche.

Muchas gracias.—Bebe, da un golpe con la copa vacía sobre el mostrador y se limpia los labios con el dorso de la mano.—Outra copa, don José. ¿Ve? yo no le llamo aquello. Deama ben colmada, santiño.

—Es que yo creí que usted se burlaba de mi marido—dijo *la Leona* al estudiante, sin hacer caso del borracho.

—Dios me libre, señora. ¿Y por qué me le había de burlar? Yo le soy también comerciante y me gusta que todo el mundo me respete. Pero, ¡caramba!, me llegó usted a asustar. Talmente parecía una leona.

—¡Eso sí que no lo tolero! ¡Dalle c'unha pesa, José!

—¡Caramba, señora! Usted tiene un genio extremadamente irascible! ¿En qué le he faltado ahora?

—Tamen ten razón agora o señor—volvió a terciar *Nachiño*—. Eso de *leona* tampoco le es cosa mala. Chámanlle así por el genio pronto, pero sin malicia. Otra cosa no le es. Palabra. Déame otra copa, don José.... ¿Vostedes gustan? Que me aproveche. ¡Isa vela, rapás!—bebiendo de un trago la nueva ración de dinamita.

—Vaya, señora—disculpóse Barcala mansamente—, pues yo tampoco sabía... ¡Ay!, por eso bien dice el refrán: «No hables nunca sin saber con quién.» Buenas noches. Ustedes perdonen, que no fué mi ánimo de le faltar a nadie—haciendo un movimiento como para marcharse.

—¿Pero y luego usted qué quería?—habló por fin el dulcero.

—Ya se lo dije antes: pero como siempre que hablo la equivoco...

—Fale sin miedo, señor—aconsejóle, protector, *Na*-

chiño—, que don José le es de buen aquel. Usted compra y él vende.

—Pues, luego, déme una caja de jalea, de lo mejor, que es para un antojo de mi señora. Ya usted me entiende.

—Y más yo también. Tiene agora un antojo, pero antes le tuvo otro. ¡Isa vela, rapás! ¡Je, je! Deame outra copa, don José... Llénema ben.

El dulcero puso sobre la mesa tres o cuatro cajas del dulce pedido por el comerciante de Padrón, que éste rechazó una tras otra, después de olisquearlas detenidamente.

—No me gustan. Las quiero mejores. Lo mejor que haya. Aunque me cueste más caro.

—Mire que le son buenas.

—Serán; pero las quiero mejores.

Don Hilarión... ¡perdón!... Don José presenta nuevas cajas, que el parroquiano torna a rechazar inflexible después de olerlas detenidamente, y lo mismo hace con otras que le ofrecen después, y con las que vienen luego.

—Como es para un antojo, ¿sabe?

—Pues no le hay cosa mejor.

—Aunque me cueste más cara.

—Ni a peso de oro la encuentra mejor aquí ni en otra parte—le dice *Don Hilarión* seriamente amostazado y con señales de impaciencia.

—Bueno, pues me llevaré una caja por lo que le hice revolver y para que la señora no me guarde rencor.... Pero a mal género, mala moneda. Tome usted ese duro falso, y cóbrese—poniendo sobre el mostrador con un golpe violento el peso de don Bartolomé.

—¡De estos duros falsos vengan muchos!—dijo *Don Hilarión* dándoselas de avisado, metiendo la moneda

en el cajón sin mirarla y extrayendo de aquellas profundidades tres pesetas y dos reales, que entregó a Barcala—. Ahí tiene usted la vuelta.

—¿En moneda buena?

—Tan buena como su peso.

—La quiero mejor.

—¡Vaya de ahí, hom! ¡Vaya de ahí!

—Le es un pavero, don José. Deame outra copa. Colmem'a ben, santiño.

Barcala salió presuroso sin dar las buenas noches, y, en cuanto se vió en la calle, echó a correr con todos sus pies, seguido de Madeira y Manolito, que se fueron tras él en cuanto le vieron salir con la caja de jalea bajo el brazo.

Cuando los héroes que acababan de ganar tal batalla hicieron atropelladamente su entrada en «el elegante coliseo de la rúa Nueva», había terminado el primer acto e iba a comenzar el segundo.

Discutiendo un poco con éste, empujando a aquél, apretándose gustosos los otros y refunfuñando los de más allá, nuestros amigos pudieron ocupar, con el mal humor que es de suponer, los estrechos puestos de delantera, cuya conquista les había costado tantos sudores. Y como en alguien habían de desahogarse, pegáronla con los de abajo, que vieron con pánico caer sobre ellos las primeras gotas del nublado, prometedoras de un violento chaparrón para luego.

—¡Ay, tú!—interpeló Manolito, rompiendo el fuego, a Javier Flama sentado unos puestos más allá—. ¿Y no es una levita eso que lleva *Pepepé?*

Pepepé era un peluquero, elevado por mérito de su carácter simpático a la categoría de concejal, quien desde

que se vió en el Ayuntamiento sintió pujos de señor, y al cual los rillotes y los estudiantes, que vienen a ser una misma clase de atrevidos, hacían rabiar muchas veces cantando, al pasar él presidiendo muy tieso alguna procesión, metido en su frac nuevo, aquello de

Pepe
Pérez
peluquero
peina
pelucas
por pocas
pesetas
pone
púas
para
peinetas...

—¿Habéis visto? ¡*Pepepé* de levita! ¡Qué rico!—Imitando el hablar melifluo de *Pepepé* a los parroquianos:

—¿En punta o redondita?

El comienzo del segundo acto suspendió aquí la pedrea, que continuó con más encono al concluir aquél. La obra no divertía a nuestros amigos, quienes consideraban que habían empleado demasiados esfuerzos para gozar tan poco y querían cobrarse de cualquier modo las que les habían hecho don Bartolomé, los estanqueros y el autor de la comedia.

Algunos espectadores hicieron con presteza mutis del patio y se refugiaron en la trinchera de los pasillos. Gerardo también salió al mismo tiempo que Augusto. Aquella noche era Carmiña huésped del palco de don Ventura y el señor Roquer y Paz disponíase a aprovechar la ocasión que se le brindaba de charlar un rato

con la de Castro; pero antes se detuvo a encender un cigarro. Desde la puerta del patio veíase a Fernández Valiño, en mitad del pasillo de butacas, mirando fijamente al palco de Lozano, al que dedicaba entonces un reverencioso saludo.

—¡Me está fastidiando ese gachó—dijo Gerardo a su amigo—, y nos vamos a encontrar! No miro una vez a Carmen que no le encuentre a él con la cara vuelta hacia el palco. Voy a tener que decirle dos cositas bien dichas.

—¡Qué disparate! Déjame a mí, que va a ir bien servido.

Y, mientras Gerardo se dirigía al palco de Lozano, e oficioso rapaz trepó al gallinero y acercóse a Madeira.

—¡Ay, tú, Madeiriña: a quien le tenéis que soltar una buena es a *Maragota*. Está molestando a Gerardo...

—Pues que le dé un par de piñas en los hocicos.

—¡Hombre!, ahora no es cosa de eso. Se trata de que le soltéis un par de «cohetes» de efecto.

—Déjamelo a mí—intervino Barcala—. Precisamente *Maragota* es uno de mis predilectos...

Y en estas, la puerta del palco de don Ventura que se abre y el elocuente orador señor Fernández Valiño, gran amigo del ex juez de Órdenes, que se presenta en la platea, donde apenas acababa de sentarse Gerardo.

—¡Uy!—gritó allá arriba la voz burlona de Barcala—. ¡El Demóstenes del Faramello!

Maragota no se dió por aludido, hizo como que tampoco se enteraba de las risas con que era acogido el «cohete», y comenzó a repartir ceremoniosos saludos.

—¡Dilectísimo auditorio!—continuó Casimiro, imitando con tanta gracia y exactitud de voz melíflua y el tono

dulzarrón de los almibarados discursos de Valiño, que el teatro todo prorrumpió en una ruidosa carcajada, y *Moragota*, sintiéndose en ridículo, quedóse suspenso en mitad de la profunda reverencia que dedicaba a Carmen.

Don Ventura presentó a los dos rivales, que se saludaron con leves inclinaciones de cabeza, y comenzó una conversación que hacían embarazosa la seriedad en que repentinamente cayó Carmiña, los «cohetes» que no cesaban de disparar los del gallinero y las tremendas ganas de reïr que daba cada uno a las muchachas y a Gerardo.

Valiño, un tanto descompuesto, interpeló al estudiante queriendo ser irónico:

Sus amigos de usted tienen muy buen humor esta

posible. No se lo he preguntado.

preocuparse más de *Maragota*, a quien cogió cuenta don Ventura, Gerardo púsose a charlar con Carmen y Monchiña.

Cuando la campana del escenario—un trozo de rail pendiente de una maroma, el cual golpeaba el traspunte con un martillo—dió el tercer toque avisando que iba a comenzar el acto, despidiéronse de don Ventura y las muchachas los dos rivales, y salieron juntos del palco.

—¿Qué tenía usted que decirme?—preguntó Gerardo a Valiño con tono impertinente cuando estuvieron en el pasillo.

—Pues tengo que decirle que los dicharachos de sus amigos son propios de gente ineducada y soez.

—Y yo le contesto que eso debe decírselo a ellos, y añado que, si por ser yo amigo de esos señores se dirige

usted a mí, estoy a su disposición para lo que guste, en donde quiera, cuando quiera y como quiera; ahora mismo, luego, mañana...

—¡Ta, ta, ta! No es el mío ese camino de escándalo a que usted quiere llevarme. Y ahora óigame: Cuando dos hombres se encuentran en nuestro caso y uno de ellos olvida, como usted ha hecho esta noche, aquella corrección en el proceder, propia de personas bien educadas, el otro queda autorizado para seguir el camino...

—El camino que va usted a seguir es el de no presentarse más delante de esa señorita, absteniéndose de molestarla con su ridícula persecución.

—Como usted no es el padre, ni el hermano, ni siquiera el prometido de esa señorita, yo no le reconozco autoridad ni derecho para hablarme de este modo.

—¡Tengo la autoridad de mis puños!—replicó Gerardo alzando violento la mano, que el otro le sujetó fuertemente antes de que pudiese agredirle.

—Creo—le dijo firme y sereno *Maragota*—que debe usted reportarse y evitar un escándalo por consideración a esa misma persona—soltándole—. Por lo demás, señor mío, no le temo a usted; pero esta no es una de aquellas cuestiones que se arreglan a puñetazos o a estocadas. Yo nunca le hubiese abandonado el campo, pero además le digo que ha hecho usted muy mal en irritarme y que no he de olvidar su intento de ponerme en ridículo.

Con su permiso y sin él me río de sus amenazas y de usted.

—Bien. Mejor reirá el que ría el último.

Y grave y digno se fué.

Gerardo quedó mordisqueando, nervioso y rabiosillo

un cigarro, pero en seguida se repuso, encogióse de hombros y, despreocupado y altivo, entró taconeando por el pasillo de butacas, sin hacer caso de los siseos con que le mandaban silencio, acomodóse en su asiento, volvióse hacia el palco de Lozano, requirió los gemelos y los clavó en Carmiña.

En el camino encontró los ojos brillantes, acerados, desafiadores de *Maragota* fijos en él y contestó a la mirada con una mueca despectiva.

Entonces el hijo de la legoeira volvióse también hacia el palco de Carmen y fijó una intensa mirada en la bella muchacha, que seguía curiosa e interesada el curso de la comedia, con toda su atención infantilmente puesta en el escenario.



VII

Después de escribir no sé cuántos borradores y de romper infinidad de pliegos de papel, hilvanó Gerardo aquella misma noche una sobria y sentida declaración a la señorita de Castro Retén. A la otra mañana se la entregó, en compañía de un reluciente duro, para que la hiciese llegar pronta y discretamente a su destino, a una de las criadas de Carmen y, poco antes del anochecer, hora en que la doméstica acostumbraba a ir a la fuente del Toral, ya estaba nuestro hombre esperando en la esquina del callejón del Peso la respuesta, si ya la había, o las noticias que la moza le diese sobre la acogida que obtuviera la carta.

Aunque el señor Roquer y Paz estaba seguro del favorable resultado de su misiva—¿cómo dudarlo?—no podía reprimir su impaciencia mientras aguardaba, ni le fué posible dominar cierta emoción al acercársele con la sella del agua en la cabeza, misteriosa y seria, la criada de Castro y recibir de sus manos un pliego que sacó del seno.

Calcúlese el efecto que al madrileño le produciría encontrarse con que aquella carta era la suya, la misma que tantos sudores le costara, la que entregó por la mañana tan esperanzado.

—Non a quixo recibir. ¡Miña Nai d'o Carme, «cóma» se puxo!—dijo la fámula en voz queda, llevándose ponderativamente las asustadas manos a la sella—. Y díjome

que si tomaba otro papel de ustede me despediría de la casa... Y más mandóme que le devolviera lo que me dió; pero con el aquel del disgusto, olvidóseme el peso. ¡Arrénegote demo! Mañana se lo traeréi.

—¿Pero no te dijo nada más?

—Non me dijo más palabra.

—¿Se incomodó mucho?

—Púsose muy seria cuando le quise dar el papel y no me dijo más nada que lo que le cuento.

—¿Tú le advertiste que era mía la carta?

—Advertí, señor, advertí. ¿Y luego, lo había de callar?

¡Qué desencanto! El amor propio de nuestro presumido amigo sufrió un terrible golpe. ¿Entonces toda aquella amabilidad, aquellas sonrisas, las palabras aquellas que le dijo en casa de don Ventura y las que le oyó otras veces y debajo de cuya insignificancia él creyó adivinar expresiones conforme a sus deseos, qué querían decir?

Mas lo peor, lo más doloroso, era el desdén con que le trataba. Que fuese una mujer de tan mal gusto que tuviese el de darle calabazas, pase. ¿Pero de aquel modo tan poco delicado, tan grosero, para llamar a las cosas por su verdadero nombre?... ¡Rechazar una carta suya sin leerla!... ¡La muy coqueta! ¡Y decían que era tan seria, tan digna, tan bien educada, la discreción en persona!... ¡Bien se había divertido con él!... ¡Ah!, pero se vengaría.

¡Se vengaría! La pena del Talión, de Caliope o de quien fuese, que él no estaba muy fuerte en estas matemáticas. ¡Ojo por ojo..., etc., etc.!

Saboreando iba de antemano el divino placer, cuan-

do surgió en su pensamiento una duda que ofrecía a su amor propio ofendido una salida decorosa.

—¿No será—preguntóse—que yo he estado incorrecto al valerme de la criada, y Carmen se ha disgustado por ello? Quizás he infringido, sin saberlo, alguna de las reglas fijadas para el caso por la costumbre, ley que con tanta escrupulosidad se observa en este pueblo rutinario y etiquetero. He debido de consultar con alguien antes de dar el paso.

Y, cada vez más aferrado a su idea, se echó en busca de alguno de sus amigos, para que le sacase de dudas. Encontró en el casino a Augusto y, con mil circunloquios para que no descubriese lo que le ocurría, trató de averiguar lo que le interesaba.

¡A buena parte iba!

—Tú le has escrito a la de Castro y te ha devuelto la carta—díjole el avisado rapaz sin dejarle concluir—. No lo niegues. ¡Si no tiene nada de particular! Ni que tú le escribas, ni que ella te haya devuelto la epístola. ¿Tú querías que Carmen te dijese que sí en seguida? Eso no hay en Santiago ninguna muchacha que lo haga. Son cosas de la costumbre... y de la coquetería. La primera carta se devuelve sin abrir... aunque te hay muchas que las abren al vaho del puchero y luego las vuelven a cerrar. ¿A ver la tuya? Está intacta. Carmiña es una muchacha formal. Tú debes escribirle otra carta. La segunda misiva de un enamorado se abre... y se contesta con unas calabacitas no muy rotundas para dar ocasión a nueva insistencia. Entonces se entabla un tiroteo epistolar con aquello de «Soy muy joven», «No quiero novio», «Pruébeme usted su amor», etcétera, etcétera y al fin se otorga el dulce «sí». Otra cosa sería una grave infrac-

ción de las reglas que ha fijado, ignórase quien, para estos casos y que aquí todas las señoritas observan puntualmente.

—A mí me parece que Carmiña es una mujer que está por cima de esas ridiculeces.

—Aquí nadie puede estar por cima de eso. ¡Desdichado de él! Ahora ya sabes todo lo que deseas. Ya me contarás lo que resulte, ¿eh? Aunque no me parece dudoso. Enhorabuena, chico.

Naturalmente, Gerardo se convenció en seguida; escribió otra epístola apasionada, que no le salió del todo mal; a la mañana siguiente buscó a la criada de marras y le entregó el papelito y dos duros, porque la moza resistíase a desempeñar nuevamente el oficio de cartero... y aquel anochecido volvió a recibir, también intacta, la carta con este otro recado definitivo.

—La señorita me ha dicho que le diga a ustede que no vuelva a insistire, y a mí despidióme, pero luego hame perdonado, a condición de que le devuelva a ustede los dos pesos que me dió. Y aquí le traigo vintecuatro reás, que las otras cuatro pesetas no las pude encontrar con el aquel del sofoco. Ya se las daré. No insistía usté más, señorito, no insistía usté. Además, la señorita se marcha mañana con el señor a la aldea. Le van a la matanza, como todos los años, y no le volverán hasta el otro mes. Tome usted su peso y más esa peseta. Ya buscaré las otras.

Gerardo rechazó las monedas y alejóse sin decir palabra, ofendido, dolorido, furioso. Huyendo de la gente echó por la desierta Fuente de San Antonio, siguió por la solitaria calle de la Virgen de la Cerca, subió la empinada cuesta de las Ruedas y, por la obscura calle de los Lau-

reles, metióse en su casa, maldiciendo, como en todo el largo trayecto, a la grandísima coqueta que de tal modo le trataba. Al entrar en su cuarto decidió olvidarla; despreciarla. Era lo más sensato. Tal día hizo un año.

Con todo, aquella noche soñó con Carmiña Castro Retén, y aunque tres o cuatro veces tuvo pensamiento de darle muerte con la afilada plegadera que él tenía para estos casos, no llegó a utilizarla, sin que, al despertar, pudiera explicarse el por qué de tanta blandura y de estar todavía con vida la señorita de Castro siendo él quien era y habiéndole ella hecho lo que le hizo.

Al mismo tiempo que se nublaban las esperanzas del señor Roquer y Paz, don Gerardo, encapotóse el cielo y Compostela se vistió su traje más triste para recibir el agua que, pródigas e incansables, arrojaban las nubes sobre la ciudad.

En Santiago no llueve como en el resto del mundo. Allí la lluvia es una cosa de pesadez, de encono, de obsesión. Un llover sin descanso, sin tregua, sin esperanza de sol. Llueve, llueve y llueve. Un día, otro día y otro y otro y otro. ¿Quién pudo jamás contarlos? Unas veces cae el agua menudita, persistente y fina de «calabobos»; otras arrójase sobre la ciudad en violentos chaparrones, como si sobre el triste pueblo se desplomasen los cielos. Y nunca escampa. Las losas de las calles y los sillares de las fachadas pónense a tono con la situación y adoptan, desde antes de que las nubes se abran, un color negruzco, que es la señal infalible que anuncia a los mojados santiagueses la llegada del enemigo.

Un ambiente de mortal tristeza invade la ciudad. Todos los ruidos de alegría cesan y sólo se oye, monótono, tedioso, tozudo, acabador, el estruendo del agua

que arrojan a torrentes por sus anchas bocas las enormes gárgolas, con tanta furia, con odio tal, que salta violenta al tocar las piedras del suelo, como si quisiera subir otra vez a las nubes para dejarse caer de nuevo sobre la maltratada Compostela.

El tránsito callejero, sobre todo en los primeros días pluviosos, queda estrictamente reducido a los estudiantes, que corren, la mayoría sin paraguas, embozados en las capas y muy pegados a las paredes, camino de la Universidad, de la posada o del café; a la escasa gente que tiene negocios a que ir, y a los aldeanos, que, guarecidos bajo los enormes paraguas rojos y enfundados en sus capas de junco, hacen el dúo con el choclear de sus pesados zuecos a la desesperante canción de los canalones.

A prima noche, algunos valientes y los vecinos de la Rúa suelen pasear bajo los soportales. Es un paseo triste, de hombres solos, sobre un suelo húmedo y resbaladizo. Los paseantes, como los pasajeros de un barco en una travesía larga, se miran con ojos hostiles. En los pisos de muchas casas se abren unas pequeñas trampas que sirven de observatorio a los vecinos. Desde abajo se adivina a la familia, sentada en corro alrededor de la mirilla, señalándose a los transeuntes para caer sobre ellos con el hacha de las lenguas.

Para Gerardo no podía llegar el mal tiempo más oportunamente. Desahuciado por la señorita de Castro, vencido por el tedio que manaba de las nubes con la lluvia, encerrado en su cuarto, sin otra distracción que la de ver resbalar por los vidrios la cortina de agua que incesantemente los cubría, teniendo que encender a las tres de la tarde el quinqué que apagara a las doce de la maña-

na, volvió a hacérsele odiosa la ciudad y pasaba las horas maldiciendo de todo.

De todo, pero más que de nada y casi únicamente de Carmiña. Quitémosle el casi, porque las demás maldiciones que el estudiante lanzaba ya sobre unos, ya sobre otros objetos, reconocían una misma causa y obedecían a un mismo sentimiento: Carmen, Carmen y Carmen. La herida abierta en el amor propio de Gerardo, en su vanidad de buen mozo, sangrante estaba, y el malaventurado no hacía más que imaginar sobre ello y blasfemar de «ella». Era para execrarla, para maldecirla; pero al cabo no tenía otro pensamiento, y la figura odiosa y el nombre aborrecible de la infame permanecían, dormido o despierto, en su mente.

¡La grandísima coqueta! ¡Cómo había jugado con él! ¡Cómo se le burlara! Porque sólo siendo ciego no hubiese visto cuánto había de alentador en las miradas, en las sonrisas y en las palabras de Carmiña. ¡Oh, las palabras! Aquella suavidad, la melosidad aquella, la dulzura del acento, el canto al hablar, ¡cuánto engaño, cuánta maldad encubrían! ¡Si por algo abominaba él de las gallegas, y por algo le fué antipática la primera vez que la vió! Fué una corazonada, y sus corazonadas nunca engañaron al vehemente e impresionable joven. ¡Antipática, sí! ¡¡Antipática y cursi!!

A veces, algo más sereno, preguntábase qué significaba tal pensar constante en Carmiña; pero se tranquilizaba ofreciéndose la certeza de que sólo el odio y el deseo de devolver la humillación que le infligiera la mantenían en su pensamiento.

Por de pronto, quien pagaba todas las que al mísero afligían era la ciudad, aquel poblachón triste, sombrío,

húmedo, manando agua y aburrimiento de todas partes: de las nubes, de los edificios, de las personas... Su padre no sabía cómo era aquello; de otro modo no le hubiese encerrado en tan espantoso calabozo. Y, harto de su reclusión sin objeto en la ciudad lóbrega, anonadado de ver resbalar por los cristales la cortina permanente de agua, llenos los ojos del color negro de los sillares de la casa frontera, cogió la pluma y escribió una vehemente carta a don Juan, suplicándole que le arrancase de allí. Salió en cuanto la hubo concluído, para ir en persona a echarla al correo, como si con esta diligencia ayudara al éxito de su solicitud; mas al llegar al portal, un violentísimo chaparrón cayó sobre Santiago, cual si nunca allí hubiese llovido, y obligó al estudiante a buscar el refugio de su cuarto, en donde, como en otra ocasión memorable, arrojóse en la cama, desalentado, vencido...

—¿Qué es eso?—preguntóle Barcala, entrando en la habitación, poco después, y plantándose delante del triste—. ¿Morriña tenemos? Mala enfermedad, señor Roquer, y si es, como me huele (y por algo me ha dado Dios esta amplitud de narices), mal de amores, peor. No debes amilanarte de ese modo. Ya sabes aquello del mal tiempo y la buena cara.

—Ya se la he puesto. Acabo de escribir a mi padre una carta apremiante, pidiéndole que me saque de aquí.

—¡Hombre, bien! Muy bien, muy bien. Si pudiese servir esa carta para el mío, pedíatela prestada.

—Y yo te la daría de muy buena gana, porque, por las penas mías, juzgo las que sufriréis los demás, recluídos en este poblacho abominable.

—Sí que es aburrido y tristón; pero, la verdad, desde que tuviste la suerte de ingresar en la cofradía de ma.

reantes de la posada de doña Generosa Carollo, no te habías vuelto a acordar de ello, o, por lo menos, no sentiste el aburrimiento y la tristeza con tanta fuerza que te impulsasen desesperadamente a huir.

—La lluvia.

—¡Boh! E mais as calabazas; hablemos claro, santiño. ¿Por qué has de negar lo que está a la vista?... ¿Quieres dejarme que meta baza en este juego? Pues te diré que no hay motivo para ponerte así. No me mires con esos ojos asustados. La rapaza lo vale, y es capaz, por bonita, por simpática y por buena, de enamorar a un santo, cuanto más a un madrileño inocente e inflamable como su señoría; pero, ¡caramba!, aun no siendo tú costal de paja, ni pareciéndoselo a ella, según yo creo, «me se figura a mí», como dice don Servando, que estas no son batallas para ganadas en una hora,.. ¿Y luego, qué querías? ¿Llegar de Madrid con tus corbatas, tus americanas, tus bastones y tus gabanes de última, que son la desesperación de Samoeiro, e ainda mais con eses catro peliños xugando a brisca que tienes en el labio superior, y llevarte la mejor rapaza de Santiago, y si me apuras mucho, y aunque no me apures, ¡carafio!, de las cuatro provincias?... Estate por ahí, que xa te chamarei. El que algo quiere algo le cuesta, rapaz. Constancia, señor Roquer, constancia, y la victoria será suya, como dice Ramiro en clase un día sí y otro también.

—¡Si yo no estoy enamorado!

—¿Ah, no? Bueno, lo dices tú, y yo lo creo. No sé si te ocurrirá a ti lo mismo. Mientras te convences, para distraer un poco esas murrias y, porque aunque eres rico a nadie le amarga enriquecerse más, te invito, en mi nombre y en el de nuestros señores compañeros, a

que subas a probar fortuna en la timbirimba que hemos armado arriba y a que desbanques a ese bárbaro de Samoeiro, que nos está dejando por puertas aunque no sabe tener la baraja en la mano. Tú calcula: púsose a tallar con dos pesos y tiene más de veinte... De paso, si no te molesta, hasme de prestar cuarenta miserables reales de vellón, que necesito para recuperar lo que he perdido, y que, con los ocho pesos que te debo y que no sé cuándo te pagaré, hacen cincuenta pesetas. Ya comprenderás que con este tiempo no es cosa de salir en busca de ese problemático Rafaeliño, el del Siglo, para darle el sablazo.

Dió Gerardo, de buen grado, los dos duros a Casimiro y, un poco despejadas, sin saber por qué, sus nieblas, dejóse arrastrar a la habitación de Samoeiro en el último piso, donde estaba instalada la timba.

Era un gran cuarto que casi cogía toda la casa, y en el cual, después de colocadas cuatro camas con sus correspondientes mesillas de noche y dos aguamaniles—lujo de tocadores y lavabos no había para qué pedirlo allí, ni nadie lo echaba de menos—, todavía quedaba espacio para los baúles de los habitantes de la cámara, seis sillas de Vitoria y una mesa de pintado pino, colocada en el centro de la habitación, para que estudiasen los huéspedes de la sala cuando lo tuvieran a bien, que lo tenían muy pocas veces, y que en esta ocasión, libre de la carga ordinaria de cartapacios, peines, libros, tinteros y cepillos desempeñaba el alto papel de mesa de juego.

Barcala explicó brevemente a Gerardo, que no había subido nunca a estas alturas, la distribución del cuarto.

—Esto son las alcobas; aquéllo los guardarropas; eso-

tro el cuarto de baño; éste el fumoir y salón de recreos...

Ninguno de los huéspedes de doña Generosa, apelotonados alrededor de la mesa, donde con mano torpe y suerte lista tallaba Samoeiro, enteróse de la entrada de Gerardo, intrigados como estaban en saber si llegaría primero una sota o un as, que, sobre aquella, hallábanse frente a frente rodeados de monedas de calderilla, entre las que blanqueaba tal cual peseteja de algún punto fuerte.

—¡Juego!—exclamó con voz tonante Casimiro—. Dos realitos a la señora sota. Yo soy un hombre galante y no puedo dejar de rendir a tan esclarecida dama el homenaje de mi simpatía.

—No admito boquillas, ya lo sabes—contestó Samoeiro.

—¿Y quién le ha dicho al banquero que juego de boquilla?—replicó Barcala, arrojando con ademán altivo uno de los dos duros sobre la mesa.

—Te cambiaré para evitar líos luego—dijo Samoeiro posando las cartas. Y apoderándose del duro y metiendo las manazas sucias en el montón de calderilla y plata que tenía delante, extrajo unas monedas, hizo la postura que el otro deseaba y le entregó la vuelta—. Dos reales a la sota, y cuatro más dos perros gordos que me debías, hacen una noventa...

—Setenta, Samoeiriño.

—¿Qué más da?

—¡Ay, pero ti quédaste con dos perros de más!

—¡De todos modos los has de perder...! Toma—entregándole un puñado de calderilla—. En paz.

—En paz; pero yo no te he dicho que te cobrases, y el hacerlo sin mi permiso es un abuso de confianza.

—Es que te somos mortales, Casimiro. ¿Juego?

—Un momento—interrumpió Gerardo—. ¿Puedo jugar?

—Sí, hombre, lo que usted quiera.

—Entonces, puesto que hay banca bastante, póngame este billetito de veinticinco pesetas al as, y este duro de salto.

A Samoeiro le tembló todo el cuerpo.

—¿Va entero el billete?—preguntó trémulo.

—Enterito.

—¿Pero va usted a jugar tanto dinero de una vez?—volvió a preguntar al madrileño, con voz entrecortada.

—Ya lo ve usted.

—Es que aquí le jugamos para entretenernos, ¿sabe?

—Lo mismo que yo.

—Pero es que si me acierta usted dos cartas así, me desbanca.

—Naturalmente.

—¡Ay, ¿y luego tú qué querías, parvuliño, ganar y no perder? Estate por ahí, que xa te chamarei.

—Apunta los seis pesos y calla, *Ostrógodo*.

—Os advierto que si me insultáis dejo la banca ahora mismo.

—¡Qué vas dejar, hom! Tú aguantas mecha ahí hasta que des las tres de últimas—dijo Marcelino Baamonde—. Y ahora me pasas aquellos tres perros gordos de la sota al as y les añades este otro. Y más estos dos, que son los últimos que me quedan, los pones de primeras de as y de... ¿A qué carta vas jugar abajo, Roquer?

—A ninguna. Ponlos de salto.

—Pues van de salto. Son mis últimos capitales, pero

ganaré porque voy con Roquer. Punto de la calle, punto seguro.

—¡Y más es verdad! Pásame mi postura al as, Samoeiro.

—Y la mía.

—Lo mismo digo.

—Y la postura de un servidor, que no lo es de usted, también—ordenó Barcala—. Y pones este duro reluciente encima y esta pesetiña de salto.

La triste sota quedó desamparada, sin más amigos fieles que un perro gordo de Casás y un real de *Pitouto*.

A las tres cartas hizo su solemne aparición el as, y en la sala estalló una tempestad de aplausos y vítores, mientras Samoeiro, lívido, iba pagando posturas con manos temblorosas.

—Dos reales—decía cogiendo un montón de monedas de cobre.

—Cuenta bien.

El banquero extendía las monedas y encontraba escondida entre perro y perro una brillante peseta.

—Ya os he dicho—exclamaba rabioso—que no admito embuchados.

—Paga y calla.

—¿Pero es que aquí no se va a poder dormir?—bramó *Pitouto* echándose en su cama.

—Ni estudiar; y mañana traemos las eximentes—contestóle Casás sentado en el lecho inmediato—; pero yo haré de modo de no oíros—. Y púsose a estudiar en voz alta:

«—Artículo octavo. No delinquen, y por consiguiente están exentos de responsabilidad criminal... No delin-

quen, y por consiguiente están exentos de responsabilidad criminal: Primero, el imbécil o el loco...»

Samoeiro volvió a tirar nuevas cartas, y en la sala hízose el silencio, sólo interrumpido por la monótona canción del estudioso Casás.

«—Artículo octavo. No delinquen, y por consiguiente...» ¿Qué cartas han salido, Samoeiro?

—Un siete y un cinco.

—Bueno. «Están exentos de responsabilidad criminal: Primero»... Ponme este perro gordo al cinco... «Cuando el imbécil o el loco hubiera cometido»... ¡El siete! ¡Mala centella!... Ya podíais iros a jugar a otro lado... «Cuando el imbécil o el loco hubieran cometido un delito de los que la ley»...

La buena suerte de Samoeiro, eclipsada brevemente, volvió a brillar en todo su esplendor. Nadie acertaba una carta; todos perdían. Únicamente Madeira, más avisado que los otros, jugaba pequeñas cantidades a la oreja y se defendía tan ricamente. Bien pronto empezaron las quiebras y las posturas de boquilla, que Samoeiro negóse, inflexible, a admitir.

—Pues préstame una peseta—le pidió Boullosa.

—¿Para que juegues contra mí?

—Déjamela tú, Barcala.

—El último perro lo tengo custodiando a ese rey.

—¿Y tú, Casás?

—¿Yo?... «Décima. El que obra impulsado por miedo insuperable»... Pero ahora que recuerdo, Samoeiriño, véndote aquella corbata que te gusta tanto.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Sólo me la puse una vez y me costó seis pesetas en casa de Abollo

—Doyte una.

—¡Ladrón! Dame cuatro.

—Una.

—«Undécima. El que obra en virtud de obediencia debida». Dame tres.

—Una.

—Diez reales, siquiera.

—Cuatro.

—Vaya, seis.

—Toma cinco.

—Pónmelos al rey.

—No; dame antes la corbata.

Dos horas más tarde era Samoeiro dueño de todo el dinero de la posada, salvo siete reales de Madeira, y de una porción de prendas de vestimenta, adorno y combustión adquiridas a precios inverosímiles; un cargamento de calcetines, bastones, cajetillas, cajas de papel de cartas, boquillas, cinturones, fosforeras... ¡hasta la chistera de dos mil reflejos de Javierito Flama! Una locura. De Gerardo Roquer llevóse cuarenta y tantos duros.

—Para concluir de ponerme de buen humor—díjole el madrileño a Casimiro.

—¿Y tú no me dijiste cuando empezaste ganando que «afortunado en el juego, desgraciado en amores»? Pues ahora dígote yo: «Afortunado en amores...»



VIII

Sea porque las palabras de Casimiro levantaron sus decaídos ánimos, sea porque en un corazón de veintidós años la tristeza no puede anidar mucho tiempo, o bien porque entre aquellos demonios de la casa de la Troya, que sabían capear alegremente todos los temporales, no era posible irse a pique, el caso es que Gerardo humanizóse y volvió al trato de gentes.

Iba al Casino por las tardes a jugar al billar o al tresillo; tomaba parte en las timbirimbas de la posada, cuando los troyanos tenían con qué; algunas noches fué a cenar con sus cofrades costilletas en casa de las Crechas, callos en la de Melchor, o pulpo u otros manjares igualmente ligeros en la taberna del Masón, y hasta llegó cierta vez a dar dos vueltas a la noria de la Rúa, aunque todo lo hacía con cierto aire de tristeza y aburrimiento que le daba, al decir de las muchachas, un aspecto interesante. Pero él iba a todas partes. ¡Digo! Como que concluyó por ser uno de los principales actores en las barrabasadas que sus amigos ideaban al levantarse de la mesa casi todas las noches, a partir de la novena o décima del mes en que el agotamiento general de fondos los arrojaba a estas empresas, y, lo mismo que sus colegas, llegó a dar y a recibir estacazos de artesanos y *villéus* y hasta, ¡oh vergüenza!, corrió más de una vez delante de Manteiga, el *Cabalo* o el bigotudo cabo Moroño, pavorosos representantes de la autoridad municipal.

que, después de apalearlos, empeñábanse en dar con los molidos huesos de los estudiantes en la fementida «Falcona», como llaman en Compostela a la prevención.

Así fueron discurriendo los días, mejor diríamos las noches, del estudiante, hasta los últimos de Enero. En todo este tiempo ni habló ni supo de la de Castro, ni, fuera de una tarde en que se le ocurrió acompañar a Madeira, que tenía por allí no sabemos qué negocio, viósele por la calle de la Senra. No habían vuelto a pronunciar sus labios el odiado nombre de Carmiña; pero allá, en un rinconcito de su corazón manteníase viva la imagen de la arrogante rapaza.

Por aquel entonces, Casimiro, que era un águila para estos descubrimientos, encontró hacia el final de la rúa de San Pedro, en los Concheiros, cierta taberna, en donde, a la habilidad para el condimento del pulpo y de la merluza con guisantes, uníase la vecindad de unas mociñas parloteras y risueñas, que constituían el mayor encanto de aquel lugar. Precisamente la tarde de este día, primero de Febrero, Barcala, Augusto, Madeira y Gerardo («Artagnan y los tres mosqueteros», como los llamaban), tenían dispuesta una merendola en la huerta de la taberna, con la esperanza de que a ella acudirían las retozonas rapazas, quienes, tras muchos ruegos, así lo habían prometido, previa formal promesa de que la calaverada quedaría en el más profundo secreto que es capaz de guardar un estudiante.

Augusto y Roquer encaminábanse hacia allá a prima tarde. El oficioso Armero aprovechaba la ocasión, ¿cómo no?, para lucir sus facultades ciceronescas ilustrando a su amigo con la historia y circunstancias de los lugares por donde pasaban.

—Aquí, en Santiago, cada piedra te es un capítulo de Historia, cuando no un tomo entero. Ahí, en ese callejón, estaba el hospital de Armenios... Esa es la capilla de las Animas. ¿No has entrado a ver las esculturas? Enhorabuena, chico. Un horror... Esta casa se llama la de la Favorita, porque en ella vivió doña Leonor de Guzmán, la favorita de Alfonso VI; la de la ópera. Por eso le han puesto a esta calle la de las Casas Reales. En el teatro Real hay una decoración que reproduce el claustro del convento de Santo Domingo, que es ese que se ve allí abajo, donde estuvo de novicia doña Leonor, ¡que debió de ser una hembra!... Tú la habrás visto en el Real; la decoración, es claro. ¿Has oído a Gayarre en esa ópera? Estupendo, ¿verdad?... A esto le llaman la puerta del Camino. Por aquí entraban en la ciudad las peregrinaciones que de todo el mundo venían a visitar el sepulcro del Apóstol. Gente muy religiosa; pero con unos harapos y un mal olor... ¡Figúrate! Como que todavía se nota... ¡Hombre!, vamos por aquí que te voy a enseñar una cosa curiosa.

Metiéronse por una calle sucia y pina, paralela a la rúa de San Pedro, a cuyo comienzo había unas casuchas que, por la rueda de cohetería que ostentaban a la puerta, y, más claramente, por los letreros que sobre éstas lo cantaban, descubrían ser talleres de pirotecnia.

El caserío de la calle era viejo, sucio, sórdido y mal oliente. Mansión de gente miserable, acogida a la vecindad de los cementerios como a una esperanza de descanso. Por el arroyo pululaban chiquillos harapientos y asquerosos. Asomábanse a las puertas de las casucas mujeres desgreñadas, hechas un puro guiñapo.

Augusto, sin prestar la menor atención al cuadro de

miseria, subió con su amigo el breve graderío de piedra del cementerio del Rosario, a cuyo término un cobertizo ruinoso resguarda una portada ojival—«ojival del siglo XIV, ¿sabes?»—en la que aparece la Virgen con el Niño en brazos, rodeada de ángeles y santos, con esta leyenda debajo, en el friso, sobre la que el cicerone llamó la atención de Gerardo: «Esta imagee he aquí posta por alma de Juan Tuorum.»

Ante la Virgen ardía una lámpara de aceite; alrededor, algunos ex votos testimoniaban su poder.

—Esa lámpara alumbra esta imagen, sin apagarse, desde hace más de quinientos años. Sostiénese con la venta de las panochas de maíz que vienen a dejar a la Virgen de Bonaval sus devotos... Aquí te estaba la cruz del «Home santo». Ese home era el desdichado Juan Tuorum de la inscripción, un infeliz herrador a quien, hacia el año mil trescientos veintitantos, condenaron a muerte creyéndole jefe de una de las numerosas partidas de bandoleros o vengadores que en aquella época de revueltas y atropellos asolaban campos y villas. Peleas de los paisanos con los señores de entonces que te eran unas fieras. Juan Tuorum, a pesar de todos los testimonios aducidos en su contra, era inocente y de ello protestaba; pero no le hicieron caso. Al pasar por aquí, camino del suplicio, pidió que le permitiesen rezar ante esta imagen. Concediéronselo, vino adonde estamos nosotros, hincóse de rodillas, y puestos los ojos y el corazón en la Soberana, gritó desesperado: «¡Virgen Santísima, ven e váleme!» Y, en el mismo instante, ¡pum! desplomóse muerto. La gente, que vió que de este modo la Virgen quiso demostrar la inocencia de Juan Tuorum, comenzó a gritar: «¡Milagro! ¡Milagro!» Y, para perpe-

tuario, se puso esta inscripción al pie de la imagen y erigióse aquí una cruz, la del Home santo, que ahora verás al final de la rúa de San Pedro, adonde no sé por qué fué trasladada... ¿Eh? ¿Verdad que es interesante?—Y, al volverse para descender las escaleras, dió un fuerte codazo a Gerardo, diciéndole en voz baja—: Mira quién viene por allí.

Al señor Roquer y Paz, don Gerardo, dióle eso que vulgarmente se llama un vuelco del corazón. Una catástrofe. De una de aquellas casucas miserables salía, con doña Segunda, Carmiña Castro Retén. Una pobre mujer, maltratada por los años y la miseria, más por ésta, con ser aquéllos muchos, las despedía a voces desde la puerta.

—¡Dios nuestro Señor las acompañe, señoritiñas, y las premie tanto bien como hacen a los pobres! ¡La Santísima Virgen las favorezca! ¡Doña Segunda, que Dios la bendiga e mais a todas as personas de su familia y que bien la quieran!... Miña señorita Carmen, santa, santiña, santiña boa, ¡Nosa Nai d'o Carme la acobije con su manto y le dea mucha felicidad, que mismo la merece, porque es usted muy buena e mais muy guapa, y yo he de pedirle que la haga muy dichosa!...

—Hay que acercarse a saludarlas—dijo Augusto adelantándose hacia ellas antes de que tuviera tiempo de contestar su amigo, quien, naturalmente, le siguió, y ¡vive Dios! que sin violencia.

—¿Y luego, qué milagro ustedes por aquí?—preguntó Augusto a las damas.

—Milagro, nosotras, ninguno—contestó doña Segunda—. Si acaso, ustedes. ¡Sabe Dios adónde irán por estos andurriales!

—A ningún sitio malo, doña Segundiña. Le andamos entreteniendo el aburrimiento de este hombre que está siempre triste, viendo curiosidades, y le he traído aquí para enseñarle la Virgen de Bonaval.

—Bueno, más vale así. Pues nosotras estamos haciendo la visita de la conferencia de San Vicente, que nos tocó de pareja esta semana, la hemos ido retrasando, retrasando, y ya no había más remedio que hacerla hoy, porque mañana, sábado, es fiesta.

—Cierto. La Candelaria. Gran baile en el Casino—repuso Augusto—. Por supuesto, Carmiña, que usted irá, y sus niñas de usted, doña Segunda, también.

—Yo no lo sé—dijo la de Castro—. Todavía no lo tengo decidido.

—Pero lo decidirás—contestó la señora del ex juez—. Mis niñas, claro que van. Primero falta la música. ¡Con lo que están mareando a su padre, desde que le hicieron de la Junta del Casino, para que diesen este baile!... Ventura quería que hubiera unas conferencias científicas, discursos, ¿qué sé yo?... Sus cosas. Pero ellas, tanto y tanto le tienen pleiteado, que se han salido con la suya. Conque luego se queden comiendo pavo...

—Pues si usted va, Carmiña bonita—díjole Augusto—, me tiene que reservar un bailecito.

—Con mucho gusto. ¿Qué prefiere usted, un vals o un rigodón?

—Si le parece a usted, un rigodón.

—Muy bien; es más descansado.

—No se burle usted de mi obesidad. Es que el rigodón dura más tiempo. Para probarle a usted que no es lo que piensa, reclamo también un vals.

—Bueno, el primero.

—No, el último; que nunca llegan ustedes con puntualidad, y el que se apunta el primer baile se queda con las ganas.

Entonces Gerardo, que hasta aquel momento había permanecido dignamente silencioso y serio, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—¡Cristo, si estaba tan linda con aquella mantilla que le besaba la cara, y la sencillez del traje obscuro, que en aquel desolado fondo zuloaguesco realzaba su gentileza y hermosura!—, sin ser dueño de sí, dirigióse a Carmen:

—Si no temiese disgustar a usted, señorita—díjole con voz no muy segura—, le haría igual petición que mi amigo Armero.

—¿Disgustarme? ¿Por qué? Al contrario, le agradezco la galantería, y tendré mucho gusto en reservarle un baile... si voy.

Y sus ojos serenos, luminosos, augustos, que todavía conservaban huellas de las lágrimas que hizo asomar a ellos la pena que acababa de consolar en la casuca, posáronse en los del estudiante, que sintió entrársele por el alma, barriendo todas sus nubes e iluminando sus negruras, la alegría de aquella dulce caricia, y, sin poderse contener, suplicó:

—¡Vaya usted, Carmiña!

—Sí que irá—aseguró doña Segunda—. Si no te puede llevar tu padre, vas con nosotras—y, dirigiéndose a Roquer, le interpeló maternalmente:—¿Qué es de su vida de usted, perdulario? ¡Tanto tiempo sin ir por casa...!

—Apenas salgo. He estado enfermo.

—¿Todavía no se ha aclimatado usted?—le preguntó la de Castro, no supo él distinguir si burlona o en serio.

—No me dejan; no quieren que me aclimate. ¡Hay aquí muchas cosas que me son hostiles!

—¡Qué disparate!—terció doña Segunda, que no entendió las sutiles alusiones de Gerardo—. Precisamente aquí, en Santiago, la gente no le puede ser más amable con los forasteros. Y con los estudiantes, más. El recuerdo de aquellos Madriles del demonio es lo que le tiene a usted tan tristón. Algún amorío que se habrá usted dejado por allá.

—Nada dejé allí, doña Segunda. ¡Se lo juro a usted por lo más sagrado!—replicó vehemente y persuasivo el señor Roquer y Paz—. Ni en Madrid ni en Santiago se acuerda nadie de mí—agregó dando a sus palabras un tono sentimental que les caía muy bien.

Despidiéronse las señoras. Tenían todavía mucho que hacer.

—¿Irá usted mañana al baile?—suplicó más que preguntó Gerardo, oprimiendo suavemente la mano a Carmiña.

—Es posible. Yo creo que sí.

—Entonces, ¿un vals?

—Un vals.

Entráronse las damas en otra casuca, y los rapaces continuaron calle arriba.

—¿Por dónde vuelvo yo a la Rúa sin pasar de nuevo cerca de ellas?—preguntó a los pocos pasos Gerardo.

—Pero, ¿y luego? ¿No vamos a los Concheiros?

—Tú, sí; yo, no. Tengo mucho que hacer. He de comprar unas cosas que necesito para mañana.

—¡Ah, punto! Lo que tú tienes, ya lo sé yo... Y después dices que no te ha entrado la chifladura... Que sea enhorabuena, rapaz.

—¿Tú crees que se me puede dar la enhorabuena?

—Un ciego no se habrá enterado de las miraditas que os echábais.

—¿De modo que tú piensas...?

—¿Quieres que te regalen los oídos? Vamos por aquí a la rúa de San Pedro.

Bajaron por una calleja en despeñadero que, aunque lo juren todos los munícipes que son, han sido y serán en la monumental Compostela, nadie podrá creer que es una vía ciudadana.

—Desde aquí ya sé yo ir a la rúa del Villar y tú puedes marcharte con Barcala y Madeira—dijo Roquer cuando llegaron al final de la cuesta.

—No faltaba más. Yo te acompaño.

—Nada de cumplidos, Augusto; yo no soy tan egoísta que prive a mis amigos de sus placeres. Además, te digo con toda confianza que me apetece ir solo.

—Como quieras. Si deseas compañía te la hago; la amistad lo primero, y si no, te lo agradezco y me voy allá.

Separáronse. Con el corazón lleno de esperanzas y libre el pecho de la opresión que durante tantos días le angustiara, deshizo Gerardo el camino que cierta noche, dos meses antes, anduvo desesperado; dirigióse, ganoso de soledad, a la Herradura y se sentó en el banco aquel que mira a la gloria de la carretera de Pontevedra, las arboledas de Conjo y los campos de Vidán.

El sol poniente besaba amoroso tanta hermosura, despidiéndose con pena hasta el otro día.

—¡Qué bonito es esto!—exclamó Gerardo en voz alta, paseando los ojos por aquella delicia.

Y sintió que un feliz optimismo le poseía.



IX

Había que ver en el vestíbulo del Casino, esperando con otros pollos a las damas, para conducirlas al salón de baile, a las más temibles fieras de la «menagerie» de doña Generosa Carollo con los arreos de etiqueta, los fracs correctos, las pecheras impecables, las botas rutilantes, yendo de un lado a otro un tanto rígidos, para no arrugar ni descomponer las prendas, y otro tanto extrañados de sí mismos.

¿Quién diría que eran estos los estudiantes jaraneros, alborotadores y provocativos que tenían en jaque a media ciudad, con el respetable y poco respetado cuerpo de guardias municipales, vulgo serenos y más vulgo *villéus* al frente?

—¡Mismo están para comérselos!—decía el terrible Manteiga a su no menos pavoroso compañero el *Cabalo*, que con él hallábase de servicio a la puerta del Casino, embutidos ambos en el pardo carrik de reglamento, el sombrero de anchas alas calado hasta las cejas y en las manos el fornido garrote de las labores nocturnas de su sexo municipal.

—¡Riquiños! Mismo están para llevarlos a la *Falcona* y meterles allí una buena mano de palos.

Sí que estaban bien, pero su trabajo les había costado. Toda la tarde y la prima noche fué la casa de la Troya un hervidero. Entraban, salían, subían, bajaban,

pedíanse cosas, hacíanse veinte consultas por minuto. No paraban.

A Javierito Flama, el Tamames de la posada, y a Gerardo Roquer, que tenía el prestigio de su elegancia cortesana, abrumábanles a preguntas.

—¿Es de moda esta corbata?

—¿Dónde se lleva el pañuelo?

—¿Y los guantes?—quiso averiguar Samoeiro—. ¿Dónde se llevan los guantes?

—En las orejas—le contestó Barcala.

—Quiero decir si se llevan puestos o sacados.

—¡«Sácate» tú de ahí, ladrón! Tendrán que oir las cosas que le digas a tu pareja.

Una por una, Javierito y Gerardo examinaron la albura de las camisas, las corbatas, los pañuelos... Hasta tuvieron que pasar revista a sus compañeros ya vestidos, como los sargentos de puerta a los soldados antes de que salgan a la calle. Particularmente Madeira, Boullosa y Samoeiro, que apuntaban esta fecha como una de las más transcendentales efemérides de la vida: «estreno del primer frac», estaban insoportables. ¿Pero qué más, si hasta de la *Vizcaína* y de casa de doña Concha, la de *Conga*, vinieron consultas? Hasta que Javierito Flama, hombre práctico, aunque natural de Redondela, acabó por poner precio a los dictámenes y declaró formalmente que, desde aquella hora en adelante, no daría ninguno por menos de diez pitillos suaves.

La única persona tranquila en la casa era el viejo *Cañotas*, el célebre betunero, orador y filósofo que limpiaba las botas «a la moda de París y de Barcelona», según pregonaba por las calles para achicar a su odiado competidor el *Merlo*, que sólo sabía embetunar al uso parisién.

Sentado en un peldaño de la escalera, la caja del betún y los cepillos al lado, una palmatoria con un cabo de vela encendido, en el escalón de más arriba y, en éste, en los otros y en los de más abajo, un montón de zapatos, a los que iba por turno y concienzudamente sacando brillo, *Cañotas* miraba indulgente, complacido y enterado las afanosas idas y venidas de los troyanos.

—«Cuyamente»—sentenciaba perorando solo, según su costumbre—la juventud nunca se pone más seria que cuando dispónese para se divertir.

Dándole la razón, un par de zapatos, lanzado violentamente desde arriba, venía a caer junto a él, cuando no le apabullaba el hongo acorazado que, en previsión de estos casos y «por comodidad», nunca se quitaba, y una voz airada interpelábale:

—¿Qué porquería de zapatos es esta, *Cañótas?* ¡Voyte matar!

—Cuyamente ninguien mórrese hasta que Dios quiere. Non se incomode, señor Madeira. Los zapatos le están ben limpos, pero pondrémoslos mejor. No le hay otro como *Cañotas* para esto, y si no fíjese esta noche en las botas del pata chula del *Merlo* y verá.

Y púsose a cantar con un sonsonete suyo, los versos que escribió Barcala al pie de su caricatura en un periódico local:

«Cuyamente» este es *Cañotas*
que, con su trato sencillo,
nos da lustre y nos da brillo,
pues «limpa» muy bien las botas.

A la hora de la cena, que fué temprana, atropellada y parca, no hablaron los rapaces de otra cosa que de la

fiesta. Los que no iban, complacíanse en hacer rabiar a los otros.

—¡Vaya, que si después de tanto trabajo os quedáis compuestos y sin baile!...

—Yo he oído asegurar en el comercio de Gerardo Abollo, quien, como sabéis, está enterado de todo cuanto ha sucedido, sucede y va a suceder en Santiago, que esta noche, como ocurrió en aquel baile del año pasado, tampoco irán las muchachas al Casino.

—¿Pero eso es posible?—preguntó alarmado Roquer.

—No les hagas caso. Son bromas de éstos—contestóle Barcala.

—¡Sí, bromitas! No sería la primera vez. Además, que ahora temen las muchachas las represalias.

—¡Bah! Tan compuestas y sin baile como nosotros se quedaron ellas.

—No sé quién lo pasaría peor—terció Manolito—, si nosotros esperándolas en aquel vestíbulo tan frío del Casino, o ellas, sentaditas al brasero en su casa, tan peinaditas, tan vestiditas y tan compuestitas, aguardando la orden de salida, que no llegó en toda la noche.

—Aquello no fué ni más ni menos que una de tantas ridiculeces pueblerinas. Figúrate, Gerardo, que aquí ninguna muchacha quiere ser la primera en presentarse en el baile, para que no digan si tiene o no ganas de bailar. ¡Y sí que las tienen, señor! De otro modo no irían. ¿Hay algo malo en ello? Pues para no caer en tan grave falta, todas envían al Casino o a los soportales de enfrente al papá, al tío, al hermanito, o a la criada, cuando carecen de aquellos otros adminículos, para que les avisen en cuanto hayan entrado dos o tres familias.

—Y aquella noche, por no ser ninguna la primera...

—Justo. Se quedaron todas en casita. Pero hoy no ocurrirá así, porque, para que no se vuelva a repetir el caso, van a reunirse en grupos, unas cuantas muchachas e irán juntas, las primeras o las últimas. Así, entre muchas, se reparte mejor la vergüenza. En casa de las de Osedo se reúnen las de Bergondiño, las de Agraira, la cuñada del registrador, y las de *No hay*. Con Josefina Rubianes,

> La de los cabellos de oro
> que al mismo sol dan envidia,

van las de *Cuentagotas*, las del Presidente y la bisoja de Pelouro—¿habéis visto qué afán de muchacha fea de reunirse con las guapas para destacar?—Las de Lozano, la de *Fiogordo*, la señorita *Ceratosimple*, con perdón de Samoeiro, y la de Castro Retén, formarán otro grupo... Y así sucesivamente. Ya verás; una fiesta magnífica.

Sí que lo fué el baile que el Casino de Caballeros de la ciudad de Santiago de Compostela dió la noche de tal sábado dos de Febrero, día de la Purificación de Nuestra Señora. «Desde muy temprano—según relataba Tafall al siguiente día en los «Ecos de Sociedad» de la *Gaceta de Galicia*—numerosísima, brillantísima y selectísima concurrencia, entre la que destacaban, parisinamente ataviadas, bellísimas y elegantísimas damas que son el encanto y orgullo de esta ciudad, rayos de sol estival en los tenebrosos días de nuestro pluvioso invierno, discurría por el amplio salón amarillo del aristocrático Casino de la Rúa del Villar»...

No a la hora en punto, como aseguraba Tafall, pero sí treinta minutos después... pongamos cuarenta y cinco, y aún mejor sesenta para que no nos cojan en mentira—lo cual produjo alguna alarma en los muchachos que

esperaban en el vestíbulo—, fueron llegando ellas en grupos, como anunciara Barcala.

Al verlas acercarse, los quince o veinte rapaces de la Comisión receptora irguieron aún más de lo que estaban sus tiesos cuerpecitos, tiraron despiadadamente de los puños de la camisa hasta casi sacar las mangas enteras, atusáronse el bigote los que disfrutaban este inestimable don del cielo, adoptaron todos unas posturitas interesantes, mirando de soslayo al espejo, para juzgar el efecto, y, cuando ellas entraron, adelantáronse, galantes a recibirlas, ofreciéndoles con rendidas cortesías bonitos *carnets* de baile, primero, y el brazo, después, para ascender lenta y procesionalmente por la escalera, «profusamente iluminada» según hacía notar la *Gaceta* aludiendo al candelabro de gas que había en su comienzo y que sólo se encendía en estas solemnes ocasiones.

Uno de los vocales de la Directiva, el más joven, presidía a estos rapaces, quienes ciertamente no necesitaban tutor para desempeñar su cometido con toda la cortesía y la prestancia de un viejo diplomático. El vocal de turno en esta ocasión era el señor don Octavio Fernández Valiño, más conocido por *Maragota*, lo cual tenía muy molesto a nuestro irritable amigo el señor Roquer y Paz, don Gerardo, quien había advertido a sus camaradas Casimiro, Augusto y Pepe Madeira que si él, ocupado en acompañar a otras damitas, no llegaba a tiempo, en modo alguno consintiesen que el otro diera el brazo a la de Castro.

—Descuida. Pero no pases pena. Aunque él se lo ofrezca, ella no lo aceptará—aseguró Augusto.

Como si las hubiesen llamado con campanillas, entraron entonces en el Casino, la de Castro Retén, Elviri-

ta Briay—fueron de ver las zalemas que ante ella hizo Samoeiro—, las niñas y la esposa de don Ventura y otras muchachas y mamás.

Al ver a la de Castro, Fernández Maragota avanzó presuroso y decidido, inclinóse ante ella con una profundísima reverencia, una cortesía de cámara regia... y cuando se irguió y adelantó su brazo para ofrecérselo a Carmen, la encontró riendo al ver ante sí, haciéndole igual ofrecimiento, a Barcala, Gerardo y Augusto, quienes, como Valiño, demandaban el honor de ser sus caballeros para conducirla al salón de baile.

—Muchas gracias—dijo la hermosa muchacha—. Son ustedes muy galantes.

Y, sin darle importancia, sentenció el pleito tomando el brazo de Augusto.

Gerardo entonces ofreció el suyo a Filo; Barcala dió remolque a Moncha, quien pagó la galantería con un pellizco que hizo dar un respingo al descuidado Casimiro, y *Maragota* tuvo que cargar con doña Segunda.

Así que dejaron a las damas en el tocador, Augusto, Barcala y Gerardo juntáronse, miráronse y riéronse en las propias barbas del propio Fernández Valiño, el cual, lanzándoles una de sus olímpicas miradas, les colocó su sentencia favorita:

—Más reirá el que ría el último.

—Le aconsejo a usted—díjole Barcala—que no se ría nunca, porque se pone muy feo.

Por fortuna, la salida de las damas cortó la escena. Los caballeros las condujeron al salón de baile, donde, apenas se acomodaron las muchachas, acudió con mucha algazara a saludarlas una nube de rapaces, pidiéndoles los *carnets* para inscribirse en ellos.

Gerardo apuntóse en el de Carmiña un vals y un rigodón.

—Si usted me lo permite—dijo al devolvérselo.

—Es usted muy ambicioso—contestóle ella.

—Mucho.

El sexteto Curros, colocado en la galería del fondo, rompió a tocar un vals, uno de esos encantadores valses de ritmo lento y sentimental, que nunca olvidamos y que, al recordarlos después de muchos años, lejana ya la juventud, traen, sin saber por qué, lágrimas a los ojos y trémolos a la voz... Y nunca podemos concluir de tararearlos...

Al sonar la música deshiciéronse los grupos que ocupaban el centro del salón de baile: una cámara larga, adornadas las paredes con espejos de marco dorado y rodeada de mullidos sofás y sillones de damasco amarillo. Los hombres que no bailaban replegáronse a las puertas y se amontonaron en «la leonera», temido refugio de murmuradores y pollos tímidos; las mamás se juntaron en corrillos y las muchachas esperaron impacientes y emocionadas a que ellos avanzasen gentiles, gallardos, un si es no es serios, se inclinasen correctos y ceremoniosos ante ellas y las lanzaran a las delicias del vals.

Las que no tuvieron quien las sacase a bailar fingieron, sonriendo, indiferencia. Acaso alguna sintió ganas de llorar. Disimularon charlando risueñas. Quizás vengaron en las otras el desdén de ellos... Perdonadlas en gracia a su dolor. Vistiéronse alegres, ilusionadas para asistir a la fiesta; halláronse bellas en el espejo; creyeron su atavío el más elegante... y luego se vieron olvidadas, desdeñadas...

Mas he aquí que ha sonado en la orquesta la hora

de Gerardo. Este vals es su vals. Nuestro hombre, al oír los primeros compases, ha sentido cierta emoción, después una vaga inquietud. Fingiendo indiferencia, atraviesa el salón, un poco pálido, un poco nervioso, y cuando llega ante Carmiña, que al verle venir hacia ella se ha puesto colorada y se abanica muy de prisa, hace una graciosa reverencia y con la voz un tanto temblona, dice:

—Este es nuestro vals, señorita.

Ella se ha levantado, sin decir palabra, le ha tendido una mano, se deja coger por la cintura y comienzan a girar, rítmicos, ingrávidos, silenciosos... ¡Oh, el divino placer del primer vals con la mujer amada...!

Las parejas que bailaban en el Casino de Caballeros de Compostela, este baile de elegancia, eran pocas y buenas. El de los buenos valsadores era uno de los orgullos locales. Valsaban al mismo tiempo sólo dos o tres parejas, mientras las otras, para dejarles espacio, aguardaban su turno formando círculo. La concurrencia seguía con interés los raudos giros de los bailarines, y cuando se detenían para hacer lugar a otros, un murmullo de aprobación premiaba su habilidad.

Dió Gerardo las primeras vueltas sin hablar palabra, abandonándose al placer, a la dulce emoción de conducir aquel cuerpo alígero, poniendo toda su alma en retener a Carmiña en este abrazo, temeroso de que se le desvaneciese. La agitación del baile había pintado la cara de la señorita de Castro de un divino carmín, y los rizos, aquellos ricillos coquetones que orlaban su frente, jugueteaban provocativos al ritmo del vals.

Hicieron alto, y el estudiante, que desde la víspera venía preparando un elocuente, florido y persuasivo discurso, no supo decir más que este cumplido vulgar:

—Baila usted maravillosamente.

Deplorable.

Volvieron a valsar y tornaron a hacer alto sin que a Gerardo, presa de una gran irritación contra su timidez y su torpeza, se le ocurriese nada. Fué después, en la última vuelta, cuando escapáronsele, atropelladas, sin preámbulos ni circunloquios, con toda la elocuencia de su expresiva sencillez las palabras que él quería rodear de imágenes, metonimias, sinécdoques y metáforas, creyéndolas, ¡inocente!, de más fuerza:

—¡Carmen, Carmen; la amo a usted con toda mi alma!

Ella no contestó; pero el carmín de su cara adquirió tonos más vivos, se agitó su pecho, y las largas, las sedosas pestañas que defendían los ojos maravillosos, temblaron.

Vencida ya la timidez, las palabras salieron a borbotones de boca de Gerardo, desordenadas y cálidas. ¡Al diablo el discurso tan trabajosamente preparado! Esto otro era mejor. Una por una refirió el rapaz las etapas de su pasión; la impresión que recibiera aquella memorable tarde en casa de don Ventura; el efecto de las canciones; el dolor de las repulsas; los días de encierro; su desesperación; la alegría, la esperanza y el temor de esta hora feliz; todo. Él mismo, que nunca se detuviera a analizar sus sentimientos, sorprendíase ahora al descubrir su extensión.

Había concluído el vals, era el descanso, y Gerardo, después de dar, paseando lentamente por el salón, la vuelta de rúbrica con su pareja, sentóse al lado de Carmen sin enterarse de las miradas de curiosidad de que eran objeto. Para él no existía entonces nada fuera de

aquella mujer que le oía silenciosa y le miraba atenta y escrutadora, queriendo descubrir en sus ojos la verdad de aquellas palabras tan bonitas y apasionadas. Él, así que lo hubo dicho todo, la apremió para que le contestase.

¡Qué apuro! Costóle a Carmiña gran trabajo dominar su turbación. Cuando lo hubo conseguido, habló con toda franqueza, segura, reposada. Era incapaz de hipocresías; para ella, estas no eran cosas de juego o pasatiempo. Una mujer sólo ha de entregar su corazón una vez y, antes de darlo, ha de mirarse mucho para no destrozar su vida... Carmiña no creía en el amor que el estudiante pintaba con tanto fuego.

—No se altere usted y óigame. Nosotros no nos conocemos, y, aun suponiendo que esa pasión que usted pinta con tan vivos colores fuese cierta y no una impresión pasajera con que le engaña la necesidad de buscar distracción al tedio de esta vida provinciana—recalcando las palabras—, o—todavía con más intención—el deseo de distraerse para borrar el recuerdo de otros amores... Déjeme usted concluir. Aunque no sea nada de esto, sino un sincero movimiento de simpatía el que le impulsa, ¿sabe usted si después, al conocerme, al pasar tiempo, no rectificaría sus sentimientos?

—¡Nunca! Yo la conozco a usted perfectamente, como usted a mí...

—Precisamente por eso. Usted es un hombre que ha vivido la vida turbulenta de Madrid; yo soy una pobre señorita de pueblo...

La obsequiosidad de la Junta del Casino dejó aquí por entonces el pleito. Acompañados por un señor de Directiva y un pollo de la Comisión, llegaron dos

mozos con sendas bandejas de dulces y helados que fueron ofreciendo a las damas. Formáronse bulliciosos corrillos para tomar este frugal refrigerio Los pollos brindaban sus claks como bandeja. Las madamitas aceptaban los helados y las pastas con mil remilgos. Luego repetían. Las mamás no se andaban con melindres, pero también «recuncaban». En todo el salón reinó una franca y juvenil alegría y la reunión adquirió un grato carácter familiar. Augusto Armero definió acertadamente:

—Esta hora de las merendiñas te es la mejor del baile.

Cuando en el rigodón reanudóse la vista del pleito de Gerardo, tornó éste a la carga con más brío que antes, pero sin que sus palabras, continuamente cortadas por el ir y venir de las figuras, acabaran de convencer a la de Castro.

—Ya no sé qué decirle a usted—confesó él ingenuamente, vencido, desalentado—ni cómo desvanecer su desconfianza. Estoy dispuesto a todo lo que usted me pida para demostrarle la sinceridad de mis palabras. ¿Hace falta que me tire de la torre del reloj abajo; que prenda fuego a la ciudad? Pues mañana tempranito los santiagueses estarán convertidos en chicharrones y yo hecho una tortilla también achicharrada.

Rióse ella y pareció ceder un poco. No dió el anhelado sí, pero pidió pruebas. Gerardo debía comprender que ni su vida anterior, que en Santiago conocíase por referencias, ni la de troula y cciosidad que ahora llevaba eran muy seria garantía para que una muchacha formal se fiase de sus palabras por mucho fuego que pusiese en ellas.

Él protestó. De su vida en Madrid hablábase con mucha exageración. No había sido un santo, más tampoco un demonio. A lo sumo, y valiérale su sinceridad, un pobre y arrepentido pecador. En cambio, su vida en Santiago, no tenía tacha.

—¿Cómo que no?—le interrumpieron—. ¡Ay, hombre, usted como tranquilo lo es! ¡Vida de Santo! ¿Pues y las cenas, los alborotos callejeros a media noche, las timbas en la posada y las modistillas de la rúa de San Pedro...?

¡Oh, oh! Fuera de lo de las modistillas, que era una formidable calumnia, ¡lo juraba por su honor!, ¿qué había en lo demás de desusado y que no hiciesen, con más o menos ruido, los otros estudiantes, sin que por ello padeciera su crédito y fama?

—Mas ahora que caigo—la interpeló bruscamente—, ¿Por quién y *por qué* está usted tan enterada de mi vida?

Quedóse ella cortada; pero en seguida se repuso. ¡Es tan pequeño Santiago y hay en él tan pocas cosas en qué ocuparse...! Todos vivían en casa de cristal y, sin querer, sin proponérselo, sabían la vida de los demás.

—Pues por las paredes de mi casa puede usted descubrir la inocencia de mi conducta, sin otras tachas que diabluras sin transcendencia.

¡Qué indulgente era consigo mismo! Mas, aunque todas sus locuras fuesen juegos inocentes, ¿cómo calificar su ociosidad, su despego de los libros, su horror a las aulas? ¿Cómo disculpaba su nota de mal estudiante?

¿Pero era eso lo que le hacía desmerecer a sus ojos, lo que impedía a sus labios pronunciar la palabra tan anhelada? Pues si ahí estaba el medio de alcanzarla, dispuesto hallábase Gerardo desde aquel momento a eclipsar a fuerza de estudio, a los siete sabios de Grecia.

—Hasta de asistir a clase soy capaz, si usted quiere Usted manda y yo obedezco. A mí no me hace falta la carrera ni, cuando la concluya, he de utilizarla; pero quiero probar a usted de cuánto soy capaz para merecer su amor. Acaso sea más fácil tirarse desde la torre del reloj de la catedral; pero puesto que a usted le gustan los hombres sabios, sabio seré. Asistiré a clase todos los días; estudiaré como un bárbaro; me compraré unas gafas para estar más en carácter, un sombrero ancho, y un gabán con unos bolsillos muy grandes que llevaré siempre llenos de libros y papelotes... Y ahora Carmen, Carmiña bonita, Carmiña buena, Carmiña santa, como le dicen a usted sus pobres, «hágame un bien de caridad», dígame que cree en mis palabras, dígame...

—Estudie usted... Le dará una alegría muy grande a su padre.

—¿Y a usted, no?

—Estudie usted.

—Bien; puesto que usted lo quiere, estudiaré, y usted premiará mi trabajo. «Premio al mérito». Porque yo quiero interpretar sus palabras del modo más grato y conforme a mis deseos, y hago de ellas una hermosa promesa con la que sustituyo una duda que me desesperaba.

Había terminado hacía rato el rigodón. El sexteto inició un vals. Otro joven sacó a bailar a la de Castro Gerardo, impresionado todavía, fuese a fumar a «la leonera».

—¿Enhorabuena?—le preguntó Casimiro.

—No lo sé. Sí y no.

—Sí, chico, sí. Moncha me ha contado que hablan mucho de ti, que Carmen se interesa grandemente por tu persona y acciones. Saca la consecuencia.

La fiesta continuó animada y bulliciosa hasta muy cerca de las seis de la mañana. Todavía encontró Gerardo manera de bailar otra vez con Carmiña, gracias a la cesión del último vals, que le hizo Augusto.

—¿Qué va a decir la gente?—protestó ella—. ¡Bailar con usted tantas veces!

—¿Por qué preocuparse de los demás cuando sólo debemos pensar en nosotros? Yo quisiera que no acabase nunca esta noche; que este vals fuese eterno...

—¡Qué locura!

—¿Tampoco esta locura quiere usted permitirme? Déjeme usted ser loco ahora, que los locos son felices algunas veces creyendo realidad sus fantasías.

—No; quiero que sea usted formal, para que luego, cuando hayan pasado muchos años, recuerde que en una coitadiña señorita de pueblo tuvo una amiga que le aconsejaba bien.

—¿No quiere usted que la olvide?

—¡No...! ¡No me pregunte usted más! ¡Déjeme, Gerardo, déjeme!

Cesó la música. Él suplicó todavía:

—¿Y si yo le pidiera, para recuerdo de esta inolvidable noche, esa camelia que lleva usted en el pecho?

Nada contestó Carmiña; pero cuando, del brazo del madrileño, bajaba la escalera, envuelta en un elegante y blanco albornoz que hacía más gallarda su gentil figura, aprovechando la confusión de la salida, entregó disimuladamente a Gerardo, sin decir palabra, la camelia roja que toda la noche reposara feliz en el lecho imperial de su seno. El estudiante besó la flor con transporte antes de colocarla en la solapa del frac.

—¿Qué hace usted?—le dijo ella, temerosa de que los observaran.

—No nos ve nadie. Todos están ocupados en gozar los últimos minutos de felicidad de esta noche venturosa.

Gerardo acompañó a Carmiña hasta los soportales de enfrente sin soltar su brazo, a cuerpecito gentil. La madrugada estaba fría, pero él no se enteró.

—¡Ay, por Dios, retírese usted que va a coger una pulmonía!

—No tengo tiempo de coger nada; tengo mucho que estudiar.

Después fuese con sus amigos a cenar en la dulcería del obeso Blanca, inmediata al Casino. Él, ensimismado, habló poco y apenas si prestó atención a lo que decían los demás comentando en una charla incoherente, atropellada y jubilosa los incidentes del baile.

—¿No sabes?—le dijo Armero—. *Maragota* encargó a don Ventura que preguntase a Carmiña si le permitía inscribirse en su *carnet*.

—¿Y qué le contestó ella?

—Que lo tenía lleno.

Sonaban las siete en el reloj de la catedral cuando salieron de casa de Blanca. Dormía la ciudad. Estaban apagados los faroles y apenas si una tenue, una indecisa claridad iluminaba vagamente las cosas. De vez en cuando interrumpía el silencio en que todo yacía el chocleear lejano de unos zuecos. Camino de la catedral, pasaban presurosas algunas mujeres, tocadas con mantillas de paño negro y llevando en la mano un rosario. Casi todas vestían hábito. Deslizábanse silenciosamente, más que andaban, pegadas a las paredes. Otras mujerucas

volvían de la misa de alba, que habían oído en San Francisco.

Casimiro y Roquer entraron por la puerta de las Platerías en la catedral, para acortar camino atravesándola y saliendo por la de la Azabachería. Un mendigo valleinclanesco, llena de lamparones la cara y medio comida la nariz por la lepra, levantó, salmodiando mecánicamente una petición, la pesada cortina que defendía el templo del frío de fuera, y así que hubieron pasado los estudiantes la dejó caer y volvió a la disputa en que estaba metido con otros dos pobres, dos peregrinos que se acurrucaban en el pórtico. Un aire húmedo, pero menos frío que el de la calle, acarició a nuestros amigos al entrar bajo las altas bóvedas del románico templo.

Por las amplias naves iban y venían muchas figuras, borrosas en la indecisión de la luz matinal que caía de las altas polícromas vidrieras y no permitía distinguir con claridad, al primer golpe de vista, los objetos. Arrodilladas ante el altar mayor, donde lucen continuamente en colosales y argenteas lámparas las débiles mariposas que alumbran día y noche la imagen de plata del Apóstol vencedor de moros, adivinábanse una porción de mujeres. Rezaban unas con los brazos en cruz, colgando de la mano derecha el rosario, que pasaban lentamente. Otras decían en voz alta sus oraciones. Algunas, al concluir sus plegarias, besaban humildemente el suelo. Una aldeana vieja arrastrábase penosamente de rodillas, dando así la vuelta al crucero en cumplimiento de algún voto. De un rincón salió un hondo suspiro, con que un alma acongojada apoyaba una petición que sólo podían resolver en la altura.

Andando de medio lado, inclinándose ante todos los

altares y saludando con cumplidas cortesías a todo el mundo, pasó junto a los estudiantes, envuelto en un largo gabán, un señor, cuya cara todo eran patillas rubias, nariz y gafas.

—Ahí tienes a Jesusiño *el Fagot*—dijo Casimiro a su camarada—. Un alma de Dios, que se pasa aquí toda la mañana oyendo misas, hasta que llega la hora de regalarse con el concierto de órgano que acompaña a la conventual, y la tarde leyendo papeles de música en el almacén de Berea. He aquí una vida lisa, igual, feliz, envidiable, reducida a sus misiñas, su órgano, su *fagot*, sus papeles de música y sus saludos. ¡Y la gente matándose por las vanidades! Yo le hice una vez, por Inocentes, unos versos en gallego. Jesusiño se había muerto, y, todo tembloroso, acercábase a la puerta del cielo con su *fagot* y sus papeles de música bajo el brazo. «—Ahí viene Jesusiño»—decía alegremente San Pedro. Jesusiño llamaba muerto de miedo. San Pedro abríale poniendo una cara «feroche» que concluía de acongojar al infeliz. «—¿Qué traes, Jesusiño?»—preguntaba el portero celestial. «—Pecados, señor.» La portería regocijábase con un acorde wagneriano de campanitas de cristal y plata las risas de los ángeles, que hacían la tertulia al portero El pobre Jesusiño tenía un momento de pavor. «—Pasa bendito, pasa»—decíale, por fin, San Pedro. Entonces Jesusiño vacilaba y preguntaba tímidamente al pescador de Tiberiades: «—¿Puedo entrar con mi *fagot* y mis papeles de música? Son los cuartetos de Beethoven, santiño.» «—Puedes, hombre, puedes; y hasta te sacaremos permiso para que des unos conciertos.» «—¿Y...—tornaba a preguntar con trémolos en la voz—me dejarán bajar de vez en cuando a la catedral a oir una misiña

y el órgano?» Y al contestarle afirmativamente, Jesusiño, con su fagot y sus papeles de música bajo el brazo, entrábase por la gloria haciendo cortesías a todos los santos... ¿No estaban mal, verdad? Pero no me atreví a publicarlos y los rompí.

Asomábanse a las puertas de las capillitas los acólitos, todavía soñolientos, repicando las campanillas para avisar a los fieles que allí iba a celebrarse el Santo Sacrificio. Casi todas las personas que oraban ante los altares del Apóstol y de la Virgen de la Soledad levantábanse presurosas y se dirigían al lugar donde el llamamiento había sonado.

Cruzaron los estudiantes el ábside, obscuro siempre y más a aquella hora. En una de las capillitas decía misa un cura. Apoyado el cuerpo en un enorme arcón ornado con preciosas tallas, sobre el que tenía un viejo misal que iba leyendo, entonaba un sochantre el canto gregoriano, y de vez en cuando se erguía, ceñíase la capa que llevaba puesta sobre un peludo gabán, apretábase la bufanda que le abrigaba el cuello, soplábase los dedos morcilludos que emergían de unos gruesos mitones de lana, y, sin dejar el canto, golpeaba el suelo acompasadamente con los pies para entrar en calor. Una estatua orante sobre la tumba de un arzobispo oía en éxtasis la misa.

Casimiro explicó a Gerardo:

—Esta es la capilla de Nuestra Señora de la Azucena, del Magistral o de Doña Mencía, que de estos tres modos se la llama. Doña Mencía de Andrade, que fué su fundadora, dejó una renta de trescientos ducados para que le dijesen aquí una misa diaria y seis cantadas al año. Hoy es día de una de éstas y ahí tienes al buen *Piporriño* desgañitándose y pasando frío por dos cincuenta.

Pero Gerardo no le oía, fija su atención en una figura de mujer que, después de orar brevemente ante el Apóstol, dirigióse hacia la nave de la Soledad.

—¿Has visto, Casimiro? Juraría que es Carmen aquélla.

—Es muy posible. Como hoy es domingo, muchas de las rapazas que anoche estuvieron en el baile, antes de acostarse, y después de cambiar las galas con que nos deslumbraron por otras vestiduras más humildes, vienen a cumplir con el precepto. Es una costumbre de comodidad. Así luego pueden dormir más tiempo. Precisamente al entrar vi a las de Lendoiro.

—Vamos a la Soledad.

—Vamos, y, de paso, saludaremos al insigne Mateo. Dígote que es un pecado entrar en la Catedral y no ir a extasiarse ante la maravilla del pórtico de la Gloria, que alzaron las manos excelsas del maestro.

Ante el altar de la Virgen, arrodillada al pie de una de las altísimas columnas, clavados los ojos suplicantes en la imagen de la Dolorosa, estaba Carmiña. ¿Qué pediría?

Llevaba el mismo sencillo traje obscuro de la antevíspera, y medio escondía la cara en el tul de la mantilla. Estaba todavía más guapa que con las gasas y las sedas del baile, o al menos parecióselo a Gerardo, quien para no ser visto se incrustó en la pared, cerca de un confesonario cerrado, y ordenó imperativo a Barcala, que obedeció sin replicar:

—No sigas. ¡Vete!

Carmiña no reparó en ellos. Tenía los ojos y el corazón puestos en la Virgen. Desde su observatorio veíala Gerardo impetrar fervorosa a la Madre de todos con

una mirada tan intensa, que el madrileño se conmovió hondamente, sintiéndose objeto de aquella plegaria. Estuvo tentado de acercarse a la de Castro, pero fué discreto, y supo contenerse. Dejó que terminase sus oraciones, y así que la vió partir, recogida y grave, fuese en busca de Barcala, a quien oía taconear en el Pórtico de la Gloria distrayendo de sus rezos a una aldeana, que con los dedos metidos en los cinco hoyos labrados en la marmórea columna de la Virgen por los millones de manos allí posadas en tantos piadosos siglos, enviaba al cielo sus cinco Avemarías.

—¡Chico!—dijo el poeta extasiado, a su amigo—. Yo no me canso de admirar este prodigio. Dan ganas de ponerse a gritar: ¡Viva Mateo! ¡Mira esos ropajes! ¡Mira qué expresión la de esas figuras! ¡Qué delicadeza! ¡Qué colorido!

Y señalando a los ancianos del Apocalipsis, los maravillosos tañedores que rodean al Salvador, púsose a recitar, entusiasmado, los versos de la inmortal Rosalía, con escándalo de las beatas que hacían cola junto a los confesonarios de los jesuítas:

¡Védeos! Parece
Q'os labios moven, que falan quedo
os uns c'os outros, e aló n'altura
d'o ceo a música vai dar comenzo,
pois os groriosos concertadores
tempran risoños os instrumentos.
¿Estarán vivos? ¿Serán de pedra
aqués sembrantes tan verdadeiros,
aquelas túnecas maravillosas,
aqueles ollos de vida cheos?

—¡Mira, mira aquel de carita de niño que se ríe con esa risa ingenua, candorosa! Es San Daniel. San Danieliño. Una tradición bárbara supone que se reía de la opulencia pectoral de Ester, esa otra santa que tiene enfrente, y un día el cabildo mandó alisar tales esplendideces, dejando a la santa como ves: *Tanquam tabula rasa*...

—Vámonos, Casimiro—le interrumpió Gerardo—. No estoy para arqueologías.

—¡Ah, hombre bárbaro y egoísta! Porque eres feliz no tienes ojos para admirar las obras del genio. Pues yo te juro que, si no fuera porque me vence el sueño, no me iba de aquí en toda la mañana... Pero me estoy cayendo. ¡Adiós, santiños!—y dirigiéndose al *Santo d'os croques*, la estatua del glorioso escultor que está en perpetua oración, arrodillada a espaldas de la maravilla que tallaron sus manos prodigiosas, le saludó con un ademán amistoso—. Perdona, Mateo. Non podo mais.

* * *

Cuando Carmiña Castro Retén volvió a su casa, ya estaba su padre levantado. Besáronse cariñosamente.

—Anda a dormir—le dijo don Laureano—. ¿Te has divertido mucho?

—Sí, papá. Y tengo que decirte una cosa. Gerardo Roquer se me ha declarado.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Yo le hubiera contestado que sí, porque ponía tanto calor en sus palabras, juraba amarme con tanta vehemencia que parecía hablar verdad; pero él dijo antes que yo era una buena distracción para entretener el aburrimiento de su estancia en Santiago...

—Y le has dado la repulsa que merecía.

—No, papá... No he tenido valor. ¡Hablaba tan persuasivamente!... ¡Es tan simpático!... Yo le he pedido que me pruebe su amor cambiando de vida. No sabía qué otra prueba pedirle... ¿Tú crees que cambiará? ¿Serán verdad sus palabras? Yo quisiera que lo fuesen porque es muy simpático..., porque me gusta... ¿Tú crees que es verdad que me quiere?...

Don Laureano sonrió bondadosamente.

—Yo creo —dijo— que tú eres digna de que un hombre de bien se enamore de ti. Anda; anda a dormir, hija. Rézale a tu madre y deja que el tiempo descubra la verdad que guardan los corazones... Anda; duerme... y sueña.

La besó y se fué para que no le viera secarse una lágrima.



Estudió, sí, señor; estudió. Al principio costóle mucho trabajo; pero bien pronto el amor propio, aquel exaltado amor propio que era una de las cualidades más salientes de nuestro amigo y le hacía desear ser el primero en todo, vino en su ayuda y le hizo aplicarse a los libros.

Lo que más le molestaba de su nuevo género de vida era la asistencia a clase. Las cinco mortales horas que pasaba encerrado en las aulas, sin más descanso que unos gratos, pero breves, intervalos de broma, risa y cánticos entre cátedra y cátedra, hacíansele interminable, aun apelando, calmado el ardor estudioso de los primeros días, al recurso de leer novelas o de fijar los ojos en el catedrático, fingiendo una atención que estaba muy lejos de poner en sus aburridas palabras, mientras dejaba cabalgar el pensamiento en las rosadas nubes de sus ilusiones. La ciencia del derecho antojábasele la más árida, absurda y arbitraria de todas las ciencias. Un mismo precepto decía blanco o negro, según lo interpretase un necesitado de uno o del otro color.

—En suma—definía el Derecho—: una gran máquina, una diabólica máquina de enredar y hacer daño

Alguna vez hacía novillos como cualquier chico de la escuela y se iba con Augusto, que era el primer novillero de la Universidad, o con Madeira, que estaba para tomar la alternativa de un momento a otro, a disfrutar

una hora de sol, de aire y de libertad en la Herradura. Ocurría esto generalmente durante la clase de don Servando, quien jamás pasaba lista, y, a lo mejor, llevábase tres días seguidos leyendo textos en latín a sus alumnos, para demostrarles la razón con que abominaba de los monumentos jurídicos alzados por las pecadoras manos de los señores del Supremo, que constituían, como se recordará, la pesadilla del humorista y sabio profesor.

—¿Ustedes han entendido algo del galimatías de este considerando? — preguntaba, risueño, a sus discípulos—. Pues yo tampoco. Esta sentencia—decía, haciendo uso de una de sus grotescas comparaciones favoritas—se parece a uno de esos cestos de pescado que vienen de Carril y de los cuales empieza usted a extraer paja, paja y paja hasta encontrar en el fondo media sardina. ¡Y podrida! Hay que desengañarse, señores, los pueblos no serán felices ni podrán llamarse libres mientras no escriban todos sus códigos en un librillo de papel de fumar... ¡Je, je!

Además, don Servando era, en otros estilos, muy pintoresco. Una mañana, al desembozarse en clase, vieron los alumnos, con el regocijo consiguiente, que, en vez de americana, llevaba un frac. El les explicó:

—Ya veo que les choca a ustedes esta novedad en mi indumentaria. ¡Je, je! No hay por qué extrañarse. Es de lo más sencillo. Como todos los grandes descubrimientos. Como mis convecinos han cometido la tontería de elegirme concejal, ¡mire usted para qué!, me he visto obligado a asistir en corporación con mis colegas municipales el día primero de año a la solemne apertura de la Puerta Santa... Compromisos... Naturalmente, tuve que hacerme esta prenda; mas como no había de volver

a ponérmela, porque ni voy a los bailes del Casino, ni he de presidir ninguna procesión, máxime estando ahí mi ilustre compañero el señor de *Pepepe*, que lo hace tan admirablemente, y no era cosa de tirar el frac, he decidido dedicarlo a este uso. Ustedes no saben lo que estropea las mangas esta condenada mesa. Y pudiendo, gracias a esta prenda, ahorrarme las de una americana de veras... ¡Je, je!... Y ahora, satisfecha la curiosidad de ustedes con este breve curso de economía doméstico-universitaria, ya pueden atender a la explicación de hoy... si gustan. ¡Je, je!

Los demás profesores no eran tan pintorescos. Tampoco sabían tanto. Eran contados los que como don Ramón Peña, Angelito Pintos, Ramiro, don Cleto y don Adolfo tenían el arte de la cátedra y sabían hacer estudiar a sus alumnos. Limitábanse los otros a explicar campanudamente sus conferencias con las mismas palabras un año, y otro, y otro. Entraban en clase con veinte o treinta minutos de retraso, dedicando la primera media hora a preguntar la lección, lo cual era para ellos muy descansado y resultaba a veces muy entretenido, sobre todo si estaba en turno de tormento alguno de los aldeanotes a quienes no conseguían desbastar todos los años de vida universitaria.

Eran de ver los sudores y tartaleos de los infelices para decir atropellada y disparatadamente lo que tantas horas de estudio les costara. Necesitaban siempre el auxilio del apuntador, cosa que también les ocurría a casi todos sus compañeros, y tundían a codazos a los vecinos de ambos lados para que les sacasen del apuro.

—Apunta, tú, que no sé nada.

Y concluídas las horas de cátedra libres hasta el día

siguiente! Allí no había que pedir ateneos, conferencias, lecturas, controversias, extensión universitaria y demás entretenimientos de la vida intelectual con que se estimula, alimenta y enciende el ansia de saber. Hasta las clases del día venidero la vida universitaria quedaba reducida a las naturales y gratas expansiones del café, los paseos, los billares en donde los pícaros pelaban a la treinta y una a los rapaces nuevos, las más inocentes partidas de carambolas, las de monte en las posadas y casinos y las troulerías de la noche. Diríase que pesaba sobre la ciudad un pavor tremendo e inexplicable a los males que acarrea la que acaso allí nombraron «funesta manía de pensar». Era el culto fervoroso del quietismo. Que nadie haga nada, que no quiera saber nada, que no se entere de nada.

Insensiblemente fué transcurriendo el curso para Gerardo. Había formado pareja con Barcala para estudiar, y, como los dos eran listos y el trabajo poco, en menos de un par de horas despachaban la labor de cada día..., el día que estudiaban. Pongamos que hasta Mayo fueron trampeando hábil e hipócritamente la situación, y no calumniemos a nuestros amigos suponiéndoles una constancia y decidido amor al estudio incompatibles con su genio. Las más de las veces llevaban las lecciones prendiditas con alfileres; pero como por algo corre por el mundo el macarrónico aforismo estudiantil del *intellectus apretatus*, con este débil sujetar a la memoria los párrafos abstrusos y los conceptos complicados, bastábales a nuestros amigos para quedar airosamente cuando les tocaba la conferencia, e ainda mais, pasar plaza de alumnos estudiosos.

Y pudiendo cumplir a tan poca costa, ¿iban ellos a

no dedicar un buen rato, el mejor y el mayor de las dos horas que se habían fijado para sus estudios, a charlar de sus amoríos y esperanzas alzando aéreos castillos azules, por cuyos salones de jaspes, pórfidos y alabastro desfilaban interminables, rosadas teorías de ilusiones?

Era en estos agradables ratos cuando Casimiro leía a su amigo los fáciles y suaves versos que su musa, ora tierna o ya burlona, le dictaba en clase, sustrayéndole a los horrores del Derecho civil y a la abominación de los procedimientos forenses.

El señor Roquer y Paz, don Gerardo, concluyó entonces de estudiantizarse, y, aunque con mayor recato que antes, para que no llegara la fama de sus hazañas a oídos que se pudieran asustar, no hubo troula a la que faltase ni diablura en que no actuara de personaje principal. Él fué quien birló una noche las empanadas de raxo que tenían a cocer en el horno de las Quingallas aquel don Bartolomé de los sudores de Barcala y otros graves y respetables señores aficionados a las cuchipandas caladiñas. Él quien ataba los llamadores de las casas en la pacífica calle de la Virgen de la Cerca con un larguísimo bramante del cual tiraban desde el frontero murallón del mercado sus compañeros, escondidos detrás de los cestos vacíos del pan, volviendo locos a los vecinos de la callada y solitaria rúa. Él quien, fingiéndose demandadero de las monjitas de Belvís, se llevó de la tienda de *Pepe Pequeno* unos riquísimos jamones, y él, por último, quien, cierta noche, entró, en compañía de Madeira, por las ventanas que el descuido de un criado dejó abiertas en el salón de estudios del colegio-posada católico de López Cangas, se apoderó de los libros que dejaron en los pu-

pitres los escolares cansados de dormitar sobre sus principios sapientísimos, y los colgó del brazo del ángel que corona la fuente de las Platerías, con un cartel que fraguaron en la taberna del Masón y que decía en letras muy grandes:

«¡Para lo que sirven!... Otro día colgaremos aquí a los autores de estos mamotretos.»

Por las tardes y por las mañanas, entre clase y clase, daba Gerardo unas vueltas por la calle de la Senra. Indefectiblemente encontraba paseando por allí al señor Fernández Valiño, acompañado de su inseparable amigo y devoto admirador el contrahecho redactor de *El Libredón*, Jesusito Mollido, un garabato de cuerpo y de alma, como decía Barcala.

Al paso de Gerardo movíase una cortina en la galería de Castro; a veces una mano blanca y fina le saludaba. En otras ocasiones, asomábase Carmen al mirador y correspondía sonriente a los expresivos sombrerazos del rapaz.

Ya no le parecía a éste tan tediosa, sombría e insoportable Compostela, ni siquiera cuando el agua, cayendo implacable sobre las piedras negruzcas, obligaba a las gentes a encerrarse en el abrigo de la casa. Váyale nadie con negruras a un corazón joven y lleno de ilusiones.

De la vida santiaguesa, troulas estudiantiles inclusive, lo que más agradaba a Gerardo eran los paseos de los jueves y domingos en la Alameda, amenizados por la arqueológica «brillante» banda de música del Hospicio, que siempre ejecutaba el mismo escogido programa, sin dejar de inscribir en él una sola tarde el pasodoble «Manolé» y el «Preludio y escena del tercer acto de *Lohengrin*». Y había que creer que efectivamente era aquello

lo que tocaban, bajo la fe del confeccionador de la lista.

Acudía Gerardo temprano a la Alameda con sus inseparables Augusto, Madeira y Barcala; daban un par de vueltas por el salón central, todavía desierto; chicoleaban un poco a las costureiriñas del andén de la izquierda, y, al comenzar el paseo, tomaban posiciones en las sillas del Hospicio para ver cómodamente «girar la noria», que se iba apretando; apretando, conforme la tarde transcurría, hasta ocupar al final menos de un tercio del salón hacia la entrada del mismo.

Los paseantes más madrugadores eran las modistillas y demás gente artesana distinguida, a quienes la costumbre confinaba en el andén de la izquierda. El central o «salón» estaba reservado, por iguales razones consuetudinarias, al señorío, y ningún artesano hubiérase atrevido a pasear por él, de igual modo que tampoco los artesanos del andén de la derecha, criadas, horneros, zapateros, etc., se hubiesen permitido profanar con su planta plebeya el de la izquierda, reservado a la aristocracia de la clase popular, y áteme usted esta democracia por el rabo. En cambio disfrutaban el placer de pasarse la tarde baila que te bailarás, sudando a chorros y levantando con sus pies descalzos espesas nubes de polvo desde que la banda rompía con el «Manolé», sin perdonar tocata, «Preludio y escena de *Lohengrin*» inclusive.

Las costureiriñas del andén de la izquierda protestaban con rabia contra esta separación de clases, que no les permitía lucir su garbo junto a las señoritas que monopolizaban la atención y las personas de los estudiantes pinturereros, como si ellas no tuviesen tanto aquel como la más pintada de las pintadas del salón.

Y, ¡vive Dios!, que era irritante esta injusticia, porque, por las caras bonitas, los ojos parloteros, las bocas picarescas y, sobre todo, por la gracia única de las artesanas santiaguesas para llevar garbosamente las largas y airosas mantillas de terciopelo, sujetas por el centro al moño y cruzadas por delante del cuerpo zaragatero hasta casi tocarles los pies los flecos que las rematan, las rapazas de la izquierda—¡salve, costureiriña, ilusión y alegría juvenil! —eran dignas de alternar con la mismísima reina de la hermosura sentada en su trono.

En el «salón», las mamás posesionábanse, apenas llegaban, de los bancos de piedra, o de las sillas de enea del Hospicio a dos cuartos la pieza, según la categoría, el bolsillo y el credo económico de cada cual, mientras las niñas, reunidas en grupos, flanqueados luego por unos estudiantes, daban, incansables, vueltas y más vueltas a la noria, parlanchinas y coquetuelas, bajo la vigilante mirada de sus respetables y respetadas progenitoras, como decía nuestro elocuente, respetable y casi respetado amigo don Ventura Lozano y Portilla, ex juez de Órdenes y a las de usted, que también voltejeaba por allí lentamente en compañía de otros graves y enchisterados señores.

A media tarde llegaba la de Castro con sus amiguitas, las niñas de Lozano. Roquer y Casimiro las saludaban ceremoniosamente, levantábanse luego y paseaban en sentido contrario hasta encontrarlas e incorporarse al grupo.

Mil veces intentó el madrileño entablar conversación aparte con la de Castro; mas la galleguita, burlando con femenil habilidad y coquetería las maniobras del joven, quedábase siempre en medio de sus amigas, o,

cuando caía al lado de Gerardo, daba la casualidad de que iba muy metida en conversación con el polo opuesto.

—Por mucho que usted haga—decíale entonces bajito el estudiante—yo he de poder con usted.—Y otras veces, jactancioso: —Disimule, disimule, pero no le vale, porque yo sé que está usted «pero que» muertecita por este cromo.—O en otras ocasiones, suplicante: —¡Carmen, que no puedo más; que me está usted atormentando demasiado!

Ella no se daba a partido, y sólo cuando le veía muy acongojado dirigíale una de aquellas miradas que tenían la virtud de conmoverle hasta lo más profundo del alma.

Y así pasaron los meses, y vino Mayo, el florido Mayo de los apuros estudiantiles, las noches en vela y el estudiar atropellado; y llegó Junio, el pavoroso Junio, con el terror de sus Tribunales de examen, el pánico de las asignaturas a medio saber, el buscar recomendaciones, «cuñas», por todas partes para mitigar el rigor de los profesores, y el encontrar en todas las iglesias de la ciudad, procurando, confusos, recatarse, estudiantes arrodillados, que, perdida la fe en sí propios, demandaban con apremio un milagro de toda la corte celestial.

Ellas también, las novias de los cuitados, rezaban aquellos días sin descanso. Las benditas bocas, tres veces benditas por bellas, por puras y por buenas, ¡cómo animaban a los decaídos!

—No pases miedo, vidiña; ya te le hice una novena a Santa Rita para que te saque con bien de las manos de ese *Milhomes* tan malo, y he empezado otra a San Antonio para que te apruebe Troncoso. Y más le he pe-

dido a mi tío, que sabes que es tan bueno, que hable por ti a esa fiera de don Adolfo. Le he dicho que eres primo de una amiga mía y se ha reído mucho. Además, he ofrecido al Apóstol, que si sales bien, he de ayunar tres días al traspaso. ¡Tres días a pan y agua...! ¡Para que luego, cuando acabes la carrera, te olvides de tu satiaguesiña...!

Nunca se había visto tan serios a aquellos rapaces que paseaban inquietos y temerosos por los claustros de la Universidad esperando a que sonase su hora. Por acuerdo tácito, establecido desde algunos años antes, nadie entraba a presenciar los exámenes. Allá cada cual y sus cuentas con los profesores. Cuando salía un estudiante de examinarse, todavía sofocado, pero sonriente y satisfecho, como quien acaba de salvar un mal paso, cercábanle los demás, afanosos.

—¿Qué te ha tocado?

—¿Preguntan mucho?

—¿Aprietan?

—¿Te han dejado decir todas las lecciones?

—¿Qué te dijeron?

—¿Tú qué has dicho?

Después, mientras el Tribunal deliberaba, la inquietud y nerviosidad de aquella gente llegaban al máximum.

—¡Cuánto tardan!

—Me huele mal.

—A escabeche.

—No, hombre, no. Estarán murmurando de los compañeros.

—O contando cuentos verdes.

—Eso es, y a nosotros que nos parta un rayo.

—Con tal de que no haya escabechina...

—La habrá. Ese *Milhomes* lo que tiene de pequeño lo tiene de malo.

Al fin, sonaba allá dentro una campanilla. Rivas, el bedel, más penetrado que nunca de la importancia de su misión, entraba sin apresuramiento en el aula, después de dejar en uno de los salientes de la puerta la colilla, su eterna colilla, que estaba fumando. Aglomerábanse ante la cátedra, bulliciosos e impacientes, los escolares. De pronto callaban y abrían paso respetuosos. Salía grave, enigmático, el Tribunal. Luego era aún mayor el silencio. Aparecía Rivas con un fajo de papeletas en la mano; requería la colilla, dábale un par de chupadas, cerraba la puerta.—¡Jesús, qué hombre más calmoso!—Al cabo, comenzaba a entregar las notas dobladas.

—¿Don Fulano de Tal?

—¡Venga!

El estudiante separábase presuroso del grupo, seguido de dos o tres rapaces que querían deducir por la suerte de aquél la que les estaba reservada.

—¡A ver, a ver!

—¡Dejadme!—decía el otro—. Desdoblaba con cierta emoción la papeleta, y al ver la nota daba una cabriola.

—¡Sobresaliente! ¡Viva *Milhomes!*

En general, todos quedaban satisfechos del reparto. Los suspensos eran fruta muy escasa en aquel huerto. A lo sumo dos, tres, por grupo. Nada.

Aquel año correspondió uno a la casa de la Troya. Tocóle esta china a *Pitouto*. Una indignidad, una injusticia. ¡Y para eso habíase pasado estudiando la asignatura dos días antes y parte de sus noches!

—¿Y tú viste qué injusticia, Casimiro? ¡El tío ese, que la ha tomado conmigo! ¡Fraile exclaustrado había

de ser!... ¿Y no se me puso a hacer preguntas de otra asignatura, con mala intención? ¡Me quiso cazar hablándome de las Novelas de un tal Justiniano!...

—¿Y tú, qué le dijiste?

—Yo le dije, para que viese que a mí no me la daba, que eso de las novelas es cosa de literatura.

—Sí que hiciste un gran examen. ¿Y no contestaste más?

—Contestar... contesté poco; pero ¿y eso qué? Ahí tienes a Manolo Casás, que ni tan siquiera ha comprado el libro de texto y ha llevado notable.

—¡Ay, pero Casás te ha sido más listo que tú, y le ha estado diciendo al Padre Osebe pestes de Salmerón lo menos una semana.

—Pues, de aquélla, bien pudisteis avisar y le hubiera yo dicho un mes de herejías de Montero Ríos.

Todos nuestros amigos fueron doblando con buena fortuna sus cabos de las Tormentas. Barcala había obtenido dos sobresalientes y un notable; Augusto Armero, viceversa; Madeira consiguió el primer sobresaliente de su vida y estaba loco. No tenía otra conversación. Le colocaba el examen y exhibía la nota a todo el que quería verla. Y al que no quería, también. Al señor Roquer y Paz, don Gerardo, le venía estrecho el pellejo para su gozo. Tenía en su haber dos notables y un aprobado. Quiroga, Boullosa, Nietiño, Samoeiro, Flama, todos los troyanos, en fin, hallábanse casi a salvo y sin costas.

Pero, a la hora de la tarde de este jueves en que los encontramos en la Universidad, estaban pasando un rato amarguísimo, cruel. Examinábanse de Mercantil, la asignatura de don Servando. Don Servando era un bue-

nazo que nunca suspendía... pero cuando se le sublevaba la sangre, proclamaba la ley marcial y hacía cada «escabechina» que dejaba «sin folgos» a sus infelices alumnos. En su larga vida universitaria había ocurrido tan sólo dos o tres veces; pero esto no era empeciente, que diría don Ventura, para que todos los años llegaran sus discípulos temblando al terrible trance.

En esta ocasión el cariz del tiempo era horroroso. El pintoresco profesor, que nunca prestaba mayor atención a lo que decían los examinandos, complaciéndose en ponerlos en apuro con preguntas chuscas, que antes daban ánimos que los quitaban, permanecía ahora mudo como una estatua. Y no era lo peor que callase, sino que le daba por atender y escribir según iban hablando los estudiantes.

—¿Qué crees tú que escribirá?

—Nada bueno. ¡Figúrate!

El caso era que a cada rapaz que entraba en el aula, don Servando escribía algo en un papel que tenía delante.

—Hable usted—ordenaba al alumno, fijando en él sus ojillos burlones.

Comenzaba el otro a recitar sus «bolas» entre sudores y angustias bajo el peso de aquella mirada azorante. De repente, don Servando trazaba una raya en el papel, —«¡Una falta! ¡Dios mío!»—y luego continuaba impasible haciendo marchar la pluma conforme el mísero alumno iba hablando.

—¡Otra falta! ¡Y otra! ¡Y otra! ¡Qué hombre! Es implacable.

Y la lengua pegábase al paladar, y las palabras salían confusas, desordenadas, incoherentes.

—¿No tiene usted más que decir?—preguntaba el catedrático después de dejar que el examinando estuviese callado un ratito. (¡Veinte años y un día!)—Puede usted retirarse. Que entre otro.

Y aumentaba el terror del infeliz viendo a la mano asesina de don Servando hacer de una vez otro trazo enérgico y muy largo.

—¡Muerto soy!

—¿Pero qué rayos escribirá?

—¡Mala centella me coma si no es nuestra sentencia de muerte!

Se examinó el último estudiante de aquella larga tanda. Cerróse la puerta del aula y quedaron solos los examinadores.

—¿Qué notas ponemos, don Servando?—interrogó el secretario del tribunal, disponiéndose a estampar según costumbre, las calificaciones que el catedrático de la asignatura dictase.

—Las que ustedes quieran—respondió el humorista.

—Hombre, no; las que usted diga.

—Pues todos «sobresaliente». ¡Je, je!

—¡Caramba, don Servando!...

—O todos «suspenso». Es lo mismo. ¡Je, je!

—¡Don Servando, por Dios!...

—¡Si todos son iguales!... No hay de uno a otro un pelo de diferencia. Miren ustedes — mostrándoles el endemoniado pliego lleno de cabezas de burro con colosales, disformes orejas—. Las he ido trazando mientras se examinaban. A cada disparate de estos Covarrubias en agraz yo alargaba el correspondiente aparato externo de la audición... Véanlos; todos las tienen iguales, de manera que...

—Entonces pondremos a todos «aprobado». ¿Le parece a usted?

—¡Bueno!

-Un momento—interrumpió el otro juez, don Claudio Redoles—. Sin que esto sea meterme en jurisdicción ajena, me permito recordar a usted el examen brillantísimo que ha hecho el señor Cunca y Velarde, don Esteban.

—¡Ah!, sí. Cunca y Velarde; ese papagayo que se sabe al pie de la letra, sin faltar punto ni coma, el libro de texto. Tiene usted razón. Secretario, póngale usted un «suspenso» muy grande a ese majadero.

—¿Cómo suspenso?--rugió indignado don Claudio—. ¿Suspenso, un muchacho que lleva toda la carrera con notas de sobresaliente y que ha dicho sin equivocarse en una palabra las tres lecciones que le han correspondido en suerte?

—¡Pues por eso! Y si se examina conmigo de grado no pasa. ¡Sobresaliente a un papagayo! ¡Dame la patita, lorito!... ¿Pero usted cree que se puede aprobar, en conciencia, a esos almacenes de palabras?... ¡Suspenso, suspenso y suspenso!

Se enzarzaron. Era lo de siempre. En los veintitantos años que llevaban examinando juntos, no había memoria de una sola vez que no se peleasen a la hora de las calificaciones. Existía entre ellos una de esas viejas rivalidades universitarias que encona el tiempo a medida que pasa. Don Servando despreciaba a don Claudio, al que solía aludir en clase llamándole maleta jurídica llena de broza leguleyesca y otras lindezas por el estilo, y don Claudio pagaba en la misma moneda a don Servando, con apariencias del mayor respeto y una cortés indulgencia para «sus cosas».

Por fortuna, el secretario, hombre flemático y acostumbrado de largo tiempo a estas discusiones, dejó que se peleasen, escribió las notas y, cuando hubo concluído, les presentó el expediente a la firma.

—¿Qué calificación ha puesto usted al señor Cunca y Velarde?—preguntaron ambos.

—Como vi que no se ponían ustedes de acuerdo, he fallado la discordia partiendo la diferencia. Ni sobresaliente, ni suspenso. Aprobado y está bien. Y vámonos, que ya es de noche—. Y sin esperar respuesta, tocó la campanilla y entregó las papeletas al bedel, que acudió en seguida.

¡Con qué impaciencia esperaban las notas los acongojados estudiantes! ¡Cuántas veces aplicaron, inquietos, los oídos a la cerrada y maciza puerta! ¡Con cuántas precauciones, con qué miedo desdoblaron las papeletas y las leyeron anhelantes, alumbrándose con cerillas! ¡Con qué algazara celebraron el verse libres de penas!

En vano el bedel trató de imponerles silencio.

—¡Orden, señores! Nunca alboroto tal hubo en la casa. ¡Orden!

—¡Caramba, Rivas, déjenos, que después de la tardecita que acabamos de pasar...!

Casimiro y Roquer salieron disparados hacia la Alameda. Era jueves y esperaban encontrar allí a Carmiña y a Moncha dando vueltas, «arrulladas por la brillante banda del Hospicio».

—Es inútil que corramos. Verás cómo se han marchado ya. Esos tíos han tardado tanto para fastidiarnos—dijo Gerardo.

—No; ahora debe de andar la música por aquello de *Lohengrín*—contestó el p[illegible]

Se engañaba. Ya habían desfilado Lohengrín el místico, Manolé el jacarandoso y todos los paseantes. Sólo quedaba Benito, el municipal. En la Rúa, adonde habíase trasladado la gente a terminar el paseo con las clásicas vueltas bajo los soportales, tampoco encontraron lo que buscaban. Entonces separáronse.

Barcala se fué a pasear por la calle del Franco, en donde vióse repentinamente acometido de unos violentos golpes de tos, que no cesaron hasta que se abrió cautelosamente uno de los balcones del piso principal de la casa de don Ventura y una burlona voz femenil se condolió del estudiante.

—¡Ay, pobriño, qué catarro tiene! Debías de meterte en cama a sudar y no levantarte hasta que yo te avisase... dentro de dos meses—. Y en seguida, cambiando de tono, le preguntó con mucho interés—: ¿Te examinaste, Casimiriño?

—¡Y aprobé, Monchiña!

—¡Ay, de aquélla, buenos padrenuestros a San Antonio me ha costado, que te me pasé toda la tarde rezándole, que mismo tengo las rodillas en carne viva.

—¡Malpocado!

—¡Para que luego digas!

—La que luego dices eres tú, filliña, que tienes celos hasta del aire; ¿pero yo...?

—Sí, ya sé: un santiño.

—Del cielo.

—San Casimiro, sordo. Nunca da nada.

—Todo. En cuanto le piden. San Pedro te me está diciendo siempre: «Casimiriño, ¡a modo hom! que vaste arruinar.» Y yo le contesto: «Le es el natural de uno, señor.»

—¡Ay, pues luego, por eso, porque ya lo has dado todo, no tienes nada para mí.

—¿Pero tú me rezas, bonita?

—Y como si no, filliño.

—Pues nunca llegar me llegó ningún amén; y eso que le tengo muy encargado a Tobías, que es el director general de los correos celestiales: «Santo, si viene para mí algún encargo de aquel encantiño del Franco, que me lo traigan en seguida.» Pero nunca nada me llevaron. Los correos te andan muy mal en todas partes ¿Tú pusiste los sellos?

Y por aquí enfrascáronse en una de ternezas, dudas, protestas, afirmaciones, promesas y juramentos, que hasta las piedras de la calle se ablandaron.

Entretanto, Gerardo paseaba por la Senra, y de vez en cuando sentíase también acometido de un fuerte golpe de tos, que sin duda habíale contagiado Barcala. Mas como nadie acudió a curarle, pronto levantó el campo y fuése al Casino, donde escribió una carta a la señorita de Castro.

Era muy breve. «Hace unos meses—decía—me pidió usted determinada prueba de la verdad de mis palabras. Hela aquí. ¿Qué me contesta usted ahora?» Incluyó las notas, cerró el sobre, y, no sin emoción, depositó en seguida la carta en el correo. Luego telegrafió a su padre, quien hallábase desde hacía dos meses en Madrid: «Terminado exámenes. Dos aprobados. Dos notables. Mil abrazos.»

Cuando, después de cenar, salieron de paseo él y Barcala, llevó a éste por la calle de la Senra.

—¿Sabes lo que me ha contado Moncha?—le dijo Casimiro—. Que han hecho las paces don Laureano y

su cuñado don Angelito. Ya tienes a *Maragota* dentro de la plaza.

—¡Bah! ¡Valiente enemigo!—contestó Roquer, seguro y desdeñoso. Mas luego preguntó a Casimiro con cierta leve inquietud—. ¿Tú crees que *Maragota* es de temer?

—Tratándose de una mujer discreta y de buen gusto como Carmen, me parece que debe de tenerte sin cuidado el sujeto.

Consumido de impaciencia, pasó Gerardo el siguiente día esperando la contestación de Carmiña, que no llegaba. En realidad no había tiempo para ello, pero ¿qué entiende de plazos un enamorado? Lo que sí vino fué un telegrama de papá. «Aguardaba este éxito. Satisfechísimo. Muchos abrazos. Te felicito. Espérote impaciente.»

De este despacho tomó pie Gerardo para dirigir otra carta a la señorita de Castro, incluyéndole el telegrama y encareciendo la urgencia de la contestación que demandara de ella la víspera. Ya veía que su padre le llamaba, pero él no quería marchar a Madrid sin llevarse el «sí» anhelado. Creía tenerlo bien merecido y lo esperaba impaciente. Todo ello adornado con unas retóricas muy bonitas. Al final, tornaba a suplicar presteza en la contestación.

Fué complacido; al menos en esto. Ávidamente leyó la carta de Carmiña y tornó a leerla y a releerla qué sé yo las veces.

—¿Qué quiere decír?

La señorita de Castro Retén, con breves, corteses, discretas y medidas palabras, agradecía al estudiante las suyas... y difería la resolución del pleito. No dudaba de los sentimientos de Gerardo, pero... «¿Está usted seguro de su firmeza? Y puesto que usted se va mañana a Ma-

drid, convendrá conmigo en que lo más acertado es dejar las cosas como se encuentran, hasta que usted vuelva a Santiago... si vuelve.» Terminaba deseándole feliz viaje y un verano muy divertido, y firmaba: *C.*

Nervioso y con un humor de todos los diablos iba a sentarse de nuevo a escribir a Carmen, cuando se le ocurrió que estaba obligado a hacer a los de Castro una visita de despedida aquella misma tarde. ¿Y no sería fácil encontrar durante ella ocasión de hablar a solas un momento con Carmiña?... En último término llevaría preparada una carta pidiéndole unos minutos de conversación para aquella misma noche. Un agradable rato de charla por el balcón...

Y allá lo teníamos, entre cinco y seis de la tarde, en el portal de la casa de Castro, haciendo sonar con dos golpes discretos el llamador.

Un poco cortado y con el corazón palpitante, como es de rigor en tales casos, entró nuestro amigo, conducido por una doncella, en la sala, a un tiempo severa y amable, que decoraban antiguos, cómodos y recios muebles de estilo español, proclamando el señorío y abolengo de la casa, presididos por un gran cuadro con una imagen de la Virgen del Carmen. A la derecha de éste había un retrato al óleo de una señora, cuyo parecido con Carmiña era extraordinario, y a la izquierda un grupo de don Carlos y doña Margarita, reproducción de la fotografía que campaba, entre otras, sobre el piano encerrada en rico marco con corona real y ostentando al pie una expresiva dedicatoria: «Para nuestros leales, nuestros buenos amigos Ramona y Laureano de Castro. Margarita Carlos.»

En otra pared, y sobre un suntuoso y trabajado var-

gueño, imponía un gran cuadro, retrato de cuerpo entero de un fraile barbudo rodeado de ángeles, pintura antigua un poco deteriorada, a cuyo pie leyó Gerardo esta inscripción: «Verdadero retrato del Venerable Padre Fray Tomás de Castro, Prior que fué del Convento de Nuestra Señora de Morujo treinta años continuos, en los cuales edificó dicho Convento. Desde la primera piedra hasta la última y al mismo tiempo le aumentó de rentas y «alajó» ricamente la sacristía. Fué dos veces Definidor de esta Provincia de Santiago y Visitador de los Conventos del Reino de Galicia. Por su nacimiento, de la primera y más acrisolada nobleza de la casa de Outeiro. Murió en el Señor a la edad de ochenta y cinco años, a 4 de Julio de 1612.»

Enfrente, lucían en una vitrina todas las condecoraciones que el valor y la lealtad conquistaron a don Laureano, entre las cuales reposaban una espada y una boina con la cifra CVII, bordada en oro y la borla de oro también. En los otros estantes, rodeada de tabaqueras, marfiles y figulinas de Sajonia, una reducida, pero rica colección de abanicos antiguos, ponía una nota de alegría que entonaba aquel conjunto español, señoril y simpático.

—¿A qué debo el placer de esta visita?—preguntó el señor de Castro al entrar en la sala, estrechando afectuosamente la mano del estudiante.

—Me marcho mañana a Madrid y vengo a despedirme de ustedes—contestó el joven.

—Siéntese—le dijo don Laureano—. Ahora vendrá Carmiña. ¿Se va usted contento?

Según lo que quisiera decir la pregunta. Contento por abandonar la ciudad donde tan a disgusto había

entrado... no. Cierto, que era Santiago un pueblo tristón, cuya belleza extraña no puede apreciar inmediatamente un alma joven ansiosa de luz y de alegría; mas, a pesar de la tristeza, de la lluvia y de las piedras negruzcas, él tenía que confesar que lo había pasado muy bien allí. Encontraba encantador el trato de aquellas gentes, que con su amabilidad hacían simpático el pueblo. Había hecho muy buenas amistades y dejaba en Santiago sinceros afectos, de esos que se tejen para toda la vida.

—De donde resulta—comentó, complacido, don Laureano, a quien un elogio de su pueblo y de Galicia era lo más grato que se le podía decir—que tiene usted que dar las gracias a su padre por su buen acuerdo de enviarle a este poblachón.

No pudo contestar Gerardo. Se quedó mudo. Mudo. Acababa de presentarse Carmiña, vestida con un sencillo traje de percal blanco profusamente moteado de puntitos rojos, sin otro adorno que unas cintas de terciopelo negro, en el cuello, en las bocamangas y en la cintura, y una espléndida rosa de té en ésta. ¡Cristo! Bonita, bonita, como el estudiante nunca imaginara. ¿Pero qué tenía esta mujer, esta hada, esta diosa, que cada día era más bella?

Un tanto turbada, sin darse cuenta de que nadie la había puesto en autos, preguntó, tendiendo la mano al joven, que la miraba embobado:

—¿De modo que a Madrid?

—Sí; sí, señorita. ¿Y usted?

Por suerte, don Laureano encauzó la conversación por derroteros fáciles, y, repuesto Gerardo de su azoramiento, charlaron largamente de Santiago y de la vida en este singular pueblo. El estudiante refirió sencilla-

mente sus impresiones de aquellos ocho meses inolvidables. La llegada, desesperado, a la ciudad; el odio, la repulsión que al principio le inspirara la inocente Compostela; la tristeza de los primeros días; su entrada en la casa de la Troya; retrató con frase pintoresca y gráfica a sus compañeros; contó sus inocentes calaveradas y cómo ellos habían comenzado a reconciliarle con Santiago...

—Pero el milagro débese, en realidad, a esta maga —añadió saludando graciosamente a Carmiña, que enrojeció—. En un momento de esos que deciden los sentimientos y la suerte de las personas, Carmen me hizo conocer toda la dulzura, la belleza, la poesía y el amor de Galicia, con el amor de unas canciones gallegas que me produjeron honda y perdurable impresión... Acaso usted lo haya olvidado—dijo a la de Castro.

—No. Me acuerdo—contestó ella, volviendo a enrojecer.

Don Laureano entonó un apasionado himno a Galicia, uno de sus grandes amores, y, de unas en otras, vino a derivar la conversación en su tema favorito: la campaña del Norte, y el «Señor y la Señora». Había que oír el respeto y el cariño con que don Laureano pronunciaba estos nombres. El «Rey y la Reina», les habían tratado siempre con el mayor afecto. Cuando, por imposición de los médicos, tuvieron don Laureano y su esposa que alejarse de Venecia, para demandar a las auras benditas de Galicia la salud de aquella amada prenda, la «Señora» lloró al despedirse de su dama, y quitándose el imperdible que llevaba puesto, se lo colocó ella misma a su amiga. Después, ni un solo año les había faltado carta de los «Reyes» por Pascuas y los días de San Ramón

y San Laureano. Siempre traían de postdata unas líneas cariñosas del «Rey». «La Reina y yo os abrazamos.» «Os deseamos las mayores felicidades.»

—Va usted a verlas—dijo el anciano levantándose y dirigiéndose al vargueño, en cuyos cajones anduvo revolviendo.

Gerardo aprovechó la oportunidad y, sacando del bolsillo la carta que llevaba dispuesta, se la entregó a Carmiña, diciéndole en voz queda y precipitada:

—¡Es usted muy cruel!... ¡Tome usted!... ¡Carmen, yo no quiero irme sin que usted calme mis ansias!...

Carmiña, muy sofocada, apenas tuvo tiempo de esconder la carta. Don Laureano llegaba con sus papeles.

Pasado todavía un buen rato, y costándole mucho trabajo, Gerardo se levantó y despidióse.

—¿Hasta Octubre, señor Roquer?—le dijo don Laureano.

—Seguramente. Adiós, Carmen. ¿Quiere usted algo para Madrid?

—Nada. Que le vaya a usted muy bien.

El estudiante sintió que la mano de la adorable muchacha temblaba entre las suyas, como temblaron sus palabras al decirlas con una vocecita débil e insegura. La del estudiante tampoco fué muy firme al despedirse en la escalera con la frase de rúbrica, por no encontrar otra más expresiva.

—¡Hasta la vuelta! ¡Hasta la vuelta!

Por la noche, después de cenar poco y de prisa, fuese Gerardo a la calle de la Senra, fiado en que Carmiña le concedería la entrevista que le rogaba en la carta. Estaba de suerte. Los balcones del primer piso de la casa de don Laureano hallábanse abiertos. Merced a su poca

elevación veíase desde la calle a la señorita de Castro sentada al piano, pensativa e inmóvil. Al estudiante diéronle tentaciones de escalar el balcón de un salto, empresa no muy difícil dada su escasa altura. De pronto, los dedos de la joven corrieron ágiles por el teclado y, melancólica y saudosa, sonó la cantiga:

N'o xardín unha noite sentada...

Vibró el alma de Gerardo al oirla, cual si una intensa corriente eléctrica le sacudiera, y sintió que un nudo le apretaba la garganta y que de su pecho salía en un suspiro el nombre amado.

—¡Carmen!... ¡Carmiña!

Y como ella, abstraída en la música, no le oyese, súbito echó a correr el estudiante hasta los inmediatos jardines de la Alameda, irrumpió por los cuadros, y acá y allá, en este sí y en el otro también, cortó con mano pronta rosas y claveles, heliotropos y fusias, geráneos y primaveras, sin hacer caso de las advertencias de aquel bondadoso señor Benitiño, modelo de guardias municipales, que iba para santo y ya debe de haber llegado.

—¿Qué fai', demo?... ¡Que vaime estropear o xardín! No corte más, que ya lleva bastante... ¡A modo, hom! ¡Non turre así de las plantas! ¡Mire que lo llevo preso!... Espere, tome mi navaja... Estos condenados de estudiantes deshacen el xardín para les llevar flores a las rapazas. Tolerías de rapaces. Todos hemos sido rapaces... ¡No corte más, que me va comprometer!...

¡Buen caso le hacía el otro! Cuando hubo arrasado el jardín, salió corriendo, llegó a la casa de Castro y, dando un brinco, con vigoroso impulso arrojó por el balcón su carga, que fué a caer sobre Carmen, quien al sentir

la lluvia de flores dió un grito y se levantó asustada. Desde la calle la tranquilizó una voz bien conocida.

—¡Soy yo, Carmiña!

—¿Usted? ¡Qué loco! Debí figurármelo. ¡Qué susto me ha dado! Váyase—le dijo saliendo al balcón después de apagar las luces del piano.

—No, Carmen; no me voy sin que usted me dé una respuesta definitiva. Sí o no. Todo menos esta incertidumbre, que no sabe usted lo que me hace sufrir. A veces, creo que usted corresponde a mi amor y soy feliz. Otras, pienso que usted sólo quiere divertirse conmigo... ¡Por piedad, Carmiña!... Cien veces he leído su carta ¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué esta nueva dilación? ¿Por qué duda usted todavía de mí? ¿No comprende que con ello me ofende?

—¿Ofenderle? No tal. Sea usted razonable. Si usted continuara viviendo aquí, es posible que llegase a dominarle esa pasión que pinta con tanta vehemencia. Pero usted se marcha mañana a Madrid; reanudará las amistades que allí dejó; volverá a vivir la vida aquella, tan diferente de esta otra, sosegada y aburrida. Otras mujeres más guapas, más elegantes, más graciosas que estas pavisosiñas señoritas de pueblo, llamarán su atención, y, a los dos días de estar en la corte, Santiago y las santiaguesas se habrán borrado por completo de su recuerdo.

—¡No, no y no! Aquí, en Madrid o en Pekín nada puede borrar de mi pensamiento y de mi corazón la imagen adorada de usted, y cuando yo vuelva...

—¿Y si se borra? ¿Y si no vuelve usted?

—¡Por Dios, Carmen! De esta manera, dándolo todo a la desconfianza, oponiendo una duda a todas las afirmaciones, no hay modo de convencerla a usted. Conce-

ga usted algo a la buena fe, a la hombría de bien... No perdamos el tiempo, Carmiña. Yo le suplico una contestación categórica. Quiero separarme de aquí feliz o desgraciado. ¿Sí o no? ¡Contésteme usted, por Dios!

—Cuando usted vuelva.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que espero.

—¿Que espera usted?... Luego yo puedo creer, debo creer...

—Usted debe consultar con su corazón...

—¡Ay, Carmiña! ¡Nos estamos perdiendo en unas metafísicas!..., como diría Madeira... ¡Abajo la metafísica!... Dígame usted más.

—¿Qué más quiere usted?... Espero.

Callaron los dos, emocionados. Ella rompió el silencio.

—Váyase usted, Gerardo. Papá volverá de un momento a otro del Casino. Váyase.

—¿Así? ¿Sin otra palabra de despedida?

—¡Gerardo!... ¡No me pida usted más! ¿Qué le he de decir?—con trémolos en la voz—. Que le deseo a usted muchas felicidades.

—¡Feliz! Ya sabe usted cómo puedo serlo, y, puesto que en su mano lo tiene, si es sincero su deseo, ¡concédame la felicidad!

—Vuelva usted, Gerardo.

—¿Usted lo desea? ¿Usted lo quiere? ¿Usted me lo manda?

—... Vuelva usted.

—¡Volveré! ¡Volveré! ¡Volveré!

—¡Adiós, adiós, Gerardo! Váyase; va a llegar papá. ¡Adiós!... ¡Hasta la vuelta!

—Sí; hasta la vuelta. Mi corazón aquí se queda. Vendré a pedirle a usted el suyo. ¡Adiós!

Trabajosamente separóse de allí y echó andar muy despacio, con la cara vuelta hacia ella. Carmiña permaneció un momento en el balcón jugueteando con una rosa que se quitó del pecho; saludó con ella al estudiante; la olió, ¿la besó?; la dejó caer, y cerró lentamente los cristales y luego las maderas, así que vió cómo Gerardo volvía rápido sobre sus pasos, cogía la rosa y la besaba apasionadamente.



XI

¿Lo creeréis? Salió de Santiago con pena. Él, que había visto nostálgico tantas veces arrancar a la *Carrilana*, sentía cierta tristeza al partir en la enorme diligencia camino de su Madrid.

Despidióse emocionado de aquellos buenos amigos, de los leales camaradas que le habían hecho conocer la verdadera amistad, la que nace de los impulsos del corazón sin que el egoísmo mezcle en ello sus miserias, y se prometió guardársela siempre firme y acendrada.

Antes de subir al coche, pasó por última vez por la calle de la Senra, a pretexto de comprar cigarrillos en el estanco de doña Socorrito para él y Madeira que iba a ser su compañero de viaje hasta La Coruña.

Todo estaba cerrado en casa de don Laureano. Gerardo hubiese querido que una mano blanca saliera por entre las blancas cortinas y le despidiese flameando un pañuelo, naturalmente blanco también; pero no ocurrió así.

Cuando llegó el momento de partir, Gerardo y Barcala juntaron los pechos en un abrazo fuerte.

—¡Siempre amigos, Casimiro!

—¡Siempre, rapaz! Cobreite ley y veóte ir con pena. Que escribas. Hasta Octubre ¿eh?

—Y si puedo, antes. ¡Augustiño, adiós!—aquí otro abrazo apretado—. Ya sabes...

—¡Sé! Descuida; te tendré al tanto de todo lo que

ocurra—contestó el servicial rapaz guiñando expresivamente un ojo.

—Sí; no dejes de contármelo todo. ¡Marcelino, gran Marcelino, adiós! ¡Quiroguiña, non te digo nada! ¡Manolito, Casás, Boullosa!... ¡Que me escribáis!

—¡Recuerdos a la Cibeles!

—¡Echa un baile por mí en la Bombilla!

—¡Adiós, Madeira! ¡Buen viaje!

—¡Adiós, canalla!—rugió Madeira alegremente, asomando la cabeza por la ventanilla.

Toda la tropa le gritó a coro:

—¡Madeiriña!, ¿cuándo subes en el globo?

Y le cantaron aquello de:

—¡Ay, Pepiño, adiós!
¡Ay, Pepiño, adiós!
¡Ay, Pepiño, por Dios
Non te vayas!...

—¡Que me cuentes cosas de Madrid!—encargó Augusto a Gerardo al arrancar el coche.

¿Qué le iba a contar? A los dos días de estancia en la Corte, tuvo que confesar que los meses transcurridos en la lóbrega ciudad de piedra habían modificado grandemente sus ideas y sentimientos y servídole para contrastar el valor de personas y cosas a quienes antes se lo concedía muy subido. Apenas le dejó libre su padre, corrió a saludar a sus antiguos amigos, que le brindaron el primer desengaño recibiéndole sin los extremos de alegría que él esperaba. Gerardo los descubrió entonces fríos, insustanciales y sin fondo. Gente muy entendida en tauromaquia, muy al tanto de todos los enredos comiqueriles y de otras clases, pero estancados ahí, sin in-

terés por lo que no fuera eso, como si no estuviesen en la edad de las ilusiones y de los grandes proyectos para el porvenir. Muy chistosos, muy divertidos para una juerga o para muchas juergas, pero incapaces de sentir la amistad, de dar el corazón y de sacrificarse por un amigo como aquellos rapaces de Santiago. ¡Si hasta se burlaron de las notas que tanto trabajo le costó obtener! ¡Hubiéramos visto las que ellos obtenían en su caso!

Visitó los cuartos de las actrices, sus amigas, donde también esperaba ser recibido con alegría, y sólo encontró indiferencia. Unas le habían olvidado; otras no recordaban su nombre; las más ni se dieron cuenta de su ausencia, y las menos frágiles de memoria se permitieron burlarse de él, de Galicia y—esto fué lo que más le molestó—de las gallegas.

¿Y eran éstas las gentes por quienes había suspirado tantos desesperados días en Santiago?

Ello no obstante, procuró divertirse cuanto pudo, aprovechando la suelta que le dió su padre. Vociferó en los toros; en un estreno desgraciado en el Príncipe Alfonso dijo en voz alta dos o tres chistes, que tuvieron más éxito que la zarzuelita que se iba al foso; cenó con amigos y amigas en la Bombilla y hasta tuvo una aventura de cinco o seis días con la Diéguez, del teatro de Apolo, una muñequita que, bajo unas embusteras apariencias de delicadeza y fragilidad, ocultaba una mujer grosera, mal hablada, mal pensada, y peor sentida, lo que no le impedía, o acaso lo que le hacía ser una de las cómicas más deseadas de Madrid... Y, a pesar de todo, nuestro amigo se dijo más de una vez que se divertía ahora menos que en Santiago cuando salía por las no-

ches a correr la tuna con los troyanos, para acabar huyendo desaforados delante de los *villeus*.

Acaso, con aquel su natural vehemente, propenso siempre a colocarse en los extremos, Augusto exageraba un poco y aún varios pocos, por aquella lógica inclinación de los enamorados ausentes a embellecer en el recuerdo el fondo y las figuras del cuadro en que vive el sér querido. El lugar donde mora es el más bello de la tierra y de los astros habitados; el cielo que lo cubre ha sido construído de encargo con las estrellitas más lindas y los azules más bonitos; los habitantes de este alcázar de delicias son encantadores, cordiales y más benéficos y justos que si los hubiesen construído a su deseo los constitucionales del doce; los comestibles, los más delicados y exquisitos de toda España, parecer muy lógico en quien se alimenta de miradas dulces y suspiritos tiernos, y hasta esos potros que en fondas y posadas se designan fantásticamente con el nombre de camas, unos prodigios de comodidad y limpieza.

¿Podían los veintitrés años de nuestro Gerardo sustraerse decorosamente a esta ley general que rige la mecánica de los corazones enamorados?

De vez en cuando, recibía carta de sus amigos y con más frecuencia de Augusto. Unas epístolas ingenuas e incoherentes, por aquella pícara volubilidad del ardillesco muchacho, llenas de naderías que Roquer leía siempre con grandísimo interés, empezando por el párrafo aquel. «Las personas de nuestra predilección continúan en el Faramello sin novedad en su importante salud.» «En el baile del Apóstol, muy animado por cierto, no hubo nadie que te interesase. Ya ves que te guardan la ausencia».

Un día, al sentarse a comer, notificó don Juan a su hijo que, solucionados los asuntos que en Madrid le retenían, necesitaba volver a París aquella misma semana.

—¿Qué piensas tú hacer?—preguntó, inquieto, al muchacho.

Precisamente el rapaz recibiera esta mañana una carta de Augusto, que fué para las encendidas ansias de Gerardo como si a un hambriento le obsequiasen con un aperitivo. ¡Ahí era nada! Augusto escribíale desde La Coruña, adonde acababa de llegar, dispuesto a pasarse todo el mes de Agosto en la ciudad sonrisa, «el pueblo más bello del mundo... después de Madrid, naturalmente». «¿Con quién dirás que he hecho el viaje? ¡Envídiame, desdichado! Nada menos que con mi ilustre convecino y respetable amigo don Laureano de Castro y su bellísima, gentilísima y archirresimpatiquísima hija. Estaba de pistón, chico. ¡Pichú canela!, como dicen estos diablillos de modistillas coruñesas. Si la ves te enamoras otra vez, encima de lo que estás. Durante el viaje charlamos la mar. No te nombrábamos porque estaba en la berlina don Laureano, pero te andábamos alrededor.

»Al cabo se le ocurrió al señor de Castro dejarse vencer por el sueño y pudimos hablar libremente. Le conté a Carmen que tú te aburres en Madrid y Carmiña se rió aparentando incredulidad, pero, en el fondo, complacida. Por esta mala costumbre que tengo de ir con la cartera y los bolsillos llenos de papeles, yo llevaba encima tus dos últimas cartas. No sabes el buen servicio que te hicieron. Primero le enseñé aquello de que estás desasosegado y triste, como si te faltase algo; después le mostré el comienzo de aquel párrafo tan poético en que hablas de ella con tanto fuego. Se hizo la desentendida.. pero aca-

bó por alargar la mano, cuando yo, bromeando, hice si le ofrecía o no le ofrecía la carta, se apoderó de ella, leyó ese párrafo y, luego, muy curiosa y atenta, toda la epístola. Y lo mismo hizo con la otra, que cogió en cuanto se la enseñé, sin esperar a que se la ofreciese. Y tornó a leerlas. Tú verás.

»Cuando concluyó la lectura se quedó pensativa. Luego me dijo que tú eres un hombre muy impresionable, muy vehemente y exagerado en tus cosas, y que, por lo mismo, se te han de apagar muy pronto los fuegos. Yo bien le entendí que con ello me preguntaba si efectivamente eres o no de ese modo, y negué en redondo el aserto. Entonces se puso seria y, haciéndose la indiferente a ratos, y a ratos sin ocultar su interés, me pidió noticias y noticias de tu persona. No se cansaba de preguntar, unas veces por este sistema gallego de las afirmaciones y otras haciendo francamente la interrogación. Excuso decirte cuáles fueron mis informes, haciéndote completa justicia. Te pondré minuta de mis honorarios de abogado.

»Una de las cosas que más le interesaron fué saber si la aventura amorosa que determinó tu destierro a Santiago había concluído. «¿No habrá vuelto a reanudarse ahora?» —me preguntó inquieta. Yo la tranquilicé. Por la noche nos encontramos en el Relleno, que estaba despampanante de mujerío. ¡Qué coruñesas, Gerardiño...! La acompañé un rato. Iba con unas amigas. Al despedirnos le dije que te iba a escribir. «No le cuente nada de lo que hemos hablado», me encargó con mucha insistencia. Yo se lo ofrecí. Ya ves qué bien lo cumplo.

»Hoy se fueron a su Pazo, en las Mariñas, a tres o cuatro horas de aquí...»

¡Ella se interesaba por él; ella le amaba!; he aquí la prueba. Sintió viva, imperiosa, irresistible ansia de oir de sus labios la anhelada confesión. Y por eso, cuando don Juan, con grandes deseos de sustraerle a los peligros de la corte, le preguntó por sus planes, él respondió prestamente:

—Yo, si tú no tienes otro pensamiento, y me lo permites, me vuelvo a Galicia.

He aquí por qué—después de haber puesto a su padre en autos de lo que ya tenía noticia por la «detallada y puntual relación de la vida y hechos de su señor hijo en esta noble y hospitalaria ciudad de Santiago», que oportunamente le remitió su leal amigo y rendido servidor don Ventura Lozano y Portilla, ex juez de Órdenes,—el señor Roquer y Paz, don Gerardo, se encontraba a aquella hora matutina de un espléndido día de los primeros de Agosto, caballero en una vigorosa jaca de la tierra, que adquirió de un chalán coruñés, extraviado en una de las fantásticas corredoiras mariñanas en demanda del Pazo de la felicidad, cuyo nombre y situación exacta ignoraba, aunque tenía la seguridad de encontrarlo prontamente. En buscarlo así, a la ventura, hallaba el madrileño una picante y grata sensación, y, aun teniendo tantos deseos de dar vista a sus muros, caminaba en cierto modo sin prisa, como un exquisito que retarda el momento supremo del placer que tiene seguro.

Sin otras noticias de la situación del Pazo que las vagas que Augusto le diera de hallarse en las inmediaciones de la deliciosa ría de Sada, y las contradictorias que recibía de los paisanos de quienes tomaba lenguas, hacía Gerardo contento y asombrado su peregrinación, comenzada la víspera.

Había comido sardinas con cachelos en Montrove; almorzó casi por lo fino en la civilización de San Pedro de Nos; bebió el fresco vinillo del Rivero, mismo gloria, con que brinda alegría a los caminantes la taberna de Joaquín, el de Souto, en Armuño; merendó en Lubre y durmió por la noche en Sada, el risueño pueblecillo que apoya la cabeza en la blanda almohada del más lindo valle que pintó la bondad divina y se deja besar los pies por las aguas tranquilas de la ría incomparable.

De pasmo en pasmo caminaba nuestro amigo, solicitada de continuo su admiración por mil bellezas que, en cualquier parte adonde dirigiese los asombrados ojos, descubría. Cuándo era la serena diafanidad del mar esmeraldino, punteado aquí y allá por la blancura de las velas o de la espuma con que lo rizaba una brisa amable. Tal vez, la umbría de una corredoira que perdíase ondulante en un túnel de verdura. Ahora la opulencia y frondosidad de unos pomposos castaños, cuyas hojas temblaban de emoción al recibir las caricias de un cefirillo enamorado y travieso. Aquí la molicie de un verde prado, el murmurar de un regato saltarín y la alegría de las diminutas rosas de los setos que cercan las huertas. De pronto, la sorpresa de una aldeíta escondida entre loureiros; voces femeninas e infantiles que entonan ingenuos cantares de una vaga y tierna melancolía; chirriar lejano de carretas, que se alza sobre el silencio del campo cantando una áspera y prolongada canción de trabajo, de paz y de dicha. El cielo azul, los pinos esbeltos, los frutales próvidos; los castros dominadores, que escalan en tropel los árboles; las iglesitas humildes con sus poéticos cementerios

Siempre en paz;

el himno a Dios misericordioso, creador de tanta maravilla, que los pájaros felices entonan a toda hora, modulando el que la Naturaleza dice en el augusto silencio y grandeza de su hermosura... Todo esto, y lo demás que la torpe y pobre palabra humana no acierta a pintar y que sólo puede expresarse con gorjeos de paxariños, susurrar de maizales, árboles y arroyos, aromar, incensar, de rosas y jazmines, melancólico quejarse de los pinos, acariciar de las mansas olas a las arenas de la playa, risas y cánticos de niños y mujeres, tintineo de campanitas de iglesiñas aldeanas... Galicia, en fin, que es todo dulzura. Y paz. Y amor.

¿Cómo pasar insensible entre esta poesía del cielo y de la tierra sin declararse

Rendido esclavo de hermosura tanta?

La belleza, el sosiego, la apacibilidad de aquella naturaleza singular llenaron de alegría y optimismo el alma del estudiante... Y la brisa marina y el aroma de los campos, que embalsamaban la corredoira, abriéronle un apetito de doscientos mil demonios—¡eran veintitrés robustos años paseando por el campo a la hora del medio día, señor!—, y metió espuelas al caballejo para llegar pronto «adonde lo hubiera».

Y como en Galicia se está en seguida en alguna parte, no tardó nuestro rapaz en hallarse en una carretera y en topar, a los pocos pasos, una casa con el simbólico ramo de laurel colgado a la puerta, en desmontar allí, atar el caballo a una de las argollas de hierro, que para tal servicio había en la fachada, y entrarse en la taberna preguntando:

—¿Tienen algo que dar de comer a un hambriento?

—Habrá, señor. ¿Y luego?—contestó una mujerona que salió de una habitación interior—. Cosas finas no le hay; pero si quiere queso fresco, que hoy mismamente trujéronme de Betanzos, chourizos, sardiñas fresquiñas de Sada y más jamón, hayle de todo esto.

—¡Ni en casa de Lhardy! Vaya por el jamón, el pescado, el queso y una tortilla de chorizos que me va usted a servir en seguidita, en seguidita. Pero que por el aire.

—¿De aquella, seica trae mucha hambre?

—Una barbaridad. O dos barbaridades.

—Madrugaría mucho, y después andaría mucho, y claro...

—Mire, maestra: por lo que sea, no me pregunte más y arrégleme eso volando.

—Voy, señor. Ya se ve que es joven. Férvelle a sangre. ¿Cuánto jamón le pongo?

—Mujer, lo que sea.

—¡Ay, yo perjúntolle porque podía querer más y podía querer menos.

—Más, más. ¿No le digo que traigo mucha hambre?

—Luego mucho anduvo — insistió irresistiblemente curiosa la tabernera.

—Andaría el caballo, mujer—rectificó una comadre, que llevaba allí su buena media hora comprando un can gordo de aceite.

Mientras le servían el almuerzo, interrogó el estudiante a la tabernera sobre lo que le interesaba. ¿Conocía por aquellos contornos a un señor de Santiago que se llamaba don Laureano Castro, y tenía por allí un pazo?

—Conozco, señor, conozco; ¿y luego, no le he de co-

nocer? A don Laureano y más a la señorita Carmen. Unos señores, non despreciando a nadia, como no le hay otros. Ella le es guapa de veras y tan amable con los pobres... ¡Ay, aquí puede preguntar por ellos a todo el mundo, que todos los quieren bien. Viven ahí cerquita, en el Outeiro; la casa dícenle el Pazo de Castro.

Cayósele a Gerardo el tenedor que iba camino de la boca con una apetitosa tajada de faneca, y perdió de repente el apetito con que comenzó a despachar el almuerzo.

—¿De modo que está cerca el Pazo de Castro?

—Sí, señor; muy cerca. Una carreiriña de un can.

No hace falta decirlo, ¿verdad? Gerardo se levantó súbito y se dispuso a salir.

—¿Pero no concluye de comer, señor? ¡Tanta hambre como él traía!

—Ya he comido bastante.

Mas entonces ocurrιósele que la hora podía ser inoportuna. Su reloj marcaba la una y media. Estarían comiendo en el Pazo. Por fuerza debía esperar hasta más tarde; las cinco y media o las seis, que era la hora dispuesta por la etiqueta para hacer la visita que deseaba. Resolvió, pues, armarse de paciencia y, convencido del éxito de su viaje, pensó en acomodarse.

—Dígame—preguntó a la tabernera—, ¿hay por aquí cerca alguna casa decente y limpia donde pueda hospedarme por unos días?

—¿Usted quiere habitación?

—Sí. Y comida.

—Para usted y para el caballo, ¿no?

—¡Claro!

—¿Y va usted a estar mucho tiempo?

—No lo sé. Un mes; acaso más. Tal vez menos.

—¿Y qué quiere comer?

—Mujer, lo corriente.

—¿Y cuánto piensa dar?

—¡Qué se yo!

—Dos, comidas, ¿no?

—Y el desayuno.

—¡Y más la habitación y el caballo!

—Sí, sí. Todo eso—cansado de tan largo interrogatorio—. ¿Sabe usted de alguna casa?...

—¡Ay, José—gritó de pronto la tabernera dando una gran voz.—¡José, baja!—y volviéndose al joven le interrogó desconfiada.—¿Cosa mala, digo yo, que usted no vendrá a hacer aquí?

Del piso alto, donde estaba trabajando, bajó el tabernero, un hombre rechoncho que manaba socarronería de toda su persona. La mujer le puso al tanto del caso. ¿Qué le parecía?

—Ay, eso..., allá tú, con perdón de vostede. Habitación hayla; un curruncho en la cuadra, dispensando la palabra, haylo también para el caballo. Comida, en habiendo dinero, cómprase cuanta se quiere; buenas manos para guisarla, gracias a Dios y no despreciando a nadia, no te faltan. Voluntad para ganar una peseta, dispensando la palabra, tenémosla todos; de manera, que allá tú.

—¿Y cuánto hemos de pedirle?

—¿Y qué vas pedir?... El señor que te dé lo que sea, y en paz.

—Eso es. En dando lo que sea...

Tras las mil vueltas, rodeos y circunloquios, inevitables cuando se trata de intereses con un paisano galle

go, temeroso siempre de que le engañen o de quedarse corto en la ganancia, consiguieron llegar a un acuerdo Gerardo y los taberneros. Un combate homérico. Los patrones sentáronle un poco más de lo debido la mano al joven y éste dejóse castigar tan satisfecho, sobre todo cuando, después de ver las habitaciones que en el piso le ofrecían—una sala con dos alcobas sobrias de muebles y comodidades—, le dijeron, mostrándole por una de las ventanas de su palacio una arboleda y unas casas que se veían en la cima de una colina cercana:

—Aquello es el Outeiro.

Encargóse José de ir con el carro a Sada a buscar el equipaje del joven, que ya debía de haberle mandado Augusto por la diligencia, y Gerardo pensó que el mejor modo de entretener la eternidad de las cuatro horas y un larguísimo pico que faltaban hasta la que había señalado discretamente para hacer su visita al Pazo, era echarse a dormir la siesta y así lo hizo, después de pasarse un buen rato en la ventana, fija la vista en los árboles del Outeiro, con la vaga esperanza de ver remontarse a cierta persona en una de aquellas columnitas de humo que se levantaban sobre las casas medio escondidas en la arboleda, para venir volando a darle la bienvenida.

—¡Qué ajena estará de que me tiene tan cerca!

Pensando en la sorpresa de Carmen al verle, en lo que le diría, lo que le contestaría él, lo que le replicarían y lo que debería duplicar, echóse en la cama, dura y estrecha, que le pareció la más blanda y cómoda que jamás disfrutó príncipe venturoso de cuento de hadas. Pero no le permitió dormir la impaciencia. Se levantó en seguida; asomóse a una ventana, luego a otra; a la otra

después. Bajó a sentarse a la puerta de la casa. Intentó leer allí un número atrasado de *La Voz de Galicia* que le dió Tona, la tabernera. Hizo una visita al caballo. Volvióse a «sus habitaciones». Tornó a bajar, y, al cabo de tantas idas y venidas, agotados cuantos recursos puso en práctica para entretener las larguísimas horas que faltaban para la de la visita, a las dos y treinta y tres minutos declaró que el tiempo camina en las Mariñas con excesiva lentitud, y de aquí dedujo que, lo mismo que a las cinco y media, podía presentarse en el Pazo a las cinco. A las dos y treinta y cuatro, se dijo que aunque lo hiciera a las cuatro y media no cometería ninguna incorrección, porque en el campo no rige con tanto rigor el horario etiquetero de la ciudad. Al minuto siguiente, al siglo siguiente, marcó las cuatro como la hora de su ventura; que en seguida rebajó en quince minutos, y rectificó al momento, convencido de que nadie podría reprocharle por importuno si aparecía en el Pazo a las tres y media... Y a las dos y treinta y seis, después de habérse cepillado por vigésima vez y mirándose al espejo por centésima, tomo a buen paso el camino «sin pierde» que le indicó la patrona para llegar pronto al Outeiro.

Un poquito larga antojósele la «carreiriña del can» al impaciente muchacho, ignorante de lo elástico de esta vulgar medida longitudinal gallega; mas como todo tiene su término, nuestro amigo hallóse al de su camino en una pequeña plazoleta, ante un rojo portón cerrado que flanqueaban dos bancos de piedra adosados a lo largo de una tapia, por cuyas bardas asomábanse, curiosas, al camino ramas de árboles cargadas de fruta, retorcidos sarmientos y olorosos jazmines y madreselvas. Una cruz de piedra entre mitras de cantería coronaba la portalada.

Detúvose un momento, indeciso, el estudiante y, antes de golpear la puerta con el aldabón herrumbroso, preguntó a un paisano viejo, que cuidaba de dos vacas que hallábanse pastando la hierba de los cómaros en la corredoira vecina:

—Buen amigo, ¿es este el Pazo de Castro?

—Es, señor—contestó el velliño.

—¿Sabe usted, por casualidad, si están los señores?

—Estarán, señor. Yo no los vi salir.

Gerardo alzó el aldabón, pero el paisano le contuvo.

—Non pete, señor. Abra la puerta y entre. En esta casa, Dios la bendiga, éntrase sin llamar.

Levantó Gerardo el picaporte, empujó la pesada puerta, entró y encontróse en el espacioso atrio de una de esas viejas y señoriles casas gallegas que fueron a un tiempo palacio y fortaleza en los lejanos siglos feudales y conservan en su arquitectura huellas de su historia. A la izquierda, unida al Pazo por una arcada con dos ventanas, alzábase una capillita ostentando sobre su puerta y bajo la espadaña un noble escudo de armas; a la derecha, una tapia, por delante de la cual una parra ofrecía el agrado de su sombra, y, ocupando todo el fondo, el señorío de un severo caserón pétreo de dos pisos, bajo y alto. Un ancho balcón de piedra sobre unas típicas arcadas corría casi a todo lo largo del piso alto hasta la puerta de entrada, a la que subía desde el atrio una escalinata de granito. Sobre la puerta campeaba el escudo de armas de los Castro coronado por un casco de orgulloso airón. Las almenas del tejado y de la pesadísima, ancha, pétrea, chimenea daban cierta reminiscencia militar al Pazo.

Pero Gerardo no vió nada de esto. Ni palacio, ni parra

ni capilla, ni atrio. Sólo tuvo ojos para una blanca figura de mujer que, resguardando del sol la linda cara con un rojo pañuelo de seda anudado a la barbilla, bajaba la escalinata arrojando puñados de maíz, que extraía de una carabeliña, a una legión de gallinas y palomas, a las cuales llamaba cariñosamente con una suave y argentina voz, que al estudiante le sonó a cántico celestial:

—¡Churras, churras, churriñas, churras...!

¡Era ella! ¡¡Ella, Dios bendito!!

El corazón de nuestro amigo púsose a saltar violentamente. Sabe Dios los millones de descuidados fagocitos que perecieron en la catástrofe.

Repuesto del susto, avanzó el estudiante, decidido y presuroso, sombrero en mano, y dirigiéndose a la muchacha, que le vió llegar con ojos asombrados de los que escapaba el gozo, le preguntó cómicamente serio, procurando imitar el acariciador tonillo de la tierra:

—Rapaciña. ¿Podría usted decirme si vive aquí cierta señorita desconfiada que no cree en la sinceridad y firmeza de un hombre locamente enamorado de ella?... ¿Y luego?

—¡Usted! ¿Pero es usted?—contestó la señorita de Castro, riendo.

—Yo mismo. Gerardo Roquer y Paz, para servir a Dios y a usted... y Él me perdone, que iba a invertir los términos. Me mandó usted volver, y héme aquí muerto de impaciencia por oir una palabrita que tiene usted que decirme. ¿Ha llegado, al fin, el momento de pronunciarla, o tengo todavía necesidad de tirarme al mar de cabeza para que usted me crea?

—¡Oh, pero qué sorpresa! —replicó ella desentendién-

dose de la pregunta y dándole con gentil y cordial ademán su mano señoril, que el estudiante estrechó apasionadamente y retuvo en la suya.

—¿Sorpresa nada más?

—¡Oiga! ¿Sabe usted que viene muy preguntón?

—¡Digo! Como que he venido expresamente a examinar a usted de una porción de cosas que me corre mucha prisa averiguar.

—A saber: Primera:

—¿Me ama usted?

—Segunda:

—¿Usted me ama?... ¡Carmen, Carmiña!—exclamó el estudiante poniendo en su voz temblorosa toda el alma y atrayendo hacia sí, suplicante, a la señorita de Castro, un poco desconcertada por la sorpresa y la alegría—. ¡Sáqueme usted, por Dios, de penas! Dígame que cree en mí, que corresponde a mi amor.

—¿Pero de veras necesita que se lo diga?... ¡Ay, filliño, qué mal adivino es usted!—respondióle ella, iluminando con una divina sonrisa el alma del estudiante, la tierra, el cielo; todo.

—¡Bendita sea usted que acaba de hacerme feliz!... ¡Gracias, gracias! —balbuceó el rapaz conmovido—. ¡Mal adivino! Quizás. ¿Pero cómo podía yo creer en tanta ventura, si usted se mostraba tan esquiva, tan desconfiada?

—Es que tenía motivos para dudar.

—Pues ya ve usted cómo se ha equivocado. Lo que menos esperaba usted era verme ahora aquí.

—Se engaña usted, Gerardo. Le esperaba. No se por qué, pero le esperaba, y muchas veces, al oir llamar a esta puerta, he creído que al abrirla iba a presentarse usted

—¿Es que alguien le avisó de mis proyectos?

—Nadie; era un presentimiento.

—¿Un presentimiento... o un deseo?

—No sé... ¡Vaya, que viene usted muy preguntón y me ha cogido en una hora charlatana! No haga usted caso de nada de lo que he dicho.

—Ya es tarde. Las nuestras no son palabras que se lleva el viento. Usted me quiere. Repítamelo otra vez; pero con palabras claras y terminantes. No sabe usted la sed que de ellas tiene mi alma.

—¡Ea!, se acabó. Ahora soy yo la que pregunto. Va usted a contarme muchas cosas.

—Yo sólo sé decir una.

¡Bobiño! Pues esa era cabalmente la que ella quería que le dijese. Sus pensamientos y sus acciones en los dos meses que hacía que no se veían; cómo, cuándo y por qué acordó dejar aquel Madrid tan alegre, tan animado, tan divertido, para ir a aburrirse, aunque sólo fuera unas horas, en la quietud de aquel rincón campesino.

—Porque... ¿usted estará aquí poco tiempo?—inquirió ella, repentinamente alarmada y pesarosa de haberse dejado ganar por la sorpresa.

—¡No, gloria!—contestó Gerardo devolviéndole la tranquilidad—. Yo estaré aquí todo el tiempo que esté usted... ¡Pero si hasta tengo casa y todo! Somos vecinos, ¿no sabe?—imitando otra vez el cadencioso acento gallego—. ¿Y luego? A título de tal vengo a visitar a ustedes... Bueno, no quiero mentir, a verla a usted.

Y refirió a la joven con frase animada su peregrinación mariñana en busca del que él llamaba, y llamaba bien, el Pazo de la Felicidad, y su acomodo en el lugar

de Tatín en casa de José Lapido, más conocido en aquellos contornos por *Mascomías*, en gracia a su buen diente.

—Mas comías si che deran,
Pero como non che dan
Arrabeas com'un can.

—le cantaban, para hacerle rabiar, a la puerta de la taberna, los chicos y, algunas noches, los mozos que volvían de tunar.

—¡Pero, qué tonta soy! —interrumpióle Carmen—¿Pues no le tengo a usted aquí, al sol? ¡Qué cabeza! Perdóneme y venga.

Y, arrojando de un golpe a la pollería el contenido de la carabeliña, subió las escaleras y entró en la casa, seguida del estudiante, al que hizo pasar a una sala amplia, alegre y clara, que recibía luz de una galería, mirador de la gloria de una feracísima huerta.

Deleitábase Gerardo en la contemplación de todo aquello: los muebles recios y sencillos, un gran sofá, unos cómodos butacones y anchas sillas de labrada caoba con asientos de rejilla, dos mecedoras, consolas; una mesita, cargada de libros e ilustraciones nacionales y extranjeras, en el centro; cromos y litografías en las paredes, cosas de Atala y Chactas y de Matilde y Malek Adel, con tal cual vista de Venecia; retratos familiares en las consolas, siempre presididos por los de los «Señores»...

—Siéntese usted—dijo la hermosa muchacha al estudiante—. En seguida vendrá papá. Voy a decirle que está usted aquí.

—¿Pero va usted a dejarme solo?

—Supongo que no tendrá usted miedo.

—Pues se equivoca usted; me da un miedo horrible cuando me dejan solo en una habitación. Además, su papá estará todavía durmiendo la siesta... y nosotros tenemos mucho que hablar. No le molestemos.

—Papá no duerme nunca la siesta. Vengo en seguida.

—No me deje usted solo, que grito.

—¿Cómo gritar? A mí me gustan los hombres valientes. Ahí se queda usted. ¡Cuidadito con lo que se hace!

Le amenazó con un dedo y salió presurosa en busca de don Laureano, que estaba leyendo *La Fe* en su despacho.

—¡Papá! ¡Papaíño! —dijo la joven abrazándole—. ¡Está ahí! ¡Ha venido! ¡Me quiere!

—¿Quién ha venido? ¿Quién te quiere?—preguntó el bondadoso padre—. ¡Pero, qué torpe soy! El que ha venido es ese bribón de madrileño que ha engatusado a mi niña.

—Bribón, no, papá. Es muy buen muchacho. Ya ves, ha dejado Madrid para venir aquí, sólo porque aquí estoy yo y porque yo le había dicho que volviese.

—Pues aunque tú no quieras, hija mía, es un bribón que me roba una parte de tu cariño.

—¡No, papaíño, no lo creas! Yo te quiero siempre lo mismo, tú lo sabes. Hasta creo que te quiero más ahora... Sí, sí, más... A él le quiero de otro modo que no sé explicarte.

—¡Eso no puede explicarse nunca! En fin..., es ley de la vida. Lo que importa es que él sea digno de ti y que te quiera como tú mereces.

—¡Sí, papá! ¡Me quiere, me quiere! ¡Estoy segura de ello! ¡Y es muy bueno, ya verás!

—¿No he de verlo, si mis ojos son tus ojos?

Don Laureano acogió con su hidalga cortesía al estudiante, se entusiasmó oyéndole cantar fervorosas alabanzas de la tierra amada, por la que tanto había suspirado en el destierro; y dejóse conquistar del todo por la simpatía del rapaz, quien tuvo, además, la delicadeza de decirle en seguida lo que le había llevado a aquel rinconcito del paraíso mariñano,

¡Venturosos días los que siguieron! Gerardo Roquer vivía en un mundo ideal, luminoso y alegre, con la luz y la alegría de aquellos campos, de la ría aquella y del cielo aquel, más resplandecientes ahora, porque para embellecerlos e iluminarlos alzábase sobre ellos, irradiando felicidad, la gentileza de una mujer hermosa y el amor de dos corazones jóvenes.

Carmen, segura ya del cariño del estudiante, abandonóse a él confiada y le mostró hasta el fondo su alma inocente y pura. Era otra mujer, una Carmiña infantil, sencilla, ingenua, muy distinta de la grave y reservada señorita que Gerardo conoció en Compostela.

—¡Ay, filliño!—contestó ella, cuando el estudiante se lo hizo notar—, es que entonces tenía que ponerme seria por ti y por mí, porque, si no, te me escapabas.

Y le refirió sencillamente como, desde el primer día la fué interesando poco a poco.

—Cuando te vi por vez primera, en el Hórreo, tan pensativo y tan tristón, ya me fuiste simpático. ¡Lo que engañan las apariencias!... No, no te infles, que si yo sé entonces, como supe luego, la razón de tu tristeza, te hubiese odiado. Pero me cogiste desprevenida, y, como te veía tan cabizbajo y aquellos días te dió por vestir de negro, para engañar señoritas de pueblo tontas, pensé

que era alguna desgracia de familia, cual la que lloraba yo, la que te tenía de aquel modo, y me diste pena. ¡Boba de mí!... Después, cuando pasabas y pasabas, sin tener una mirada para esta pobriña, ¡qué rabia! «Pues no soy tan fea para que me trate con ese desdén», me decía... ¡Te hubiese ahogado!... Luego me contaron tu historia... y que dijiste que yo era una señorita de pueblo, antipática y cursi. ¡Miren el presumido! ¿Y tú, qué eras? ¡Me dió una ira!... Aunque no tanta como cuando supe que dijeras que yo sería una buena distracción para el aburrimiento de Santiago. ¡Yo, que te quería ya, que te había visto tan contenta, escondidita tras las cortinas de la galería, pasearme la calle!...

—¡Ah!, ¿pero me veías pasar?

—Todos los días. Como lo hacías siempre a las mismas horas, pues, era sabido, cinco minutos antes, a las doce y veinticinco y a las cuatro menos cinco de la tarde, ya estaba de centinela, la señorita cursi, esperando a que pasase el calavera madrileño.

—¡Y yo sin verte, sin adivinarte!

—Es que yo procuraba que no te enterases. Con lo presumidos que sois los madrileños, en seguida te hubieses figurado que estaba chifladita por ti... Cuando me dijeron *aquello*, no volví a pisar la galería... en todo el día siguiente. Al irte tratando, me pareció que efectivamente estabas interesado por mí; pero no quise dejarme ganar, y tuve valor para devolverte las cartas y fuerza de voluntad para no decirte que *sí*, cuando te me declaraste con tanta vehemencia en el baile de la Candelaria. «Si le digo ahora que *sí*, me olvidará en seguida», pensé... Además, yo quería convencerme de que tu cariño era firme... De que habías olvidado lo que dejaste en Madrid

Y por eso te fuí poniendo condiciones y te pedí que estudiases, porque te quería serio, formal y trabajador, no un tarambana, un perdis, como decía la gente que eras... ¡Qué alegría cuando recibí las notas! «Estas las ha tenido por mí—dije—, porque me quiere y porque le quiero.» Y ya iba a contestarte que *sí*, cuando me enviaste el telegrama de tu padre. ¡Qué pena! «¡Ahora, ahora sí que me olvida en Madrid!—pensé—. Volverá a encontrar a aquella mujer, a enamorarse de ella»... ¡Lloré más!... Mucho le pedí a la Virgen. «Virxenciña quirida, Miña Nai, Virxenciña mía: que no me lo roben en aquel Madrid; que vuelva, como me ha prometido; que vuelva y que me quiera como yo le quiero!»...

¡Y estas cosas dichas con ese dulce acento, con ese suave, garimoso canto gallego que parece hecho para murmurar palabras de amor! ¡Estas cosas dichas allí, al caer la tarde, viendo desde el mirador de la huerta, que domina toda la campiña, cómo desciende del cielo sobre los campos y las aguas la paz del crepúsculo!

Una leve brisa ondula los maizales y riza las aguas de la ría, que vienen mansas, calladas y tímidas a besar la tierra sin par. Una tenue neblina va envolviendo las cumbres de los montes. De allá lejos, por entre las tupidas arboledas, que trepan desde el mar a las alturas de Fiobre, llega, infantil, el sonido de una campanita, al que contesta más cerca el cristal de la igresiña de Morujiño. El cendal de unas leves humaredas sube al cielo desde las casitas aldeanas como una oración de gracias. Acaso un pajarito retrasado cruza raudo y piando de miedo e impaciencia, en busca del nido. Van esfumándose los contornos de las cosas. Todo es quietud, blandura, paz. Una dulce, una suave, una grata melancolía, se apodera

de los corazones. Enlázanse las manos de los enamorados; callan las bocas; bésanse los ojos... La campanita de la iglesiña canta el *Angelus* con su vocecita de plata: «¡Amad, amad!», dice.

Allá abajo, en los prados d'a veira d'o mar, una voz femenina entona, saudosa, un alalá de largas cadencias, que van apagándose, apagándose, como si cada nota quedase colgada en la rama de un árbol para arrullar el sueño de los pajarillos que allí anidan.

—Quixente porque te quixen
Quérote porque te quero,
¡Hasme querer, miña xoia!
¡Hasme querer, falangueiro!



XII

Sin necesidad de que nuestros felices amigos apoyen sus palabras con la solemnidad de un juramento, habremos de creer con ellos que nunca jamás, desde que el mundo tomó forma modelado por las Paternales Manos que lo rigen, gozaron las criaturas cielo más azul, más propicia tierra, ni lució sol más radiante que en los hermosos, inefables días que siguieron a la llegada del madrileño a la gloria de las Mariñas.

En todas partes, en las hojas temblorosas de los árboles, en las tímidas florecillas que tapizan las corredoiras, o en la misteriosa marcha de las nubes que entoldan el cielo en esos dulces, característicos días gallegos en que la luz se viste de un suave tono azul, encontraban los enamorados un divino verso del eterno poema del Amor.

Todas las mañanas subía ligero el madrileño la áspera y pedregosa corredoira de Gandarío, que antojábasele llana y cómoda carretera sólo porque acortaba en unos minutos la distancia desde el *Gran Hotel* de Tatín al Pazo.

En el mirador de la huerta, bajo la tupida trama tejida por los jazmines, madreselvas y campanillas del rústico cenador, esperábale ella haciendo una de esas interminables labores de crochet con que las novias entretienen su impaciencia y acompañan el rosado imaginar de sus sueños, atentas sólo al hablar gozoso de su corazón.

Al llegar bajo el mirador, descubríase el estudiante con gentil y caballeresco ademán y entonaba un himno de gozo.

—¡Ya salió el sol!

Ella apedreábale, riendo, con ramitas de madreselvas y jazmines que él cogía al vuelo y besaba fervoroso antes de adornar con ellas la solapa y la gorrilla.

Y allí se estaban toda la mañana conjugando el inagotable verbo, hasta que, trabajosamente, separábanse al acercarse la hora de comer.

—¡Tan pronto?

Por las tardes eran las charlas en la grata frescura de la huerta del Pazo, en el rincón favorito del señor de Castro, quien gustaba de leer viejos libros oliendo a humedad y roídos de irrespetuosos ratones sentado en el banco de piedra de alto respaldo, ante la gran mesa de granito flanqueada por dos altos cipreses, los cipreses señoriles de los Pazos mariñanos, que daban guardia de honor a la glorieta. Una clara fuente, Providencia de la huerta, cantaba bucólica al lado. De vez en cuando levantábase don Laureano, que desde allí vigilaba a sus caseros, y se acercaba a ellos para darles una orden o dirigir su trabajo. Entonces los novios se miraban, sonreían y se lo decían todo con una palabra.

—¡Gerardo!

—¡Carmiña!

Otras veces eran los paseos a uno u otro de los mil pintorescos lugares mariñanos. Con minuciosidad de dueño orgulloso de su finca, don Laureano hacía al estudiante los honores de la Mariña, sin perdonar rincón que no presentara a los atónitos ojos del madrileño, más asombrados cuanto más iban conociendo aquel prodigio,

¿Qué sabéis de paisajes, panoramas, ni fastuosidad de la Naturaleza vosotros los que habéis corrido el mundo de punta a cabo sin gozar la dicha de asomaros a la maravilla, al pasmo de las rías, los montes y los valles gallegos?

—Yo, que he pasado muchos tristes días a orillas de los lagos suizos, dígole sin pasión, amigo Roquer—afirmaba el anciano convencido y conmovido—, que no hay ninguno que pueda parangonarse con esta poética ría de Sada. «¡Ría de ensueño!» ¡Lago de fantasía!

No hubo tampoco fiesta campestre a la que don Laureano y su hija no llevasen al forastero. ¡Aquellas romerías! ¡Freixomil, la Fragachán, Sampayo, Bergondo, los Remedios; el inolvidable regreso de los Caneiros en perezosas lanchas, que, orladas de flores y acompañadas de cánticos, se van deslizando lentas, lentas, entre el prodigio de las riberas del venturoso Mandeo, en la dulce y grata melancolía de un crepúsculo gallego!...

Todavía la civilización no derramara la cursilería y el mal gusto por las corredoiras metiéndolas en asesinos deseos de imitar a la ciudad. Aún había en el mundo mantelos, cofias, arracadas y dengues para «se adornar» las mociñas guapas. «Inda» los vellos llevaban cirolas y monteira, y usaban moca, chaleque y pluma de pavo real en el sombrero los mozos «curros».

Desde una legua antes, larga, interminable fila de plañideros mendigos, la más absurda colección de lacerias, marcaba la ruta de la fiesta, ofreciendo a la compasión de los romeros el asco de las llagas o la tristeza de la falta de miembros, y llamando a su caridad con inacabables retahílas, dichas con lastimeras y descompasadas voces.

—¡Almas piadosas, almas cristianas! ¡Tengan compasión y lástima de este pobre desgraciado! ¡Miraivos en este triste espejo! ¡La mano de Dios Nuestro Señor vos asista y vos libre de mal! ¡Nunca vos veades como yo me veo, que joven fuí y alegría tuve, y agora vivo penando, sin otro bien que la compasión de las buenas almas!...

—¡Hermanos!—gritaba con pavorosa voz otro pícaro, convertido en administrador de la justicia divina.— ¡Haced un bien de caridad a este desgraciado para que Nuestro Señor vos salve de los tormentos del infierno! ¡La soberana Peregrina de Freixomil vos libre de tanta miseria!

Después, en el souto inmediato a la iglesia, cuando no en el mismo atrio, los carros con las pipas del engañador vino del Rivero, o el áspero de Castilla, rodeados de borrachos y de bebedores en estado de merecer; las clásicas cestas con las rosquillas antediluvianas, que han de llevarse a los que se quedaron en la aldea; ciegos socarrones, sacando coplas y cuartos a todo el mundo, al son de las zampoñas primitivas o del desacordado violín, que acompaña la mujer con la pandereta; los tíos de las rifas que nunca tocan; las mozas raudas en los corros de muiñeira, muy serias, con los ojos en tierra y los brazos en alto, haciendo las castañetas con los dedos y «sacando el punto» a los saltarines mozos, tan ternes con sus pantalones nuevos de pana guarnecida de lustroso paño negro y los sombreros, a lo jaque, derribados sobre la nunca, luciendo, a modo de airón, una retadora pluma de pavo real sujeta a la cinta; la procesión, conmovedora en su sencillez, recorriendo las veredas inmediatas a la iglesia, presidida por los clérigos, apoplé-

ticos del rabelesiano banquete en la casa rectoral; la ruidosa murga aldeana; el rezongar de la gaita; estallido de cohetes, repique de campanitas, risas, aturuxos, alegría...

Carmiña pasaba en triunfo entre los romeros. Mientras los curas carlistones rodeaban respetuosos «al ayudante del Rey», y la caciquería rural llegaba prudente, solapada y aduladora a saludar al señor del Pazo, las mozas cercaban a la señorita de Castro, devolviéndole, muy coloradas, en rústicas finezas y piropos el agrado y la llaneza con que a todas hablaba. Las señoritas de las aldeas y villas del contorno, oprimidos los bustos por el nefando y afortunado corsé que las sofocaba, y pendientes de la difícil policía del vestido, urdido a la última moda de Sada, cuando en Sada feliz no había *Muiñeiras* hábiles que cosiesen los trajes de las aldeanas con los últimos figurines de París a la vista, saludábanla con mil extremos, alardeando de finura, orgullosas de verse a su lado de igual a igual, y buscando en un minucioso examen del traje y el peinado, tan sencillos, el secreto, que no acertaban a descubrir, de su elegancia y distinción.

De pronto, tal mozo arrogante plantábase decidido ante la señorita del Pazo y arrojándole el sombrero a los pies, demandaba resuelto:

—¡Señorita Carmen, si baila conmigo una vuelta de muñeira, cuando venga el señor Arzobispo de Santiago no le saludo!

Instábanla mozas y amigas, sabedoras de su habilidad, para que saliese; resistíase ella un poco; solicitaba, al fin, con los ojos el permiso de Gerardo, que el joven concedía de buen grado; recogíase levemente la falda, prendiéndola con alfileres, para que no estorbase a la

destreza de los pies, y salía al corro. El mozo, orgulloso, daba una cabriola y soltaba un aturuxo triunfador.

—¡Jujurujú! ¡Ard' o eixo! ¡Quen me dea un pau doulle un peso!

Iban y venían ágiles, ingrávidos, haciendo trenzados y mudanzas; él procurando «coger» prontamente el «punto», cuando ella lo sacaba, y tratando de ponerla en aprieto sacando, en su turno, los más difíciles, que la de Castro «cogía» en seguida entre el aplauso del corro

—¡Non te molestes, Antón! ¡Pódeche!

Entonces surgía un nuevo bailarín, que dando un vigoroso empujón al otro—«¡Saca d' ahí, til»—desafiaba a la señorita del Pazo, bordando un complicado y desconocido punto, que Carmiña, apenas iniciado, cogía también, entre nuevos y mayores aplausos y risotadas.

—¡Non podedes c'o ela, rapaces!—decían, burlones, los viejos, cuando la señorita del Outeiro, después de haber rendido a dos o tres mozos, cual cumple a una buena bailadora, retirábase sonriente, roja y sofocada, dando respiro al gaitero, que estaba a punto de desfallecer, falto de fuerzas para inflar el fol.

¡Y después, la vuelta! ¡La vuelta al morir la tarde, entre aturuxos provocativos y dulces alalás que tienden su melancolía por los campos, bajo las estrellitas del cielo que van encendiéndose poco a poco, para alumbrar con su luz temblorosa la inefable poesía d'a volta d'a romaxe!

Fué en una de estas inolvidables fiestas donde Gerardo tuvo el sorprendente encuentro.

La estruendosa murga aldeana—cornetín, clarinete, bombardino, bajo y tambor—hacía bailar a la mocedad una rabiosa polka, con el indispensable obligado de cornetín, que tenía en suspenso a toda la romería.

—¡Es mismo o demo este *Panduriño!* — decían todos.

Ciertamente eran cosa de arte diabólico aquellos fantásticos picados, trinos inverosímiles y escalas arrolladoras del cornetín, que estremecían de gusto a la concurrencia, haciéndola estallar, al final, en aturuxos gozosos y aplausos ensordecedores que obligaban al hábil instrumentista a repetir el *pezzo.*

—¡Jujurujú!

—¡Viva *Panduriño!*

—¡No hay otro como *Panduriño!*

—Si me pidiesen juramento—dijo Gerardo, sorprendido, a su novia — aseguraría que *Panduriño* es mi compañero de hospedaje Adolfo Pulleiro en cuerpo y alma, aunque sin bigote; «el silencioso Pulleiro», como le llama Barcala, que siempre está estudiando y nunca toma parte en nuestras bromas, y que ahora aparece tocando en esa murga.

Y al descender el cornetín, sudoroso y satisfecho, de la mesa que hacía de palco de la música y pasar junto a los del Outeiro, después de haber recibido los plácemes del auditorio, Gerardo le detuvo diciéndole:

—¿El señor Hipócrates se ha vuelto tan orgulloso con sus triunfos que no quiere saludar a los amigos?

—¡Roquer! ¿Usted por aquí?—contestó Pulleiro, entre contento y contrariado, estrechando la mano que cordialmente se le ofrecía—. Estoy de malas estos días. Todo se me vuelven encuentros. La otra tarde, en el San Fiz de Molleda, topé con los hermanos Mantiñán, «las tórtolas tristes», como los llama Barcala. Hicieron como que no me conocían. ¡Como si hubiese en esto alguna deshonra! Cierto, que yo he procurado que no se sepa;

pero no porque me avergüence de ello. Por eso mismo le agradezco a usted más el que me haya saludado... Yo le había visto a usted antes, pero...

--Pues muy mal hecho, señor Pulleiro, muy mal hecho. Y para castigarle a usted, le convido a refrescar ahora mismo con uno de esos fementidos boliches de Sada, mezclado con cerveza bávara de Betanzos—y volviéndose a su novia que charlaba con unas damitas de Morujo, presentó al músico—, Carmiña: Adolfo Pulleiro, «mi médico», amigo y compañero, a quien tú conoces de referencia. Pulleiro: la señorita de Castro. Con tu permiso, Carmiña; vuelvo en seguida.

Camino del Pazo, refirió luego el madrileño a su novia la historia de abnegación y de energía que Pulleiro le contara. Con las escasas tierras de sus padres y otras que llevaban en arriendo hubiera vivido la familia con cierto desahogo, si no fuese por la caterva de hijos, seis hembras y el varón allí presente, con que el cielo les había favorecido. El padre, un buscavidas, que en su juventud fué músico de regimiento, utilizaba su habilidad los domingos y días de romería para agenciarse unas pesetas tocando el cornetín en la murga de *Panchón*. Al hijo gustábale la música y el padre le enseñó como pudo el solfeo, que el rapaz adivinó, mejor que aprendió, y le perfeccionó en el manejo del cornetín, que ya tocaba de afición el muchacho. Tenía unas grandes disposiciones para el arte, que no sabemos si llamar divino tratándose de tan ruidoso instrumento. Los padres, convencidos de la listeza del chico y ansiosos, como todos los paisanos gallegos, de redimir al hijo de la esclavitud de la tierra y de las «rendas», decidieron darle una carreiriña y, Dios sabe a costa de cuántos sacrificios y privacio-

nes, enviáronle al Instituto de Lugo, primero, y después a la Universidad de Santiago a cursar Medicina.

Cuando Pulleiro terminaba el preparatorio, murió el padre. Imposible realizar el sueño del rapaz de verse a caballo por aquellas corredoiras haciendo la visita diaria. Un año entero estuvo trabajando torpemente la tierra. Hasta que un día afortunado, *Panchón*, que tenía la murga coja, propúsole entrar en ella. Llovieron los contratos sobre la banda conforme fué extendiéndose la fama de *Panduriño*, «que repinicaba el cornetín mejor que *Panduro*, seu pai». Pulleiro vió el cielo abierto. Se declaró pronto independiente y organizó otra murga, la música de *Panduriño*, que fué solicitada, hasta con influencias, por los mayordomos de todas las fiestas aldeanas. Hasta en Portugal tenía clientela. Era no descansar en todo el verano, pero gracias a eso...

—Y a nuestra patrona, amigo Roquer, porque, aunque me sobran contratos, como la paga no es mucha y la familia sí, gracias a la bondad de doña Generosa que al conocer mi historia me ofreció casa y mesa gratis, he podido ir tirando. Las matrículas son caras; los libros mucho más. Pero ya falta poco. Un año...

—Yo también puedo ayudarle. Se lo ofrezco de corazón, Pulleiro—díjole el madrileño conmovido y admirado—. Seguramente mi padre...

—Se lo agradezco de veras, Roquer; pero no se ofenda si no acepto. No es soberbia; es que yo, que alguna vez, al recibir la bofetada del desprecio de un señorito imbécil, he sentido flaquear mi fortaleza en los primeros y amargos tiempos de esta vida, estoy ahora orgulloso de mi cornetín. Habría de colmarme de honores y títulos la Fortuna, y sobre todos ellos colocaría yo este instrumen-

to que me ha hecho hombre porque me ha enseñado a ser fuerte. Tengo la seguridad de que, cuando dentro de un año, me despida de él, *Panduriño* no podrá tocar sin emoción la última polka obligada de cornetín. Podría retirarme ahora, porque el curso que va a empezar es e último; pero hay que «quitar» todavía para el título, si no consigo llevarlo a mérito, y para adquirir un modesto instrumental, uno de aquellos «surtidos» que venden en el bazar de *Fioflo*. Hasta que llegue la hora, si llega, de realizar el sueño de ver brillando en mi despacho, tras los cristales de una pomposa vitrina, un magnífico arsenal quirúrgico que asuste un poco a los clientes pregonando las atrevidas operaciones que han de conquistar fama y riqueza al médico Pulleiro... Entretanto, tendré que tocar también para reünir algunos pesos con que hacer frente a los primeros tiempos, hasta que me salga un partido... Y adiós, que me llaman para la habanera.

—Véngase luego a cenar conmigo, Pulleiro. Charlaremos un poco de nuestras ilusiones y recordaremos a los amigos ausentes.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar. En cuanto concluyamos aquí tenemos que salir para Padrenda, donde celebran mañana el San Mamed, y son seis leguas las que hemos de andar.

—¡Pero cómo!, ¿va usted a pie?

—¿Y luego?

—Te digo, Carmiña—declaró el estudiante conmovido a su novia—, que Pulleiro es el hombre más admirable que he conocido. Esta noche he de escribirle a mi padre para que me compre en París un magnífico arsenal quirúrgico con que sorprender a *Panduriño* en Santiago. Es un hombre formidable.

—¿Y luego, tú no serías capaz de tanta energía si te vieses en un caso semejante?

—No lo sé.

—Pues yo te digo que si alguna vez me encontrase en una situación apurada... ¿Qué sé yo cuál...? Si pretendiesen hacerme daño o arrebatarme algo mío...

—Por ejemplo, mi cariño.

—Sí; tu cariño que es lo que más estimo en el mundo..., lo defendería con todas mis fuerzas. No se cómo; pero con la energía de un hombre.

—¡Eres fuerte!

—No lo sé... Te quiero... ¡Gerardo, vidiña!—suplicó enamorada—. ¡Dime, júrame que nunca, nunca me olvidarás!

—¡Alma mía! Para olvidarte tendría que morirme.

—Pues yo, ¡ni muerta perderé tu memoria! ¡Te querré siempre, siempre! ¡Aunque me olvides...!

—¿Cómo podría ser eso? ¿Qué fuerza, qué poder sobrehumano será bastante a arrancarte de mi corazón? ¿Ni por qué hemos de pensar en tal absurdo? Todo nos favorece, todas las circunstancias se han aliado para reunirnos, para empujarnos el uno hacia el otro. Muchas veces pienso que nuestro amor es algo superior a nosotros mismos, que un día se han juntado nuestras madres en el cielo y se han puesto de acuerdo para hacernos felices. No desde Madrid, desde el último confín de la Patagonia me hubieses atraído a Santiago. Nuestros nombres están escritos juntos en el libro venturoso del Destino. Yo, para ti. Para mí, la gloria de tu amor.

—¡Sí, corazonciño, sí! ¡Ocurra lo que ocurra; sea como sea! ¡Aunque te fueses! ¡Aunque me mataran!... ¡Aun-

que no me quieras, yo te querré siempre! ¡Siempre! Mi sino es quererte.

—¡Y el mío, también amarte! ¡Soy tuyo, de mi galleguita para siempre! ¡Irrevocablemente tuyo; gozosamente, felizmente tuyo!

En la paz de la noche sonaba lejos, garimoso, el alalá. Parpadeaban las luciérnagas en los prados. Una leve brisa, la suave brisa mariñana, Galicia, los acariciaba como un beso santo venido de ignoradas y misteriosas lejanías. De allá arriba, donde las almas de las madres—¡santas, santiñas!—se asoman a las ventanitas del cielo, para ver a sus hijos felices y les sonríen desde las estrellas...

* * *

Y de pronto...

Una mañana acababa de levantarse Gerardo, quien desde que vivía en el Paraíso se había vuelto madrugador para no perder minuto de ventura, y, asomado a una ventana, contemplaba embelesado la campiña, que iba lentamente desenvolviéndose del tenue cendal de la neblina que esfumaba la lejanía en una vaguedad e indecisión de misterio, cuando, toda alarmada, entró Tona en la habitación.

—¿No sabe?—dijo—. Abajo está Antón, el criado del Pazo. A don Laureano dióle un mal y el rapaz va corriendo a Sada a buscar un médico. Seica está muy maliño.

Precipitadamente bajó Gerardo la escalera. A la puerta de la casa estaba Antón a caballo.

—Non sei qué tiene, señor—contestó a las apremiantes preguntas de Roquer—. Cosa buena no le es. Amaneció muy malito. Cuando la señorita Carmen entró en

su cuarto, hay un momento, no hablaba, ni se movía. La señorita asustóse mucho y mandóme que le avisara a usted y que fuese escapado por el médico. Vaya en seguida. Cosa buena no le es. ¡Seique morre, señor!

Sin contestar palabra, ni detenerse a coger el sombrero, salió corriendo Gerardo para el Outeiro, mientras el mozo galopaba furiosamente hacia Sada.

El Pazo era una consternación. Los criados iban y venían aturdidos. A la puerta del gabinete de don Laureano agolpábanse silenciosos los caseros y algunas mujerucas de la aldea. De vez en cuando oíase un suspiro doloroso, al que seguía un murmullo de lamentaciones, que en seguida se apagaba obedeciendo a una orden de silencio. Una moza entró presurosa en la alcoba, llevando muy apretada contra el seno una bayeta que acababa de calentar a la lumbre.

Nadie supo dar razón exacta al joven de lo que ocurría.

—Está muy maliño, muy maliño.

—Doulle un mal esta noche. ¡Tan bueno como él es!

—¡No habla, señor!

—¡Muérese el padre de los pobres!

Gerardo entró en la alcoba. Carmen fué hacia él, llorando, desolada, pidiéndole con las manos juntas, suplicantes, una esperanza.

—¡Se me muere, Gerardo, se me muere!...

Él la tranquilizó, y acercóse al lecho del anciano. Tenía el señor de Castro la cara demacrada, vidriosos los ojos, la boca torcida; estaba inmóvil. Sólo un leve movimiento de los dedos y el ronquido de una respiración trabajosa denotaban que todavía quedaba vida en aquel cuerpo, presa ya de la Implacable. Gerardo le

tocó la frente y pulsóle luego, sin acertar qué tremendas consecuencias podían deducirse de aquello, y se desesperó viéndose impotente para contrarrestar el mal que vencía a aquel sér.

Carmiña, inclinada sobre su padre, llamábale angustiada, queriendo devolverle la vida que se le iba.

—¡Papá, papá! ¡Habla! ¡Soy yo, Carmen, tu hija! ¿Me oyes? ¡Habla, por Dios, habla!...

Sobrecogido por la visión de la muerte, que presentía próxima, Gerardo apuraba, demandando remedios, a las mujeres que había en la casa. Se aplicaron al cuerpo inerte de don Laureano las más enérgicas recetas de la terapéutica aldeana, hasta una endemoniada cantárida hecha con alcohol, mostaza, vinagre y ortigas, que recomendó Manuel Rilo, un navegante que había corrido mucho mundo y que las viera muy negras.

Todo inútil. Gerardo, que tenía cogida una de las manos del señor del Pazo, la sintió que se abandonaba; el pulso fué debilitándose, se hizo imperceptible. Un momento, un relámpago, miráronle anhelantes los ojos del anciano; él entendió cuanto querían decirle, y cogiendo a Carmen, que sentada en una silla baja sollozaba con la cabeza hundida en la cama, la puso en pie suavemente y le dijo, empujándola hacia el agonizante:

—¡Bésale!

Fuertemente abrazóse Carmiña a su padre queriendo defenderle con su cuerpo de la Invisible. La campanita de la capilla del Pazo tocó, lenta y doliente, a agonía. De fuera llegó un lamento doloroso, con que la gente de la aldea despedía al alma buena que hacía su tránsito a la otra vida. Algunas mujeres entraron en la alcoba y se edaron de pie, inmóviles y llorosas, junto a la puerta.

Por la estancia pasó algo misterioso que sobrecogió a todos. Carmen dió un grito desgarrador y se abrazó con más fuerza a su padre. Cayeron todos de rodillas. El rumor de las preces, que salían de los corazones mezclóse a los sollozos desesperados de Carmiña. De fuera venían ayes y lamentos.

—¡Tan santo!

—¡Tanto bien de caridad como él hacía!

—¡Era el consuelo de los pobres!

—¡Su puerta y su corazón siempre estaban abiertos para todos!

Los ojos de don Laureano miraban fijos. El estudiante cerróselos con el mayor respeto, lleno su corazón de este dolor que le recordaba otro suyo; besó en la frente al hombre bueno que acababa de morir, y separó con dulzura de su padre a Carmen, que resistióse a hacerlo, y, al fin, sin voluntad, atontada por el inesperado bárbaro golpe, se dejó llevar a otra estancia, donde Gerardo la entregó a los cuidados de su doncella y de la casera para volverse a la alcoba del muerto, en la que acababan de entrar el médico y el cura, cubiertos de polvo y jadeantes de la caminata violenta e inútil.

Toda la nobleza de corazón del joven, todo su amor a Carmen mostróse en estos momentos. Ayudó a amortajar a don Laureano; acudió solícito a todas las urgencias del doloroso trance, librando a Carmiña del enojo de proveer a los mil detalles que en estos casos reclaman la atención de los que lloran la muerte de un sér querido; veló el cadáver; dispuso el entierro; cerró la caja; fué el último que salió del cementerio de la aldea, donde, al amparo de la humilde iglesia, quedaron descansando para siempre en la paz del Señor y en el amor de la tierra que-

rida los restos del bueno y caballeroso señor de Castro. Tuvo, en fin, cuidados paternales, que fueron un bálsamo para el dolor de Carmen, quien sintiéndole a su lado encontrábase menos sola.

Él, por último, fué quien, violentándose, más comprendiendo la necesidad de ello, propuso a Carmen y redactó un telegrama a don Angel Retén, participándole la desgracia y rogándole que acudiese al Outeiro inmediatamente.

A la siguiente tarde apeáronse de un coche ante el portón del Pazo don Angelito y su esposa que envolvía el menudo cuerpo en la amplitud de un largo manto de riguroso luto y se entró por la casa dando muestras de una profunda aflicción.

Carmiña rompió a llorar sin consuelo al verlos. La *Maragota* sollozaba también en un rincón dejando escapar de su pecho hondos suspiros. Dijérase que acababa de perder a su padre, a su esposo o a su hijo.

Cuando transcurrido un buen rato, serenáronse todos, Carmen presentó a Gerardo, expresando, agradecida, cuanto en esta triste ocasión había hecho, lo cual fué comentado y ensalzado con frases melosas por la *Maragota*, que puso al estudiante en las mismísimas nubes.

—¡Ay, por eso, al que es bien nacido, conócesele en las obras!

Sin embargo, al rapaz, lejos de sonarle bien estos elogios, produjéronle cierta desagradable impresión, como de cosa falsa. Por su parte, Carmiña, al quedarse sola con Gerardo, mientras los recién llegados aseábanse en el cuarto que les destinaron, cogió las manos de su novio y le suplicó llorosa, acobardada, de un peligro invisible:

—¡Tengo miedo! ¡No me abandones!

También él temía, pero fingió tranquilidad y procuró comunicársela a la joven.

Nada, sin embargo, justificó sus recelos. No podía pedirse mayor prudencia y discreción que la que, desde su llegada, mostró la *Maragota*. Procuraba empequeñecerse, pasar inadvertida; pero estaba en todo, pronta siempre a evitar a Carmen cualquier molestia y a distraerla de su dolor. Andaba pasito por la casa, sonando un manojo de llaves que tomara un día para abrir un armario, y que, desde entonces, «para ahorrar trabajos y cavilaciones a su sobrina», llevaba colgado de la cintura, como una diligente ama de gobierno. Ponía especial cuidado en no estorbar los coloquios de los jóvenes, que eran el único consuelo de Carmiña.

Más que nunca sentíase la de Castro ligada a aquel hombre, en el cual concentraba todos sus amores y amparábase contra el miedo de su soledad. Gerardo rectificada la primera mala impresión que le produjo la *Maragota*, con ese descuido y esa fácil confianza con que la juventud se entrega, llegó a diputar a Jacinta como una excelente mujer, ajena por completo a las ridículas pretensiones de su hijo.

Algunas tardes, cuando no había visitas, salían Carmiña y Gerardo a la huerta. Fué Jacinta quien les invitó a hacerlo, acabando con ello de conquistar las simpatías de Roquer.

—Vas concluir por enfermar, encerrada aquí siempre, ¡pobriña!—dijérale a Carmen.

Y los novios paseaban lentamente por las carreras, arrancando, distraídos, ramitas de los mirtos que orlaban las sendas, mirándose a los ojos y hablando gravemente.

Sin arrebatos líricos, con palabras melancólicas que revestían sus conversaciones de poética tristeza, hacían sus planes para el porvenir. Cuando él «terminase», en Junio, se casarían. Gerardo estaba seguro del consentimiento de su padre, a quien hablara en Madrid de sus amores, que aprobaba, y que ya conocía por el métome en todo de don Ventura, que se adelantó a los acontecimientos dando por hecho lo que aún no existía. La situación de ella, en manos de parientes que no podían reemplazar el cariño que perdiera, y el deseo de ambos, obligábales a prescindir de costumbres y miramientos etiqueteros y a no esperar, para casarse, a la conclusión del luto.

—Señorita—dijo Gerardo a Carmiña un día que la vió más animada, obligándola a sonreir por primera vez desde la triste fecha de su pena—: Tengo el honor de solicitar su blanca y adorada mano para el afortunado señor don Gerardo Roquer y Paz, aquí presente—. Y añadió, recordando los sueltos «de sociedad» de la *Gaceta de Galicia*—. «El feliz consorcio se verificará en el próximo mes de Junio, cuando la primavera sonríe en los campos y en los jardines...» si no le da a su excelencia por llover.

¡Pero todavía cuánto tiempo hasta entonces! Todo un larguísimo invierno de agua y de derecho procesal en la lobreguez de Compostela.

—Me tendrás a mí allí para hacerte más tolerables las horas aburridas—díjole Carmen.

Detúvose él de pronto, asaltado de un súbito temor. ¿Dónde viviría Carmiña en Santiago? ¿En casa de su tío?

¿Dónde, si no? No podía habitar sola en su casa con las criadas, ni pedir a don Angelito y a su esposa que se

instalasen en ella, abandonando la suya. Por su gusto, Carmen quedaríase en el Pazo esperando la hora feliz, que tan lejana estaba aún, pero comprendía que no le era lícito obligar a su tío a abandonar sus asuntos, sus costumbres y comodidades para pasar en el aburrimiento y la soledad de la aldea todo el invierno. Aparte de que lejos de Gerardo estaría más triste.

—Ni yo podría pasar tanto tiempo sin verte.

—Como no quieras que entre de señora de piso en el convento de la Purísima...

No; él no podía consentir semejante sacrificio; pero como le molestaba la convivencia de Carmiña con Octavio *Maragota*, estimaba preferible que, con cualquier pretexto, se quedase su novia en el Outeiro. Él aprovecharía todas las ocasiones para volar a su lado, aunque sólo fuese por unas horas.

¡Bah! Daba a aquel sujeto demasiada importancia. ¿Qué pretensiones podían ser ahora las suyas? En último término, si su tío, a quien como tutor debía obediencia, se empeñaba en volver a Santiago, allí estaba el convento. Un poco duro iba a ser, sobre todo por las pocas ocasiones que tendrían de verse; pero con tal de evitar a Gerardo la sombra de un disgusto, y pensando en la ventura que para dentro de unos meses les aguardaba, haríansele más llevaderos los días de su encierro.

El mismo *Maragota* encargóse de solucionar el caso. Como si los hubiese estado oyendo, de allí a tres días recibióse una carta en el Outeiro en la cual el brillante orador anunciaba a su querida mamá que a la semana siguiente saldría para Madrid a estudiar el doctorado, y la invitaba a despedirle a su paso por la estación de Betanzos.

Había que convenir en que era muy discreto. Considerábase definitivamente desahuciado y ponía tierra por medio. ¡Buen viaje! Para cuando volviese a Compostela con su flamante título de doctor en el bolsillo, ellos estarían ya casados. Y libre de nubes su cielo, seguro el porvenir, siguieron sus paseos por la huerta, atentos sólo a sí mismos, olvidados un poco de su dolor, viendo deslizarse suavemente las horas.

Pero una mañana, Roquer encontró cerca del Pazo a don Angelito que paseaba enfrascado en la lectura de *La Voz de Galicia*. Saludóle atento el madrileño y continuó ligero e impaciente su camino. Don Angel le detuvo.

—Un momento, Roquer—le dijo doblando cuidadosamente el periódico y guardándoselo en el bolsillo—. Tenemos que hablar.

—¿Cosa grave?—interrogó el estudiante, alarmado al notar la seriedad de su interlocutor.

Grave, grave precisamente, no, porque, gracias a Dios, a tiempo se estaba de impedir que lo fuese, y para eso, el buen señor, dirigíase a Gerardo, después de pensarlo mucho. Y a vuelta de mil circunloquios y salvedades y de execrar una y mil veces la maldad humana, don Angelito puso en autos al estudiante de las hablillas que empezaban a correr por la comarca a propósito de su asiduidad en el Outeiro.

—Es un absurdo—añadió el marido de la *Maragota*—, mas la gente no comprende que, tan próximo el fallecimiento del pobre Laureano, que Dios haya, paseen ustedes, descuidados, su noviazgo por la huerta, y pide a la malicia que explique el por qué de pasarse usted todo el día en el Pazo. La maldad humana es muy grande y

prefiere a una explicación inocente y lógica de las cosas el absurdo más complicado, si con ello puede obscurecer con la sombra de un pensamiento criminal la pureza de una conducta sin tacha.

Indignóse Gerardo con toda la vehemencia de su carácter impulsivo y apasionado. Don Angelito, más dueño de sí y con mayor experiencia del mundo, procuró calmarle. Desgraciadamente, no era a voces, a palos o a tiros como había de cortarse el paso a la calumnia que comenzaba a enroscar sus opresores anillos en la reputación de Carmiña. Con otras acciones cerraríase la boca a los maldicientes. Por fortuna, aún era tiempo de hacerles callar. Gerardo, que tanto amaba a Carmen, comprendería la necesidad de imponerse un pequeño sacrificio anticipando su marcha a Santiago, con lo cual cortábanse de un golpe las murmuraciones. Don Angelito hacíase cargo de lo doloroso que al enamorado rapaz le sería interrumpir su idilio; pero, después de todo, el sacrificio no era tan grande. Todo consistía en adelantar su marcha un par de semanas.

—Pero ¿por qué esta cobarde huída delante de unos miserables que no dan la cara?

No había que obcecarse. Gerardo era un alma noble, un corazón enamorado y respetuoso, dispuesto a todas las abnegaciones para evitar a su amada no ya un daño, sino el más leve asomo de disgusto; un hidalgo que no había de consentir que su presencia sirviera de pretexto a la maledicencia para poner sombras en el nimbo que rodeaba la cabeza de Carmen. Por otra parte, su sobrina tenía que ocuparse ahora de la testamentaría de su padre; iban a comenzar el inventario de los bienes relictos. Carmen tendría que pasarse muchas horas revolviendo

papelotes. y era natural que Gerardo, por delicadeza, se abstuviera de ayudarla, y aun de estar presente a este recuento de la fortuna de su prometida. Para recompensarle, don Angelito prometíale imprimir la mayor actividad a las operaciones testamentarias con el fin de abreviar el regreso de Carmiña a Compostela.

Cedió Gerardo. Parecíale absurdo, pero tantas razones de tan varia y atendible índole adujo don Angelito, que acabó el estudiante por someterse a lo que la prudencia del marido de la *Maragota* le aconsejaba.

—Por supuesto—añadió para concluir el señor Retén—que no debe usted decirle una palabra a mi sobrina de los motivos que le impulsan a partir *mañana*. Ya se hará usted cargo. Enterarla de lo que sucede sería una imprudencia.

Por la tarde, anunció Gerardo a su novia, con voz balbuciente y palabra torpe, la necesidad en que estaba de ausentarse al siguiente día. Carmiña sintióse invadida de un frío mortal. Posó en Gerardo sus ojos asombrados, a los que asomaba la desconfianza, y rompió a llorar amargamente, cuando, acorralado a preguntas por ella, que no podía explicarse tales prisas, el rapaz le contestó, cortado, con palabras enigmáticas, sin acertar con otras convincentes.

Estaban en la huerta, en el rincón favorito de don Laureano, testigo de tantos sinceros juramentos. Hundíase el sol tras el frondoso castro de Mañobre. Iban y venían por los prados las manchas rojas de los refajos de las mujeres que segaban afanosas la hierba fresca para las vaquiñas marelas.

Todo era paz, menos en aquellos corazones.

Trataba Gerardo de consolar a Carmiña con jura-

mentos apasionados; repetía alguna de las consideraciones que oyera por la mañana a don Angel. Las matrículas, la testamentaría, la brevedad del plazo... Dentro de dos semanas, tres a lo sumo, encontraríanse en Santiago. Ella aún quedábase con la distracción de sus ocupaciones, en su casa; pero él iba a sumergirse en el fastidio, en la tristeza, en el horror del tenebroso Compostela...

Carmen nada dijo. Lloraba silenciosamente. Él le cogió apasionado las manos y se las llenó de ardorosos besos, repitiendo sus juramentos.

—No jures—le dijo Carmiña—. Aunque no sepas explicarme tu repentina partida, quiero creerte. Pero algo me dice que esta separación va a traernos desgracia; que nos la ha traído ya.

A la otra mañana despidiéronse tristemente. Desde la galería, ella le vió llorosa, marchar camino de Sada, llevando el caballo al paso y deteniéndose a cada momento para volverse a decir adiós agitando la gorrilla de viaje. Al fin, se desvaneció en un recodo del camino. Carmiña, con la cara pegada a los cristales, inmóvil, disimulaba sus lágrimas. A su lado la *Maragota*, compasiva, comentó indulgente:

—¡Pobriño! ¡Aburríase!

La de Castro sintió punzante en el pecho el vivo dolor de una puñalada.

«¡Aburríase!»

Todo el día la persiguió, obsesionante, aquella palabra odiosa.

«¡Aburríase!»

Y por la noche, en la soledad de su cuarto, lloró mucho, amargamente, desesperadamente, pensando que la

explicación, que su novio no acertara a darle, de la inesperada partida, estaba allí, en esa palabra que a Jacinta se le escapó, sin comprender su alcance.

«¡Aburríase!»

* * *

Entretanto, la *Maragota*, encerrada en su habitación, hacía marchar trabajosamente la pluma sobre un pliegueciilo de papel, mostrando en su larga cara de semita, de afilada nariz y puntiaguda barbilla, la satisfacción que la poseía.

«Mi muy querido hijo—escribía—: Me alegraré que al recibo de ésta, Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen te tengan con toda la cabal salud y alegría que te desea tu madre. La mía es buena a Dios gracias.

»Pues, querido hijo, sabrás que todo va muy bien Hoy marchóse el castellano...»



XIII

Nunca, ni aun en la desesperación de los primeros días de su estancia en Compostela, antojósele a Gerardo la ciudad tan tediosa como ahora. No había nadie; lo que se dice nadie. La Alameda y la Herradura estaban desiertas, o poco menos, en aquellas anochecidas serenas y tibias. Cuando más, contábanse paseando por allí dos o tres docenas de personas insignificantes, sólo notadas en esta época del año en que únicamente permanecen en Santiago los que no pueden en absoluto sacudir el grillete de sus negocios o se hallan amarrados por la más pesada cadena de la falta de posibles. El Casino hallábase también solitario; el vestíbulo, huérfano de murmuradores; la sala de billar, silenciosa, y los mozos, tan atareados en invierno, roncando por los rincones. La Rúa y el Preguntoiro veíanse desamparados de paseantes. En la posada aún era mayor la soledad. Doña Generosa recibió al madrileño con aspavientos de sorpresa.

—¿Y luego, tan temprano? ¡Ahora si que vase a aburrir de vez! Cuando recibí su telegrama le creí que era una broma.

Después, mientras cenaba levemente, sin apetito, se fué enterando Gerardo, por el relato que le hizo la buena señora para distraerle, de que todo el mundo permanecía fuera de Santiago. Como el tiempo estaba tan hermoso, aún no regresaran los veraneantes de Villagarcía o de las aldeas.

—Aquí todos le tienen un currunchiño en el campo donde meterse durante el verano. Y para muchos le es un ahorro. Seis meses pintándola en el pueblo y el resto del año andando por las corredoiras. Dicen que están de veraneo, pero en realidad se recluyen allí para no gastar en trajes, sombreros ni perifollos. Este le es el secreto de algunos lujos. En unos meses gástanse en Santiago la renta del año, y, después, a la aldea a comer caldiño y pan de millo a todo pasto.

No era ciertamente una conversación para alegrar al malhumorado rapaz, quien apresuró la cena y se fué en seguida al Casino a tomar café. Solo, pensativo y triste, veía desde el vestíbulo a los escasos paseantes voltejear por la Rúa lentamente, sin prisa, acomodando sus pasos a la quietud de la ciudad que no anda. De pronto salió un joven de la sala de billar y plantándose ante la puerta central del Casino, cara a la calle, púsose a bailar la jota, hasta que de dentro le llamaron, muy serio, sin hacer caso de las risotadas de los transeuntes.

Gerardo inquirió de un mozo lo que significaba aquello.

—Le son eses oficiales novos que vinieron hay dos meses con las dos compañías que nos mandó de guarnición el señor de Montero Ríos. Ese que ha visto le es el teniente Naya, el más revoltoso de todos. Cuando no tienen dinero, haga usted cuenta que todos los días, juegan al dominó, y el que pierde paga bailando aquí, en el vestíbulo, lo que le mandan sus compañeros.

Roquer comentó con un gesto despectivo las noticias del mozo. Sentía una gran irritación contra sí mismo, contra los oficiales bromistas, contra el mozo, contra los paseantes y hasta contra unos rapaces que cantaban

muy afinadamente «A foliada», de Chané, recostados en el escaparate de Bacariza. Se levantó y fuése a pasear por la Herradura, en donde no había nadie, fuera de algunas parejitas que, muy amarteladas, cruzaban de vez en cuando, cautelosamente, hacia el misterio de la robleda de Santa Susana o la complacencia de los altos maizales vecinos.

La quietud y tibieza de la noche, antes que bálsamo, fué estimulante de su pena. Representáronsele todas las andanzas de sus amores, y más vivamente la felicidad de los días mariñanos, y se reprochó, ya tarde, el haberla interrumpido de aquel modo estúpido. Cansóse pronto. Tornó a su casa. Toda la noche, hasta que cerca del alba le rindió el sueño, la pasó escribiendo a Carmiña. Él mismo, que a pesar de la velada, despertóse temprano, obedeciendo a la costumbre adquirida en la aldea y al desconsuelo de su corazón, fué a echar la carta al correo con tiempo para que alcanzase la *Carrilana* de las doce, y, después, presenció, envidioso y nostálgico, la salida de la diligencia. Antes inquirió lo que se había hecho de Augusto, a quien no se veía por ninguna parte.

—Marchó a Carril hay unos días —le contestó la madre de su amigo—. Aburríase aquí. ¡Le está Santiago tan solo!...

Al pasar por el telégrafo puso un despacho al rapaz: «Aquí estoy. Aburridísimo. No hay nadie. Ven pronto.»

«Sorprendícheme—contestó el otro por la tarde—. ¿Qué haces ahí? Vente. Villagarcía delicioso. Escribo.»

Y al otro día, junto con la anhelada carta de ella—dos plieguecillos llenos de reproches—, que esperó impaciente a la puerta del correo y devoró allí mismo, bajo los soportales de la Quintana, entrególe su cartero, el

veterano Silva, una alborotada epístola de Augusto, en que el alegre muchacho describía, con su acostumbrada exaltación, las delicias de Villagarcía, «el San Sebastián gallego». El pueblo, un encanto; la ría, una divinidad; la campiña, otra. «Y encima, el baile, chico. Baile por la mañana en el balneario, baile en el balneario por la tarde, baile por noche. Además están aquí una porción de amigos: Boullosa, Faginas, que anda haciéndole los cocos a Socorriño Valoira; Quiroga, que viene casi todas las tardes desde Nogueira, donde se aburre concienzudamente al lado de su tío el cura; Barreiro, que bebe los vientos por una coruñesiña pichú canela, de la que se enamoró el otro día en una boda a través de una tarta que figuraba un puente, ¡el puente de los suspiros!, y tenemos, por último, al pavero de Abollo, que es un punto de primera para las juergas campestres, marítimas y ciudadanas. A lo mejor armamos las grandes merendolas en la isla de Cortegada. Otras veces paseamos por la ría en bote, y al anochecer regresamos cantando. Las merluzas y los tranchos se saben ya de memoria *Marina*. Ayer estuvimos en Cambados. Llegamos hasta la Barca de Ribadumia. ¡El summum! Ya sabes lo del desierto:

Dijo el diablo a Jesucristo:
«Todo esto te daré,
menos Fefiñanes, Cambados
y Santo Tomé.»

Como versos, son bastante malos; pero como verdad, ¡impepinable, rapaz! ¡Y tú, solo en esa cueva! ¡Animo! ¡Vente!»

Se negó. No estaba Roquer para diversiones. Resig

nóse a pasear solo su tristeza y aburrimiento por el Hó-rreo, como cuando llegó a Compostela por primera vez.

Una mañana recibió carta de Casimiro. Como Augusto, animábale el poeta a abandonar la ciudad triste.

«¿Qué haces en ese tobo? ¿No es llegada la hora de hacerme la visita prometida? Hasta por caridad, porque Túy, con toda su belleza, está más solitario y aburrido que Santiago en tal día y a tal hora; debes hacer una escapada y regalarme con la merced de tu compañía.

»¡Caramba!, que tú no sabes lo que es pasarse tres meses sin encontrar apenas un cerebro propicio con quien cambiar cuatro palabras que no estén vacías del todo. ¿Paseas por las calles?, no hay nadie. ¿Vas al casino?, solitario. Me desquito leyendo libros viejos de mi padre —¡la ciencia que he almacenado!—y hago versos; pero esto no basta para un hombre de mi actividad intelectual y *lingüística*. Vente para acá antes de que se me enmohezca del todo la lengua por falta de uso. Te pagaré el favor dejándote hablar de tus amores cuanto se te antoje. ¡Pide mayor condescendencia!

»Y si no quieres venir por mí, hazlo por el viaje, un delicioso paseo por los más bellos salones del Paraíso terrenal. Sólo por cruzar en el tren ese trozo de la imponderable Mahía, del Casal a la Esclavitud, y por recibir la merced de posar tus ojos pecadores en la vega de Iria, debes animarte. Es un pecado mortal morirse sin ver los campos divinos que inspiraron a Rosalía sus más morriñosos versos. Cuando el tren haga alto en la estación de Padrón, asómate a la ventanilla contraria al andén. Allí, junto a la vía verás

En su cárcel de espinos y rosas,

una casiña aldeana, amorosamente rodeada de árboles. Descúbrete y reza. Allí, durante muchos años, se albergó Rosalía; allí escribió sus últimos versos; allí vivió el alma de Galicia. En otro país, más orgulloso de sus glorias, sería éste un lugar de peregrinación al que iríamos los gallegos, con el alma agradecida, esperanzada y devota, a coger puñados de la tierra que hollaron los pies del poeta, a asomarnos al sagrado balcón de barandal de madera en que ella

...extranxeira n'a sua patria,
sin lar nin arrimo,
sentada n'a baranda contempraba
cál brilaban os lumes fuxitivos....

»Después, Cesures el alegre, el poético río Ulla, las solitarias Torres del Oeste y la meiga ría de Arosa. Todo en dos horas de tren, que te parecerán dos minutos. Con otras dos de diligencia y un poquito más, por un paisaje de asombro, echas, al filo de la una, el ancla en la pontevedresa plaza de la Herrería. Parada y fonda. Y si tienes la buena ocurrencia de dar de lado a los refinamientos del restaurant y prescindir de su tortilla fósil y sus duros bistés de sombrero de teja viejo, para ir a comer a casa de la famosa doña María, me guardarás eterna gratitud. Como que yo estoy dudando, para cuando acabe la carrera, entre hacer oposiciones y casarme, o instalarme en esa venerable mansión a rendir culto por todos los días de mi vida al caldiño, las ajadas, las menestras, el arroz con leche y las torrijas con que la esclarecida señora regala a sus epicúreos huéspedes. Cumplidos tus deberes gastronómicos, subes a otra diligencia, y a Redondela. Otras tres leguas de gloria. En Re-

dondela tomas el tren hasta Guillarey. Media hora. Aquí otro ratito de coche, y, al anochecer, en Túy.

»Así, a primera vista, juzgarás el viaje más complicado que una lección de penal explicada por D. Arturo *Patacón*. ¿Pero y el paisaje, mi amigo? ¿Y las inefables torrijas de doña María?

»Además, una vez aquí, hay la perspectiva de mil encantadoras excursiones. Iremos a Vigo, «la perla de los mares». Otro día atravesaremos el Miño e invadiremos el vecino reino, ¡el reino de Madeira! Y, si quieres, lo conquistamos, aunque luego se nos incomode el buen Pepiño. Ya ves, hasta un viaje al Extranjero. Es para que lo cuente Tafall en la *Gaceta*...»

Gerardo contestó excusándose. Su negro humor hacía de él un detestable compañero. Entristecería a Casimiro, a Túy, a las rías y a los valles. Pero tan cariñosamente insistió, a correo vuelto, Barcala, apoyado por unas amables líneas de postdata que escribió su padre; era tal la tristeza y el tedio de Compostela, «es tan grande—escribía Roquer a Carmiña—la desesperación de esta soledad, me causa tanta pena la vista de los lugares que tú iluminabas con tu presencia y que ahora se me presentan hoscos y dolientes, que, como los agobiados por una gran desdicha, voy a buscar lenitivo a mi dolor en la agitación de los viajes». En realidad, lo que deseaba era encontrar alguien con quien hablar de ella... Y, por aquí, seguía Gerardo explicando su viaje con copiosas razones, de las cuales sólo entendió Carmiña la de aquel aburrimiento que un día rompió el encanto de sus amores alzando entre ellos el fantasma del fastidio.

No; él no la amaba. Tenía Carmen razón al temer por su constancia. Se engañó él y se había dejado enga-

ñar ella. Porque—añadía a estos desconsolados pensamientos, que, con todas sus esperanzas, confiaba la de Castro a una carta—ella conocía muy bien los motivos de la brusca partida del estudiante, que él cuidó de ocultarle. Aburríase a su lado, y se fué para correr, de pueblo en pueblo, en demanda de diversiones que no podía hallar en la tristeza del Pazo, cuando tan fácil le era volver al Outeiro a consolar aquel corazón dolorido que, sin querer rendirse a la realidad, alentado por una esperanza sin fundamento, asomábase todos los días al mirador de la huerta, creyendo que, de nuevo, iba a ver a Gerardo subir ligero e impaciente la corredoira de Gandarío, o salía al atrio, esperando que otra vez se abriese el portón para dejar paso a un estudiante que la preguntase, imitando el acariciador tonillo de la tierra:

—¡Rapaciña! ¿Y luego? ¿Vive aquí una señorita desconfiada...?

¡Andan tan mal esos correos...! Con el ir y venir de Gerardo en aquellos días, perdióse esta carta. Perdiéronse otras muchas.

A Casimiro Barcala, que recibió en Túy al madrileño con las mayores muestras de alegría y una cantidad inagotable de paciencia para oirle hablar constantemente de sus amores, sonábale mal cuanto le estaba ocurriendo a su amigo, y así se lo dijo a la otra tarde, yendo, después de comer, camino del «circo» solitario y desmantelado, por la Corredera, apenas cruzada a esta hora soñolienta de la siesta por algún seminarista que, vistiendo el clásico traje estudiantil que un día llenó las calles complutenses y salmantinas, marchaba raudo, con un libro bajo el brazo, flotante al viento el viejo manteo, todo man-

chas y corcusidos, y derribado sobre la nuca el tricornio, no menos sucio, viejo y roto que la sotana y la capa.

—Yo creo que hiciste mal en ceder al requerimiento de don Angelito—afirmaba el poeta—. Esos Retén, mejor dicho, esa *Maragota*, porque el tal don Angel ni pincha ni corta en su casa, no te son gente buena.

—¡Qué error! Precisamente Jacinta, tan humilde, tan insignificante...

—Pues por insignificante, sencilla y suave. Mira el Miño. Parece un río tan formalito, que, ocupado sólo en llegar pronto al mar, no se mete con nadie... Bueno pues todos los años, calladamente, inocentemente, en los meandros que parecen más inofensivos, se traga unas cuantas vidas. ¡Ponte en guardia, rapaz!

¡Bah! ¡También este Casimiro era un desconfiado...! Gerardo no estaba conforme con esta condición del carácter gallego, que recela siempre enemigos y emboscadas.

—Parece mentira que con esta alegría de cielo y de suelo, con el optimismo que aquí se respira seáis los gallegos tan pesimistas.

—Bueno; pues tú, por si acaso, no te fíes. Una indigestión de maragotas es tremenda. Lo sé yo, que te pasé una, de rapaz, que estuve a la muerte.

Si tenía razón el desconfiado Casimiro, las apariencias no se la daban. El espíritu más suspicaz y receloso no podría fundamentar la menor duda en la conducta de la *Maragota*. Seguía siendo tan sencillita, tan suavecita tan humilde, tan insignificante. Cierto, que la *Maragota* era por tácita dejación de Carmen, a quien tampoco pidiera permiso para ello, la que gobernaba el Pazo; el Pazo ahora callado y triste, y antes tan lleno de risas e

ilusiones; pero apenas si su gobierno, limitado estrictamente al régimen de la casa, se notaba. Tenía una manera especial de mandar, con una vocecita queda que no admitía desobediencia. No reprendía, interrogaba, y con esto se hacía obedecer más puntualmente que un coronel por un quinto.

Carmen, sumida en sus penas, callada y sola con sus pensamientos, dejábale hacer.

La *Maragota* respetaba su dolor; pero siempre que veía ocasión trataba de consolarla hablando, con gran indulgencia, del ausente. Aunque aldeana, era mujer experimentada y sabía también, porque era madre, de los dolores de la mocedad. Por eso, poniéndose más en lo cierto que su sobrina, veía las cosas tal como ellas eran y no encontraba nada de particular ni de reprochable en la conducta de Gerardo. Verdad, que se había marchado quince o veinte días antes de lo debido; pero es que había que considerar su situación. Él viniera a la Mariña «a pasar bien el verano», y, en vez de la alegría que buscaba, encontróse, a lo mejor, con la tragedia de la muerte, el Pazo lleno de lágrimas y de ayes y a Carmen enlutada y triste.

—¡Mujer, ponte en su caso! Esto no es para un rapaz de veintitrés años. Además, puede que, como te dijo, tuviese que hacer en Santiago.

¡Esta simple de Jacinta cómo sublevaba a Carmiña! ¿Pues no defendía a Gerardo? ¿Pero es que un hombre enamorado puede aburrirse al lado de su novia y menos abandonarla cuando la ve perseguida por el infortunio...?

—No; no, Jacinta; cuanto más le disculpe usted, mejor descubre su mal proceder. Él se fué de aquí dicién-

dome que tenía precisión de estar en Santiago, y apenas llegado allá se marcha con sus amigotes, que, por lo que se ve, son para él mucho más que yo.

—Mujer, aburriríase. ¡Está aquello tan solitario en esta época...!

¡Aburriríase! ¡Siempre esa maldición del aburrimiento! Usted lo dijo antes. Él vino aquí a pasar un verano divertido. ¡Tonta de mí que no supe verlo a tiempo! Seguramente su padre le obligó a volver a Galicia para que no continuase en Madrid su vida de calavera, y él se vino al campo, encontrando más tolerable la vida campesina que la monotonía y el aburrimiento de una ciudad provinciana... Y luego que aquí estaba yo para distraerle. ¡Necia, más que necia...! No, no, Jacinta; no le disculpe usted. Cuanto pueda decir en su favor se vuelve contra él. ¿No ve usted su poca puntualidad para escribirme? ¡Cuatro días, otra vez, sin carta a pesar de sus promesas de hacerlo a diario!

—Mujer, cálmate. Estará ocupado.

—¡Ocupado! con todo su buen deseo no puede usted encontrarle otra disculpa. ¡Ocupado! ¿En qué?

La *Maragota* concluía por exasperarse.

—¡Filliña, eres capaz de acabar con la paciencia a un santo! Yo por tu bien hablo, y por sacarte esa pena que te está consumiendo; que a mí no me va ni viene en este asunto, ni, ¡Jesús María!, me importa nada ese rapaz. Quien me interesa eres tú, y bien sabe Dios la buena intención con que te hablo. Si no acierto, perdona, que no lo hago por mal.

Se iba muy ofendida: Carmiña volvía a quedarse a solas con su dolor, sintiendo cada vez más honda la puñalada que, al marcharse Gerardo, clavara en su corazón

el descubrimiento impensado de la *Maragota*. A la esposa de su tío, como era una mujer vulgar, parecíale natural e inocente la conducta del estudiante. ¿Qué sabía Jacinta de delicadeza? Por eso le defendía, y Carmiña estimaba la buena intención...; pero, en el fondo, la hubiese querido más acertada en los razonamientos, porque, en fin de cuentas, en las palabras de la *Maragota* antes encontraba motivos para afirmarse en sus pesimismos, que para abrir de nuevo el corazón a la confianza.

Así un día y otro, taimada y segura, con paciencia de araña y astucia de mujer malvada, fué la *Maragota* envolviendo poco a poco en la red de sus perfidias a la incauta Carmiña, que sólo sabía del mundo y de los hombres lo que las cándidas y asustadizas monjitas que la educaron le dijeron de su maldad.

Todos los días tenía aquella mala mujer una flecha venenosa que clavar en el corazón de la desventurada muchacha. Todas las noches lloraba Carmiña en la soledad de su cuarto la pérdida de una ilusión, la certeza de su desdicha.



XIV

A mediados de Octubre llegó a Santiago Samoeiro hecho un brazo de mar, con un chaquet nuevo y un gabán fantástico «último grito», según el brollonés decía, que hubiese causado la felicidad de un actor cómico. Nuestro hombre venía insufrible y dándose más aire que un abanico, a causa de la amistad que en la diligencia de Curtis había trabado con las artistas de la magnífica compañía de género chico que el incansable y proteiforme primer actor y director D. Federico Villalpando, alias *Repolo*, lanzaba sobre Compostela. Por esta vez se fastidiaba el tontaina de Augusto; no era el primero en amistar con las cómicas.

—¡Cosa buena, rapaces! Os viene una andaluza que es una pimienta. Ha sido primera tiple en el teatro de Eslava y dice que te conoce, Roquer. Se llama la señorita Pacheco. Ya te estamos así, así.

—Mademoiselle Pacheco no me suena en clase de estrella. Probablemente será alguna señorita aprovechada del coro; pero esto no resta tanto así de mérito a tu conquista, irresistible tenorio brollonés.

No valdría la pena de hablar de la llegada de Samoeiro a la casa de la Troya sólo por el hecho de la ropa y de este nuevo triunfo amoroso, que hemos de creer bajo la honrada palabra del propio conquistador. Lo interesante para nuestra historia es que el *Ostrógodo* traía en su equipaje dos empanadas, dos magníficas empanadas, de sabrosas lampreas, la una, y de grasiento raxo, la otra,

para que con ellas se regalase al Muy Ilustre Señor y gastrónomo don Ulpiano Mazaira y Cereijo, canónigo de la Santa Apostólica Metropolitana Iglesia Catedral y encargado durante el curso de la persona estudiantil del no menos ilustre señor don Jesús Samoeiro y Torviscón.

Por mucho que el brollonés quiso pasar de matute por el fielato de la posada las dos grandes y sabrosas piezas, dió en seguida el olor del contrabando en aquellas narices zahoríes con que Dios misericordioso dotara a los huéspedes de doña Generosa, y todo se volvió durante la comida indirectas a los secretos del equipaje de Samoeiro, y, al fin, proposiciones, argumentos y ruegos para que, en un generoso rasgo de compañerismo, que ellos agradecerían cumplidamente, les hiciese partícipes de aquella bendición, que, por el olor tan rico, descubría ser una buena y exquisita parte del auténtico maná celestial.

Tanto le dijeron, que el hombre llegó a alarmarse y, como tuviera que salir inmediatamente a la calle, buscó lugar seguro donde, durante su ausencia, pudieran estar las empanadas al abrigo hasta de sospechas.

Javierito Flama lo refirió después, indignado, en el café del Siglo, a Manolito y a Barcala.

—¿Os parece el grandísimo indecente? Me llama a su cuarto con el mayor sigilo, me cuenta, todo apurado, su miedo a que le robéis las empanadas y el tremendo compromiso en que le pondríais con ello, y me convence, para que, mientras él va no sé adónde, se las guarde en mi baúl, que tiene, como sabéis, unas cerraduras incorruptibles. Yo, infeliz de mí, que veo su interés porque las empanadas lleguen con toda felicidad a su destino, me conmuevo, accedo a protegerle contra vosotros, y

pongo a su disposición el fondo de mi baúl, convenientemente desalojado de ropa. Pero así que están en aquél seguro las empanadas, él da vuelta a las llaves y se cerciora de que ha cerrado bien, se guarda lindamente el llavero en el bolsillo, «para mayor seguridad» según me dice tan fresco...

—¿Y tú se lo dejaste llevar?

—Dejé. ¿Y luego, qué iba a hacer?

—¡Tonto!

—¡Primo!

—Y no es eso sólo, sino que, encima, echó la llave a la habitación «por si acaso» y se la llevó también.

—¡Hay que apoderarse de esas empanadas!—sentenció Casimiro levantándose resuelto—. Aunque sólo sea por dignidad, tenemos que comérnoslas.

—¡Vamos!—corroboró Manolito, disponiéndose a salir no menos decidido.

—¿Pero cómo—arguyó Flama—, si el baúl está cerrado y la habitación también?

—Eso es lo de menos. La llave de mi cuarto abre todas las puertas de la posada.

—¿Y el baúl? Son cerraduras inglesas.

—¿Y de cuándo acá nos han importado a nosotros los ingleses, señor Flama y Portela, don Javier? ¡Vamos!

¡Cerraduras inglesas a ellos! Con aquel su modo de ser expeditivo, apenas si perdieron tiempo probando sin resultado dos o tres llaves.

—Por aquí no hay que soñar en que salgan esas señoras. ¿Tú nos dejas que desfondemos el baúl?

—¡Hombre...! si lo hacéis con cuidado...

Cuestión de arrancar unos clavos, levantar una tabla y volverla a dejar en su sitio.

—Mañana, despacio, lo clavamos bien, y como nuevo. Ahora llevamos esto a la taberna de *Pepe el Masón*, y a la noche...

A la noche, el señor Samoeiro, botaba. Rugía. Bramaba. «Bruaba». Tenía la cara pavorosa. Como contaba un romance de ciego, que, dos días después, le compuso Barcala en cátedra de Procesal

Sus ojos, echaban llamas;
fuego la boca brotó;
la cola agitaba el viento.
¡Parecía un león feroz!

—¡Sólo quisiera saber—rugía, terrible, el *Ostrógodo* en su cuarto—quién ha sido el ladrón!...

Y «bruaba» amenazador, pavoroso.

—¡¡¡Brrr!!!

De vez en cuando sonaba una tosecilla seca en alguna habitación y una voz compungida clamaba, humilde, clemencia.

—Samoeiro, no vayas a creer que esta tos es de burla; que te es de catarro.

Cuando llamaron a cenar, Samoeiro, desesperado y rencoroso, negóse a alternar con sus compañeros. No quería nada con... con «esos». Al día siguiente marcharíase de la posada «para siempre» y después liquidarían esta cuenta, que no podía quedar así.

—¿Qué hablas ahí de marcharte, ¡hom!—dijo plantándosele delante Barcala, quien, como la persona más autorizada de la casa, y exponiéndose a un grave contratiempo en aras de la amistad, subió, valeroso, a la jaula donde paseaba rugiente con la calentura el león feroz—.

¿Y tú piensas que vámoste dejar marchar incomodado, siendo nuestro Benjamín?

—¡Es que lo que conmigo se ha hecho, señor de Barcala, no tiene nombre! ¡No tiene nombre, señor de Barcala!

Y se mesaba, rabioso, el pelo, alborotado y largo, y pateaba, presa de la mayor desesperación

Agitaba la melena;
mesábase los bandós;
coceaba, furioso, el suelo.
¡Ay qué pena, qué dolor!

—¡No tiene nombre, señor de Barcala! ¡No tiene nombre!

—Mira, déjate de señorías y vente a cenar en buena paz y en nuestra santa compañía, que ya sabes que todos te queremos.

—¡Déjame, déjame, que no respondo!...

—¡Si no te pregunto nada!

—¡Daba yo por saber quién me robó las empanadas, daba!...

Casimiro, iluminado por una idea feliz, acercósele y, bajando la voz, le preguntó insinuante:

—¿Cuánto das, Samoeiro?

—¡Qué sé yo!... Daría... daría... ¡Dos pesos!

—¿Palabra?—volvió a interrogar Casimiro poniéndose serio y cogiéndole fuertemente de un brazo.

—¡Palabra!—contestó el *Ostrogodo*, parándose en firme.

—Pues daca los cuarenta reales, que yo lo sé.

—¿Y me lo dices de veras?

—Con todos sus detalles.

—¿Quién fué?

—¡Vengan los dos duros!

—Te daré ahora cuatro pesetas, y mañana...

—No; han de ser ahora los dos pesos, y yo te cuento aquí mismo quién y cómo te robó las empanadas. Y hasta te digo dónde están, ¡hombre!, para que veas.

—¿De veras dícesme dónde están?

—¡Vaya, hombre! ¿Tú cuántas palabras te figuras que tengo? Afloja las pesetas y lo sabes todo.

—Daréite veinticuatro reales.

—Por ese dinero no renuncio yo a una ración de empanada, sea del material que quiera, ni hago traición a mis compañeros.

—Bueno, aqui están los dos duros. ¿Los ves?

—Dámelos.

—Di tú primero...

—Non, Samoeiriño, que te somos mortales. Suelta.

—Júrame que no me engañarás.

—¡Mala centella me coma y me deje ciego, sordo y manco si no te digo!...

—Toma los dos pesos. ¿Quién fué? ¡La verdad!—ansioso.

—¿Son buenos, Samoeiro? Déjame que los suene

—Son, hombre, son. ¿Quién fué?

—Pues, para tranquilidad de mi conciencia y en descargo del juramento que tengo prestado..., ¡fuí yo, Samoeiriño!

—¿Tú?—amenazador.

—¡Yo! ¿Qué hay?

—Eso es una broma.

—Palabra de honor que sólo con la intención de darte

una broma lo he hecho. Y ahora ven, que voy a decirte dónde están las empanadas.

Y conduciendo a Samoeiro al comedor, exclamó, señalando a las respectivas regiones abdominales de Manolito, Madeira y Flama.

—Ahí dentro podrás encontrar las empanadas. En pedazos, pero sin faltar ninguno.

—Ya te he dicho, Barcala, que no estoy para bromas.

—¿Cómo bromas, señor de Samoeiro?—protestó indignado Casimiro—. ¡No es broma!—y cogiendo de la mesa su cuchillo lo arrojó a los pies del *Ostrógodo* con ademán teatral, y le increpó—. ¡Toma, miserable incrédulo! ¡Abre el vientre a mis amigos con mi propio cuchillo y convéncete! Si tú eres como Santo Tomás, yo soy el Guzmán el Bueno de la casa de la Troya.

Hizo un gesto dramático, y, digno, altivo y sereno, sentóse a la mesa y se puso a cenar.

¡Dichosas empanadas y dichosos dos duros, las consecuencias que trajeron! Al terminar la cena, Casimiro, Manolito, Madeira y Flama decidieron ir al teatro, que aquella noche inauguraba sus tareas invernales, con Gerardo, a quien obligaron a acompañarles. Al pasar por delante del Circo de Artesanos, el poeta, acometido de una súbita inspiración, colóse allí, ordenando a los otros que le esperasen en la puerta. A los diez minutos, en vista de que no bajaba, subió Manolito «a ver»; a los quince, Madeira, y, por último, Javier y Gerardo.

Barcala estaba en la sala de juego, reventando de gozo. Tenía delante de sí una fortuna, una barbaridad de oro, plata y billetes. Allí no se conocían las fichas.

—Vámonos, Casimiro—le dijo Roquer.

—En cuanto juegue otra postura.

No le hicieron caso. Apoderáronse del dinero y le obligaron a salir de allí, promoviendo con ello un pequeño alboroto, que indignó a los puntos y mucho más a los banqueros.

En los soportales hizo Casimiro balance.

—¡Ochenta y siete pesos y dos pesetas! ¡Viva Samoeiro!—gritó, saltando gozoso—. Y para que veáis quién soy yo, ahora mismo voy a tomar un palco para todos, y después os convidaré a champagne, para hacer honor a las empanadas.

—Como yo soy regionalista—díjole Madeira—, prefiero regarlas con Riveiro, que es más clásico..., y que me entregues en metálico los tres o cuatro pesos de mi botella.

—Pues tendrás los tres pesos y el champagne.

No hay que contar el estrépito con que los estudiantes hicieron su aparición solemne en la platea más próxima al escenario; las posturas académicas que adoptó Madeira para corresponder a la expectación pública; el estirar Javierito Flama los puños de la camisa; el atusarse Casimiro los mostachos provocadores, volviendo, olímpicamente, la espalda a Moncha que le había plantado aquel verano y ahora coqueteaba con el catedrático nuevo de Internacional, y el timarse todos con las coristas..., aunque la mayoría eran unas venerables y ajadas ex jamonas.

A mitad del primer entreacto presentóse Augusto Armero en el palco.

—¡Qué lujo, rapaces! Donde lo hay... Señor don Gerardo Roquer y Paz: la aplaudida y bella primera tiple cómica, señorita Pacheco, me ha comisionado a fin

de que pregunte a su señoría en qué clase de papel hay que hablarle para que se digne contestar. Dice que te ha saludado al salir a escena, y que Tu Real Majestad no se ha dignado hacerle caso... Y que eres un tal y un cual. Una porción de cosas que parecen camelos y que yo no he podido aprenderme. Anda, ven a verla. Es la mar de salada.

—¿Quién es la señorita Pacheco?—quiso saber Manolito.

—Esa muchacha que ha hecho de golfo—contestó Roquer—. La *Pachequito*. Estaba en el coro de Eslava, y como es graciosilla y desenfadada, hacía de vez en cuando algún papelillo. Dile que me he muerto, Augusto.

—Un momento, un momento—terció Barcala—. Esa Pachequito, ¿es amable?

—Y alegre y simpática.

—Y entre el resto del personal femenino, la mirada de águila de nuestro don Augusto Armero, ¿ha descubierto otras Pachequitos igualmente amables, alegres y simpáticas?

—¡Te hay tres o cuatro de primera, Casimiro!—contestó Augusto acercando los dedos en piña a la boca y despidiéndolos con un beso.

—Pues, entonces, señores, vamos allá. Tengo un plan para alegrar la masticación de las empanadas de Samoeiro.

Total: que, concluído el espectáculo, reuniéronse en la salita del piso principal de la taberna de *Pepe el Masón* nuestros amigos, la señorita Pacheco y las cuatro damas más visibles del coro, y, con apetito de estudiantes y de cómicos, se cenaron alegremente las empanadas, con el item de unas sabrosas tortillas de berberechos.

chos y unos pollitos tiernos, que en un santiamén aderezaron las sabias manos de la señora Masona. A los postres, la señorita Pacheco se arrancó por tientos, soleares y malagueñas, a petición de la asamblea, que se sintió flamenca.

Madeira, que, para consolar la falta de pareja cristiana en que le dejó la viveza de los otros, la encargara a Turquía, creyóse en el deber de proclamar la superioridad del fado sobre aquellas canciones lamentosas, y, para probarlo púsose a berrear en portugués.

A una de las señoritas del coro—la tercera de la izquierda—se le ocurrió llamarle finamente «patoso», y Manolito, que era su caballero, tuvo la desdichada idea de mandar a Madeira «que callase con aquella voz de becerro mate».

Para Madeira no había mayor injuria que el despreciar las maravillosas facultades vocales con que el cielo se dignara favorecerle. Pasaba hasta porque le negasen su arte de pandereteólogo... ¡y era pasar! ¡Pero burlarse de su voz!... Antes de que Manolito concluyese su despectiva frase, ya Madeira le había tirado a la cabeza, con toda su fuerza, una de las cuatro botellas de vino que tenía ante sí vacías.

El proyectil no hizo blanco, afortunadamente. Fué a dar en la ventana, que acababa de entreabrir la Pacheco, hizo añicos los cristales y cayó, estrepitoso, en la calle, donde reventó alarmante. Manolito, que, como buen orensano, se las tenía tiesas no sólo con el lucero del alba sino con todo el sistema planetario, contestó debidamente a la inesperada agresión de Madeira. Chillaron asustadas las mujeres; dieron voces imponiendo paz y tenci o los otros rapaces, con lo cual aumentó el escán-

dalo; rodaron sillas y mesa con estrépito de loza y cristalería rotas; sonó el pito de los *villéus*; asomáronse a las ventanas, alarmados, los vecinos, y la juerga acabó en el cuarto del jefe de los municipales, donde Javier, Augusto y Barcala hicieron en vano maravillas de elocuencia, para convencer al bigotudo cabo Maroño, de que de haber algún culpable, seríalo únicamente el Rivero moro de *Pepe el Masón*.

Madeira protestó, faltando a todas las reglas de la diplomacia y del compañerismo. El culpable no era el vino, sino los ignorantes—y miraba de través a Manolito—, que se ponían a hablar de música sin saber una palabra.

¿Pero qué iba a «ponerse» un hombre que nunca saliera de Orense con él, que había corrido tanto mundo y que era un artista? Sí, señor, un artista aplaudido por públicos extranjeros.

—Entonces, ¿usted qué es?—preguntó la Pachequito—¿ventrílocuo?

Madeira cogió el tintero del cabo para lanzarlo contra la atrevida, y puso a todos perdidos de tinta.

—¡A la Falcona con él!—ordenó Maroño, ya sin paciencia.

—¿A mí, a la Falcona!—rugió Madeira apoderándose del roten que tenía el cabo sobre la mesa y blandiéndolo amenazador—. ¿A mí, a la Falcona! ¡No hay *villéus* bastantes en Santiago para prenderme! ¡Ey, Madeira! ¡Quen me dea un pau doulle un peso!

Rápido como el rayo, lanzóse contra él Barcala, y agarrándole por las solapas, le acorraló contra la pared.

—¿Es que quieres comprometernos a todos?—le gritó zarandeándole—. ¡Suelta ese palo!

—Es que...

—¡Suelta te digo! ¡Aquí no habla ni manda nadie más que yo, Casimiro Barcalal, ¿entiendes? ¡Pues a callar y quietecito!

El acceso furioso de Madeira, que a poco roncaba en un rincón como un cerdo, dificultó la solución amistosa que Casimiro pretendía dar al asunto. Ni razones, ni súplicas, ni amenazas conmovieron a Maroño. Estaba el bigotudo cabo muy harto de aquella tropa de la Troya. Todo lo que pudo conceder después de largo rato de brega, fué no determinar nada y tenerlos allí hasta que compareciera el jefe. Que él resolviese.

—¿Y vendrá pronto?—preguntó impaciente la Pachequito.

—A las nueve de la mañana.

—¡Pué e una juerguesita!

—Si se hubiese usted pasado la noche en la cama, no le molestaría nadie ahora — contestó, malhumorado, el cabo.

—¡Ay, hijo! Si en ve de esta carilla grasiosa, tuviera yo ese bigotaso de usté, por mi salú que no me levantaba en toa la vía. Siempre tendría el emboso e la cama asín, pa que no me vieran—y la traviesa chiquilla se tapaba la cara con el brazo.

Vuelta a alborotarse el «cabo Bigotes», a terciar otra vez, diplomático y conciliador, Barcala, y a amenazar Augusto con el alcalde, don Felipe Romero, tan simpático y amigo de los estudiantes, con el Gobernador, con el secretario de Cámara del arzobispado y con la Prensa, de la cual era, hacía cuarenta y ocho horas, miembro distinguidísimo, nada menos que crítico teatral y repórter de sucesos de *El Pensamiento Galaico*, que acababa de

fundar Juanito Vázquez Mella, frente al recién nacido *País Gallego* de Ramón del Valle Inclán y González Besada.

—Usted hará lo que quiera, cabo Maroño—arguyó finalmente Augusto, temblando por la hora en que descubriesen en su casa su ausencia—, pero nosotros utilizaremos contra este atropello todos los recursos a que haya lugar en derecho, y nos querellaremos contra usted, como asimismo mejor en derecho proceda, a tenor de los artículos 2.857 del Código penal, 3.560 de la ley adjetiva correspondiente y 280 de la vigente Constitución del Estado.

—El 101—rectificó muy serio Barcala.

—Non, Casimiro, non. El 101 trata de los derechos y deberes de los diputados en el ejercicio de sus cargos.

—¡El 101 o el 30.500—interrumpió el *villéu*—; me dan lo mismo, porque el cabo Maroño se ríe del Código, de la Constitución y de ustedes, y, o se callan de una vez o pasan a la Falcona!

¡Y todo por aquel ganso que roncaba ruidosamente, ajeno a cuanto estaba sucediendo!

Pero no fué lo peor el pasar incómodamente la noche en aquel cuartucho bajo la mirada rencorosa del «cabo Bigotes»; ni que el jefe de municipales, dudoso e irresoluto, difiriese la sentencia del pleito, dejándosela íntegra al alcalde; ni que don Felipe, antes de ordenar que los pusieran en libertad, llamase a su presencia a los estudiantes para echarles una paternal reprimenda, sino que, cuando ¡al fin! salieron del Consistorio, era muy cerca del mediodía, y estaba congregada en la plaza del Hospital la Universidad, con más algunas docenas de curiosos ajenos a ella.

La noticia del suceso y «prisión» de los troyanos había llegado a los claustros, abultadísima, y allí se encontraban, esperando la salida de nuestros amigos, casi todos los estudiantes, por compañerismo los unos y por curiosidad los demás.

—¡Qué vergüenza!—exclamó la Pachequito al ver tanta gente, cogiéndose del brazo de Gerardo y apretándose contra el madrileño para defenderse de la curiosidad estudiantil.

Escándalo como aquel nunca lo presenciara la asustadiza ciudad. Durante muchos días no se habló de otra cosa en Compostela. Las referencias más absurdas del caso volaban de las mesas de los cafés a los comercios del Preguntorio y de los soportales de la Rúa al «Senado» del Casino, donde los viejos murmuradores comentaban golosamente los incidentes de la cena. Son allí tan raros los sucesos, que cuando el aburrimiento, señor de la ciudad, tropieza con alguno, no lo suelta hasta haberlo manoseado y desmenuzado en todos sus pormenores y causas primas. Calcúlese lo que ocurriría con éste, que, además, tenía el saborcillo picante de una juerga auténtica, de aquellas que estaban vedadas a la respetabilidad de los graves ciudadanos que componían la parte visible de la población.

La misma Prensa no pudo eludir el ocuparse del asunto, si bien con distinto criterio, pues mientras la *Gaceta de Galicia*, cuyas columnas alegraban de vez en cuando unos versos festivos de Casimiro, reducía el suceso a «una muchachada sin importancia», *El Libredón*, volviendo por los fueros de la moral ofendida, tronaba iracundo contra los vicios que se iban apoderando de la irreflexiva juventud, y pedía, «a los que, educados en el

veneneso ambiente cortesano, aliento de ciénaga que todo lo emponzoña, habían ido a turbar con su libertinaje la paz, la santa paz de aquel pueblo cristiano, el respeto debido a la limpieza y austeridad de costumbres de que Compostela hacía orgulloso alarde».

Gerardo estaba desesperado, y cuando Madeira se le presentó, contrito y confuso, al otro día, para ofrecerle sus excusas, le rechazó.

—Cuando se tiene ese vino estúpido—le dijo—, no se bebe, o se emborracha uno solo, donde no moleste a nadie ni comprometa a sus amigos. ¡Y ojalá quede aquí el asunto...!

¡Qué había de quedar! Al Pazo llegaron prontamente, con periódicos y cartas, las nuevas del suceso. No tuvo que referirlo Jacinta. Fué Carmiña quien, exhibiendo un número de *El Libredón*, que encontró «casualmente» olvidado en la galería, donde acostumbraba a trabajar en una inacabable labor de punto de gancho, con la que acompañaba el desconsolado debatir de sus pensamientos, señaló a la *Maragota* el artículo hábilmente trabajado por la venenosa pluma de Jesusito Mollido.

—Y ahora, ¿qué me dice usted? ¡Defiéndale, defiéndale!

—¿Qué pasa, mujer?—preguntó la otra haciéndose de nuevas. Y así que hubo leído muy atenta, como si no lo conociera, el artículo que la de Castro le mostraba, la interrogó con toda su inocencia—. Bueno, ¿y qué?

—¿Pero no lo ve usted bien claro? ¡Es él! ¡Él! Ese cortesano que envenena a Compostela y que pretende implantar allí las costumbres licenciosas de la capital de la nación y del pecado, es Gerardo. Gerardo, que ha vuel-

to a su antigua vida de depravación y escándalo, sin recato, sin pudor; ¡en el mismo Santiago...!

—No te pongas así, mujer. ¿Y si luego resulta que no es él? En Santiago hay otros rapaces de Madrid: el hijo del coronel de la zona...

—¿Augusto Armero? Su inseparable.

—Mira, lo mejor será enterarse bien; escribir a Santiago preguntando...

—Tiene usted razón.

Escribió a Moncha. A los tres o cuatro días tuvo respuesta:

«Una abominación, un escándalo espantoso, como no se recuerda otro en Santiago. Y ellos haciendo alarde. Tu Gerardo, a las doce del día, en plena plaza del Hospital, llenita de gente que había acudido a verlos salir de la cárcel, dando el brazo muy amartelado a la cómica esa, con quien dicen que tuvo relaciones en Madrid. El otro bribón de su amigote, el señor Barcala, también iba del bracero con otra cómica. Un horror. No sé cómo lo toleraron las autoridades y no los volvieron a la cárcel. Te digo que la gente está pasmada. No se habla de otra cosa.

»Gracias a que yo planté a tiempo, este verano, a ese veleta, desengañada de que no me quiere. La noche del escándalo estaba en el teatro en un palco cerca del nuestro, y toda la función la pasó dándome la espalda. Como si a mí me importase algo de él ni hubiese mirado una sola vez hacia su localidad. No hacia más que timarse con las cómicas. Son unos pillos.

»Ahora van por ahí con aire de perdonavidas, clavando insolentemente los ojos en todo el que los mira. Y al que se descuida, le pegan. El pobre Jesús Mollido anda

con un ojo negro y el carrillo hinchado. Dicen que fué de una paliza que le dieron ellos, aunque él, atemorizado, sin duda, por sus amenazas, lo niega. Pero, déjalos ir, que la noche que pasaron en la cárcel fué de primera, pues, según cuentan, les dieron una buena tunda, y al Madeirón tuvieron que llevarlo, de resultas, en brazos a la posada. ¡Lástima no les hubiesen roto los huesos a todos! Si yo soy *villéu* no se levantan de la cama en dos años.

»Pues, ¿y qué me dices del fantasmón de Augusto Armero? Estaba toda la pandilla. Comprenderás que Gerardo no iba a dejarlos en casita y a quedarse sin lucir su conquista. ¡Valiente conquista! Una muchachita morenilla y flacucha, que se empeñan en decir que tiene gracia, pero yo no se la encuentro. Tampoco tiene nada de bonita. Pero es la que priva de toda la compañía. ¡Y le hacen unas ovaciones!... ¡Todos son unos sinvergüenzas!

»Por supuesto, Filo ha terminado con Augusto. Y ahora es de veras. Yo no sé qué le encontraba a semejante *tolo*. Se han devuelto las cartas. Yo también estuve por enviarle a Casimiro las que tengo de él, su retrato y los versos que me ha dedicado, pero no lo he hecho para que no creyese que era una indirecta, y que, como me dijo al cruzarnos en paseo el primer día que nos vimos este curso, estoy muertecita por semejante botarate. No; te juro que no me acuerdo del santo de su nombre, ni se me importa nada de él; pero me indigna que den tales escándalos, rompiendo con mano violenta, como dice papá, el cendal tradicional de nuestras costumbres, y no sé qué más...»

Así cuatro plieguecillos de letra menuda.

—¿Qué dice usted ahora, Jacinta?

La *Maragota* no decía nada, no aconsejaba nada. Esas cosas eran muy delicadas para resueltas por otras personas. Carmen era quien tenía que decidir, mirando a su corazón y a su dignidad.

—¡Quién había de pensarlo! ¡Un rapaz tan simpático, que parecía tan bueno...! ¿Y dicen que ella fuera novia suya en Madrid?

—Pues eso es lo peor, Jacinta; que él estaba enamorado de esa mujer, y para que la olvidase le envió su padre a Santiago... Y ahora, no pudiendo ir a Madrid, se la ha traído aquí. ¡Y aún pregunto lo que he de hacer...?

Rompió a llorar. No hacía otra cosa desde dos meses antes. La *Maragota* acudió, compasiva, a consolarla.

—No debes ponerte así, mujer. Estas cosas le ocurren a una por buena, por fiarse de todo el mundo. Y así nos engañan. ¡Pícaros! ¡Rillotes! ¡No llores, filliña, no llores!

—¡Déjame, Jacinta, déjame! ¡Quiero estar sola, no hablar con nadie, no ver a nadie!

Encerróse en su cuarto. Sacó de su armario una cajita; esa cajita que es toda la juventud de las mujeres, y extrajo de ella cartas y fotografías. Acaso quedaron en el fondo algunos papeles. Tal vez, un medallón con un retrato, medio oculto por unas flores secas. No lo vió... O no lo quiso ver.

Lentamente, trabajosamente, hizo con cartas y retratos un paquete, y escribió con mano temblorosa en un plieguecillo, enlutado como su alma:

«Gerardo: le devuelvo a usted sus cartas. Le ruego que me devuelva las mías.»

Buscó alguna frase, una palabra que disimulara la sequedad de estas líneas, un pretexto para que él se justi-

ficase y volviera a su amor, repitiendo las vehementes protestas de cariño que ella, ¡cándida!, creyó siempre... que todavía, patentes la falsedad y el engaño, seguía creyendo, resistiéndose a reputarlas embusteras; mas la dignidad se impuso al deseo, y altivamente firmó con una C seca y orgullosa, metió el paquete y la carta en un gran sobre, lo cerró, lo lacró, y con inseguro pulso trazó la dirección:

Sr. D. Gerardo Roquer y Paz.
Calle de la Troya, 5.

SANTIAGO.

Arrojó la pluma, alzó los ojos al cielo, y al tropezar su mirada con el retrato de su padre, que tenía colgado encima de la mesita, la abandonó su entereza, tendió hacia él las manos temblorosas, e infantilmente, llorando sin consuelo, le suplicó en una apelación desesperada a su cariño:

—¡Papá...! ¡¡Papá...!! ¡¡¡Papá...!!!



XV

Fué un gran día para Gerardo. Juntamente con la carta de Carmen recibió otra de su padre, que, indignado por su vuelta a las antiguas malandanzas y por la vida depravada con que tenía escandalizado a Compostela, le requería con toda la fuerza de su autoridad, ya que no bastase la de su cariño, para que inmediatamente despidiera de Santiago a aquella mujer, de quien ya una vez tuvo que separarle. «Si el dolor de tu padre significa para ti algo—le decía—ahórrame el pesar de verte despeñado por esos caminos de locura... Si no quieres oirme, tendré que hacerme cuenta de que el hijo que tanto amo se ha muerto... y seré yo quien morirá de pena.»

¡Don Ventura! Allí andaba su mano. Él era el denunciador, no cabía duda.

—Impepinable, chico—corroboró Casimiro—. Mi fracasado suegro, el arcángel Gabriel guardador de la puerta santa de la moralidad compostelana, ha sido. ¡Ah, ridículo y majadero señor, cuántas he de hacerle pasar a usted si llego a casarme con ese encantiño!

—¡Pues verás tú las que le voy a dar yo! ¡Donde le encuentre se la gana!

Se la ganó. ¡Digo! No pudo Gerardo adjudicarle las bofetadas que le tenía dispuestas, porque el encuentro ocurrió aquella misma tarde en el areópago del Casino a la hora del pleno, ¡pero decirle...!

Y no fué lo peor reprocharle la impremeditación con que, con una ligereza impropia de sus sesenta o sus doscientos años, acogía las especiotas del arroyo y alarmaba a un padre con el relato, exagerado y calumnioso, de un suceso sin más importancia que el ruido armado a su alrededor por espíritus asustadizos o hipócritas, sino que el madrileño arremetió airado y ocurrente contra la oratoria cursi y ridícula del ex juez de Órdenes, fustigando la manía verborreica del pobre señor, quien se revolvía impotente en su mecedora, apelando en vano al Numen para que le inspirase una frase contundente, lapidaria, con que pulverizar al atrevido que, implacable, le apedreaba con las famosas décimas de Barcala:

—¡Vedle! El último romano,
Semoviente pergamino...

El último romano asustábase de que unos rapaces se reuniesen a cenar con unas muchachas, olvidándose de las empanadas que a él gustábale comer en la amable compañía de la *Michiña*, la Maravillas o la *Carabela* y la menos dulce de algunos de los preclaros varones allí presentes.

—Porque, ¡caballeros!—concluyó Roquer—, no sé a qué vienen tantos hipócritas aspavientos, cuando al que más y al que menos de los aquí reunidos, se le puede sacar a relucir la historia de una *Michiña* y las visitas a cierta hospitalaria casa de las Esterqueiras, o las andanzas por el callejón de Matacanes, la Rapa d'a folla y los Agros de Carreira.

—Vamos, Roquer, cálmese—intervino prudente y conciliador don Bartolomé, el de aquel duro inolvidable.

—¡Pero si es verdad!—terció Barcala.

—Claro que lo es, y todos los aquí presentes lo saben, y se puede decir porque estamos entre hombres—insistió el madrileño.

—Y todos somos unos...—apoyó Casimiro—. Y si empezamos a hablar, o se nos ocurre hacer un periódico satírico, y nos ponemos a escribir...

Por el «senado» pasó una nube de miedo. Se alzaron voces conciliadoras.

—En cuanto a usted, don Ventura—terminó Gerardo, volviendo a su ex juez—le requiero para que hoy mismo, sin demora, escriba a mi padre diciéndole que tiene usted tanto de listo como de orador; que se la han dado a usted con queso; que se ha «colao» usted, y que esa mujer, con quien sólo he hablado una noche, no tiene nada que ver conmigo ni con aquella otra, de quien me acuerdo menos que los aquí presentes de las piezas oratorias que coloca usted en las juntas generales de esta casa... ¡Y que usted lo pase bien y no vuelva a meterse nunca donde no le llaman!

—¡Y recuerdos a Papiniano!—agregó entre dientes, pero de modo que todos lo oyesen, Casimiro.

—¡Oiga usted, insolente!—pudo al fin rugir, alzándose indignado, tribunicio, magnífico, don Ventura—. ¡Rechazo con todas mis potencias la calumniosa acusación de sicofante que acaba usted de dirigirme entre facecias de mal gusto, con ese aire púgil, propio de un alarbe! ¡Cuando en vez de vibrar en el ambiente...

No pudo concluir. De la sala contigua surgió el teniente Naya y, plantándose muy serio ante el indignado ex juez de Órdenes, púsose a bailar la jota, con grotescas contorsiones y mudanzas que hicieron estallar en es-

truendosas carcajadas al senado entero, que llevaba mucho rato conteniendo la risa.

Don Ventura quiso lanzarse sobre el atrevido, pero el teniente Naya escurrió hábilmente el bulto con una cómica pirueta, y el último romano cayó desplomado, congestionado de rabia, en su mecedora.

Y un poco por la gracia que les había hecho la catilinaria de Roquer, y mucho más por prudencia, porque podía darles a los alocados rapaces por cumplir su amenaza poligráfica, los honestos varones perdonaron su calaverada a los muchachos y, después que hicieron por tranquilizar a don Ventura quitando importancia al suceso, tuvieron palabras indulgentes para comentar el caso, que todavía la víspera juzgaban severos e inexorables.

—¡Bah! Tolerías de rapaces...

Quien no quiso perdonar el escarnio hecho a su oratoria fué el ex juez de Órdenes, y aquel mismo día dimitió con carácter irrevocable la representación paterna que don Juan Roquer le otorgara y que tan graves disgustos proporcionaba «a su acrisolada lealtad y escrupuloso celo».

Menos mal que esta carta llegó a su destino al mismo tiempo que otra de Gerardo en la cual, sincera y respetuosamente, restituía los hechos a la verdad y reiteraba a su padre la firmeza de su completa enmienda.

«Aquella mujer—decíale—está tan muerta en mi recuerdo como si nunca hubiese existido. Ya sabes que ocupa por completo mi corazón otro amor santo y puro, que ahora acaba de sufrir un tremendo golpe, quizás también por otra oficiosidad de ese imbécil de don Ventura.»

Y esto ¡ay! tenía peor arreglo. Escribió, y sus cartas

le fueron devueltas sin abrir. Ni siquiera quiso poner su letra en los sobres la obcecada Carmiña. Entonces corrió Gerardo al Outeiro..., pero el telégrafo anduvo más ligero que él, y cuando llegó al Pazo, subió impaciente la escalinata de piedra y dejó caer, profundamente emocionado, el aldabón de la puerta, ya se le esperaba.

La *Maragota* en persona salió a abrirle. ¡Qué sorpresa! ¡Qué aspavientos! ¡Quién iba a pensar!...

Pasaron a la sala que él conocía tan bien. El corazón quería salírsele del pecho. Sin circunloquios pidió ver a Carmiña.

¡Jesús María!, en seguida iba Jacinta a avisarla. ¡No faltaba más!

—Y eso que creo que están ustedes así... un poquito...—y sonriente, benévola, maternal, guiñaba picarescamente un ojo.

Gerardo agradeció mucho su bondad a Jacinta, e, impaciente, le rogó que avisara pronto a Carmen.

—Voy, voy. ¡Demonche de enamorados! Férvelles a sangre.

Transcurrió un largo rato, que al estudiante hízosele interminable. Disponíase, atropellándolo todo, a irrumpir en la casa cuando volvió la *Maragota* con una cara triste, de circunstancias.

—¿Qué sucede?—interrogó ansioso Gerardo, saliendo a su encuentro.

—Nada. Cálmese usted. Estas cuestiones entre novios no le son nada y parece que tienen una importancia...

—¿Pero qué dice Carmiña?

—Carmen dice que... Yo ya la he predicado bien

pero usted sabe cómo ella es. Cuando se le pone en una cosa, no hay quien la saque de ahí. Está muy incomodada, porque dice que le ha hecho usted no sé cuántas falcatrúas. A lo mejor, como yo le digo, cosa de nada; pero mi sobrina le es así y me ha dicho que... Usted hame de dispensar, que yo no hago más que cumplir un encargo; me ha dicho que no quiere verle.

—¡Imposible!

—¡Ay, Jesús! ¿Y luego yo iba a decirle una cosa por otra?...

—No es eso. Me refiero a Carmiña, a su actitud... Yo deseo merecer de usted, que es tan buena, que vuelva a pedirle que me oiga. Yo necesito hablarla. Y, en último término, que sea Carmen quien me diga que no quiere oirme, quien me despida.

Dócil y complaciente salió otra vez la *Maragota*, y tornó con igual respuesta desahuciadora.

—No hay quien la converza. Dice que no y no y no, y nadie la saca de ahí. Le son estas rarezas que tenemos las mujeres—añadió compasiva y consoladora—. Non hay demo que nos entienda. Cuanto mayor cariño nos demuestra un hombre, más desprecio le hacemos; pero —insinuante—si él nos desprecia, todo se nos vuelve ir tras él. ¡Ay, por eso, bien le decía mi padre—aún más insinuante:—«Si deseas que una mujer te quiera, vuélvele la espalda y vete con otra».

—¡Adiós, Jacinta!—contestó el estudiante despidiéndose de la *Maragota*—Yo creía que el solo hecho de presentarme aquí le hablaría con más elocuencia que las estúpidas calumnias que contra mí ha forjado un imbécil. ¿Ella lo quiere? ¡Sea!—Y salió fingiendo entereza.

Pero, todavía, cuando iba a trasponer la puerta, pro-

testó contra el injusto decreto que le arrojaba de allí impidiéndole justificarse.

—¡Carmen!—llamó suplicante—. ¡Carmen...! ¡Carmiña...! ¡Soy Gerardo! ¡Tu Gerardo...! ¡Óyeme, Carmen...! ¡Carmiña...!

La *Maragota* hízose discretamente a un lado, como para dejar paso a la voz trémula del rapaz. Y aún llevó su condescendencia a interceder bondadosa por él.

—¡Carmen!—llamó conciliadora—. ¡Vamos, Carmen...!

Nadie respondió. Gerardo, convencido de que no querían oirle, se arrancó dolorosamente del Pazo.

—¡Adiós, Jacinta! — dijo estrechándole la mano en una despedida rápida, hurtando la cara a las miradas de la *Maragota*, para que no descubriese las señales de su emoción.

—¡Cosas de la vida!—comentó la otra compasiva, casi llorosa.

Pero cuando el portón del Pazo se cerró tras el joven, una sonrisa de triunfo iluminó su cara.

—¡Chama, chama a *tu* Carmen, parvuliño! Tú te piensas que la *Maragota* es tonta, pero la *Maragota* puso la paloma en salvo esta mañana, y lejitos de aquí... ¡Anda, escríbela; llámala, llámala!—remedándole grotescamente—: ¡Carmen...! ¡Carmiña...! ¡Ay!, este bocado rico no es para ti, que lo guardo yo para otra boca mejor que la tuya, ¡castellano de m...! Después, tú y la podre de tus amigos podeisle llamar *Maragota y Legoeiro*. ¡Pero ella ha de ser la *Legoeira* y la *Maragota*, porque lo quiero yo! ¡Yo!—y, toda soberbia, se palmoteaba el pecho hasta hacerse daño—. ¡¡Yo!!

En la sala, encaróse con el retrato de doña Ramona y la amenazó con la mano.

—Non me quixeches por cuñada y agora hasme tener por consuegra! ¡Toma orgullo, soberbiosa!

El mundo es de los hábiles. Ella, que tuvo paciencia para luchar tantos años, en condiciones tan difíciles, y, al cabo, había sabido vencer y subir a las cimas del señorío, que fueron su sueño; ella, que dominara otras voluntades más fuertes, ¿no iba a poder con aquellos parvuliños...? Esto había sido un juego. Cuestión de días. Y frotábase las manos gozosa. Todo aquello... ¡fufff...! Nada. Y soplaba despidiendo una particulilla invisible.

No quedaba huella de la visita del castellano, que tuvo buen cuidado de que nadie advirtiese en el Pazo. Su sobrina había sido prudentemente alejada a la otra banda de la ría; el estudiante marchárase corrido... Todo aquello... ¡fufff...! Nada.

Sólo que... Pocas tardes después hallábase Carmiña, según su costumbre de todos los sábados, arreglando el altar de la Dolorosa en la iglesita de Tatín, mientras la criada que iba con ella charlaba en el atrio con unas mujeres de la Lagoa, cuando Tona, que salió de la sacristía de disponer las proclamas de su sobrina Eufemia, saludó a la señorita con aquel su hablar zalamero

—¿Y luego? ¿Conque el otro día tuviémos visita en el Pazo? ¡También le es buen querer venir desde tan lejos para sólo estar un momento con la su prenda querida!

—¿Qué dices, Tona? No te entiendo.

—¿De aquélla, gustalle que le regalen el oído?

—Habla claro. ¿Quién estuvo en el Pazo? ¿Qué visita es esa?

—¿Y luego, qué visita ha de ser más que la del señorito Gerardo, que tan bien como yo lo vió usted?

Sintió Carmiña que la sangre le batía furiosa en las

sienes y el corazón le saltaba en el pecho como si quisiera salir de allí. Un velo turbó su vista y tuvo que apoyarse en el altar para no caer.

—¡Por la Virgen Santísima, no te burles, Tona! ¿Cuándo estuvo aquí?

—No me burlo, señorita. ¡Dios delante! Estuvo el miércoles. Ya usted lo sabe.

¿El miércoles? El miércoles se empeñaron su tío y Jacinta en que acompañase a aquél a pasar el día en casa del cura de Sampayo... ¡El miércoles...!

—¿Estás segura, Tona? ¿No me engañas?

—¿Pero qué le pasa?—preguntó la tabernera, que, viendo la ansiedad y palidez de Carmen, comprendió que sus palabras tenían un interés decisivo para la señorita del Pazo.

—No es nada. Cuéntame, cuéntame.

—Pues el señorito vino el miércoles en un coche. Paró un momento a la puerta de casa para preguntarme si estaban ustedes en el Pazo. «—Están, señor—le contesté—. ¿Pero no baja a tomar alguna cosa» «—No, no, que llevo mucha prisa—díjome—; luego vendré a comer.» «—Mire que por un momentiño non se le escapa el Pazo» —volvíle a decir bromeando. Ya sabe usted que el señorito, ¡Jesús María!, es un caballero tan llano y tan amable, non despreciando a nadia. «—No se escapa el Pazo, no—me contestó—; pero para mí, como si se escapara. Me urge mucho estar allí.»

—¿Y estuvo?

—Por la cuenta, señorita. El camino él lo llevó.

—¿Y qué más?

—Que volvió a pasar a muy poquito rato, media hora a lo sumo, y no quiso detenerse en casa. Hícele yo se-

ñas al cochero; pero él le mandó seguir. «—No estoy para hablar con nadie, Tona—me dijo—. Dispénseme. Adiós.» Y se fué. «—¡Vaite con Dios!—hablé yo para mí—. ¿Qué le habrá pasado?» Porque él iba triste, triste. «—Habrá tenido algún disgusto con la señorita...?»

—¿Estás segura de que eso fué el miércoles?

—¡Vaya! Fué el mismo día que le vendí los cuxos a Ramón el Jojó, que inda estaba en casa cuando pasó don Gerardo.

—¡Por lo que más quieras, Tona, no le digas a nadie que has hablado de esto conmigo, y mucho menos que has visto al señorito!

—Non pase cuidado, que por mí... ¡Jesús María! Y si alguna vez necesita algo de Tona, Tona está aquí para servirla, y más su casa y su hombre, que nosotros le somos agradecidos y sabemos cuánto le debiámos al señor, que en paz descanse.

—¡Gracias, gracias! Ahora, vete; que no nos vean hablar. ¡No digas a nadie que le has visto ni que me has hablado de ello!

—Non pase pena, que como non sépase po lo aire, lo que es por min...

Fuése Tona, y Carmiña quedó inmóvil, cerrados los ojos para ver mejor, y sin poder desenredar la confusa maraña de sus pensamientos. Luego cayó de rodillas ante la Madre de todos y quiso rezar; mas su imaginación, lejos de allí, daba vueltas y vueltas en un complicado laberinto, sin descubrir la salida.

Gerardo había estado en el Pazo. Esto era indudable. ¿A qué fué? ¿Quién le recibió? ¿Por qué no se lo dijeron...? Fué el miércoles. La víspera, a la hora de la cena, manifestó, de repente, don Angelito su propósito

de hacer al otro día una visita al cura de Sampayo, su viejo amigo. Entre la *Maragota* y su marido, sin consultarla, decidieron que Carmiña le acompañase para distraer y levantar su espíritu abatido, y, aunque la de Castro resistióse tenazmente, tanto y tanto insistieron, al final con aire de mandato, que no tuvo otro remedio que obedecer.

—Ya verás cómo luego nos lo agradeces—le dijo la *Maragota*—. Siempre encerrada y llorando vaite dar la *tiricia*.

Poco a poco iba quedando a obscuras la iglesiña. Vagamente iluminaba la lámpara de la Virgen los bergantines que penden del techo, ex voto de algún «navegante», ofrecido en horas de angustia. La estatua yacente de Fernán Pérez de Tatín apretaba con fuerza, en su túmulo de piedra, la espada que duerme sobre su pecho, como requiriéndola para combatir las sombras de miedo que volaban alrededor de la lámpara y de las dos velas encendidas en el altar mayor. Carmiña, caída, más bien que sentada ante la Virgen, seguía mirando con los ojos cerrados, persiguiendo el tenue hilillo de luz que comenzaba a iluminar su pensamiento.

La criada la despertó tocándola suavemente en un hombro.

—Señorita: es tarde. Vase hacer noche.

Carmen santiguóse devotamente. En una postrera Avemaría encomendó sus ansias a la Virgen.

Salió al atrio. La serenidad augusta del mágico vallecito de Tatín comunicóse a su alma y la paz reinó de pronto en aquel espíritu, acongojado por tantos dolores. Oreó su pecho la brisa del mar; tendieron hacia ella sus ramas, manos amigas, los árboles benéficos; sintióse

amparada por la tierra, y, repentinamente, don del cielo, hízose la luz en su pensamiento; vió claro.

Estaba siendo víctima de una gran perfidia que se enroscaba, se enroscaba a su cuerpo para ahogarla, como la hiedra a aquel castaño que se moría, triste, entre los árboles felices del souto. Tuvo prisa por estar sola, y emprendió ligera el camino del Pazo.

En cuanto llegó, encerróse en su cuarto. Necesitaba meditar.

—¿Vienes mala?—le preguntó la *Maragota*, recelosa hasta del aire que respiraba su prisionera.

Un ligero dolor de cabeza. Cosa de nada. Un poco de obscuridad y silencio, y se le pasaría.

—¿Habéis encontrado a alguien?—inquirió la *Legoeira* de la criada.

—Non atopamos con ningures—contestó la fámula.

* * *

Sola en su cuarto; sentada junto al balcón, vió Carmina asomar por detrás de los negros pinares de Insua una triste luna de invierno, que iluminó melancólicamente el paisaje e hizo plata las aguas de la ría.

—¡Allí estaba yo!—exclamó la desventurada muchacha señalando a un lugar lejano de la otra orilla—. ¡Allí estaba yo, mientras él vino al Pazo...! ¿A qué? Él no podía venir más que a una cosa. A verme, a sincerarse, a pedirme perdón..., a decirme que me ama. ¡Y yo no le vi, porque me enviaron lejos...! ¿Por qué? ¿Para qué? —preguntábase anhelante.

La imagen del almibarado Octavio Fernández Valiño surgiendo de repente en su imaginación, le dió la

clave de todo. ¡Ellos, ellos eran! Estaba bien claro, Jacinta era la madre de aquel hombre antipático. Carmen recordaba haber oído decir que don Angelito era el padre. ¡Y ella encontrábase allí a merced de los dos! O de los tres, porque adivinaba la mano del hijo en los traidores manejos que entreveía.

Desde que llegó al Pazo, la *Maragota* había ido envolviéndola mañosamente en la red de sus perfidias. ¡Ah, la bribona! ¡Con cuánta suavidad, con qué astucia, al defender hipócritamente a Gerardo le acusaba! Todo era obra de aquellos monstruos. El alejamiento del estudiante; la falta de sus cartas; la permanencia indefinida en el Pazo, abandonando ocupaciones y comodidades, a pretexto de la inacabable testamentaría... ¡Hasta puede que aquel escándalo!...

No; el escándalo era cierto; Monchiña no la engañaba. Tal vez, el despecho por los desdenes de Casimiro la hiciera exagerar; pero, desgraciadamente, era verdad que aquella mala mujer de Madrid estaba en Santiago... ¿No podría ser, también, por obra del despecho? ¡Sabe Dios las villanías que los bribones habrían dicho a Gerardo para alejarle del Pazo y de ella!... Porque el caso era que estando en Santiago la cómica, al recibir él las cartas que Carmen le había devuelto, corrió al Outeiro a verla. Y esto, algo quería decir... ¿Algo? ¡Mucho!... Y Tona le vió regresar triste, desesperado... ¿Qué nueva infamia le urdió la bruja de la *Maragota?*

No pudo dormir. Al desconsuelo de tantos dolorosos días sucedió la fe en Gerardo, la alegría de sentirse siempre amada por él; pero al mismo tiempo otras inquietudes, nuevos temores la atormentaron. Veíase iner-

me y sola, prisionera de unos enemigos poderosos que conspiraban contra su ventura.

Encogida y desasosegada preguntábase cómo podría burlar sus asechanzas, cuando, en la excitación de su sensibilidad, sintió un ruido tenue, el leve rozamiento de unos dedos tácitos en la puerta de su cuarto. Se incorporó, temerosa, en la cama, ahogando la respiración. Durante un rato muy largo, muy largo, interminable, el pestillo fué alzándose lentamente, lentamente, la puerta se entreabrió silenciosa, y, en la obscuridad adivinó Carmiña, entre vidente y alucinada, un endemoniado oído que avanzó hacia ella, como queriendo violentar, a favor del sueño en que, sin duda, la suponía, el secreto de su pensamiento. Un siglo después la puerta volvióse a cerrar con el mismo cuidado que se abriera, y unos pies descalzos, que se arrastraban cautelosos, fueron alejándose, pasito, pasito.

El cerco era tan prieto, que ni aún dormida la descuidaban.

—¿Qué hacer?—tornó a preguntarse.

—¡Huir!—se contestó separando con mano decidida las ropas de la cama e incorporándose, pronta a poner en obra su pensamiento.

¡Huir!... Pero ¿adónde y cómo? ¿Y de qué modo se justificaría? ¿Cómo probar la maldad de los infames que la abrumaban con sus cuidados, su interés y su cariño?

—No—pensó cuando se hubo calmado el alboroto de sus imaginaciones—; esta batalla no puede ganarse con violencias.

Era cuestión de habilidad, de estar sobre sí; de ser un poco hipócrita; de engañar también. Mucho repug-

naba a su rectitud y nobleza, pero no tenía otro camino para defender su amor, su felicidad y su vida.

Porque, fuesen las que fuesen las calaveradas de Gerardo, Carmen tenía, ahora más que nunca, el convencimiento de que el corazón del madrileño era suyo... Y ella estaba tan enamorada, tan enamorada, tan presa por «ese bribón de estudiante», como decía su pobre padre, que se consideraba capaz de todos los heroísmos para no dejarse arrebatar el cariño que era su vida, ni vencer por las maquinaciones de aquellos malvados.

Sí; sería hipócrita; sería astuta; caminaría despacito, cautelosamente, tortuosamente; pero siempre «iría». Cuestión de practicar las lecciones que le daba la *Maragota*... Desde mañana... No; mañana era demasiado pronto... Cuando le hablasen de él... ¡Tampoco...

—¡Bah!—concluyó—. Me estoy molestando tontamente. Lo mejor será dejarse ir, por ahora, y cuando se presente la ocasión propicia...

Un momento pensó en avisar a Gerardo; ¿pero cómo, si la tenían tan estrechamente vigilada?; en asegurarse la ayuda de alguien, ¿pero quién? ¿su doncella? ¿Tona?

La desconfianza, que forma el fondo del carácter gallego, le aconsejó cautela. Lo que hiciese, había de hacerlo sola. Después, llegada la ocasión, vería...

* * *

Desde entonces, dejóse llevar por donde quisieron conducirla.

Poco a poco, con gran contento de la *Maragota*, fué volviendo al trato de gentes. El trato de gentes que podía haber durante el invierno en el Outeiro. Mujeres que

iban con el cuento de sus penas, que la señorita de Castro consolaba con dinero y con palabras cariñosas, que valían más. Otras, «viudas de vivos», le llevaban las cartas de los ausentes en la emigración para que se las leyera. A veces servíales de amanuense, y como tenía aquel don del cielo para decir las cosas, ponía unas cartas tan tiernas, «que mismo hacían saltar las bágoas». ¡Cuando las leyesen los de allá!...

Así fueron pasando, lentos e iguales, con su carga de dolor y de inquietud los días en el Pazo. Por Febrero, comenzaron a florecer los árboles. Tornaron unos hombres de la emigración; fuéronse otros. Los días del *antroido* hubo algún alboroto de rapaces enmascarados por las corredoiras; en las cocinas, al amor de la lumbre, comiéronse las clásicas filloas, se cocieron castañas, rompiéronse nueces, entre cánticos y burlas, y se contaron una vez más las eternas historias de trasgos y meigas, inevitables en las veladas aldeanas. Hubo al comienzo de la cuaresma una misión en el poético atrio de la iglesia de Bergondo, que predicaron dos franciscanos de Louro...

Por aquellos días, una mañana, llamó don Angelito a su «despacho»—el despacho de don Laureano—a Carmiña, y entregándole una carta, le dijo, cariñoso y persuasivo:

—Hija mía; un hombre honrado, bueno y digno se dirige a mí pidiéndome tu mano. Si, por ser él quien es, yo quisiera eximirme de intervenir en este delicado asunto, no puedo hacerlo por ser quien soy. Toma—dándole la carta—, entérate. Yo no te puedo dictar la contestación; pero sí quiero recordarte que se trata de un hombre de intachables costumbres, a quien su talento

reserva un porvenir brillantísimo, y, sobre todo, que está enamorado, ardientemente enamorado de ti hace mucho tiempo, según declara. Piénsalo, pues, y resuelve.

—Comprenderá usted que... la sorpresa... ahora...

—Medítalo. Es natural que no des contestación inmediata, ni yo te la exijo.

Cuando Carmen se vió sola en su habitación, ni por curiosidad leyó el largo alegato. ¿Para qué? En una forma u otra esperaba aquello. Ahora más que nunca le era necesaria toda su habilidad. Adivinaba a sus enemigos avizores, dispuestos a todo, y presentía la proximidad de días difíciles. ¡Si pudiera avisarle a él!... ¿Pero cómo, si cada vez sentía más apretado el cerco alrededor de su persona?

¿Y si Gerardo, engañado por las malas artes de la bruja, había buscado el olvido en otros amores?

La falta de noticias del estudiante hacía verosímiles todas las hipótesis desagradables. De tarde en tarde, con larguísimas y sospechosas intermitencias, que motivaban airadas protestas de la vivaracha chiquilla contra la informalidad del correo, recibía carta de Moncha, en la cual, a vuelta de referir al pormenor todos los pequeños sucesos que ayudan a soportar el tedio de la vida santiaguesa, callaba lo más interesante para la de Castro. Hasta de Casimiro parecía olvidada, y, sólo una vez, a través de unas líneas despectivas para la Tuna, que se disponía a recorrer Galicia, creyó Carmen adivinar una vaga alusión a lo muy divertidas que estaban ciertas personas. ¿Gerardo? ¿Casimiro? No lo aclaraba.

—¿Y si se ha ido?—preguntóse angustiada.

Pero, cerca o lejos el madrileño—y su corazón, tenazmente abierto a la esperanza, rechazó la posibilidad

de la partida—, lo que de momento reclamaba con apremio su atención era lo otro; lo otro, que no acertaba a resolver..., y porque no acertaba dió con la solución precisa: Dejó correr el tiempo, gran general, formidable estratega que gana las batallas sin reñirlas.

Cuando la *Maragota*, o su tío, le preguntaban, ella respondía que nada resolviera aún, y como los otros admitiesen por natural esta indecisión, la señorita de Castra dejóse ir una vez más.

De cuando en cuando la *Legoeira* le hablaba de Octavio, ensalzando sus excelentes cualidades. Era madre, y su sobrina no debía extrañar este interés por su hijo, cuya inclinación hacia ella no supiera hasta entonces. También quería a Carmiña, y la posibilidad de verla unida para siempre a su Octavio y felices a los dos, alegrábale el alma.

—Puédesme creer, así Dios me salve.

La de Castro oíala atenta, más que atenta, curiosa; pero no soltaba prenda.

Hasta que otro día, no mucho después, el correo trajo una nueva carta, respetuosa, rendida y elocuente, del señor Fernández Valiño para la señorita de Castro Retén. En ella rogaba el hijo de la *Legoeira* una contestación categórica a la demanda que, por el respetable conducto de su tío don Angel, había formulado.

Ya no eran posibles las evasivas. Cierto que, con habilidad, podría Carmiña dar nuevas largas al asunto; mas ¿qué conseguiría con ello? Dentro de un mes, de dos o de seis presentaríasele la misma dificultad, con mayor apremio entonces. Aparte de que los otros no dejarían transcurrir tanto tiempo. Podía contestar negativamente,

pero ¿a cuáles represalias, a qué procedimientos de coacción no apelarían sus carceleros para obligarla?

Y este dictado de carceleros, que certeramente les aplicaba, sugirióle de nuevo un vivo deseo de huir, de ponerse inmediatamente a salvo de las manos que la tenían tan fuertemente sujeta.

Huir. Luego determinaría.

Mas la señorita de Castro Retén no podía marcharse de cualquier modo, escapar como una mujer mala que abandona casa y familia para ir a caer donde la lleve su desventura... ¿Qué hacer? ¿Cómo librarse de sus verdugos?

—¡Virxenciña mía, Naiciña querida, válemel — imploró.

Y, toda nervio, voluntad y resolución, irguióse súbitamente de la silla donde estaba sentada, con las manos tendidas como para «coger» con toda su fuerza la idea salvadora...

* * *

Por la noche, durante la cena, Carmiña, más segura de sí que nunca, hizo saber a don Angel la carta que había recibido de su hijastro.

—¿Y tú, qué contestas?—la interrogó, impaciente, la *Maragota.*

Carmen no podía decir nada de momento. Estimaba en Octavio un hombre formal y bueno, y le agradecía la inclinación que le manifestaba—¡oh, y qué buena actriz fué la pícara, qué admirable de naturalidad e inocencia!—, pero el matrimonio es asunto serio que pide meditación y consejo.

—Por eso yo, antes de contestar a Octavio, quiero

oir a aquellas personas que, muerto papá, por su autoridad, su respeto y el afecto que con él les unía pueden aconsejarme.

—Muy cuerdo—apoyó don Angelito, mordiendo el anzuelo.

—¿Y quién te ha de aconsejar mejor que tú misma, filliña?—arguyó la *Legoeira*, recelosa—. Estos asuntos no son para resueltos por otra persona. La que ha de casarse eres tú. Aparte de que, si es por lo pensar, bien de tiempo tuviste para ello.

—Quiero aconsejarme, en primer término, de mi tío, aunque su opinión me es conocida; después, de don Dámaso, mi confesor, y, luego, de don Ventura, que fué tan amigo del pobre papá; que lo es nuestro.

Aunque estos nombres, singularmente el del ex juez de Ordenes, tan amigo y admirador de su hijo, debían de inspirarle confianza, la *Maragota* revolvióse alarmada en su asiento, olfateando el peligro como los perros de guarda.

—Sí; está bien. Pero ¿cómo vas a hacer venir a esos señores a la aldea con este tiempo?—insinuó.

—¡Ave María! ¡Tan viejecito como está el pobre don Dámaso! ¿Quién piensa en tal cosa? Iremos nosotros.

—¿A Santiago?—exclamó la *Maragota* francamente asustada.

—¿Y luego, qué tiene de particular? ¿Hay alguien que nos prohiba ir a Santiago?

—¡Dios delante, mujer! No nos lo impide nadie. Yo te lo digo al tanto de evitarte el disgusto que te ha de producir volver allá sin el que está con Dios.

—Ciertamente, me será muy doloroso; pero no he de

huirlo, ni lo evitaría con retrasarlo. Porque no querrá usted que yo no vuelva nunca...

—Mujer, ¡Ave María! qué cosas dices. Yo no quiero nada; pero—descubriéndose involuntariamente—pienso que cuanto más tardes en regresar...

—No ha meditado usted lo que dice—la interrumpió Carmen, cada vez más dueña de sí, fingiéndose ofendida—, y me injuria si supone que yo podré olvidar nunca al santo que está en el cielo, y no sentir el dolor de su ausencia eterna.

—¡Vaya, mujer!... ¡Dios delante!... No dije eso... A lo mejor tienes unas salidas...—desconcertada.

—Pues «morra o conto». Iremos también al Faramello—continuó Carmen, dando el último golpe—. En Santiago sólo estaremos un día, y, al siguiente, en cuanto haya hablado con esos señores, nos marcharemos allá.

Aunque nada acertó a oponer la *Maragota*, no las tenía todas consigo y así se lo manifestó cuando estuvieron solos, al «babión» de su marido, quien no veía nada de particular ni alarmante en la actitud, perfectamente natural, de su sobrina.

—Pues yo dígote que con tu bobada pones en peligro el porvenir de nuestro hijo.

—¡Qué tontería! ¿Qué temes que ocurra en Santiago?

—¿Y si se encuentran?

—¿Quién?

—¡Mismo pareces bobo! ¿Quién ha de ser? Ese demo de castellano y ella.

—¿Pero tan poca va a ser tu habilidad que no aciertes a impedirlo en unas horas que hemos de permanecer allí?

Con todo, aún intentó la *Maragota* diferir la partida. Quejóse al siguiente día de dolores en todo el cuerpo.

—¡A ver si otra vez damme aquel maldito reuma n'as costas que me tuvo tanto tiempo en cama!...

—Vaya, vaya, aprensiva—dijo Carmen, quitándole importancia y echando el caso a broma—. A ver si tenemos que dejarla aquí...

Mano de santo. ¿Quedarse ella en la aldea mientras Carmen se paseaba por Santiago? ¡Ajajay qué rica!

—¡Eso quisieras tú, parvuliña!—«rosmó» sorbiéndose la moquita—. Mientras vayas por donde yo quiero, irás por donde tú quieras. ¡E si non, levaréite eu!

Por la tarde, arreglando los baúles, trató de sondearla haciendo recaer, inocentemente, la conversación en Gerardo; mas Carmiña, que estaba desde la víspera esperando la estocada, la paró en seguida con la mayor sencillez.

—Que le vea o no, para mí como si no existiese. Ha sido mucho el menosprecio que ha hecho de mí, muchas sus ofensas para que yo le perdone. No vuelva usted a nombrármelo, se lo ruego.

—Tienes razón; se portó muy mal contigo. Pero—nueva estocada al corazón—, ¿y si sabe que hemos llegado y se presenta a visitarnos?

—No se le recibe. Se le dice que yo he dado orden de no recibirle.

—¡Mujer!

—Es cosa muerta. Ya ve usted con qué tranquilidad lo digo. Una vez en la vida se sufre una equivocación y un desengaño. No hablemos más de ello.

¡Ay, por eso el otro, su Octavio!... Este sí que era un caballero. Tan bueno, tan noble, tan sabio, con aquel talento que Dios le diera y aquel don para decir las cosas. Ella siempre le oía encogida. Como era una pobre mujer sin luces... Pero todos decían que se le

presentaba un brillante porvenir. Don Ventura, el de Lozano, afirmaba que, cuando hablase donde los diputados, iba a dejar no sé cómo la gloria de un señor que le dicen Castelar. Y Jesusiño Mollido aseguraba que llegaría a catedrático y a ministro.

—Y yo lo creo. Soy su madre... Y, aunque no tuviera todas esas cualidades, dígote que en lo tocante a bondad y enamorado, ¡Jesús María!, no habías de encontrar otro. Habéis de ser muy felices... Si le dices que no, mórrese de pena.

Y, para que ni aun enfermase, le escribió aquella misma noche:

«Filliño, déjalo todo y vente a Santiago. Mañana saldremos nosotros para allá. No te apures, que no es por nada malo, que aquí estoy yo; pero ti vente. Empeñóse ella en ir y no la pudimos convencer. Dice que antes de contestarte quiere consultarse con el confesor y más con el señor de Lozano...»

A petición de Carmen, que pareció de perlas a la *Maragota*, salieron de La Coruña de noche. Llegaron a Santiago de madrugada. No los vió nadie. Además, llovía que era una desesperación.

Apenas alboreaba el día, fueron Carmen y la *Legoeira* a la Catedral. Un buen rato tuvieron que aguardar en la nave de la Soledad, sentadas entre unas mujerucas, al pie de una columna y ateridas de frío, a que don Dámaso abriese su confesonario. Antes, como al llegar, le llamase la de Castro Retén, charló el sacerdote con ellas, alegrándose de ver tan buena y cristianamente resignada a su hija de confesión. Era un viejecito simpático, risueño, charlatán, efusivo y resuelto. Iba muy limpio; los hábitos eran viejos.

—¡Cuánto habrás sufrido, hijita! Me he acordado mucho de ti; ya te lo he escrito. También yo he sentido hondamente la muerte de tu padre. Dios le tenga en el cielo. Cuando uno es viejo, produce mayor dolor la pérdida de cada amigo. Se va uno quedando cada vez más solo... Tiene miedo de quedarse solo del todo... Yo quería mucho a aquel hombre tan bueno. Y él a mí. ¡Una amistad de tantos años! Yo que lo sé, te digo que mi buen Laureano fué uno de los hombres mejores que he conocido. Un justo. Le llora uno por egoísmo; pero te aseguro que se encuentra mejor que en este destierro, porque está en el cielo, rogando por nosotros... La señora, ¿es la esposa de tu tío Angel? Muy señora mía. Tengo mucho gusto en conocerla. Ha de hacer presentes mis recuerdos a su esposo... ¿Quieres confesar, hijita? ¡El costal de pecados que tú traerás...! Bueno, espérate a que despache a esas mujeres. Las pobres tienen obligaciones que atender y necesitan el tiempo. Háganme el favor de no quedarse aquí. Perdonen, pero no me gusta que las penitentes rodeen el confesionario. Las hay que tienen el oído muy fino y se enteran de todo. Por esos las obligo a esperar ahí enfrente, al pie de esa columna, y si hago excepción con ustedes, se me alborotan, y luego me marean con recriminaciones... Por un momentito—dijo despidiéndose.

Abrió el confesonario; sentóse en él y fué llamando una tras otra, para que dejasen allí sus pecados, a las mujerucas que aguardaban, a quienes despachó brevemente.

Por fin, llegó su turno a la señorita de Castro Retén.

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer la *Maragota* para no levantarse y ponerse a escuchar al otro lado!

Carmiña oró fervorosa un momento, acercó la cara triste a la rejilla, hizo capucha del velo, sosteniéndolo con las manos pegado al confesonario, y advirtió en voz baja y apremiante al sacerdote, que mascullaba unos latines:

—¡Por Dios, don Dámaso, no pierda usted de vista a esa bribona! Avíseme si se acerca.

—¡Muchacha!

Rompió a llorar desconsolada.

—¡Por la Virgen Santísima, don Dámaso, por el alma de papá; por la de mamá; por quien usted más quiera, sálveme! ¡No tengo más amparo que usted! ¡Sálveme!...



XVI

¿Y él?

¡Malpocado! Él volvió de las Mariñas creyéndolo todo perdido; muerto el amor de Carmen; enterrada su ventura. Estuvo unos días como loco. Habló de asesinar al ex juez de Ordenes; de matarse él. Pero cuando, sosegado el tumulto de sus sentimientos, pudo reflexionar serenamente, se preguntó si era posible que el edificio, tan firme, de su felicidad viniese de aquel modo a tierra, a un solo soplo de no sabía qué aire maldito, y, recordando todos los sucesos de sus amores, hubo de contestarse negativamente.

No; cuando Carmiña le juraba amor con palabras mimosas y miradas inefables, era su alma virgen, entregándose de una vez y para siempre, la que hablaba, «¡Te querré aunque me maten—le había dicho ella—. Aunque me olvides. Aunque no me quieras!»... No; no y no. Aquello no podía concluir así. Ni de ningún modo. Un enojo más o menos duradero, podría ser; una ruptura definitiva, ¡nunca! Se habían jurado amor eterno, y cuando estos juramentos se hacen con el corazón, quedan escritos para siempre en el libro misterioso donde se decreta el destino de las criaturas.

Era, pues, cuestión de tiempo; de esperar el regreso de Carmiña, que, sin que el estudiante atinara con el motivo, retrasábase demasiado; de encontrar ocasión en que hablarla y sincerarse para volver a su gracia.

Fueron pasando los días, fríos, espaciosos, hostiles; unos, sin saber por qué, llenos de optimismo; otros, por igual desconocida y caprichosa causa, preñados de desesperación.

Cuando Gerardo hablaba con el avisado Casimiro, teñíase de rosicler el cielo de sus esperanzas. El poeta afirmaba resueltamente, con una convicción que hacía mucho bien al madrileño, que la de Castro era ajena en absolnto a cuanto estaba ocurriendo y víctima, de igual modo que Roquer, de una voluntad dañada, que decía el texto de Derecho penal.

—Es cuestión de lógica, señor Roquer y Paz. Ya sabes que yo soy el primer lógico de esta bendita tierra y de las tierras vecinas. El primer lógico y el primer poeta. Soy una paradoja andante. Fíjate, rapaz: La señorita de Castro Retén, guapa y rica; *Maragota*, enamorado de su belleza, de su dinero o de ambas cosas; la señora mamá de *Maragota* dentro de la plaza que su hijo quiere conquistar, y de comandante en jefe nada menos, y Carmen y tú, y tú y Carmen, dos babiones, dos parvuliños que dejáis que os engañe y maneje a su gusto aquella lagartona. Es como en los cuentos infantiles: Una mala meiga tiene encantada a la inocente princesita, y como Su Alteza el Príncipe es un cándido, de aquellos que en su tierra se dejan timar por el primer portugués fingido que les sale al paso...

—¡Mañana mismo—le interrumpió Gerardo. impaciente por desenvainar la espada y deshacer el encanto—vuelvo al Outeiro y...

—Y lo echas todo a perder.

—¡Ca! Le retuerzo el pescuezo a esa bribona.

—Te va a costar mucho trabajo. Tú no sabes lo dura

que es la región traquelina ni la resistencia que ofrecen las esternocleidomastoideas. No tienes más que contar las sílabas. Razona, hombre, razona. Con gente como esa mujer nada se consigue por la tremenda. Tú no conoces a nuestros paisaniños ni a muchos que no lo parecen, pero que en el fondo lo son. ¡Dios te guarde del que sale avieso!... Y tú, por las señales, has tropezado con uno, o una, no importa el género, de lo más fino de la clase. Gente sutil, que tiene la astucia metida en el cuerpo; de caminar lento y tortuoso, pero seguro; erguidos cuando les conviene; cuando no, arrastrándose. Y siempre adelante. No se alteran por nada ni se incomodan ni se quejan ni retroceden. Sonríen siempre, ¡coitadiños!, y van a lo suyo derechitos, por el camino real o por la corredoira escondida. A lo mejor, se suben en tu mismo coche, como os ha sucedido a vosotros, y van tan ricamente. No hay fuerza que pueda con ellos ni espada de Sigfredo, lanza de San Jorge o herraduras del caballo del Apóstol que los «esmaguen». Son invulnerables. Sólo se les puede vencer con sus mismas armas. Paciencia, habilidad y mala intención... y cuando se les tiene a mano, un golpe recto al corazón y dieciséis o veinte tiros de gracia, y con gracia, en la cabeza. A algunos hay que ponerles un monte encima de la sepultura para que no resuciten. Créeme a mí. Disimulo, silencio, calma y malitas tripas, como dicen en tu tierra. Por ahora deja al tiempo el cuidado de dictarte lo que has de hacer. No des golpes en vago ni adoptes actitudes trágicas, como ese fantástico Augusto Armero.

¡Pobre Augusto, cuán cambiado estaba! Desde que Filo le dió calabazas, él, que nunca sintió grandes

entusiasmos por este noviazgo, sostenido por juzgarlo de buen tono, porque «un estudiante sin novia, era, según decía, como una primavera sin flores», se enamoró violentamente de la hija menor del ex juez de Órdenes. Pasábase el día dando vueltas y vueltas por la lóbrega calle del Franco, mirando con ojos lánguidos a las ventanas de don Ventura, y por las noches, acompañado por el violín sentimental de Alvaro Soto y la grave guitarra de Alejandro Barreiro, plañía canciones melancólicas, arrastrando las notas con su voz engolada, bajo el balcón de Filo, quien complacíase en infligirle mayores desprecios cuanto más rendido le veía.

Ya no preocupaban al oficioso rapaz los asuntos ajenos. ¡Terrible señal! Ahora sólo sabía hablar con palabras lacrimosas y rebuscadas del tremendo dolor a que el hado negro le condenaba. Era elegíaco. Citaba a cada paso unos versos desesperados del Dante, en italiano y todo, que aprendió en el texto de literatura, un vigoroso apóstrofe de Mirabeau leído en una hoja de almanaque, y repetía constantemente una frase que «encontró» una tarde del verano anterior bailando la mazurca en el balneario de Villagarcía con una señorita de Puente Cesures:

—¡Yo soy un sentimental!

Era, en fin, la tristeza hecha carne; mucha carne. La tristeza mofletuda y colorada.

Y todo por aquel maldito Madeira que no sabía emborracharse con decoro, y que ahora, mientras sus amigos penaban por su culpa, vivía feliz haciendo mañana, tarde y noche, el guardacantón en el Mercado Viejo, frente a la casa en donde su novia hallábase de temporada con unos parientes.

No hay que decir que con él habían roto toda relación

Roquer y Augusto, más vehementes que el calmoso Casimiro, quien soportaba con la mayor filosofía sus contrariedades amorosas, pagando con desdenes los que recibía de Moncha.

En tanto que sus camaradas paseaban su mal humor por la ciudad y carreteras que de ella parten, él, tan alegre y descuidado como siempre, sólo pensaba en divertirse. Se echó otra novia: una costureiriña mimosa y reidora que vivía en el Inferniño de Arriba, junto a una pintoresca rinconada propicia a los nocturnos amorosos. Además, tenía una racha fabulosa de buena suerte a la treinta y una, que jugaba todas las tardes en el sucio billar de Matías, donde los estudiantones que hacían trampas a los novatos dejábanse ganar por el poeta sin protesta, y hasta aplaudían, de buena fe o por adulación a sus poderosos puños, las tacadas difíciles con que cautivaba a la Fortuna en aquella atmósfera densa e irrespirable de humo de tabaco malo y pésimos olores.

En la Universidad, en la Rúa y en las posadas comentábase como cosa de asombro la tenaz fortuna de Barcala. ¡Como que tenía tardes de ganar sus cuatro y cinco pesos! De dos no bajó nunca.

—¡Juegas bien, Casimiro!

—¡Te aprendí con unos seminaristas de mi pueblo!...

Hasta llegó a tener ahorros; lo menos setenta pesetas que «le vinieron la mar de bien» para la divertida excursión realizada aquellos carnavales por la «Tuna Escolar Compostelana» que, dirigida por Nietiño y presidida por el propio Casimiro, en su triple calidad de orador, poeta y bigotudo, fué a llevar un poco de alegría de juventud a las ciudades silenciosas que miran pasar los años iguales y lentos en un quietismo de muerte.

Vierais el brillante concierto de despedida que dió la estudiantina en el teatro, completamente lleno, como en las mejores noches de *Repolo;* el alborotar de los tunos en los larguísimos entreactos; el tirar los tricornios a las muchachas de los palcos, para que los adornasen prendiendo una flor o un lacito junto a la clásica cuchara de marfil de ocasión, y las tempestades de aplausos y bravos que levantó el elocuente, florido, rebuscado y perisológico discurso que Barcala dedicó a la presidenta de la Tuna, la lindísima Josefina R bianes, quien lo oía colorada hasta la raiz de sus cabellos de oro, presidiendo, en el palco central, una estupenda corte de amor capaz de revolucionar las diez Universidades del reino y las extranjeras que quisieran agregarse.

—«¡Nos vamos, sí!—declamaba gentilmente Casimiro, acercándose a las candilejas, como un tenor en el agudo del concertante—. Pero vuestro recuerdo—abarcando en un galante ademán a las bellezas que alegraban la «espléndida sala del elegante coliseo»—, vuestras ensoñadoras imágenes vienen con nosotros. Las llevamos aquí—puñetazo en el pecho—, ¡pixides hibla!, en el iconostasio de nuestros corazones, y harán sonar a toda hora en nuestros nostálgicos oídos de ausente la delicia de una música misteriosa, las notas dulces y vagas de inefable anemorcordio en el que cantan con suaves murmullos el cristal de vuestras voces y el tintineo áureo de la felicidad de vuestras risas...»

En tanto discurseaba Casimiro en el escenario, Moncha sostenía animadísima conversación con sus vecinos de palco Arturo Santaliño, Pedro Seoane y Ramoncito Sanjurjo, la *creme* de la elegancia compostelana, que debían decirle cosas muy agradables, porque la pérfida

se reía contentísima, con grave enojo de su señor progenitor, a quien, aun tratándose de persona tan poco grata como el poeta, molestaba grandemente tal falta de respeto a la oratoria, «soberana excelsa de las artes bellas». Pero Monchiña estaba de muy buen humor y no hacía caso de su padre ni de los mal educados de la cazuela, que dos o tres veces le impusieron silencio con enojados e imperativos siseos. Y tanto rió, que, cuando el teatro se hundía a aplausos, celebrando uno de los párrafos más elocuentes del sonoro discurso de Casimiro en que proclamaba a Josefina Rubianes «el sol que iluminaba con los rayos de luz de sus espléndidos cabellos los corazones de aquella juventud alegre», el inocente abanico de Moncha vió hechas trizas sus pobres varillas por un movimiento nervioso de la risueña muchacha.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Optimísimo!—aprobaba don Ventura.

—¡Ay, papá!—protestó Monchiña—. ¡No sé cómo te gustan esas bobadas!

Aun cuando en la Tuna formaron casi todos los huéspedes de doña Generosa, excepto el silencioso Pulleiro, el *Ostrógodo* y Madeira, retenidos en Santiago los últimos por las respectivas novias, y, pese a las vivas instancias de Casimiro, Gerardo no quiso figurar en la estudiantina. Él no era como el tornadizo Augusto, que en cuanto le llevaron una tarde a oir un ensayo de la Tuna, sintió flaquear sus convicciones amorosas y, antes del anochecer, obediente a un nuevo giro de la alborotada veleta que llevaba en la cabeza, habíase alistado en las banderas de la alegría, siendo su voz pastosa y segura la que guiaba la cuerda de tenores, que estaba ensayando el famoso vals de Fárvaro:

Adiós ciudad
la del cielo de negros crespones...

Y había que oir luego al novelero muchacho hacer a Gerardo, para animarle a acompañarlos, una exaltada pintura de los días felices que iban a pasar diciendo chicoleos a las rapazas; tirando los tricornios a los balcones; cantando ante las casas de las autoridades y Casinos, que desvivíanse por obsequiarlos; saliendo de un baile en La Coruña para asistir a otro en El Ferrol; de un lunch en Betanzos para un banquete en Lugo y yendo de una novia betancera a una lucense o de una orensana a otra viguesa... Pero el señor Roquer y Paz no se dejó seducir por la alegría del cuadro. Prefería aburrirse en Santiago en espera de acontecimientos felices, que aguardaba impaciente y juzgaba seguros y próximos. Lo que le extrañaba era la facilidad con que el voluble señor Armero daba de mano a sus dolores y disponíase, tan contento, a lanzarse al mundo cantando valses y danzas.

—¡Ay, ¿y luego, tú pensaste que te me iba a estar toda la vida paseando por el Franco? ¡Non, filliño, non! Te hay que variar. De mí no se ríe más ninguna señorita de esa calle, por muy juez de Órdenes que haya sido su señor progenitor. ¡Hay que vivir, Gerardiño!

Y púsose a bailar, con violentas zancadas, aquella mazurca que acababa de «sacar» el orfeón Valverde:

¡Vivir es gozar!
¡Gozar es vivir!

—¡Y que rabie quien quiera, don Gerardo!... ¡Hombre!, daba algo por ver la cara que pondrá esta noche la

señorita de Lozano cuando se entere de que se acabaron las serenatas...

Con la marcha de la Tuna, quedó silenciosa, triste, muerta la posada de la Troya. Sólo, algunas veces, turbaban la paz conventual de la casa los furiosos panderetazos que daba Madeira en su cuarto.

Era que estaba ensayando. El singular artista, no resignándose a que esta vez quedasen inéditas sus habilidades pandereteras, había organizado otra Tuna, para andar por Santiago, naturalmente presidida por él, con objeto de lucirse ante su novia y enseñar, de paso, al presuntuoso Barcala a decir discursos floridos.

«Dando de mano a teatralismos poco serios», como decía en la nota de presentación que envió a la Prensa local, estos tunos no vestían fantásticos trajes de veludillo de a ocho reales vara, calzón corto, medias de lana y zapatos de hebilla, como los otros rapaces que a aquella hora estarían piropeando a las nenas bonitas de Orense. Los estudiantes de Madeira, salvo éste que, por exigencias del instrumento, lucía el traje de tuno con que deslumbró dos años antes a las portuguesas, contentábanse con unos pobres manteos sobre la ropa de los domingos, unos tricornios viejos y grasientos, una pequeña orquesta, un no muy acordado coro y una bandera de rasete económico.

¡Y de director, Samoeiro! El *Ostrógodo* Samoeiro que, descubriendo aptitudes poético-musicales no sospechadas en él, en un par de noches de insomnio se había sacado del casco que usaba debajo de los bandós la letra y la música de un vals que haría palidecer de envidia al propio Strauss. Estaba dedicado a la señorita *Ceratosimple* y empezaba:

Bello jardín de flores,
asómate a ese balcón:
verás al estudiante
cantar a la luz del sol.

Y después, había aquello de:

Escuchad, niñas bellas,
por compasión,
las amantes querellas
del corazón,
que amando locamente
vuestra virtud
hallan, como eco, fuente
de ingratitud... ¡Sí!

La música era, no hay que decirlo, inferior a los ecos, las fuentes, los jardines y las virtudes; pero letra y música formaban un conjunto armónico, y el vals tuvo un éxito loco, aunque no tanto como Madeira golpeando la pandereta ante la casa de su novia con las manos, los codos, los pies, las rodillas, la cabeza, etc., etc.

Estaba magnífico, saltando grotescamente, congestionado y sudoroso, en el centro de un gran corro, que, a cada cabriola del artista, ensanchábase más para seguridad de los regocijados espectadores, quienes, con la última nota del capo di laboro samoeirano, vieron volar sobre sus cabezas un zapato del panderetólogo, despedido en una violentísima contorsión final.

—¡Viva la *Tuna d'a fame!*—gritó entonces un chusco. Sin duda un envidioso de la gloria de Madeira.

—¡Viva! ¡Viva!—respondió gozoso el concurso.

Entonces, Madeira, que, en espera del zapato volador que no había modo de encontrar, se sostenía, haciendo equilibrios, a la patita coja, fijando en los burlones una

mirada pulverizadora, extendió el brazo con ademán tribunicio, y, altivo y, elocuente, «castelarino», según con su habitual modestia confesó después, los tundió con estas palabras lapidarias:

—Las diatribas de la envidia resbalan sobre mí, sin herirme, cual la linfa cristalina, sobre las guijas del río.

¡Y que viniese el fanfarrón de Barcala a hacer frases!

Una tempestad de aplausos y vítores acogió el *speach*.

—¡Viva el dignísimo señor presidente de la *Tuna d'a fame!*—tornó a gritar el chusco de antes.

Suerte fué que el concertista de pandereta tuviese en suspenso sus facultades locomotivas y se viera obligado a refugiarse en un portal, para esperar a que le trajesen de la posada un par de botas de elástico, con el cual sustituyó el medio de zapatos a que la pérdida definitiva del volador le dejó reducido. De otro modo, sabe Dios la hecatombe de puñetazos, epistaxis y muelas expulsadas violentamente de sus alvéolos que hubiera desarrollado la cólera del artista.

Roquer no presenció el triunfo de sus compañeros. Se había propuesto, para hacer méritos, que esperaba que algún día le serían reconocidos, no salir de casa durante aquellos aburridos y lluviosos carnavales. No puso los pies en la Rúa; no asistió a los bailes etiqueteros del Casino ni a los bulliciosos que dió en el teatro el Circo de Artesanos, ni menos a los de trangallada del viejo Liceo de San Agustín. Ni siquiera le inspiraron curiosidad «Los trovadores de la nieve», comparsa de artesanos, pendant de la *Tuna d'a fame*, que cantaba unas cosas, que si no eran producto de la fantasía samoeirana, merecían serlo. Únicamente el martes pudo Pulleiro arrancar a Gerardo de la cama, donde había pasado estos días fu-

mando y leyendo. Doña Generosa instó al estudiante de medicina para que se llevase a su compañero a la calle.

—Se va a morir de tristeza y me va a culotar la casa con tanto cigarro.

Al silencioso Pulleiro, escaso de dinero y no muy sobrado de humor, tampoco le atraían las monótonas carnestolendas compostelanas, pero se sacrificó por Gerardo, de quien era en cuerpo y alma desde la mañana feliz en que, al regresar de clase de medicina legal en busca del caldiño cotidiano, recibiéronle los troyanos formados a la puerta de su cuarto, cubiertas las cabezas con monteras de papel y presentándole militarmente los paraguas, a los acordes de la más arbitraria y desafinada versión de la marcha real que se ha oído nunca.

¿Cómo olvidar aquello? Dentro de su habitación, fantásticamente adornada con toallas, colchas y banderitas de papel, esperábanle Roquer, Barcala y Manolito, ceremoniosamente vestidos de frac al uso de don Servando. Sin darle explicaciones, hiciéronle sentar en la cama, frente a un artefacto misterioso cubierto con una historiada colcha que facilitó doña Generosa, y tras un breve discurso en camelo que le espetó Casimiro y la lectura que dió Manolito de un corto poema médico-legal en aleluyas mal medidas, sonó de nuevo la marcha regia; Marcelino Baamonde simuló llenar el aire de estrepitosos cohetes; un ensordecedor repique de peroles y tapaderas atronó la casa, y Pulleiro vió, atónito, cómo, al caer la lujosa colcha de la patrona, dejaba al descubierto una hermosa vitrina tras de cuyos cristales brillaban pavorosos los instrumentos de un magnífico arsenal quirúrgico, como no se atrevió a soñarlo en los días más optimistas el pobre cornetín.

Entonces Roquer ofrecióle ceremoniosamente, en la fuente más grande de la posada, un sobre que contenía la llavecita de la vitrina y una tarjeta, en la cual apenas si el emocionado Pulleiro pudo leer, a través de sus lágrimas, estas palabras escritas por el padre del madrileño: «Al bravo *Panduriño*. Homenaje de admiración de sus amigos Juan y Gerardo Roquer.»

Panduriño besó la cartulina, abrazó llorando a Gerardo, abrazó a sus demás camaradas, abrazó a doña Generosa, que también hacía pucheros, abrazó a las criadas, que se habían asomado a la puerta para presenciar la ceremonia y pagaron la merced con pellizcos repinicados, y, desde este punto y hora, no tuvo mayor devoción que la del buen amigo que le hacía feliz.

—No es el instrumental, con valer tanto y desearlo yo más, Roquer. ¡Es el hecho! ¡El hecho!—decía el cornetín llorando como un chiquillo.

Se comprenderá, pues, que no a la calle en martes de carnaval, sino al infierno en verano hubiese ido *Panduriño* si de ello proviniese algún bien para Gerardo. El cual hubo, al fin, de ceder a las instancias del futuro médico, y, movido por la curiosidad, dejóse arrastrar hasta la Rúa para presenciar la batalla de almendras, que, por tradicional y bárbara costumbre, ríñese el tercer día de antroido desde los soportales a los balcones, con estropicio de cristalería, peligro de ojos, abundantes descalabraduras y satisfacción de los rillotes, que se pasan la tarde rodando por el suelo y disputándose a piñas y a patadas los proyectiles.

Hacia el anochecer, en lo más recio de la batalla, después de colmarse los bolsillos de peladillas en casa de Blanca, llevó Gerardo a *Panduriño* a la Rúa Nueva,

donde, durante un buen rato, estuvieron apedreando los cristales de la casa de don Angelito Retén.

—¡Que no quede uno sano!

—Ya verás. Ni los plomos.

Unos rillotes vestidos de máscara con unos harapos, vinieron a ayudarles como tropa de refresco.

—¡Dalle a ese!

—¡Alá vai aquel outro!

Ni uno se salvó. Cada peladilla antojábasele a Gerardo una bala que plantaba en mitad del corazón de su enemiga. ¡Y tiraba con un brío y una prisa!...

—Hace la mar de tiempo que no he estado de tan buen humor—dijo a Pulleiro al abandonar, victoriosos, el campo de batalla.

Pero ¡cuán poco dura la alegría en el corazón del triste! La efímera satisfacción de esta tarde le tornó muy pronto a sus amarguras. Aumentaron sus inquietudes conforme fueron pasando los días de aquella interminable, tristísima cuaresma. ¿Qué sería de Carmiña? ¿Por qué no regresaba a Santiago? Y ante esta incógnita, que no acertaba a resolver ninguna conjetura, volvió a atenacearle la desesperación.

Barcala no sabía ya cómo infundirle ánimos ni qué aconsejarle, y el madrileño hablaba seriamente de ir al Outeiro a retorcer pescuezos de bruja, cuando una mañana, muy temprano, entró en el cuarto del estudiante doña Generosa y le despertó gritándole alegremente:

—¡Señorito Roquer! ¡Don Gerardo! ¡Despierte, que le traigo una buena noticia!

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es?—contestó incorporándose sobresaltado, en tanto que la patrona, tropezando en los muebles, fué a abrir las mad[illegible] que dejaron

paso a una indecisa y tristona claridad de mañana lluviosa.

—Espabílese, que le voy a decir una noticia que le ha de gustar.

—¿Qué ocurre? ¡Diga, diga!

—¡Que está aquí; en Santiago!

—¿Quién?

—La señorita Carmen. La acabo de ver en la Catedral con la meigona de su tía.

Pidió el estudiante más detalles. Doña Generosa sólo podía decirle que, antes de oir su misiña, viera en la nave de la Soledad a la señorita de Castro separarse del confesonario de la cortinilla y acercarse a la *Maragota*, quien esperaba al pie de una columna. Doña Generosa no comprendía cómo al entrar en la iglesia ciertas personas no las pulverizaba un rayo del cielo. La de Castro debió de ir luego a comulgar, porque al volver doña Generosa a rezarle a la Virgen, después de misa, vió a la *Maragota* separarse también del confesonario y entrar y salir en varias capillas, sin duda, en busca de su sobrina para reunirse con ella.

Vistióse precipitadamente el estudiante y salió disparado hacia la Catedral, que recorrió afanoso repetidas veces, huroneando en todos los rincones sin descubrir en ninguna parte lo que deseaba.

Cuando, más tarde, iba a entrar en clase de Internacional, presentóse Augusto en la Universidad, todo sofocado como quien acaba de dar una violenta carrera, y llamó aparte a Roquer para decirle, ahogándose y resoplando:

—¡Alégrate! ¡Te traigo una gran noticia! ¡Una estupenda noticia!

—Ya lo sé. Carmiña está en Santiago.

—¡Hombre! ¿Quién te lo ha dicho?—preguntó el noticiero compostelano, desconcertado y molesto por no ser el primero en dar la nueva—. Me extraña mucho que lo haya sabido nadie antes que yo, porque sólo salió Carmen esta mañana...

—A la Catedral, con la bribona de su tía. Lo sé también.

—¡No puede ser! ¡Si yo he venido corriendo y no se lo he contado a nadie!...

—Pues ya ves que lo sé.

—¿Pero cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—Doña Generosa, que madruga más que tú y que esta mañana las vió en la iglesia.

—¡Bien podía doña Generosa meterse en la cocina, que le interesa más!

—No le guardes rencor, Augustiño; perdónala.

—¡Después de la carrera que me he dado!... ¡Y para eso me dejé el desayuno en la mesa en cuanto mi madre me contó que había visto a Carmen!...

Buenas ganas se le pasaron a Gerardo de presentarse en seguida en casa de Castro; pero, atendiendo al prudente consejo del cauto Casimiro, se abstuvo.

—Sería un paso inútil y contraproducente. No te la dejarían ver. Y si quieres hacerme caso, prívate también de pasearle la calle por ahora. Déjalos que se confíen. Que te crean indiferente. Disimulo, paciencia y mala intención, rapaz.

Estimando acertado el consejo, no intentó el madrileño visitar a Carmen; pero lo otro no le fué posible. Pasó y repasó varias veces por la calle de la Senra y por la Rúa Nueva. En la primera, la casa de Castro permanecía

cerrada y muda. En la de la *Maragota*, únicamente la puerta de la calle, abierta, denotaba el regreso de los inquilinos. A don Angelito no se le vió en el Casino ni en ninguna otra parte. *El Libredón*, tan atento a las entradas y salidas de sus correligionarios, no dió cuenta del regreso de los señores de Retén.

—Parece que se esconden, Casimiro.

—Y aunque no lo parezca, Gerardo. Se esconden.

Tres días después soltó Augusto otra bomba.

—¡Estas sí que no la sabes, Gerardo!—Y misteriosamente, cual correspondía a la importancia de la nueva, complaciéndose, como hombre que sabe el interés de sus noticias, en excitar la impaciencia de su amigo, fué, poco a poco, dejando caer las palabras—: Esta mañana ha regresado de Madrid a Compostela, interrumpiendo sus estudios del doctorado...

—¿*Maragota?*

—*Maragota*, sí... Pero, ¡recodio! ¿Quién te lo ha dicho? ¡Todo te lo cuentan antes que yo!

—Me lo estás diciendo tú, ¡ladrón! ¡Concluye de una!...

—¡Ay, eso, bueno...

—¡Pero acaba de una vez con tus noticias y no me hagas pasar mal rato!

—¡Si no sé más!... Que llegó esta mañana en la diligencia de Curtis. Que no le esperaba nadie, y que se fué derechito y muy de prisa a su casa, como procurando que no le viesen.

¿Qué significaba el inopinado regreso de *Maragota?* ¿A qué venía? Indudablemente las cosas tomaban mal cariz. Ahora más que nunca, era necesario estar alerta.

Contra el parecer de Casimiro, Gerardo escribió a

Carmiña una apasionada carta, que rechazó inflexible la criada de los Retén, una vieja desabrida a quien se dirigió para que le sirviese de mensajero. Apeló al correo y, por la noche, la misma fámula le devolvió intacta la misiva, con este recado terminante:

—Dice la señorita que no la moleste; que no quiere saber más nada de usted.

Intentó el estudiante tirar de la lengua a la doméstica con el señuelo de un billete de Banco, ignorante de la desconfianza con que en aquellas tierras se miraba entonces el poco conocido papel-moneda, mas la vieja, como quien obedece una consigna rigurosa, dió media vuelta, y, a todo andar, sin decir palabra, se entró en la casa.

—Aquí de Rafael—decretó Barcala cuando Gerardo le refirió lo que acababa de ocurrirle.—Vámonos al «Siglo».

Y, en entrando, advirtió en voz baja al avispado camarero:

—Te necesitamos, Rafaeliño.

—Si no le es dinero...—contestó el mozo cayendo en guardia.

—Dinero es... para ti.

—Pues luego, venga. Lo mismo me da oro que cobre.

—Se trata—terció impaciente Gerardo—de que hagas llegar una carta a su destino.

—No—rectificó Casimiro—; lo que urge más es saber lo que ocurre en casa de la *Maragota*, y eso nos lo va a averiguar por el aire el señor don Rafael, aquí presente.

En breves palabras le pusieron en autos del caso.

—Joven o vieja, ellos tendrán criada, ¿no es así? Lo demás corre de mi cuenta—contestó el camarero—.

Ahora conviene que en dos o tres días, hasta que yo avise, no vengan ustedes al café.

—¡Toleas, Rafaeliño! ¿Y quién me lo va a fiar?

—¡Ay, se le hace un sacrificio, señor de Barcala. El que algo quiere...

—Pues, luego, vas tener que hacerme un préstamo. Uno más, ¿qué importa al mundo?

—Al mundo, no le sé; pero a mí mucho.

—No te apures, Casimiro, que aquí estoy yo, ¡Pues no faltaba más!—ofreció Roquer.

—¡Ay, don Gerardo—protestó Rafael—¿y luego, usted quiéreme hacer la competencia-y quitarme de ganar unos cuartiños?

—Como decías que no...

—Le es el regateo, señor. Para que no me pida mucho, ¿sabe?... Ahora váyanse, que va a empezar a venir gente. Cuando haya algo, iré yo por la posada.

A los dos días apareció cerrada la casa de los *Maragota*. Según Rafael, habíanse marchado al Faramello.

—¡Esto es un secuestro en toda regla!—rugió Gerardo.

—Las señales no pueden ser más evidentes—corroboró Barcala.

—También yo le creo que así es—remachó Rafael—. Por lo poco que hasta lo de ahora he podido husmear, paréceme que tienen a la señorita encerrada, sin dejar que la vea nadie, ni las criadas.

Exaltáronse aquellas imaginaciones juveniles. El madrileño y sus amigos adivinaron, vieron, las torturas que la maldad de sus verdugos infligía a la desdichada Carmiña por no someterse al deseo de los bribones que, a todo trance, querían que olvidase a un rapaz tan simpá-

tico y tan bueno como Roquer, para casarla con el farfantón de *Maragota*. Particularmente el señor Armero, como si hubiese presenciado las crueles escenas que se desarrollaban en la tétrica mazmorra en que yacía aherrojada la de Castro, pintaba con vivos y sangrientos colores los tormentos que, valerosamente, sufría la desventurada joven.

—¡Calla, con tanto disparate!—le ordenó Casimiro.

—¡Tengo que acabar con eso!—decidió impetuoso Gerardo.

Evidentemente; aunque sólo fuese por humanidad, había que poner término a tal vileza. ¿Pero cómo?

¿Cómo? Pidiendo amparo a la ley. ¿No eran ellos hombres de derecho? Pues en los códigos encontrarían el medio de concluir con aquel horror.

Toda la posada echóse a nadar por los mares procelosos del procedimiento y las leyes sustantivas sin encontrar puerto, peña o boya a que acogerse, y, después de largas discusiones y mucho ir de un código a otro, dejando este comentarista para coger aquel libro de texto, sin dar en ninguna parte con el caso preciso de la señorita de Castro y su desgraciado novio, tuvieron que declararse vencidos.

—¡No es posible!—protestó el madrileño—. ¡Tiene que haber algo; debe haberlo!

—Sí; pero nosotros no lo sabemos encontrar.

—¿Entonces no nos sirve de nada lo que hemos estudiado?

—Eso mismo estaba yo pensando, filliño—respondió desconsolado Casimiro—. Todos los sobresalientes de Casás, los notables de Boullosa, mis premios en Literatura y Economía política, los aprobados por recomen-

dación de Samoeiro y los suspensos sin cuña de Pitouto, valen lo mismo. ¡Nos hemos lucido!

Fué Madeira, hasta entonces callado, quien dió la solución.

—¡Boh! Os estáis calentando inútilmente la poca sesera que tenéis. ¿No decís que la de Castro está secuestrada, y que se la llevaron a la aldea para coaccionarla mejor? Pues, ¡pedazo de estultos!, ¿tenemos más sino plantarnos en el Faramello, entrar, sea como sea, en la casa, moler a palos a toda la caterva de follones malandrines que la guarda, coger a la rapaza de Gerardo y traérnosla sana, salva y contenta a Santiago? ¡Tanto sobresaliente y tanto libro, y discurrís menos que el colchón de Samoeiro! ¡Yo voy, con Roquer o solo, a rescatar a la muchacha!—concluyó caballerescamente.

El madrileño fuese a él y le abrazó conmovido.

—Tienes razón. ¡Vamos!

—Un momento—advirtió deteniéndolos el prudente Ulises Barcala—. Y así que hayamos rescatado a Carmen, ¿qué hacemos con ella? Porque supongo que no te la traerás a casa...

—Es verdad. ¿Qué hacemos con ella?

—¡Pero si no hay nada más sencillo!—resolvió Augusto, encontrando en su erudición romancesca la solución del problema—. Tenemos preparado un cura en una iglesia cercana; vamos allá con la muchacha, en cuanto se la robemos a sus carceleros; os casáis, damos muchos vivas a los novios y otros tantos mueras a *Maragota* y a su cochina ascendencia y colorín colorao...

—¿Y dónde encontraremos a ese cura?

—Yo iré a buscar a Minguiños—contestó Casimi-

ro—. Minguiños es pintiparado para el caso. ¿Quién sabe dónde vive?

—¿Para qué quieres sus señas? ¿No han enterrado hoy a don Sabino?

—Cierto. En la taberna del *Argallante* lo encontraré esta noche.

Era Minguiños un clérigo rabelesiano, rechoncho, apoplético, glotón y alegre, que se ganaba la vida actuando de sochantre con su voz cavernosa en todos los entierros y funerales de rico. Para Minguiños los días eran de dos clases: Días negros, en que, por no haber nadie a quien dar tierra, veíase reducido al pote familiar, y alegres días de pescada.

—¿Tienes pescada, Minguiños?—le preguntaban los estudiantes al verle pasar ligero con la bolsa roja de la sobrepelliz colgada del brazo.

—¡Teño!—respondía relamiéndose.

No hubo memoria de entierro, funeral o función religiosa que no solemnizase Minguiños regalándose por la noche, en el reservado de la taberna del *Argallante*, con un par de raciones, cuando no con tres de aquella riquísima merluza con chícharos que aderezaban exquisitamente la manos primorosas de la mujer del tabernero. La pescada con chícharos era el vicio de Minguiños. La pescada y más las sardiñiñas con cacheliños, el pulpo, el raxo, las costilletas, el lacón con grelos, su buen vino blanco del Rivero o tinto de Castilla y su mejor «calloubada», bien cargadita de caña para ayudar la digestión. Minguiños era un hombre feliz. No tenía más que un enemigo: la cochina salud que se disfrutaba en la ciudad. Una indecencia, ¡hom!

—Ya tú ves—porque él tuteaba a todo el mundo,

como todo el mundo le tuteaba a él—. Con esta estrechez de calles, que te está probado que es muy perjudicial para la salud pública; con las casas faltas de esas cosas de la higiene que ahora son tanta moda; con la carencia de alcantarillado y con el agua que cae del cielo, asustan las cifras de mortalidad en Santiago. No se muere nadie. Ahí está la estadística ¡hom!

Pobres, sí; caían algunos; pero no tenían importancia para la estadística. Los otros, los ricos, eran los que disfrutaban de una salud a prueba de epidemias.

—¿Cuántas veces vengo aquí al mes, *Argallante?* Ocho, diez; a lo sumo doce. Un asco ¡hom! Todos son días negros. Echa para acá un nato de ese Riveiro tan rico, Dios lo bendiga y nos bendiga a todos, amén. ¿Qué traes, estudiante?—preguntó a Barcala, que le oía curioso.

—Tengo que hablarte, Minguiños—respondióle Casimiro.

—¡Ay, namentres quede un toro de merluza en el plato, hasme de perdonar. Aunque me llamasen para hacerme canónigo no te me levanto de la mesa.

—No hace falta; podemos hablar mientras cenas.

—No serán cosas desagradables ¿eh? Porque te es muy malo para las digestiones.

—Tranquilízate; no es nada malo, sino algo muy bueno.

—Pues, luego, bien. Di lo que quieras.

Brevemente le puso el estudiante al tanto del asunto. Tratábase de una colosal pescada; como un tiburón de grande. Más: como una ballena; como un transatlántico. Un año de merluza y guisantes a todo pasto.

—¿Y entre horas un caponciño relleno y alguna em-

panada de raxo o de lamprea?—preguntó risueño el clérigo con la barbilla brillante de grasa y los ojos muy abiertos de gula.

—Con todo eso y unas mantecadiñas de Belvís, para postre.

—Pues ya que eres tan generoso, añade unas cajitas de jalea de perada y membrillo, de esas tan ricas que venden en casa de *Don Hilarión*. La jalea untada en pan, después de una buena comida, te hace un postre exquisito.

—Habrá, no cajitas, sino cajones de jalea.

—¡Pídeme lo que quieras, ¡hom!; pídeme lo que quieras, y acaba, no me hagas padecer!—le rogó Minguiños impaciente y goloso.

—Es muy sencillo. Trátase de casar, como Dios manda, a dos rapaces que se quieren y cuyas familias se oponen a la boda. El novio es muy rico y pagará espléndidamente al cura que los case, y yo he pensado en ti...

—No sigas, ¡hom!, no sigas—le atajó Minguiños todo desconsolado—. No te sirvo para el caso. De veras te digo que lo siento. Me habías abierto un apetito... Dame otra ración, *Argallante*. Los matrimonios, para que sean válidos, ha de hacerlos el párroco de los contrayentes.

Minguiños aconsejaba, en suma, un matrimonio por sorpresa. Arrodillarse ante el cura propio de la parroquia de la novia, cuando fuese a echar la bendición en la misa, cogerse las manos derechas, sin guantes ¿eh?, y decir en el momento preciso: «Nos queremos por esposos». El cura bendice y Pax Domini sit semper vobiscum. Enhorabuena y que Dios os haga bien casados.

—¿Estás seguro, Minguiños, de que el matrimonio así celebrado es válido? Tú debes de saber estas cosas,

—¿Y luego? Perfectamente válido. Te lo tengo muy leído en los periódicos de Madrid, que cuentan con mucha frecuencia casos de estos.

El consejo de Minguiños pareció de perlas a Gerardo. A la noche siguiente arrancaría a Carmiña de manos de sus verdugos, a la otra mañana arrodillaríanse, como aconsejaba Minguiños, ante el cura del Pilar, y asunto terminado.

En el acto, se le ofrecieron sus amigos para acompañarle en la arriesgada expedición. Él solo no podía llevarla a cabo. Irían la plana mayor de los troyanos: Barcala, Pulleiro, Madeira, Marcelino, Manolito y Augusto. No hay que decir cuánto agradeció Roquer esta prueba de amistad.

—Pero no quiero que por mí os comprometáis—les dijo—. Tened en cuenta que se trata de un lance muy serio, expuesto a muchos y graves disgustos.

—Para las ocasiones son los amigos, y esta batalla hase de dar con mucha gente. ¡Qué más quisieran los secuestradores de la rapaza que cazarte a ti solo por aquellas corredoiras!

Cuando Samoeiro se enteró del proyecto, por una indiscreción del hablador Augusto, protestó, ofendido, porque no se había contado con él y anunció, resuelto, su firme propósito de sumar su valerosa persona a la comprometida expedición.

—La amistad y el compañerismo sobre todo. Por la amistad yo voy adonde haya que ir, querido Roquer.

—Samoeiro—díjole solemnemente Casimiro—, con tus bandós, tus chaqués moteados de grasa, tu flauta, tus versos inéditos y tu música inspirada, ¡Wagner ignorado!, eres un hombre. ¡Chócala! Al primero que vuelva

a llamarte *Ostrógodo* o a robarte una empanada, le rompo los morros.

Por la tarde, antes de salir para el Faramello, celebraron consejo en la habitación de Gerardo, para acordar el plan de la batalla. Saldrían separada y disimuladamente de Santiago y reuniríanse a las once en el Puente de la Rocha, donde estaría esperándoles un coche que Samoeiro, como menos sospechoso, se encargó de preparar. Pulleiro y Marcelino partirían a pie, al anochecer, en calidad de exploradores.

Todos sentíanse orgullosos de tomar parte en la operación y se mostraban las armas que llevarían para defenderse. El arsenal más pobre constaba de revólver, llave inglesa, garrote y navaja de afeitar. El que más y el que menos considerábase un héroe de novela.

El señor Armero nunca se sintiera tan feliz. Habíase apoderado de un roten de su padre y paseaba por la habitación, matonesco, mosqueterilmente embozado en la capa, que recogía la punta del bastón asomando por debajo a modo de contera de espada.

—Somos unos caballeros medioevales—decía—que vamos a salvar a una dama. Leonor gime prisionera, y Manrique y sus amigos corren a arrancarla del poder de sus verdugos. ¡Guay del menguado que pretenda oponérsenos!—y, desenvainando valeroso el roten paterno, tiraba estocadas a los cuatro vientos, con riesgo de la integridad personal de los allí reunidos y del quinqué, que desde media tarde atufaba la habitación—. ¡Atrás, villanos! ¡Paso a la justicia! ¡Paso al amor! ¡Por nuestro Dios, nuestro rey y nuestra dama! ¡Muere, pérfido *Maragota!*

—¡Augusto!—le gritó Barcala—. ¡Siéntate y calla, o te expulsamos!

—¡Vosotros no tenéis alma de poeta!—replicó Augusto, despectivo, tornando el acero a la vaina.

Todo estaba dispuesto. Marcelino y Pulleiro iban a partir dentro de un cuarto de hora, cuando Rafael se presentó en la posada y anonadó a Gerardo con sus noticias.

—La señorita Carmen no está con los *Maragotas*. No ha ido al Faramello. Hace muchos días que no vive con sus tíos.

—¿Qué dices? ¿Desde cuándo? ¿Dónde está?

Rafael lo ignoraba. Unicamente sabía que la señorita no se encontraba en casa de sus parientes, y que éstos hallábanse muy disgustados. La madre y el hijo andaban siempre cuchicheando; la *Maragota* mostrábase enojadísima con su marido, sin disimular su enfado delante de la criada, aun cuando no dejaba traslucir lo que ocurría. A la sirvienta la amenazaron no sabía con cuántos males si hablaba con Roquer o persona que fuese de su parte.

—Entonces, ¿cómo te ha contado todo eso?

—Porque yo no he ido de parte de usted. Y tampoco le hablé con la criada, sino con la lavandera, que chismorrea con ella en la cocina.

—¿De modo que no tienen secuestrada a la señorita?

—No, señor; y tengo la seguridad de que les contraría mucho lo que ocurre. No le quepa duda; la señorita Carmen se ha ido de casa contra la voluntad de sus tíos.

¿Se habría vuelto al Outeiro? Gerardo, Barcala y Madeira salieron precipitadamente, aquella misma noche, en la *Carrilana* de las ocho, para las Mariñas, y regresaron dos días después, desconcertados. Carmen no

había vuelto al Pazo desde que salió de allí con los *Maragotas.*

Tona refirió al madrileño su conversación con la señorita de Castro en la iglesiña de Tatín; lo que si, por un lado, llenó de alegría al estudiante, aumentó, por otro, su inquietud.

Gerardo, sus amigos y Rafael indagaron prolijamente por todas partes, sin lograr descubrir el paradero de Carmiña. Elvirita Briay aseguró a Samoeiro que ni ella ni las de Lozano tenían la menor noticia de la de Castro. Ni siquiera supieron su llegada a Compostela.

Desesperado, presentóse el madrileño en casa de don Angelito, en cuanto supo su regreso del Faramello, y le requirió enérgicamente para que le descubriese el lugar donde se hallaba Carmen. El esposo de la *legoeira* se negó, con molesta sequedad, a contestar. ¿Con qué título se atrevía el estudiante a interrogarle? Gerardo creía suficiente el de prometido de la señorita de Castro; pero don Angel no lo admitió por válido. Sabía por su sobrina que sus relaciones con el estudiante habían terminado, y, por tanto, el señor Roquer era para ellos un extraño a quien no tenía que dar explicaciones de nada que a su pupila se refiriese. Todo ello dicho sin alterarse, fríamente, desdeñosamente, con visibles deseos de concluir pronto. Ni siquiera fué invitado el madrileño a sentarse.

Salió de allí corrido. Por más que torturaba su imaginación, no acertaba a decidir si debía de alegrarle o entristecerle la misteriosa desaparición de Carmiña. Era posible que hubiese huído de los *legoeiros*, ¿pero adónde? ¿Y por qué no daba a Gerardo razón de su persona...? ¿Y si, a pesar de todo, la tenían secuestrada sus tíos?

Buscó a *Maragota*, con las amables intenciones que pueden suponerse, y *Maragota* le huyó. No se le veía por parte ninguna. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Le escribió una carta, llena de improperios, desafiándole. *Maragota* le contestó con dos líneas desabridas, sin firma, advirtiéndole que, como repitiese sus palabras o se propasase con actos, acudiría a los Tribunales. Aquella misma tarde apareció de nuevo cerrada la casa de Retén. Los inquilinos habían partido silenciosamente, como si temiesen algo.

Entonces pensaron los estudiantes en dirigirse al juez, un sevillano muy simpático que se pasaba el día abominando de los litigantes y las noches jugando al billar en el Casino, para que tomase cartas en el asunto e hiciese cantar a los *Maragotas* lo que tan oculto querían tener.

Augusto, encargado de practicar cerca del representante de Astrea una exploración diplomática, se dejó ganar seguiditas tres partidas de carambolas... y sacó en limpio que, mientras no tuviesen hechos positivos que ofrecer a la acción de la Justicia, ésta no podía hacer nada.

—Pero, entonces, ¿para qué sirve toda esa porquería de Códigos?

—Para pleitear. ¿Le parece a usted poco?

—¡Yo me tengo la culpa!—exclamó Gerardo desesperado, cuando vió que también fracasaba este último recurso—. ¡He debido coger por el pescuezo al marido de la *Maragota* cuando estuve en su casa, y apretar, apretar hasta arrancarle la verdad o la vida! ¡O ambas cosas!

Y amenazó furioso a los cuatro puntos cardinales, con los puños cerrados, impotentes...



XVII

Llovía aquella mañana como si nunca hubiese caído agua en Santiago y las nubes tuvieran prisa de saldar su deuda con la mojada Compostela.

Gerardo, a quien Casimiro, para sustraerle de la soledad,

Madre de melancolías,

obligaba a asistir a clase, iba a entrar con su aire triste y resignado en la de Angelito Pintos cuando sintióse fuertemente cogido de un brazo. Era Pulleiro.

—¡Ven!—díjole, imperativo y misterioso, arrastrando al madrileño fuera de la Universidad.

—Algo grave debe de ocurrirte cuando así abandonas las clases, tú, el estudiante a quien jamás apuntaron una falta—comentó Gerardo, obedeciendo a *Panduriño*—. ¿Qué te sucede?

—A mí, nada. Es a ti a quien le ocurre algo, y muy gordo,—y plantándose delante del madrileño, en lo alto de la escalinata que da acceso a la Universidad, sin hacer caso de la lluvia y dejando caer las palabras una a una para hacerlas desear, le espetó: —Vamos a ver, señor don Gerardo: ¿Qué me da vuecencia por una gran noticia, una magnífica noticia, una despampanante noticia?...

—¡Adolfo!—gritó Roquer, trémulo, sin dejarle concluir, apretando fuertemente las manos de su amigo—. ¡Tú sabes dónde está!

—Sí. ¡Y la he visto!

—¿Dónde? ¿Dónde?

—E, ainda mais, he hablado con ella... Pero vamos andando hacia Fonseca, que es la hora de Higiene.

—¡Pronto! ¡Por tu madre, no me hagas sufrir! ¿Dónde está? ¡Dime!

—En el convento de la Purísima.

—¡Torpe de mí!—exclamó Gerardo, dándose tan fuerte palmada en la frente, que echó a rodar el sombrero—. ¡Si me lo había dicho ella!... ¡Burro! ¡Bruto! ¡Imbécil! —acompañando cada piropo con un sonoro bofetón, que se administraba sin duelo—. ¿Cómo no se me ha ocurrido?... Pero cuenta, cuenta.

—Pues verás...

—¿Cómo está? ¿Qué hace? ¿Está triste? ¿Te ha preguntado por mí? ¿Te ha dado algún recado para mí?

—Ten calma, torbellino, que todo lo sabrás.

—Está de señora de piso, ¿verdad?

—Así debe de ser, porque no lleva hábitos.

—¿Y qué te dijo? ¿Qué le dijiste? ¡Acaba!

—¡Déjame empezar!

—Sí, sí; perdona. ¡Habla; habla pronto!

—Vamos andando hacia Fonseca, que no quiero perder la clase de Higiene.

—¿Quién piensa en clases ni en libros en día tan solemne? ¿Dónde está el sol que no acude a festejarlo?

—¿Me dejarás hablar al fin?

—Soy mudo... Pero cuéntamelo todo minuciosamente, sin omitir detalle.

—Allá va. Esta mañana, al salir de Clínica, me dijo don Timoteo, de quien, como sabes soy ayudante, que teníamos una pequeña operación en el convento de la

Purísima. Cosa de nada. Cogí los instrumentos correspondientes y allá me fuí con mi compañero Rafaelito Martínez Uzal a esperar a Timoteo. Cuando llegó éste, llamamos. Una voz femenina y gangosa nos contestó por el torno: «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento...» Se dió a conocer don Timoteo; abrieron la puerta...

—¡Adolfo, mira que te estrangulo!

—¿No me has dicho que no omita detalle?

—¡Pues ahora te digo que los omitas todos y que llegues pronto junto a ella! ¿Dónde la encontraste?

—En la habitación de la doliente, una señora de piso. No hice más que dejar el instrumental sobre una mesa llena de santos y lamparillas encendidas, me vuelvo, y ¡paf!, veo a tu novia que con otra señora y dos monjitas estaba dando ánimos a la enferma. Ésta, muertecita de miedo, rogó a Carmen que permaneciese a su lado durante la operación; pero en cuanto aplicamos el cloroformo y Timoteo requirió el bisturí, tu novia, toda pálida y temblorosa, se refugió en el hueco de la ventana... y allí fuí yo a saludarla cuando concluímos. «¿No se acuerda usted de mí? Soy Pulleiro—le dije—, aquel amigo que Gerardo le presentó en la romería de Bergondo; *Pandariño*, el del cornetín.» Se le iluminaron los ojos y quedó suspensa, como si no se atreviese a preguntarme, o esperando a que yo le dijera lo que sin duda deseaba saber. ¡Claro que se lo dije! ¿Y luego? «¡El alegrón que va a tener Gerardo cuando le cuente que está usted aquí y que la he hablado!» «¿De veras?», me preguntó abriendo mucho los ojos, interesadísima y emocionada. Sí, chico, emocionada. «Está como loco por no saber de usted—le contesté—. Lo estamos todos, porque a todos nos trae al retortero haciendo averiguaciones. Hace pocas noches,

creyendo que la tenían a usted secuestrada en el Faramello, nos disponíamos a ir a rescatarla.» Sonrió y no pudimos hablar más porque se acercó a nosotros la monjita que se había quedado para ayudar en lo que fuera menester.

—¿Y no te dijo nada para mí?

—¿No has oído que nos cortó la conversación la monja?

—¿Tienes que volver hoy al convento?

—Sí; esta tarde, con don Timoteo.

—¿Y antes, no?

—No. Es una operación sin importancia. A no ser por la edad de la operada y por el cloroformo, no volveríamos hasta mañana.

—Llévame contigo.

—¡Imposible! Comprende con cuánto gusto lo haría, pero figúrate lo que iba a suceder cuando llegase don Timoteo. ¿Cómo le explicaríamos tu presencia?

—Le dices que soy un pariente de la enferma.

—Y me desmentirán las monjas.

—O que soy un compañero tuyo.

—¿Un alumno a quien don Timoteo no conoce? ¡Toleas! Lo que puedo hacer es darle a tu novia todos los recados que tú quieras; o llevarle una carta.

—No; yo quiero verla; necesito hablar con ella, hoy mismo; ahora mismo. ¡Anda, Pulleiro, sé bueno; vamos al convento!

—No puede ser, Gerardo, créeme. Comprende que si me niego a complacerte, siendo tanto el gusto que yo recibiría con ello, es porque me pides un imposible. No seas arrebatado. Ten un poco de calma; escríbela, y ella te dirá cómo habéis de hacer para veros.

Porfiaron durante un rato; pero, al fin, viendo que no podía convencer a *Panduriño*, cedió el madrileño.

—Bueno—dijo—, puesto que no quieres hacerme el otro favor, me voy ahora mismo a casa a escribir esa carta.

Separáronse. Pulleiro bajó la empinada cuesta de la Fuente Sequelo, camino de Fonseca, y Gerardo se fué presuroso por el Preguntoiro a la Troya. De dos en dos subió las escaleras hasta el cuarto de *Panduriño;* cogió una blusa de éste que había en la percha y, como no encontrase la llave de la vitrina, rompió un cristal y apoderóse de unos cuantos instrumentes a la buena de Dios; lo envolvió todo en un periódico y salió disparado hacia el convento.

—Soy el ayudante de don Timoteo, que vengo a cuidar a la enferma—dijo a la monjita que salió al torno.

—Pero usted no estuvo antes—le objetaron con cierta desconfianza.

—No, señora. Yo estaba en el hospital haciendo la visita con don Maximino Teijeiro, y, cuando don Timoteo llegó ahora a Fonseca, me ha mandado venir aquí hasta que vuelva mi compañero Pulleiro, que es aquel alto de los bigotes largos que vino antes con él.

Sintióse un leve cuchicheo tras el torno.

—Don Timoteo no nos advirtió nada al despedirse hasta la tarde—dijo otra voz—. Además, la operación ha sido muy feliz, gracias al Señor.

—Así me lo ha dicho a mí también—contestó el estudiante—, pero la edad de la paciente obliga a estar a su lado hasta que desaparezcan los efectos del cloroformo, para prevenir cualquier accidente por... por... cloroformitis: una salifurcitis o un estrogodomatitis, que son

peligrosos si no se acude a tiempo a remediarlos. Ahora, si ustedes no quieren, o no pueden darme acceso hasta la enferma, nosotros no seremos responsables de las complicaciones que sobrevengan, pues hemos tratado de cumplir nuestro deber.

Las razones del estudiante convencieron a las monjas. Pasado un ratito, que a nuestro vehemente amigo pareció inacabable, franqueósele la puerta del convento, y Roquer, guiado por una Hermana vieja, pasó un claustro solitario y silencioso que rodeaba un jardín triste, subió una amplia y limpísima escalera y encontróse, al cabo, en un largo pasillo. A derecha e izquierda veíanse varias puertas de cuarterones, con pililas de agua bendita a los lados y sobre el dintel una cruz y la cifra ignaciana. Aquellas eran, sin duda, las habitaciones de las señoras de piso.

Nunca latió con mayor violencia el corazón de Gerardo. Detrás de una de estas puertas estaba su bien amado. ¿De cuál? No creyó oportuno preguntárselo a la Hermanita, aunque buenas ganas se le pasaban de ello, y púsose a toser violentamente, con la esperanza de ser oído por la que acaso en aquel instante pensaba en él, bien ajena de tenerle tan cerca.

—¿Está usted acatarrado?—le preguntó con interés la lega—. Con este tiempo de agua y frío no hay salud.

—No es catarro—contestó el estudiante hablando a voces como si lo hiciese a una sorda—. Es tos nerviosa.

—¡Pobrecito! ¿Ha probado usted el jarabe que hace la madre Sor María de los Desamparados? Mano de santo. Luego le traeré un poco. Verá qué bien le sienta.

—No se moleste, Hermana, para esta tos sólo hay una medicina.

En el cuarto de la enferma, otra Hermanita, sentada en una silla baja a los pies de la cama, leía un libro de oraciones. La doliente continuaba amodorrida bajo la acción del anestésico.

—No se ha movido—dijo la monjita—, pero a ratitos se queja débilmente.

Gerardo hizo como que pulsaba a la operada y tranquilizó a las Hermanas.

—Si tienen ustedes algo que hacer, pueden retirarse—les dijo poniéndose la blusa de Puléiro, como si se dispusiera a rajar y cortar nuevamente en el dolorido cuerpo de la enferma—. Yo me quedo al cuidado hasta que venga mi compañero o don Timoteo. Por ahora no ocurre novedad. Si algo necesito llamaré.

—No tiene más que tirar de ese cordón de campanilla. Véngase, Hermana San Millán; vamos a comer.

Al salir, cerraron por fuera.

—¡Me he divertido!—exclamó Gerardo.

Y pegado al ventanillo estuvo tosiendo y tosiendo hasta hacerse daño, sin que nadie acudiese al reclamo. Todas las puertas permanecieron cerradas.

—Sin duda, estará en el refectorio—volvió a decirse el rapaz al sentir el penetrante olorcillo a comida, que llegó hasta allí para recordarle que había sonado la hora del caldiño cotidiano.

¿Pero quién pensaba en tales prosas? Con el corazón rebosante de esperanza y alegría, reíase el muchacho imaginando la cara de sorpresa de Carmiña al verle allí, con aquella blusa... ¡Con tal de que no despertase la enferma antes de tiempo...! Y vuelta al ventanillo y a las toses, hasta que, convencido de que se estaba desgañitando en balde, asomóse a la ventana, que daba a la

enorme huerta, de la cual había alejado la lluvia a las monjitas, que, en los días secos, pasean por allí lentamente, leyendo en sus libros de meditaciones o, acaso, dejando melancólicas que el pensamiento vuele por cima de las elevadas tapias, de los altos árboles y aún de las mismas nubes, sabe Dios adónde.

De pronto, sonaron unos gritos ahogados a espaldas del estudiante, quien al oirlos se volvió con sobresalto. Era la enferma que comenzaba a recobrar el sentido.

¡Demontre! Con esto no contaba él...

La doliente fué subiendo el tono de su canción. Agitábase. El madrileño no sabía dónde meterse. Entró la Hermana San Millán. ¡Ábrete tierra!

—¿Por qué grita?—preguntó acercándose al lecho—. Es el cloroformo, ¿verdad?

—Sí; el cloroformo. El cloroformo tiene eso.

—Dicen que a otros enfermos dales por llorar.

—Cierto... Unos lloran... y otros ríen.

—¿No le da usted algo?

—Sí; sí—. Y Gerardo, completamente azorado, cogió de la mesa uno de los instrumentos que sustrajo de la vitrina de *Panduriño*.

Afortunadamente, abrióse entonces la puerta, y se presentó Pulleiro, jadeante, mojado, lleno de barro y con el paraguas chorreando más agua que una gárgola. No pudo reprimir la risa al ver a su amigo.

—¡Qué carrera me he dado! Pero llego a tiempo. Se presenta laborioso el caso ¿eh, compañero? Y difícil. Ya veo que te dispones a hacer una aplicación de fórceps—y acudiendo a la enferma, pidió a la monjita: —¿Quiere usted traerme una infusión de tila?

Cuando salió la Hermana encaróse con Gerardo:

—¿Estás loco? Me has hecho venir echando los bofes, y sin comer. ¡Con el hambre que yo tenía! Pero cuando llegué a casa, la vitrina rota me indicó la calidad del disparate que estás haciendo. ¡Y que no te has traído instrumentos! Más que nosotros esta mañana. Cinceles. sondas de nariz, forceps, laringoscopio... ¿Cuántas cosas padece esta pobre señora? ¡Anda!, recoge y vámonos en seguida.

—¡Ca! Yo no salgo de aquí sin ver a Carmen.

—Pero ¡desgraciado! ¿Qué le vamos a decir a don Timoteo cuando venga?

—Lo que tú quieras; pero yo no me voy sin hablar con ella.

No hubo modo de convencerle.

Trajo la monjita la tila. Pulleiro humedeció los labios de la enferma.

—¿Cómo está?—preguntó la Hermana San Millán.

—Muy bien.

—¿Cree usted que salvará?

—Sin duda alguna.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. El Señor le oiga. Nosotras queremos mucho a doña Rosalía, porque es muy buena; una santa.

Interrumpió la charla de la lega el sonido de una campana, una de esas cristalinas campanitas de convento de monjas que suenan melancólicas, infantiles, inefables...

—Tocan a vísperas. Puesto que ustedes están aquí, yo me voy al coro. Si algo necesitan, tiren de la campanilla. No salgan sin llamar.

—¿Ni al pasillo?

—Este pasillo no es de la clausura; pero tampoco

deben de salir a él, para no molestar a las señoras que ahora habrán subido a sus habitaciones. Con este tiempo no apetece estar en la huerta ni paseando por el claustro bajo.

—¿Dura mucho el coro?

—Poco. Una hora; pero vendré de vez en cuando por por si me necesitan.

—No se moleste usted—apresuróse a advertir Gerardo—. No necesitamos nada.

Pegado a la puerta estuvo Roquer escuchando largo rato. No se oía nada. Un silencio de paz, de lugar alejado de todos los ruidos, reinaba en el convento. Sólo de vez en cuando la esquilita de cristal invitaba a la oración.

—¡No puedo más!—dijo el madrileño abriendo impaciente la puerta.

—¿Qué vas a hacer?—le replicó Pulleiro, temeroso, deteniéndole.

—¡Buscarla!

—¿Pero cómo?

—Llamaré a estas puertas hasta dar con la suya.

—¡Muy bien! Y se enterará todo el convento de nuestra superchería; nos echarán de mala manera, y sabe Dios lo que nos ocurrirá después. Yo no vuelvo a presentarme delante de don Timoteo.

—Pues tú dirás lo que hacemos. Yo no me voy de aquí sin ver a Carmen, sin hablarla, sea como sea. Discurre algo.

—No sé... No se me ocurre más que tener miedo. Como no tengo costumbre de estas cosas...

—¡Ni yo! ¿Piensas que me he pasado la vida asaltando conventos de monjas?... ¡Una idea, Señor, una idea!...—pidió el madrileño paseando nervioso por la

habitación. De pronto se detuvo, se dió una palmada en la frente y exclamó gozoso: —¡Ya está! ¡Ya la tengo! Mira, Pulleiro, yo me voy a curiosear la calle, o lo que se vea desde aquella ventana que está al extremo del pasillo, y tú me llamas desde aquí por mi nombre y apellidos, con voz fuerte, como si me necesitases con mucho apuro. ¿Comprendes?

Así lo hicieron.

—¡Ay, tú! ¡Roquer! ¡Gerardo!—gritó Pulleiro, que no las tenía todas consigo, desde la puerta y no tan fuerte como deseaba su amigo.

—¿Qué quieres, Pulleiro?—contestó con voz de trueno el otro, desde la ventana.

—¡Ven, Roquer! ¡Ayúdame!

—¡Ya voy, Pulleiro, ya voy!—iba gritando el madrileño por el pasillo—. ¡¡Te juro, a fe de Gerardo Roquer!!...

Entonces se abrió silenciosamente una de aquellas puertas, y en su marco apareció Carmiña Castro Retén, enlutada, pálida y triste, dibujando en su rostro una sonrisa de sorpresa y de felicidad.

—¡Gerardo! — exclamó conmovida tendiéndole las manos.

—¡Carmiña! — balbuceó, no menos emocionado el rapaz, estrechándoselas apasionadamente y a punto de caer de rodillas—. ¡Soy el mismo! ¡Lo he sido siempre!

—¡Y yo! ¡No sabes lo que sufrido!

Llenáronse de lágrimas los hermosos ojos de la gentil muchacha. Quiso hablar el estudiante, pero Carmen, prudente, le impuso silencio.

—¡Calla! ¡Ve!—indicándole el cuarto de la enferma—. Ahora voy yo.

Obedeció Gerardo. Entróse ella en su habitación, y cayó de rodillas ante la imagen de la Virgen del Carmen que, bajo un fanal, tenía en la mesa, junto al retrato de sus padres.

—¡Miña Nai! ¡Miña Naiciña!—suplicaba y agradecía, llorando de felicidad.

Poco después presentóse en la habitación de doña Rosalía con una señora viejecita.

—La pobre está como una tapia—advirtió Carmen al entrar.

—Pulleiro—encargó Gerardo a su amigo—, explícale a esta señora minuciosamente la operación. Sin omitir detalle; como tú sabes.

Y en tanto los novios hablaban, el bueno de *Pandu-riño*, sin desatender a la enferma, describía a la sorda, con una mímica exagerada y expresiva, ya cogiendo un instrumento ya otro, una fantástica y complicada operación, que la pobre señora seguía atentamente haciendo aspavientos de horror y de miedo.

—¡Cuánto he sufrido, Carmiña!—dijo el estudiante a su novia—. Te veo a mi lado y me pregunto si esto es un sueño. Te creí perdida para siempre.

—¡Por mucho que hayas padecido—contestóle ella tristemente—, no igualarán tus sufrimientos a los míos! Tú no llorabas ninguna infidelidad, mientras que yo...

—¡No, Carmiña! ¡No, no y no! ¡Por Dios, por la Virgen, por la bendita memoria de mi santa madre te juro que no tengo que acusarme de nada! ¡Una y mil veces te lo juro! ¡Créeme!

—¡Sí; te creo! Quiero creerte; necesito creerte... ¿Pero, entonces... aquel escándalo... esa mujer?...

—¡Nada, absolutamente nada! Ya te explicaré. Una

miserable invención de una mala voluntad que exageró y explotó un suceso inocente con el propósito de engañarte y separarnos para siempre... Créeme, nada tengo que reprocharme. ¡Te lo juro!

—No jures más; te creo... Y aunque no te creyese, te perdonaría porque mi vida es tu amor. ¡No tengo otro en el mundo!... Y creo en él; sí, creo en él. Esta confianza que volví a tener en ti, por un milagro de la Virgen bendita, cuando mayor era mi desesperación, es lo que me ha salvado.

Y quitándose uno a otro la palabra, en un diálogo nervioso, cortado, vivo, reconstituyeron la historia de aquella gran infamia, refiriéndose los sucesos en que cada cual había intervenido.

—¡Cuando vi en la Catedral a tu patrona tuve una alegría!...—concluyó Carmiña.—Pero no quise detenerme a saludarla. Temí que pudiera vernos la *Maragota;* me urgía mucho salir de allí, para venir al convento. «Ahora sabrá Gerardo que estoy en Santiago, y, si me quiere, me buscará», me dije... ¡Cuánto has tardado!

—Te busqué por todas partes, me presenté a tu tío. ¡Hasta estuvimos a punto de asaltar tu casa del Faramello!...

Rió la de Castro de buena gana.

—¡El tiempo que hace que no me he reído! Ahora, con la ayuda de Dios, no podrán con nosotros.

—Cierto. Y si quisieran violentarte...

—No temas. Ya estoy libre de sus manos. Don Dámaso lo ha arreglado todo. Ha consultado lo que tengo que hacer en el caso de que quisieran obligarme a abandonar el convento, y sólo saldré de aquí para ser tu esposa... o aquí me quedaré toda la vida.

—¡Saldrás, cielo, saldrás! ¡Y muy pronto, para que seamos felices! Hoy mismo escribiré a mi padre... Pero, cuentame. ¿Y los bribones? ¿No hicieron nada cuando supieron que habías huído?

—Creo que se pusieron como fieras cuando Don Dámaso fué a decirles dónde estaba el pajarito cuya desaparición tenía loca a la *Legoeira*. ¡Hasta le amenazaron! Pero él te es un viejecito muy terne y, sin acobardarse, les amenazó a su vez con no sé qué cosas de la ley. Tú debes saberlas.

—¡Debo!... Pero ¿por qué no me diste razón de tu persona al verte en salvo?

—¿Qué quieres? Desconfiaba. Al entrar aquí volvieron a asaltarme las dudas que durante tanto tiempo fueron mi tormento. «¿Y si no me quiere? ¿Y si me ha olvidado?», me preguntaba.

—¡Carmen!

—¡Perdóname, vidiña! ¡Me habían contado tantas cosas malas de ti! ¡Había sufrido tanto! Además, don Dámaso consideró prudente no exasperar más a esos infames mientras no estuviesen sometidos por completo, y dispuso que mi presencia en esta casa fuese ignorada de todo el mundo. Para calmar mi impaciencia, don Dámaso me daba esperanzas; me dijo que hacías vida formal. ¡No sabes lo que esto me alegró! No dejes de visitarle en seguida. El te lo contará todo. Es un viejecito muy simpático.

Sonó dulce y melancólica la campanita del convento.

—Está acabando el coro. ¡Adiós, Gerardiño; corazón! No quiero que me vean aquí.

—Supongo que podré visitarte; que nos escribiremos...

—Visitarme, no sé. Habla con don Dámaso. Escribirnos, sí. Y ahora todos los días, sin que nadie intercepte las cartas... ¡La bribona! Has de escribirme muy largo, muy largo, ¿sí, corazonciño?...—posando en los ojos de Gerardo una de aquellas miradas inefables que enajenaban al estudiante—. Yo también te escribiré mucho. Me imaginaré que estoy hablando contigo... Vámonos—advirtió a la sorda, acercándose al sitio donde estaba muy entretenida consultando a Pulleiro sabe Dios cuántas imaginarias dolencias. Y tendiendo cordialmente la mano al estudiante de medicina, le dijo, riendo, feliz:

—¡Adiós... señor de *Panduriño!*

—A los pies de usted. ¡Que sea enhorabuena!—contestó Pulleiro.

—¡Gracias, gracias!—y a su novio, bajito: —¡Adiós, Gerardo! ¡No me olvides!

—¡Mi vida!

—¡Adiós, adiós! ¡Que me escribas mañana!—le dijo poniendo toda el alma en el apretón de manos con que se despidieron.

Desde la puerta de su cuarto volvióse a sonreir a Gerardo.

Un gran suspiro, un suspiro de gigante se escapó del pecho del feliz rapaz, olvidado de todo dolor.

—¡Gracias a ti!—dijo abrazando fuertemente a su amigo—. No me guardes rencor por esta pequeña trastada... «señor de *Panduriño*»... Y ahora échame, que tengo mucho que hacer... Me voy a escribir a Carmiña—añadió disponiéndose a salir.

—¡Pero al menos llévate el sombrero, diaño de tolo!

Llovía a cántaros cuando el madrileño salió a la calle. El cielo era plomo, las casas negrura, las calles torrentes.

Pedidle juramento, y el señor Roquer y Paz os lo dará, convencido, de que nunca amaneció día más espléndido y radiante que éste. Y si creyeseis necesario apoyar su testimonio con otro valiosísimo, apelad al de la señorita de Castro Retén.

La alegría está en nosotros.

Todos los días que siguieron fueron de sol para nuestros felices amigos. Carteábanse larga y frecuentemente, pues aunque podían verse en el locutorio, por consejo de don Dámaso abstúvose Roquer, durante algún tiempo, de visitar a su novia. Consolábase oyéndola cantar en la iglesia los días de salve y de función religiosa. Y fué culpable, con sus toses, de muchas equivocaciones y entradas a destiempo de la cantora.

Por las noches, armados de violines, flauta y guitarras, Gerardo, Barcala, Augusto, Quiroga, Álvaro Soto, Casás, Samoeiro y otros tres o cuatro rapaces, iban a cantar y tocar bajo los balcones de una casa inmediata al convento, esquina al callejón de las Trompas, donde moraban las señoritas de *Caldo Limpio*, unas coitadiñas damiselas aldeanas, feas, estrafalarias y presumidas, que se habían ido a vivir a Compostela en busca de novio, sin que nunca jamás, en largos años de pasear la Rúa, el Preguntoiro y la Alameda y de mirar con ojos lánguidos a los estudiantes que encontraban al paso, se abriese ninguna boca para decirles el anhelado piropo. Ya podéis figuraros cómo estarían con tanta serenata.

Samoeiro, para hacer honor a su amigo, compuso la letra y la música de un vals *ad hoc*, o «adó», como él aseguraba.

Tras los cristales
de ese balcón,
niña hechicera,
se oculta el sol...

—Ya sé que no hay balcones en el convento—explicó a Gerardo cuando le dió a conocer la composición—pero como ventana y sol no pegan...

Las de *Caldo Limpio* se derretían «tras los cristales de su balcón»; pero, cuando más contentas y orgullosas estaban con el serenateo estudiantil, presentóse allí una noche Andrés el *Cabalo*, y, lo más amablemente que supo, invitó a callar a los estudiantes.

—¡Pero si no hacemos daño a nadie!...

—Por min, podíades estar tocanto toda la noche, que a min tamen júslame la música, cuando es una tocata bonita; pero es una orden que tenemos del alcalde.

—¡Imposible! Don Felipe Romero es un hombre simpático y de buen sentido, que no hace ni manda tonterías.

—El señor de Romero va en Madrid con una comisión del Aúntamento para pedirle no sé qué al señor de Montero Ríos. Siempre le están pidiendo. ¡Nin que fuese el Apóstol! Ahora hace de alcalde el primer teniente, don Ventura Lozano, y dice que no quiere músicas ni cánticos en la calle, ni que los estudiantes se paren, recostados en los escaparates, ni que les digan piropos a las rapazas.

—¡Por vida de Cicerón!

—¡Hay que hacerle una buena!

—Por ejemplo: darle una mano de palos.

—¡Nada de violencias! ¡Dejádmele a mí!—reclamó

Barcala—. ¡Ah, insoportable señor, qué cuentecita más larga tenemos que ajustar!... ¡Nos vamos a divertir, rapaces! ¡Palabra! Tengo la gran idea. Vámonos. ¡Adiós, ninfas esmirriadas!—exclamó dirigiéndose a las de *Caldo Limpio*, que estaban muy peripuestas en el balcón—. Un decreto cruel del implacable tirano de Siracusa os deja sin música para *in æternum*. ¡Adiós! ¡Viva el caldo de grelos!

A la noche siguiente, cuando más animados estaban la Rúa y el Preguntoiro, hizo su aparición en la ciudad el inolvidable «Batallón de voluntarios del silencio», al mando de Casimiro.

Formaban esta singular milicia la mayoría de los estudiantes, y tenían su campo de concentración, a prima noche, en la solitaria plaza de la Quintana, junto a los veintisiete santiños de la Puerta Santa a quienes ordenan los incrédulos que se dé traslado de todas las mentiras que se cuentan en Compostela.

—¡Ay, vaillo contar os vinteséte d'a Porta Santa!...

Al frente de la escuadra de gastadores, los mejores mozos de la Universidad, marchaba orgullosamente el diminuto Nietiño. Gerardo conducía la bandera: el famoso chaqué con pintas de grasa de Samoeiro, enarbolado en una escoba, al cual servía de gloriosa corbata una toalla. Los banderines de las compañías eran diversas prendas de uso interior: unos calzoncillos, el de la primera; el de la segunda, una camiseta; un calcetín, el de la tercera. El armamento consistía en lapiceros de esos largos como batutas que no sirven para nada y en sables y escopetas de juguete.

Su buena voz había valido a Augusto el nombramiento de cornetín de órdenes.

En consideración a sus dilatados servicios a la Universidad *Cañotas*, con su sombrero acorazado, y el *Merlo*, con su «pata chula», formaban la ambulancia sanitaria, marchando a la cola del batallón, con sus cajas de betunero al hombro. *Cañotas* había sido amenazado, al jurar la bandera, con un fusilamiento si abría la boca para decir palabra mientras estuviese en filas. «Cuyamente», estaba desesperado buscando ocasión para «desiertarse». Desde que Barcala daba la voz de «¡A formar!», hasta que el batallón se disolvía, deponiendo las banderas al pie de los «veintisiete de la Puerta Santa», nombrados coroneles honorarios a propuesta de Casimiro, jefes y soldados guardaban el silencio y la seriedad más absolutos. Ni una palabra. Ni una sonrisa.

En correcta formación, de a cuatro en fondo, serios y mudos, desfilaban al anochecer por la ciudad hasta topar en el Preguntoiro o en la Rúa con don Ventura, que, en compañía de otros graves y enchisterados varones y ceremoniosamente seguido a distancia por un respetuoso *villéu*, paseaba por allí con andar lento y las manos a la espalda empuñando el bastón de su interina autoridad.

En cuanto el batallón divisaba al alcalde interino hacía alto, presentaba armas y, siempre en silencio, iba replegándose tras el «último romano». Y, escuadra de gastadores delante, don Ventura y sus amigos luego, y detrás el batallón, escoltándolos a paso lento, marchaban procesionalmente por aquellas calles, entre el regocijo del vecindario, hasta que el ex juez de Ordenes se refugiaba, furioso, en el Casino prometiendo una degollina general de estudiantes que iba a dejar tamaña a la de nuestro antiguo amigo don Herodes Antipas.

Entonces los «Voluntarios del silencio», siempre callados y graves, rendían a don Ventura los honores máximos, y desfilaban ante él, entrando en el Casino por una puerta y saliendo por otra... para esperar formados en la calle a que, esclavo del método, al sonar la primera campanada de las diez, don Ventura se dirigiese en demanda de la cena a su casa, hasta donde iban escoltándole, callados como muertos, los «Voluntarios del silencio».

Ninguna travesura estudiantil fué tan celebrada en la ciudad. No dió desde entonces paso el ex juez de Ordenes sin que una sección de los «Voluntarios», que iba creciendo, creciendo a medida que pasaban calles y tropezaban estudiantes, le diese silenciosa escolta.

Y no fué lo peor que le acompañasen al Ayuntamiento, al Casino, al paseo y a su casa, sino que...

Una noche, cuando nuestro hombre, embozado en su capita, salía recatadamente con don Bartolomé, el de aquel duro falso, de casa de la *Mijillona*, adonde ahora concurrían la *Carabela* y la *Michiña*, un acompasado y ruidoso redoblar de la banda de tambores del batallón, que aquella noche se estrenaba, atronó la Rapa d'a Folla, el Camino Nuevo y la Carrera del Conde, llenando de curiosos ventanas y balcones, mientras los «Voluntarios», siempre en silencio e inmóviles como estatuas, cubriendo, desde la misma puerta de la *Mijillona*, la carrera que habían de seguir el «último romano» y su compañero, presentaban armas e iban luego replegándose tras los dos graves señores y los escoltaban, marchando al compás, un poco difícil de guardar, de la banda nueva.

¡Plan!... ¡Rataplán!... ¡Rataplán!... ¡Plan!...

—¡Sereno! — ordenó don Ventura, congestionado y fuera de sí, al llegar a los jardines de la Alameda, a Benitiño, que prestaba allí servicio—. ¡Sereno! ¡Detenga usted a estos criminales en flagrante delito de atentado a la primera autoridad municipal compostelana!

—¡No le tengo cuerda bastante, señor alcalde!...—excusóse, todo atribulado, el *villéu.*

El último romano tuvo que capitular, derogando su impremeditado ukase. Para solemnizar el triunfo estudiantil, organizó Nietiño una parranda monstruo que hizo su primera parada, como hidalgo acto de desagravio, ante la casa del ex juez de Órdenes.

—¡Viva don Ventura Lozano!—gritó el director de orquesta al concluir el paso doble con que comenzó el concierto.

—¡Viva!—contestaron algunos rapaces.

—¡Vivan sus bellas hijas!—volvió a gritar el galante director.

—¡Vivan!—respondieron todos.

—¡Viva Monchiña!—clamó una voz, no tan fuerte.

—¡Viva Barcala!—añadió Augusto.

—¡Vivan los novios!—cerró Gerardo.

—¡Vouvos dar con la guitarra en la cabeza!—les amenazó el poeta.

* * *

Una mañana de mediados de Mayo, don Juan Roquer, acompañado por don Ventura, presentóse inopinadamente en casa de Reté, a solicitar del marido de la *Maragota,* en su calidad de tutor de la señorita de Castro, la mano de Carmiña para Gerardo. Don Angelito inten-

tó torpemente alguna evasiva; pero don Juan tenía un modo tan expeditivo de resolver las cuestiones, que el pobre hombre no supo resistir y otorgó lo que se le pedía. Fué una entrevista breve y seca.

Rafael aseguró, días después, que don Angelito y los *Maragotas* habían tenido luego un largo y serio altercado, durante el cual Jacinta colmó de insultos al «calzonazos» de su esposo. La madre y el hijo marcháronse a la aldea sin despedirse de don Angel.

Aquella misma tarde don Juan conoció a su nueva hija en casa de Lozano adonde se trasladó desde el convento.

—Gerardo—dijo el señor Roquer a Carmiña, que le oyó ruborizada—me había hecho grandes elogios de ti; pero ahora veo, hija mía, que es un pintor bastante mediano que no ha sabido dar a tu retrato el color y la entonación debidos. Eres muy guapa y muy simpática (este bribón es hombre de buen gusto); pero aún me agradas, más que por bella, por buena. Tú harás, sin duda, feliz a mi hijo que, aunque algo alocado, es bueno en el fondo... y querrás también un poco a este viejo, que ahora se va a quedar aún más solo, ¿verdad?

Ella respondió sencilla, cordial y respetuosa, dándole a besar su frente y abrazándole, luego de besarle la mano.

—Sí, le querré a usted; le quiero ya, y no le dejaremos que se separe de nosotros. ¿No es cierto, Gerardo?

—Carmiña tiene razón, papá. Ya has trabajado bas-

Después, mientras don Juan entregaba a su nueva
hija, como ...spléndido y significativo regalo de boda, u...
magnífico ...zo que fué de la madre de Gerardo, és...
suplicó al

—Don Ventura: yo le ruego a usted que me perdone los disparates que, en un momento de arrebato, que deploro, le dije. No sabía lo que hacía; estaba loco. Creí perdida para siempre a Carmiña. ¿Quiere usted absolverme de aquel pecado, de que estoy sinceramente arrepentido?

—Absuelvo; aunque fué extremada injusticia en un hombre joven y térete, tratar cual un vil calandrajo a quien, como a mí, era debido el doble respeto que, de consuno, reclamaban la venerable corona de mis canas y la delegada autoridad paterna que sobre usted ejercía. Acaso en los dolores que luego ha sufrido deba usted ver la acción teleológica de una providencial mano ultriz que castigaba su injusticia... Pero nunca el rencor hizo nido en los corazones nobles. Válganle en mi indulgencia sus pocos años y los arrebatos de la pasión.

En los primeros días de Junio hicieron sus ejercicios de licenciatura nuestros amigos. Barcala, abandonando la preparación de su «punto», pasóse al aula inmediata, para ayudar a Gerardo a componer su tema. En realidad lo que hicieron fué hablar de ellas. ¡¡Aquella Monchiña estaba tan dura...! Los sorprendió el bedel cuando más entretenidos estaban, y obligó a Casimiro a retirarse a su encierro.

—¡Que el tiempo pásase en seguida y no están preparados cuando los llaman!

—Ni lo necesitamos—contestó Barcala—. A éste le van a aprobar porque sí, y a mí porque sé más Derecho que Covarrubias, López, don Jacobo y Troncoso. Además, Rivas—protestó ante la puerta de su prisión—, tres horas encerrado solo, es una lata espantosa.

—Ya sé, pero me compromete.

—¡Puesto que no hay otro remedio...!

Y el poeta, así que se vió dentro del aula, tiró al suelo, de un gentil manotazo, los abultados tomos que le habían traído de la Biblioteca para preparar su discurso, requirió la pluma, y en el pliego de papel de barba que debía servirle para trazar el esquema de la sabia peroración, escribió a su encargado, el notario Fernández Suárez, una de las mejores personas de la ciudad, aquella famosa y larga carta en verso, que luego aprendieron varias generaciones de estudiantes:

Querido don Jesús, hombre bonísimo:
esta carta os escribe un pobre náufrago
que en el mar proceloso del examen,
con medrosa impaciencia está esperando
a que le digan: «¡Tome usted su título!»
O «¡Váyase con Dios a plantar rábanos...!»

Nuestros amigos, los troyanos, celebraron a la tarde siguiente el término feliz de su carrera con un banquete monstruo en casa de Blanca. A los postres entró a felicitarles, a comer dulces y a beber por sus futuros triunfos casi toda la Universidad. Nietiño armó el orfeón más numeroso que había dirigido en su vida, aunque ni por casualidad fué posible una vez el acuerdo entre los orfeonistas. Los cánticos confundíanse con el alboroto de las discusiones y las burlas. De vez en cuando hacíase un poco de silencio para oir un brindis. Los más regocijados fueron los de Madeira y Samoeiro. ¡Lástima de taquígrafos!

Unicamente Barcala permaneció toda la tarde silencioso y pensativo entre tanta algazara. Cerca del anochе-

cer, a petición unánime de la asamblea, tuvo que hablar, subido en una mesa.

—¡No nos felicitéis, amigos!—dijo emocionado—. ¡Compadecednos y dejad que os envidiemos! Los dichosos sois vosotros que todavía continuaréis aquí libres de cuidados, sin preocupaciones, ¡felices!, ¡¡jóvenes!! Nosotros acabamos de desposarnos con la inquietud. Los trabajos suceden ya al descuidado «no importa» de estos años azules, cuya muerte celebramos, estúpidos, en vez de llorarla. Ahora se disuelve la comunidad de nuestros corazones. ¡Ved qué pena! Vamos a edificar nuestra vida... Mejor diría que vamos a luchar bárbaramente un año y otro y otro, todos los días y todas las horas para procurarnos un entierro decentito y un suelto amable en los periódicos de la localidad donde nos toque caer para siempre. ¡Adiós, amigos! ¡Vamos al mundo! Acaso no nos volvamos a ver más y el apretón de manos, el abrazo cordial con que ahora nos despedimos sea el postrero. ¡Adiós, años felices, años rosados, años buenos!... ¡¡Años únicos!! ¡Ya somos hombres! ¡Qué desgracia! Como los discípulos de Cristo, vamos a repartirnos por el haz de la Tierra, aunque no para predicar la buena nueva. Los unos, seremos cónsules; notarios los otros; esos, periodistas; aquellos se aplicarán al cuidado de su bufete; investiránse éstos con la dignidad del juez; para algunos guardará la cátedra sus glorias o su comodidad; tal se desposará con la política. ¡Qué asco! Será diputado, senador, acaso llegue a ministro. ¡Dios no lo quiera! Quizás será el más sabio el que acierte a pedir paz a la quietud de su aldea... Yo ruego a la diosa voluble y arbitraria que preside los destinos de los hombres, que vuelque sobre todos nosotros

los dones de su favor... Pero, por mucho que quiera protegernos, nunca nos dará tanto como hemos tenido; como perdemos ahora. Podrá colocarnos en las que la imbecilidad o cortedad de vista de las gentes llama cumbres; pero nunca volverá a ponernos tan alto como hemos estado, porque nunca más, ¡ay, amigos!, seremos estudiantes!...

* * *

De allí a dos días, en la iglesia del Pilar, contestaron, emocionados y felices, la señorita de Castro Retén y don Gerardo Roquer y Paz a aquellas preguntas tan gratas, tan dulces, tan musicales, que les hizo don Dámaso con su voz cascada, que a ellos les sonó a armonía celestial.

—¿Quiere usted?... ¿Recibe usted?... ¿Otorga usted?...

Don Juan, que era el padrino, lloraba en silencio; doña Segunda, la madrina, también hacía pucheros; Carmiña, dichosa, ponía su felicidad en manos de la Madre de Dios, le pedía su amparo, impetraba la bendición de sus padres, y Gerardo, radiante, rezaba... no podemos decir a quién, porque tan pronto ponía los ojos en el altar como los clavaba, transportado, en la que ya era su esposa.

Calladamente, a causa del luto de Carmiña, celebróse la boda con una comida íntima en casa de la novia. No hubo más comensales que la familia de don Ventura —¡hubo que oir el epitalamio en verso libre con que se descolgó el ex juez de Órdenes!—, Elvirita Briay y la plana mayor de los troyanos, todavía rendidos del rudo trabajo de aquella mañana para vestirse de pontifical.

—¿Me está bien esta levita?

—¿Esta corbata es de vestir?

—¿Se pueden llevar botas de color con levita?

—¡Samoeiro, mira que te vuelvo a llamar *Ostrógodo!*

—Es que te me compré ayer éstas en casa de Abollo, y las negras tienen los tacones torcidos.

—Que te preste Casás las suyas de charol.

—¿Y si me aprietan?

—Te escondes de rato en rato y les das saliva.

—Carmen, Gerardo—dijo Pulleiro a los novios, a los postres de la comida—, este año, cuando se acabe la romería de Bergondo, irá la música de *Panduriño* al Outeiro a tocar una polca con obligado de cornetín.

—Va a ser un poco difícil que *Panduriño* luzca este verano sus habilidades en las romerías—replicóle don Juan—, porque no creo, señor Pulleiro, que la Compañía de ferrocarriles, a cuyo servicio va usted a entrar como médico, le conceda, tan pronto, permiso de vacaciones.

—¡Es usted mi Providencia, don Juan!

—¡Yo también te protegeré, rapaz! ¡Os protegeré a todos!—prometió el optimista Augusto, con la misma seguridad que si tuviese en las manos las llaves del porvenir.

—¡Señor ministro!—saludóle Barcala doblándose en una exagerada reverencia.

—¡Pide lo que quieras, Casimiro! ¡Concedido!

—Pues yo deseo—demandó en voz baja el poeta dirigiéndose a Monchiña—que esta señorita que está a mi derecha y que, en toda la comida, no ha tenido a bien dirigirme una mirada, me haga la merced de volver hacia este lado esa cariña moreniña y feíña, me mire con esos ojos meigos y se sonría.

—No quiero ver visiones—contestó a media voz la aludida.

—Le aseguro a usted, señorita—replicó Casimiro, poniendo solemnemente la mano sobre el corazón—, que desde la última vez que tuvo la fortuna de verme, he mejorado mucho. Soy un verdadero peligro.

—¡Qué miedo!

—¡Aquí hay un valiente!

—Perdone por Dios, hermano; no tengo nada que dar.

—Tengo yo bastante para los dos.

—¡Usted!—fingiendo desprecio.—¿Qué tiene usted?

—Yo soy poseedor de un título nuevecito de abogado, que todavía no me ha servido para nada, pero que va a servirme en cuanto haga oposiciones, que será en seguidita. Soy dueño de unas leiriñas y una casita solitaria en Túy, que está pidiendo la alegría de tu presencia. E ainda mais, y sobre todo, tengo un corazón muy grande para quererte mucho, mucho, mucho, ¡toda la vida!

—¡Casimiro!... ¡No me engañes!

—¡Non vidiña! Ya entré en la seriedad. ¡Siempre te quise!

—¡Aaaay! ¡Gracias a Dios!... Pero si me engañaste ¡corto los bigotes!

—No, bonita, que me favorecen mucho.

Aquella noche sonaron más alegres que nunca los cascabeles de la *Carrilana*, que conducía a los novios camino del paraíso. Gerardo, sabiendo cuánto satisfacía con ello a Carmen, desdeñó el viaje de novios por el Extranjero, para pasar la luna de miel en la gloria de las Mariñas betanceras.

¿Y dónde mejor? ¿Qué valen París, Londres, Viena y todas las ciudades y todos los paisajes del mundo al lado

de uno de los umbrosos soutos mariñanos, junto a la tierra única, que diríase hecha para nido de enamorados?

—¡V: äiña!—rogó Carmen a su marido una tarde, sentados en el mirador de la huerta bajo el regio dosel de los jazmines y las madreselvas—. Júrame que todos los años vendremos aquí, aunque te cueste un sacrificio. ¡Mira esta bendición! Todo es amigo; todo nos brinda amor: árboles, prados, regatos, paxariños... Hasta los ásperos y punzantes tojos ofrecen a la vista un descanso de blandura. Aquí duermen el sueño eterno mis padres; aquí creí en ti; aquí me hiciste feliz; ¡aquí lloré por ti!...

Sonó la inefable música de un beso. Rompieron a cantar unos jilgueros en el castaño vecino. Las olas llegaban mansas, con un dulce murmullo, a tenderse en la riente playa de Gandario. Entregábanse temblando las hojas de los árboles a las caricias de la brisa. De los campos venía un olor fuerte, sano, a tierra vigorosa y fecunda. Las higueras y las mentas embalsamaban el aire con ese aroma suave y voluptuoso de Galicia. El sol, poniente, enrojecía los cristales de las blancas casitas de Miño, en la otra orilla de la ría.

La campanita argentina de la iglesiña tocó el Angelus.

—¡Amad! ¡Amad!

Cantó la dicha del campo la voz lejana de un carro. Por las corredoiras sonaban voces alegres de rapaciños que volvían de la escuela y de mujeres que conducían el ganado.

—¡Boi marelo!... ¡Anda boi pra diante!

Hicieron coro xílgaros y mirlos. Dijeron, melancólicos, su canción morriñosa los pinos de Morujo. La voz

fresca, infantil, de una rapaza, entonó un alalá, que se alzó como un místico aleluya en la paz de la tierra divina.

Teño unha casiña branca
N'a Mariña, entre loureiros;
Teño paz e teño amor.
¡Estóu vivindo n'o ceo!

En los maravillosos ojos dorados tembló una lágrima de felicidad.

—¡Gerardo!... ¡Corazonciño!

—¡Carmiña!... ¡¡¡Encantiño!!!

N' as Mariñas meigas (Moruxo, A Lagoa).—Madrid.

Pérez Lugín, Alejandro
La casa de la Troya
30. ed.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 11 023 8